
CLÁSICOS
CONTEMPORÁNEOS
INTERNACIONALES

Vintila Horia

*Dios ha nacido en
el exilio*

 PLANETA

Vintila Horia

Dios ha nacido en el exilio

Diario de Ovidio en Tomis

Premio Goncourt 1960

Prefacio de Daniel-Rops

CLASICOS CONTEMPORÁNEOS INTERNACIONALES

Dirección: Ymelda Navajo y Manuel García Píriz
Diseño de colección: Nacho Soriano

Título original: *Dieu estané en exil. Journal d' Ovide à Tomes*

Vintila Horia
© Ediciones Destino. S. A., 1960
Editorial Planeta. S. A., 1997 para esta edición
Córcega, 273-279, 08008 Barcelona (España)

Décima edición: setiembre de 1999
Depósito Legal: B. 31.582-1999
ISBN 84-08-46196-6
Impresión y encuadernación: Cayfosa
Printed in Spain - Impreso en España

Este libro no podrá ser reproducido,
ni total ni parcialmente,
Sin el previo permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

A mi mujer

Siempre es una alegría, y una emoción, reconocer la señal del talento, ver cómo aparece ante nosotros un auténtico escritor. Hemos abierto el ejemplar mecanografiado: uno más entre los que se amontonan en un rincón de nuestro despacho. Y, de repente, algo nos llama la atención, nos la sostiene, un no sé qué tan imperfecto como indefinible que nos obliga a continuar la lectura, a conocer el destino de los personajes, a llegar hasta el final. Ahí está la calidad, esa realidad misteriosa que es un don, la calidad hecha de aliento y de estilo, de pensamiento y de forma. Si, entonces es una alegría.

Y mayor aún, quizá cuando ese escritor resulta pertenecer a la categoría, más numerosa de lo que se supone, de los que en el mundo entero siguen utilizando el francés como un medio privilegiado de expresión. Es hermoso pensar que esta «universalidad de la lengua francesa», comentada antaño por Rivarol y amenazada hoy por la competencia, nos llega por el testimonio, desde América del Sur al Japón, de escritores que no pertenecen a la nación francesa. El ejemplo de un Julien Green es suficiente prueba de que algunos de ellos pueden ser unos maestros en esta lengua que no es la de su patria. ¿No será Vintila Horia uno de éstos?

Nació en Rumanía, donde su padre era ingeniero agrónomo. Allí aprendió de una anciana casi ciega que se sabía de memoria a Baudelaire y Rimbaud, Anatole France y Remy de Gourmont, a expresarse en un francés literario formado en los mejores modelos.

*Agregado de Prensa en Roma, en 1940, destituido poco después por el Gobierno de la Guardia de Hierro, destinado de nuevo -esta vez a Viena- en 1942 pero internado al poco tiempo por los alemanes, Vintila Horia, al negarse a regresar a su país sometido ya a otro dominio, empezó a vivir la trágica experiencia de tantos hombres de nuestra época, la que unos de sus compatriotas había de evocar en su terrible libro *La hora y einticinco*. Primero en Italia, donde trabó amistad con Papini, luego en América del Sur, en Buenos Aires -donde se ganaba la vida como modesto escribiente de Banco, mientras que su esposa se agotaba en un durísimo trabajo-, Y finalmente en España, donde sus comienzos a la vez como empleado de hotel, reportero, agente literario, fueron tan agobiantes como aquellos otros. En todos estos sitios conoció las prolongadas y despiadadas angustias del exilio. Y de esta experiencia vital fue de donde sacó lo más puro Y esencial de su inspiración.*

Así, el tema del exilio se halla situado en el centro de su obra; y pocos hay con los que, como con éste, se hallen tan compenetrados los hombres de nuestro tiempo. El exilio con sus sufrimientos, sus desgarramientos, sus nostalgias trágicas, pero también el exilio con su terrible poder purificador. «He elegido el exilio para poder decir la verdad», aseguraba Nietzsche. ¿No estará predestinado el exilado, el hombre que todo lo ha perdido, a juzgar el mundo de los hombres instalados, a denunciar su hipocresía y su injusticia? ¿Acaso no está preparado para vivir las grandes experiencias espirituales? No fue ayer cuando el Evangelio nos enseñó que el «viajero en la tierra» tiene más probabilidad de encontrar a Dios que el conformista y el satisfecho.

En 1958, Vintila Horia tuvo un encuentro, pero un encuentro del espíritu. Se celebraba ese año el bimilenario de Ovidio. Volvió a leer las obras del poeta, más o menos olvidadas desde el bachillerato. Fue para él una revelación. También Ovidio había sido un exiliado. Aún mejor: había muerto en Rumanía... Entre el escritor latino del siglo I y el escritor rumano del siglo XX, se creó un vínculo, una especie de vínculo sobrenatural que procedía de un misterioso parecido. A través de Ovidio Nasón, de sus Tristes, de sus Pónticas, Vintila Horia se reconocía a sí mismo. Pronto se le impuso al exiliado en Madrid, al identificarse, por decirlo así, con su modelo, la idea de expresar su propia experiencia. Así nació este gran libro: Dios ha nacido en el exilio.

Es sabido que Ovidio, poeta de moda festejado por la alta sociedad romana, fue condenado al exilio por Augusto en el año 9 de nuestra Era, medida cuyos motivos nunca han llegado a aclararse. Algunos han pensado que Ovidio pertenecía a una secta pitagórica de la que no se

fiaba el todopoderoso emperador. Pero es más probable -y ésta es la versión admitida por Vintila Horia- que Augusto, deseoso de llevar a la sociedad romana por un camino moral más estricto (aunque él no predicase con el ejemplo), se indignó por la descarada inmoralidad de las obras del poeta y cuando surgió el escándalo de los amores culpables de Julia -nieta de Augusto- gran lectora de Ovidio, pagó con él su furia. Desterrado a Tomis, pequeña guarnición romana del país de los getas, en el Ponto Euxino, estuvo Ovidio implorando durante ocho años seguidos, el perdón o, por lo menos, que lo enviaran a un país civilizado. Pero fue en vano; ni Augusto ni Tiberio se dejaron enternecer. Y el poeta murió en el exilio el año 17.

La novela de Vintila Horia es, pues, el Diario -apócrifo- de Ovidio en Tomis. Allí está el exiliado perdido en un extremo del mundo. «Sólo me alivian las lágrimas, gime, y brotan de mis ojos, con más prisa que las aguas bajo la nieve de primavera, cuando pienso en Roma, en mi casa, en los lugares que me eran queridos, en todo lo que queda de mi ser en esa patria que he perdido». En este Diario inventado, anota sus últimos amores y también los acontecimientos, grandes o pequeños, o los que asiste: el sitio de la ciudad por los dacios hambrientos, la aventura sin precedentes de los soldados romanos que desertan para instalarse en Dacia, la invasión de los sármatas... Pero sobre todo, nos hace asistir a su evolución interna, y eso es lo emocionante.

Ovidio, hombre feliz, había sido un poeta liviano. «¡Que otros añoren la sencillez de las antiguas costumbres!», había exclamado en su *Arte de amar*. «¡En cuanto a mí, me encuentro muy a gusto de haber venido al mundo en este tiempo tan amable!» A este poeta erótico y ligero es al que nos muestra Vintila Horia transformándose, en Tomis exiliado, a partir del momento en que descubre que «se puede, pues, morir antes de haber muerto» corporalmente. Se le hace insoportable la idea de la muerte solitaria, perdida en esta tierra hostil, extranjera. ¿A qué consuelo aspirar? ¿A los dioses de la vieja religión romana? ¿Acaso no ha demostrado él mismo, en sus *Metamorfosis*, la inexistencia de esos dioses? Tiembla ante el vacío que ese libro ha abierto en él.

Y así, paulatinamente, Ovidio, el poeta fútil, el escéptico Ovidio, presiente y descubre luego otra verdad; pronto será la verdad. «Este tiempo de locura y de esperanza que es el nuestro, es el tiempo de la espera de Dios.» ¿Quién llevará el verbo de la paz a los hombres que sufren? Ovidio adivina que un día «los hombres encontrarán esa palabra como una flor extraña al borde de un largo camino». Pero ¿quién traerá ese mensaje? La búsqueda de la respuesta se hace más ardiente para el exiliado. En torno a él vive ese pueblo de los getas, que es muy religioso, y que, por lo que él adivina, cree en un Dios único. ¿Un Dios único?, se pregunta Ovidio al principio con ironía. «Si el cielo está vacío, como yo pienso, ese Dios debe de ser muy pequeñito, y se encontrará muy aislado en medio de un silencio y de una soledad insoportables.» Y añade: «Ese Dios único debe de parecerse a mí, por lo menos en ese aspecto...» Pero, ¿cuál es? ¿Será acaso ese «Zamolxis» del que le hablan los getas? durante mucho tiempo busca a tientas, recogiendo en su Dios algo así como residuos de evangelios, arrastrados por y agas tradiciones populares.

Y luego, es ya la ascensión decisiva. Al ver a los sabios de los getas, los sacerdotes de esa religión desconocida, descubre la necesidad de ese nuevo Dios «que volverá a dar al género humano el frescor de un comienzo». Siente en él la espera irresistible «de ese Dios nuevo, de ese nuevo pueblo, de un nuevo sol». Un sacerdote le revela la verdad de su drama. ¿Y si sus penalidades, su exilio, hubieran sido deseados por un poder divino que hubiese decidido obligarle a elevarse por encima de sí mismo? ¿Y si el nuevo Dios fuese un hombre como él mismo, un hombre hecho de dolor y destinado a la muerte? Le basta entonces a Ovidio conocer al médico griego Teodoro para que todo se le aclare. Lo que éste le revela por fin es que cuanto él espera, es verdadero, que su espera ha sido colmada, que un hijo de los hombres ha venido a la tierra para asumir todas sus angustias y todas sus esperanzas. Con absoluta verdad puede decirse que en Belén de Judea, «Dios ha nacido en el exilio».

CAESAR IN HOC POTUIT IURIS HABERE NIHIL

PRIMER AÑO

Cierro los ojos para vivir. También para matar. En esto soy el más fuerte, pues *él* sólo cierra los ojos para dormir y ni siquiera su sueño le reporta consuelo alguno. Sus tinieblas están pobladas de muertos, de crueldades que le obsesionan. Sé que rehúye el reposo como todos los grandes de la tierra. El reposo lo deja solo con su conciencia y sus remordimientos con el pesar de haber obrado siempre en poderoso, es decir, como hombre aterrorizado por su poder. Una vez, hace cinco años, me encontré con él en el templo, por la mañana, cuando apenas había salido del sueño. Tenía los ojos enrojecidos, inflamados de cansancio, y le faltaba valor para mirarnos por miedo a que se pudiera descifrar en su mirada el nombre o las facciones de aquellos que le habían atormentado durante la noche. Lo adoran como a unos días que nadie lo quiere. Porque si es el autor de la Paz en general y ha creado el más grande de los Imperios de todos los tiempos, también es el autor del Miedo en particular, del miedo de los demás y de su propio miedo.

La tempestad de nieve sacude el tejado. La mar gime a los lejos y sus olas se transforman, de noche en largos fantasmas de hielo. Mañana podrán las gentes pasearse por encima de los peces y algún vecino más robusto que yo tendrá que abrir un camino hasta mi puerta, a través del espesor de la nieve, para que yo pueda salir. Nunca he oído un aullido semejante acompañado por el crepitar de la nieve helada en el exterior de los muros. Más allá de ese grito penetrante y prolongado que viene a romperse contra mí como una oleada, el gemido del mar parece la propia voz de la noche, como si el tiempo tuviese una voz y la hiciera oír en un solo punto de la tierra: aquí. Mi casa está casi adosada a las murallas de la ciudad y cuando se calma el viento, oigo el aullar de los lobos más allá de las murallas. Tienen hambre. Han matado uno esta tarde en la calle. Enloquecido por el hambre, la fiera se había lanzado a la ciudad y, precipitándose sobre el primer ser viviente que encontró una vieja que regresaba del mercado la despedazó en un instante. También acudí yo a los gritos de la gente y llegué a tiempo de ver al lobo, atravesado por una lanza, yaciente sobre su propia víctima en medio de la nieve ensangrentada. He pensado en *ella* en seguida. No he podido evitar desearle una suerte parecida, lo cual es, por desgracia, imposible ya que los lobos nunca llegan hasta Roma. Pero bien podría escaparse una noche un león de los bestiarios, penetrar en el jardín del palacio imperial y hacer lo que hasta ahora ningún hombre ha tenido el valor de hacer...

Cierro los ojos y mato. ¡Y cuantos más presentes, más vivas y más claras están esas escenas que, incluso, el reciente recuerdo de esta tarde! Cierro los ojos, y vivo. Soy el poeta, *él* no es más que el emperador.

*

Lo divertido, en medio de mi desesperación, es que no puedo acostumbrarme a la idea de un cambio. Estoy aquí desde hace unos diez días; hace tres meses que salí de Roma pero *estoy en Roma* y me parece que me bastaría prolongar un poco un pensamiento o una imagen para cambiar de lugar y reintegrarme a mi ritmo y a mi espacio habituales. Pero en este momento, al escribir estas líneas, es cuando me siento invadido por una espantosa duda. Roma está lejos, al otro extremo de la Tierra y ningún pensamiento es capaz de hacerme mudar de sitio. Roma es como el pasado: está perdida para siempre, vivida, es decir, desgajada de mí como un objeto extraño que puede uno reconstituir por el pensamiento y la imaginación pero que no está ya al alcance de la mano. Mi pasado tiene un nombre, pero ¿de qué me sirve? Lloro. Tengo miedo y tengo frío, y los dioses no existen. Esta verdad toma forma al borde de mis lágrimas como los fantasmas de hielo a

la orilla del mar. Siempre ha estado presente en mí, pero nunca he tenido tiempo ni ener ías para pensarla. Mi vida –lo mismo que mis versos- le era contraria, pues yo vivía de una ilusión y la cantaba para que los demás gozaran. Pero, si me atreviese a releer *Las Metamorfosis*, ¡cómo no temblar ante el vacío que ese libro ha abierto en mí, incluso cuando hablaba de la omnipotencia de los dioses! La crueldad de éstos nos revela su inexistencia. Son el reflejo de nuestros temores y de lo que no nos atrevemos a hacer sin remordimientos. Pues, ¿cómo habrían podido sobrevivir los hombres al odio y a los caprichos de los dioses y a su parecido con ellos? ¿Cómo hubiera sido posible un Prometeo? Yo soy Prometeo, y existo. *Tristes* será el título de mi próximo libro. Seguiré mintiendo para obtener mi perdón. Quizás *él* cambie el lugar de mi exilio y pueda vivir algún día en una isla de Grecia, o quizás en Sicilia, cerca de Agripa Póstumo y de Julia. Al leer mis elegías, dirá: Ovidio es el mismo de siempre, servil y adulador; me tiene miedo; puedo perdonarlo o concederle un exilio más soportable. Pero no *él* no conocera estas líneas, que hablan de un terrible cambio. Nunca sabrá el servicio que me ha prestado al hacerme padecer. Y si alguien descubre algún día estas notas secretas, podrá decir que ha conocido el verdadero rostro de Ovidio.

La tempestad se calma poco a poco. La nieve es tan espesa que cubre la ventana. La casa se ha vuelto más cálida y familiar. Arde el fuego en el hogar. Tengo vino y provisiones para varias semanas y ayer tarde hice entrar al perro, que ahora duerme a mis pies y levanta una oreja en cuanto empiezo a toser o si cambio de sitio para desentumecerme. Le he dado *su* nombre. Le llamo «Augusto», le doy de comer y, si se me apetece, unas patadas en el trasero.

Está muy oscuro. ¿Es ya de noche o sólo la primera hora de la tarde? ¿Habrá aún soldados en las murallas? Ya no oigo sus voces a la hora en que relevan la guardia. Los getas podrían aprovechar la nieve e invadirála ciudad. También podrían tomarla por mar sólo con utilizar los escalones que forman las olas solidificadas. Puede parecer raro, pero la verdad es que no temo a los getas. Me han dicho que son muy religiosos y que creen en un dios único cuyo nombre no recuerdo en este momento. ¿Cómo va a poder un dios llenar con su persona todo un cielo? Si el cielo está vacío, como yo pienso, ese dios debe de ser muy pequeñito, y se encontrará muy aislado en medio de un silencio y de una soledad insoportables. En el fondo, ese dios único debe de parecerse a mí, por lo menos en ese aspecto.

Era yo aún muy joven cuando, en Sulmona, unos meses antes de marcharme a Roma, presentí el momento de esta revelación. Me encontraba entonces en la ciudad, sobre una colina casi rodeada por un rizo del torrente Avella. Me acompañaba mi hermano. Volvíamos juntos de un largo paseo a la viña de uno de mis tíos. Era hacia el comienzo del otoño. Nos deteníamos de vez en cuando para coger unos higos maduros de las ramas que pendían por encima de los muros de las huertas. Era una tarde tranquila; aún hacía calor, pero la brisa, al darles la vuelta suavemente a las hojas de los olivos, les hacía revelar su vientre plateado como pececillos en el agua límpida. Yo iba contándole a mi hermano unas historias mitológicas bastante obscenas; le hablaba con todo detalle de los amores de Venus y de Marte, pues yo leía y conocía ya muchas cosas sobre la vida íntima de los hombres y los dioses. Él me escuchaba en silencio, deslumbrado -me parecía- por lo mucho que yo sabía. Pero luego, mientras seguía comiendo higos, se detenía con frecuencia para volver la vida atrás y otear los alrededores interrumpiendo así el hilo de la narración. «¿Qué te ocurre?», le pregunté. Sorprendido por la brusquedad de mi tono, me respondió: «¿No te asusta hablar así de nuestros dioses?» Recuerdo perfectamente las palabras que se escaparon entonces de mis labios: «¿Miedo a qué? Puesto que los dioses no existen...?» Mi hermano me miró un instante en silencio, como esperando una explicación, luego enrojeció como si hubiera recibido una bofetada y exclamó fuera de sí: «¡No es cierto, no es cierto!» Empezó a correr hacia Sulmona y sólo pude alcanzarlo casi ya en la ciudad. Se había detenido y, apoyado en un árbol, lloraba. No rechazó mi mano, pues ambos, cada uno a su manera, pasábamos por la misma crisis. Más tarde, en Roma, nos hemos integrado al ritmo de vida de los demás, nos hemos habituado a creer, si no en los dioses, por lo menos en la actitud de los hombres hacia los dioses.

Sin esto nos habría sido imposible vivir, hacer carrera, triunfar, hacer el amor a una mujer decente o a una puta.

¿Se acerca ya el invierno a su fin? No estoy seguro. No puede uno fiarse de nada en este país. En todo caso, he aquí el sol. Mis manos pueden moverse de nuevo. Tuve que abandonar mis notas secretas, pues hacía demasiado frío para escribir. He estado haciendo el oso junto a mi perro «Augusto». Pero, ¡cuántas cosas han pasado! Han destinado a Dokia a mi servicio.

Todavía resulta borrosa. No sabe más que unas palabras de latín, algunas de griego y me enseña la lengua geta, que es la suya. Probablemente, tendrá y einticinco años y vive cerca de Tomis, en el barrio de los pobres, es decir, de los indígenas, extramuros. Al entrar por la mañana, parece un animal de tan envuelta como viene en una piel de cordero. Podría estar hermosa si se vistiera como Corina. Es posible que entre los getas, aun como está, pase por una belleza con sus cabellos castaños y sus ojos profundos que procuran parecer severos. Severos para conmigo, el conquistador romano, o sencillamente el hombre, ya que en su vida hay una historia de amor y apostaría mil sestercios a que es viuda o abandonada y que tiene, o ha tenido, un hijo. Me he informado sobre ella preguntándole al centurión Honorio con el cual tengo, de vez en cuando, un intercambio de ideas. Esta mujer no es una esclava y, según he creído comprender, presta pequeños servicios a los romanos, informándoles sobre las intenciones de los getas. Por otra parte, seguramente presta grandes servicios a los getas informándoles de cuanto llega a saber de las intenciones de los romanos. Muy seria como todos los bárbaros que no han alcanzado aún la sutileza de la sonrisa y que viven en los extremos rústicos de la gravedad absoluta y la alegría ruidosa. Realiza sus faenas cotidianas en silencio, como si tuviera siempre algo que reprocharme. ¿Cómo sentirse atraído por este mutismo enfurruñado? ¿Y cómo no va a atraerle a uno? Pero las enseñanzas del *Arte de amar* son inútiles ante este pedazo de mármol al que nunca ha bruñido una caricia.

A veces viene a verme Artemis cuando no tiene clientes en su casa, pues no puedo vivir sin mujer. Honorio me ha comprendido sin dificultad y es él quien me la ha presentado. Artemis es milesia; por lo menos, lo era su madre. Cuando entra, recuerdo en seguida el viaje que hice a Grecia en compañía de mi amigo Cneo Pompeyo Macer, en el umbral de mi juventud. Fue en Atenas donde conocí a una primera Artemis. Le he contado a la de ahora aquella aventura y me ha dicho, frotándose mis pies helados con los suyos siempre ardientes: «Este nombre da buena suerte.» ¿Qué buena suerte, qué fortuna le ha deparado su nombre? Se contenta con poco, como todas las prostitutas. Es posible que en sus momentos de soledad, se diga a sí misma: «Podría haber sido algo aún peor.» Pero, ¿qué puede uno ser *peor que eso*? Un exiliado. La respuesta me ha venido rápida. Aún me cuesta mucho trabajo escribir. Los dedos han perdido la costumbre. Pero, cuando llegue la primavera, econtaré algún día la pobre historia de Artemis, la afortunada.

*

Buscando en un cofre, he encontrado esta mañana el *focale*¹ de Corina. El amarillo resplandeciente de antaño se ha marchitado con el transcurso de los años pero queda su perfume, apenas perceptible y sin embargo, inconfundible, vivísimo, tan suave, tierno y duro para mí. Este pañuelo con su perfume y su color, me ha hecho pasar toda una mañana en Roma, en plena juventud. Recién regresado de mi vida por Grecia y Sicilia -me confundo: fue exactamente un año después- la conocí, en las calendas de septiembre. Había pasado yo dos meses en Sulmona, en casa de mis padres, donde había comenzado a escribir mi *Medea* ¡cómo me hubiera gustado no encontrar a esta *Medea* cuyo recuerdo frecuenta las murallas de Tomis, pero me encontré de nuevo, por desgracia, con este triste contraste de mis primeros entusiasmos!- y también me quedó tiempo para pensar en Gaya. Ésta era hija de una *violaria*, y vivía con su madre en el mercado, en un cuartucho al fondo de su *taberna*. La vieja salía todas las noches con un esclavo y un asno para buscar flores, no sé en qué sitio de la vía Apia. De modo, que Corina se quedaba sola en las

¹ Pañuelo de seda para el cuello.

últimas horas de la noche. Mezclado con los carreteros que llenaban a aquellas horas las calles que rodeaban el mercado, me paseaba por delante de la *taberna* esperando la salida de la vieja. Aquello estaba muy oscuro. Ardían algunas antorchas ante las puertas abiertas de las tiendas donde se movían con las caras aún abotargadas de sueño, entre las frutas y las y verduras. Penetraba yo en la casa en pleno olor de templo, pues las tinieblas de la *taberna* olían con más intensidad que el templo de Cibeles, ya que el aroma de las flores la había impregnado durante años. Subía los pocos escalones que le conducían a uno al *curriculum* —el cual servía también de comedor y cocina— y, tanteando en la oscuridad, buscaba la cama. Gaya dormía. Yo me quitaba la toga y me tendía junto a ella. El olor a flores se mezclaba con el del aceite frito y con el del cuerpo de mi amante. Cuando me marchaba, solía haber aún oscuridad y a veces me cruzaba por la calle con la madre que volvía, con el esclavo y el asno curvados por el peso de los ramos de rosas, de violetas, lirios de los valles o crisantemos, según la estación. Durante el día, solía pasarme también por la tienda de Gaya, pues mi amiga era muy hermosa y de noche nunca podía verla. Siempre compraba allí flores y, cogiendo mi ramo, le estrechaba furtivamente la mano diciéndole palabras de amor en voz alta, aunque con un rostro impasible, ya que su madre era sorda. Intrigada por la frecuencia de mis visitas, me preguntó un día la vieja: «Joven, ¿esas flores manda usted a su novia? ¡Debe usted estar muy enamorada de ella!» Y yo respondí inclinando la cabeza: «Sí, estoy muy enamorado de Gaya.» La vieja sólo entendió mi gesto y me guiñó un ojo, sonriente. Ignoraba que, durante sus ausencias, yo ocupaba su sitio en la cama.

Fue precisamente en esa tienda donde encontré a Corina. La mantenía entonces un armador que vivía en Ostia e iba a verla una vez por semana. He escrito en *Los amores*:

*Non est certa meos quae forma invitet amores
Centum sunt causae, cur ego semper amen.*¹

¡Qué mentira! Sólo la amaba a ella; únicamente a ella he amado. Corina ha sido la *praeceptorix* del *praeceptor amoris*. Teníamos la misma edad y en seguida nos pusimos de acuerdo. Nuestro amor no necesitó, para convertirse en realidad, todas esas fórmulas y recetas que yo he inventado en mi *Arte* para los tímidos, los feos, los demasiado viejos; en fin, para todos aquellos que, al encontrarse con el objeto de su amor, no han tenido la buena suerte de encontrar a Corina. La seguí por las calles sin conceder importancia alguna a las miradas mortalmente heridas de Gaya. Muy cerca de donde vivía, por la parte del Aventino, hizo entrar al esclavo que la acompañaba en una tienda donde había muchos compradores. Así, pude acercarme a ella y hablalle. Me pareció tímida, pero no lo era. Antes de besarla, incluso meses y años más tarde, parecía siempre como si no me conociese, como si mi presencia la sorprendiera lo mismo que esa mañana en la calle cuando le dirigí la palabra por primera vez. Corina vivía en una casa construida recientemente en el Aventino. (¿Es cierto lo que acabo de escribir? ¿Quién me infunde el valor necesario para sobrevivir, para gritar esta desgracia que no es una ilusión? ¿Soy yo, efectivamente, Ovidio, el poeta de Roma, el amante de Corina, el ser que lo ha tenido todo y todo lo ha perdido? Me había hecho a la idea de la vejez y de la muerte. Para eso han sido creados los hombres. Pero soy el único ciudadano romano exiliado en Tomis, lo más lejos posible de cuanto ha sido mi vida. ¿Cómo voy a poder convencerme de que todo esto se halla en el orden normal de las cosas?)

Corina vivía en una casa recientemente construida en el Aventino. Su protector, un cierto Favorino, se la había comprado. Mi amiga era de Perusa, sus padres habían muerto aplastados por el hundimiento de su propia casa durante un temblor de tierra y Favorino, cuñado de la madre de Corina, recogió en casa a la muchacha y la convirtió en su amante. Este hombre era inmensamente rico y tenía entonces la misma edad que tengo yo ahora. La edad en que lo engañan a uno y en que puede uno engañar sin remordimiento.

¹ No es una belleza concreta lo que despierta mis amores, siempre tengo cien motivos para amar.

Me citó en una casa para aquella misma tarde, y pasamos tres noches y dos días juntos. No puedo hablar de ella sin pensar en la tragedia común que se abatió sobre nosotros dos: ,ramos y somos de la misma edad. Pero de nada sirven estas lamentaciones estúpidas: era hermosa cuando yo la amaba. Eso es lo esencial y nadie podrá quitarme esa verdad. Sus ojos eran verdes. Mirándola, tenía la impresión de zambullirme en el fondo del agua clara y fresca. Su timidez se le caía con su vestido en cuanto se encontraba cerca de mí, muy cerca, y una risa silenciosa invadía sus facciones y su cuerpo. Estaba como inundada por la luz maravillosa de esa risa que nacía en el fondo de sus ojos e iba cubriéndola con su esplendor. Me sentaba en el borde de la cama, después del amor, y ella posaba su cabeza sobre mis rodillas, tendida, relajada, mientras yo le acariciaba sus pesadas trenzas en que relucía un crepúsculo de oro y de cobre.

¡Oh, qué felicidad no escribir ya como estaba acostumbrado -u obligado- a hacerlo! Nada de dioses en mi prosa, nada de héroes; se acabaron las metáforas mitológicas. Soy libre -con mi secreto- para escribir como pienso y como vivo. Sencillamente. *Culta placent*¹ era mi fórmula, la capa de pintura que me he quitado del rostro al salir de Roma. Seguiré luego. Dokia acaba de entrarme el desayuno y tengo hambre.

*

Impulsado por el sentimiento del que hoy me averguenzo, pasé un día por la tienda de Gaya. Estaba allí como de costumbre, me recibió estrechándome la mano mientras me decía con gesto de indiferencia, pues su madre se hallaba presente: «Te espero esta noche». No tuve el valor de negarme, aunque mi consentimiento suponía una noche menos con Corina. Era un par de meses después de haberla yo conocido. Pero ¿cómo romper del todo con lo que ya era para mí una costumbre? Record, en seguida que Favorino había de llegar a primera hora de la tarde, de modo que podía disponer de la noche. Estábamos en octubre, si no recuerdo mal, pues hacía frío y humedad y yo temblaba bajo mi toga mientras esperaba, en la oscuridad, a que saliera la vieja. Por fin, oí un portazo y los pasos del asno alejándose por las gruesas piedras del pavimento, y entré en la casa. La *taberna* olía a crisantemos como un cementerio y el olor era tan intenso, que me faltó el aire. Mareado, tropecé con unos jarrones. Subí la escalera familiar. Desde por la mañana tenía la sensación de no portarme bien al aceptar la invitación de mi antigua amante y, en la oscuridad, entre el olor a cocina, a flores y a miseria, que por contraste me hacían pensar en los delicados aromas de la habitación de Corina, estuve a punto de volverme atrás. Pero ya notaba moverse a Gaya bajo la ropa de la cama. Como de costumbre, me quité la toga, extendí prudentemente el brazo, al inclinarme, para no tropezar con las rodillas en el borde de la cama. Y en el momento en que tocaba lo que esperaba fuesen los senos de Gaya, rasgó la noche un grito de animal herido. Era la vieja. Gaya había salido de la tienda unos minutos antes dejando a su madre acostada. Huí, mientras la madre gritaba: «¡Un ladrón! ¡Un asesino!» Gaya se vengaba así de mi traición. Nunca he vuelto a verla.

Al releer esa historia me entran unas ganas locas de reír. Aquel otoño fue la época más feliz de mi vida. Tenía un buen éxito en todo lo que emprendía, mi nombre empezaba a ser conocido y leía los primeros versos de mi *Medea*, en el círculo íntimo de M. Valerio Mesala, prefecto de Roma, donde una vez encontré al divino Virgilio y donde me codeaba con Horacio, Propertio, Tibulo y otros muchos, todos ellos glorias de la Roma de Augusto. Delia se había hecho célebre, pues Tibulo la había cantado. En vista de ello, yo me decidí a cantar a Corina. ¿Qué enamorado no ha conocido esos versos y no ha tratado de imitar la felicidad de esa pareja perfecta? Pero los versos que expresaban mi felicidad de entonces fueron, ¡ay! la causa de mi exilio. ¿Puedo acusar de ello a Corina? Debo arrojar al fuego ese pañuelo amarillo que señala, en el transcurso del tiempo, el comienzo de mi desdicha? El Imperio de Augusto es grande, pero los amores de Julia lo están corrompiendo ya. Mis *Amores* no son la causa de esta corrupción, sino tan sólo su reflejo. Mi crimen ha sido escribir sobre lo que mis ojos habían visto. Augusto, en su furor y en su

¹ Todo lo cuidado, agrada.

desilusión, ha confundido los efectos con la causa y he sido yo la víctima propiciatoria de esa confusión. Lo ha intentado todo para acabar con los vicios, para salvar la familia, para fortalecer el culto a los dioses y la patria, pero ¿quién cree todavía en todo eso en Roma, a pesar de las leyes y del esfuerzo del emperador? Y si Augusto es puro, prudente y patriota, su familia no lo es. Julia no es más casta que Artemis, pero, desde luego, mucho menos que Corina. ¡He asistido con tanta frecuencia a sus excesos de libertinaje! Pero nada me chocaba en ella, puesto que había tantas mujeres en Roma que se le parecían... Una noche, en casa de Fabio, empezó a mojar un dedo en una copa llena de vino rojo y a dibujar en la mesa los detalles más íntimos del cuerpo de Silano. Se reía como una loca y todos los invitados reconocieron que tenía talento. Se excitó y, acercándose a Silano, le quitó la toga y el resto de su ropa para que nos convenciéramos de que ella respetaba los cánones de Fidias en el dibujo, y que el suyo no era sino una buena copia de la naturaleza. Le dieron la razón. Los hombres admiraron el dibujo; las mujeres, el modelo. Después, Julia se retrató a sí misma y la escena terminó en la habitual orgía.

Augusto se enteró y se enfureció, como siempre que creía que un acto cualquiera parecía dirigido contra su persona; desterró a Silano y a Agripa Póstumo, que eran unos invitados, y expulsó de Roma a Julia. Pero ¿quién era el culpable de esos delitos delesa majestad? No quería darse cuenta de que el imperio mismo, y por tanto Augusto, había provocado esa descomposición y que, a medida que se conquistaban más pueblos, más se iba pudriendo el imperio, llevado a la ruina por las riquezas que aflúan a Roma por todas partes. En Roma hay más de 150.000 personas alimentadas por la caja imperial, 150.000 vagos que viven, en el fondo, del trabajo de los pueblos conquistados. Augusto les da de comer y los amontona en el circo para que griten «¡Viva Augusto!» y para tener así la prueba de su popularidad y de su poder. Pero, ¿quién se atrevería a decirle «La causa de la ruina radica en ti mismo y tu poder es la base de nuestra caída cercana!» Le ha sido muy fácil dejarse convencer de que la podredumbre comenzaba en mis versos. «Ovidio ha escrito *Los amores* y el *Arte de amor* (olvidando mis *Fastos*). Ha corrompido la nuestra juventud, ha dado malos consejos a las mujeres casadas (es decir, a Julia), lo ha empeorado todo: el amor, la familia, los dioses. Destruyamos la causa del mal y el mal desaparecerá.» Una noche me comunicó la sentencia: relegado a Tomis. Esa noche de las idas de noviembre que he descrito en la tercera elegía del primer libro de mis *Tristes* -escrita de camino, antes de llegar aquí- la imagen de esa última noche pasada en Roma («*Cum subit illius tristissima noctis imago...*») me llena Todavía de odio y desesperación. ¡Heme aquí acusado de destruir el Imperio, como si fuera yo el emperador! Iba de una habitación a otra, salía al jardín, volvía, buscaba por todas partes algo que llevarme, algo que me permitiese vivir en el exilio, una imagen de Roma y de mi vida pasada. Encontré dos: el *focale* y el odio contra Augusto. Es una casualidad, pero ambas imágenes tienen el mismo color.

*

No quisiera dedicar ni una sola línea al horror que ha desencadenado mi catástrofe. Pero no puedo contenerme. He de hablar. Eso me alivia. ¿Habría podido decir la verdad, entreverla siquiera si no me hubiese ocurrido esto? Por fortuna o por desgracia, ¿acaso no soy discípulo de Pitágoras? Mi rostro oficial no ha desaparecido, pues, en mis conversaciones con Honorio, hablo del «gran» Augusto, el *hijo* de César (de verdad cree serlo, como también se cree un dios) y digo que es bienhechor de los romanos. Pero el destierro me ha proporcionado otra cara, la que procuraré perfeccionar, incluso si la clemencia del *dios* me permite volver a Roma. Y no soy el único que ha tenido una exacta visión de todo esto. Quizás lo vea también Agripa. Pero soy el único que lo escribe.

A lo largo del camino, desde Roma a Brindis, desde Brindis a Lequeo y a Cenerea, de Imbros a Samotracia y a Tempiro, donde Sexto Pompeyo me dio una prueba de amistad sentándome a su mesa, a pesar de la condena que me excluye de las filas de las personas honorables, y haciéndome acompañar por una escolta para que cruzase sano y salvo el país de los

bistonios, desde Tempiro a Lamsaca, a Cícique, a Bizancio y a Dionisópolis, hasta Tomis, no he hecho más que pensar y repensar en la injusticia que se me ha infligido y en los medios de aplacar la cólera de *Júpiter*. Y sólo después de haberme instalado aquí, desarraigado de mi pasado y de toda falsedad que lo llena, sólo entonces me he descubierto a mí mismo. Sufro por estar aquí, y en mis cartas me esfuerzo para conseguir el perdón y poder retornar algún día a mi casa o, por lo menos, para que me destierren a otro sitio de clima más soportable y entre hombres que no sean unos bárbaros; pero, de todos modos, nunca me pesa ese momento en que he podido asomarme libremente a mi alma, sin asco, sin miedo y sin humillación. Fue a orillas del Ponto Euxino, cuyas aguas parecen negras a veces, como si en ellas tuviera la noche su cuna, cuando empecé a ser hombre.

*

Durante el día, quito la piel de cordero que tapa mi ventana y el sol me baña los pies como el agua caliente. Entre la *hora séptima* y la *hora nona*¹ salgo de casa para acostumbrarme de nuevo a la luz y al sol. Mi itinerario no es siempre el mismo, pero al salir me veo obligado a tomar todos los días la calle que pasa a lo largo de las murallas y que conduce hasta el puerto. Muy pocas veces está en calma la mar, y los barcos, griegos en su mayoría, se balancean furiosamente por encima de las olas antes de entrar en la ensenada. En el extremo del dique que defiende al puerto de la violencia del mar, hay un faro, grácil copia del de Alejandría en miniatura, desde luego, pues en Tomis todo es más pequeño que en los demás sitios. Hay también barcos romanos que llegan de Brindis o de Ostia y que, con frecuencia, me traen correspondencia. Mis amigos no me olvidan ni Fabia tampoco. Me envían incluso regalos, libros... La semana pasada he recibido de Fabia una colección de estilos de plata que deseaba desde hace mucho tiempo. Sigo siendo rico, pues Augusto no me ha confiscado los bienes² y estoy seguro de que Fabia vive más a gusto desde mi marcha, ya que ella lo piensa mucho antes de gastar un sestercio, mientras que yo me había acostumbrado a no privarme de capricho alguno. Cuando, algún día, consiga regresar a Roma, me encontraré con que mi fortuna ha aumentado.

Me encanta hablar con los marinos, ya sean romanos o griegos. Saben todo lo que sucede en el mundo y se parecen a mí en que le tienen miedo a Augusto, el mismo miedo que todos los seres humanos que componen el Imperio. Aquí he llegado a darme cuenta de que ese miedo se manifiesta con expresiones de gran admiración hacia el emperador. ¡Qué pequeños resultan los griegos, cuando hablan de un jefe político! Lo han perdido todo, la libertad, la riqueza y, como yo, el derecho a hablar mal. De todos sus dones del pasado, sólo han conservado el del comercio, pero esto no les basta para mantener a su pueblo en primera fila entre los demás. Todavía tienen filósofos y poetas, pero la sombra de Augusto ensombrece sus obras y seca poco a poco el manantial de su genio. Sin embargo, estos marinos me refrescan los recuerdos y les hago hablar de las ciudades y las islas que visité hace más de veinte años. Son respetuosos con nosotros, pero una leve sonrisa que apenas se les nota, revela cuál es la verdadera opinión que tienen de los romanos. Nuestros marinos no quieren mezclarse con ellos, pues esa sonrisa los humilla. Hay a menudo peleas en los tabernuchos de las callejuelas que van desde el puerto al centro y ya he presenciado algunas. Los dioses no combatían con menos violencia. Lo rompen todo, ruedan por el fango, agarrados, y he visto un marino de Samos lanzado por una ventana como un proyectil. Estaba seguro de que aquel hombre iba a estrellarse, pero se levantó en seguida para seguir peleando. Se cubren el brazo derecho con un trozo de tela enrollada que les sirve de escudo. Sus blancos dientes relucen como cuchillos. Pero es muy raro que se vierta sangre, pues todos ellos son maestros en el arte de la lucha silenciosa en el fondo de un figón, en las tinieblas de un lupanar o en un rincón de una calle mal alumbrada. Solamente las mujeres gritan, pero cuando

¹ De mediodía a las 3,45; solsticio de verano.

² La *relegatio* no implicaba la confiscación de los bienes.

llegan los guardias sólo encuentran los frutos de la tempestad: algún herido, los *thermopolae*¹ estupefactos o también heridos, los barriles y las ánforas que se han roto y el vino rojo que fluye hasta la calle.

Entro a veces en esos tugurios, cuyos dueños suelen ser griegos. El vino es bueno, pues lo traen de las islas, mientras que otros venden vino del país, un poco más agrio y bastante fuerte. Sabe a esa tierra que no conozco. Me han dicho que los getas son muy buenos bebedores y que durante el invierno entierran las viñas para que no se hielan. El frío hace estallar muchas veces las ánforas y se necesita romper en pedazos el vino y en seguida recalentarlo ante el fuego para que vuelva a ser líquido. En Roma habría jurado que la vid no crece bajo la Gran Osa y que lo que llaman «hombres» se reducían aquí a unos animales de dos patas desprovistos de sentimientos y de razón. Pero veo que las mujeres son más puras aquí que en Roma, a juzgar por Dokia, y que los hombres son más hombres. Se puede vivir dondequiera que pueda uno encender fuego y hablar con alguien. Roma no es más que un capricho y un puntito, quizá demasiado brillante, en medio de la noche humana.

Ayer por la tarde visité a Artemis en su casa, que está al otro extremo de la ciudad. Comparadas con las distancias de Roma, las de aquí son ridículas, pero las calles están siempre cubiertas de fango, de nieve o de polvo. Artemis me esperaba y me había preparado una comida deliciosa, verdaderamente deliciosa si la comparo con los manjares primitivos y monótonos que me presenta Dokia. Incluso había almendras azucaradas, aceitunas negras, higos secos, vino de Quío, regalos que los ricos armadores y capitanes le hacen a Artemis. No es, ni mucho menos, tan hermosa como Corina, pero posee el refinado arte de vestirse con sencillez y elegancia y sabe decir cosas que enardecen la sangre y amabilidades tontas, pero excitantes. Representa su papel con talento y no le pido más. Su conversación es sólo una preparación para el amor. Todo lo que cuenta se refiere a hombres y a mujeres que se aman apasionadamente, a parejas perfectas o bien a los amores de los dioses, que son las historias más picantes y las que constituyen el tesoro afrodisíaco de toda cortesana que domine su oficio. He notado, a lo largo de mis innumerables aventuras, que el adulterio, cometido por Marte y Venus, la esposa de Vulcano, era siempre considerado como el excitante más eficaz. Muchas veces, cuando estamos amándonos, Artemis me murmura: «Oh, Marte, amor mío.» Con lo cual se considera como Afrodita.

La escucho con agrado, pues habla el griego maravillosamente. Ayer hice honor a su festín y me dio detalles de su vida. La mitología se mezcla a menudo de modo desconcertante con todo lo que dice y ha llegado a la feliz insensatez de confundirse a sí misma con la diosa del amor y con otros personajes menos famosos. Corina era mucho más realista.

La historia de Artemis comienza con esta evocación absurda: vivía en Sestos, a orillas del Bósforo, y sus padres eran ricos. Se había enamorado de un joven que vivía en la ciudad de enfrente. Abidos, situada en la orilla donde Trova elevaba antes sus gigantescas murallas protegidas por los dioses. Para verla, cruzaba todas las noches a nado el mar y ella lo esperaba, acompañada por la mujer que había sido su nodriza, y agitaba una antorcha cuya llama orientaba al nadador. Se amaban en la playa aún caliente, a la luz de las estrellas, arrullados por la música de las olas del Helesponto mientras la nodriza dormía. O fingía hacerlo, cerca de ellos. Pero una noche Artemis, cansada por tantas noches sin sueño, se durmió también, se le cayó de la mano la antorcha, que se ahogó en la arena. Y el joven, que luchaba contra el oleaje, se ahogó al faltarle la guía de aquel amoroso faro. Enloquecida por el dolor, Artemis huyó de su hogar (su madre era milesia) y se embarcó en el primer barco que encontró, el cual la llevó a Tomis donde, para olvidar y para vivir, se convirtió en la cortesana favorita de los personajes de más elevada posición y de cuantos tuviesen el suficiente dinero para pagarse una noche con ella.

Es una historia muy triste. Y Artemis la cuenta con tanta convicción que no me atrevo a recordarle la de Hero y Leandro, tan parecida a la suya. Seguramente hay algo de cierto en esa tragedia de que parte su vida posterior, pero me parece inútil trazar aquí la línea que separa la verdad del mito. Muy probablemente ella sería incapaz de reconstruir exactamente los hechos

¹ Taberneros.

porque al contar centenares de veces la muerte de su amante, tal como ha logrado entremezclarla con la de Hero y Leandro, se toma a sí misma con más facilidad por Hero que por la que realmente ha sido. Confunde a su primer amor con el de Hero y a los demás, a sus otros innumerables amores, con los de Afrodita. Su juventud fue terrenal y pura mientras que su vida de cortesana, al confundirse con la de diosa, viene a ser un fragmento de la impureza del Olimpo.

Esta vez no he podido evitar preguntarle: «¿Sabes que tu historia me recuerda la de Hero y Leandro? ¿La conoces?» «No», me ha respondido, impávida, «pero no me sorprende. Toda mi vida está formada con semejanzas divinas. Un oráculo me predijo que estaba destinada a un dios. Podrías ser tú mismo ese dios que espero. No tengas miedo, no se lo diré a nadie». Se deslizó hasta quedar en el suelo y me abrazó las rodillas con sus brazos desnudos. No me hago ilusiones: estoy seguro de que veen cada cliente el dios al que está predestinada. Sus decepciones deben de ser muy frecuentes. He necesitado llegar a Tomis para hallar a alguien que tenga una fe intacta como la de los tiempos de Ulises, cuando las metamorfosis eran cosa cotidiana. ¿Qué cortesana de Roma sería capaz de creerse Venus, de confundir su primera locura con la de Hero y de esperar cada noche, en su lecho mancillado, al dios capaz de darle el verdadero amor y de hacer de ella una estrella eterna o un manantial en el lindero de un bosque?

Había mucha oscuridad cuando salí de su casa, pero la ciudad brillaba a la luz de la luna. Pasé a lo largo de los diques y en el fondo de mi memoria fueron tomando forma dos versos de la carta que Hero escribió a Leandro* antes de la noche fatal:

*Unda repercussae radiabat imagine lunae,
Et nitor in tacita nocte diurnus erat.*¹

He subido esta mañana, acompañado por Honorio, a lo alto de las murallas. Del lado de tierra, se divisa una extensión tan inmensa como del lado del mar. Brillaban los cerezos en flor como cirios, esparcidos por la tierra ondulada. Desde la torre occidental, que protege la entrada principal de Tomis, se puede ver toda la ciudad, el mar y la tierra de los getas, de un verde más suave que el de la mar tan misteriosa y lejana. Cerca de las murallas unos labradores abrían unos surcos minúsculos con arados de madera tirados por bueyes blancos que no empujaban el yugo con la testuz, como en mi país, sino con el pecho. Le dije a Honorio que este sistema me parecía más práctico puesto que la fuerza del animal está más en los músculos del pecho que en los de la testuz, frente y cuello. Honorio se encogió despectivamente de hombros. Desprecia a todo lo que ocurra fuera de Italia. Me replicó que esta tierra apenas producía y que los getas llegados del oeste y del norte incendiaban con frecuencia la cosecha cuando el trigo había madurado. Añadí: «Augusto tendrá que someter algún día esta tierra, hasta más allá del Danubio, a la ley de Roma para darle paz y prosperidad.» Y para enseñarles a estos bárbaros a uncir bueyes..

Roma le paga una buena soldada y él sabe que, dentro de un par de años, lo trasladarán a Grecia o a Italia, según sus méritos. Así, es natural que sólo hable en esos términos. En cambio, yo no quería que estos hombres libres se vieran obligados algún día a edificar templos para glorificar a Augusto.

*

Tengo mucho tiempo por delante. Mucho si lo cuento por horas y por días. Pero poco si pienso en los años de y vida que me quedan. Pitágoras decía que la vida está dividida en cuatro períodos: «La infancia, hasta los veinte años; la adolescencia de veinte a cuarenta; la juventud de cuarenta a sesenta; y la vejez de sesenta a ochenta.» Según ese cálculo, me encuentro en plena juventud. Pero es más probable que el sabio que Crotona haya querido decir «madurez» en vez de

* «Alejandro» es el nombre que figura en el libro impreso, error aquí corregido [Nota del escaneador]

¹ Las olas devolvían la imagen de la luna y en la noche silenciosa lucía la claridad del día. (*Heroidas*, Epístola XVIII, 77-78.)

«juventud». Y, si me hubiera conocido, me habría incluido sin duda entre los viejos, sobre todo si le hubiese hablado de mis relaciones con las mujeres. Solía decir Pitágoras: «Hay que usar de Venus sólo en el invierno, nunca durante el verano; de vez en cuando en otoño y en primavera, pero, en cualquier época, es algo que consume y muy mala para la salud.» Uno de sus discípulos le preguntó cuál era el tiempo más adecuado para dedicarse al amor, y él le respondió: «Cuando quieras debilitarte.»

Desde mi juventud conocía yo las enseñanzas de Pitágoras. En *Las Metamorfosis* le he dedicado una gran parte del libro XV. Pero, ¿acaso he tenido en cuenta su sabiduría? He hablado de «los dioses» cuando él se refería a un solo dios; he comido carne contra su oposición a todo alimento procedente de un animal; predicaba el uso moderado de Venus y yo no he hecho más que abusar. Ha sido un exiliado, como yo, puesto que eligió Crotona como lugar de su exilio para huir de los abusos del tirano Polícrates. Entre los esclavos que tenía cuando vivía en Samos, su isla natal, se hallaba Zamolxis, el sacerdote que más tarde había de convertirle en *pontifex maximus* y único dios de los getas, mis vecinos. ¡Qué extraña coincidencia! Me encuentro en este momento ante todos los entusiasmos y todas las angustias de mi juventud: Pitágoras, Zamolxis, Medea. Algún día hablaré de Medea, símbolo de mis primeros triunfos en Roma y fundadora de Tomis. Vivimos siguiendo un camino ascendente; llegamos a un punto culminante y empezamos a descender cruzando en sentido inverso todos los misterios que habíamos atravesado en nuestra marcha hacia arriba. Y así resulta que la muerte es sólo un retorno. O, como lo decía Pitágoras, el camino hacia un nuevo nacimiento. Pienso pedirle a Dokia que me informe sobre su religión, sobre su Zamolxis, antiguo esclavo de mi maestro.

*

Querría difundirla verdad sobre él hasta los partos, hasta el fondo del Africa y de Germania, ir cantando a los pueblos sometidos, deslumbrados por su gloria y su leyenda moral, la verdad acerca de la moralidad de Augusto. En la defensa que hice de mis libros escribí en la Elegía única:

*Ilias ipsa quid est, nisi turpis adultera, de qua
Inter amatorem pugna virumque fuit.*¹

Si acusan a mis libros de haber estimulado el adulterio, ¿qué hacen las obras maestras del pasado sino cantar esos amores prohibidos que llenan de párrafos y penas las leyes de Augusto? Al mismo tiempo aludía yo a la falta de Julia y al grave pecado sobre el que ha levantado el emperador su propia felicidad conyugal. En efecto, ¿acaso no es el héroe de un adulterio? ¿Y toda su vida sentimental y conyugal, no es una larga serie de faltas y de crímenes previstos y castigados por la *Lex Julia de adulteriis et de pudicitia*? Comprometido a casarse con la hija de Servilio Isáurico, rompe su noviazgo para casarse con Clodia, la hija de Publio Clodio y de Fulvia, pariente de Antonio. Cuando sus relaciones con Antonio, y por tanto con Fulvia, se estropearon, el emperador envió a Clodia con su madre sin haberla llegado a tocar, desde luego, pues Clodia no tenía aún los doce años. Y es que sólo se había casado con ella para ingresar en la familia de Antonio. Luego contrajo matrimonio con la madura Scribonia, de la familia de Sexto Cornelio, y de ella tuvo su única hija, Julia, a la cual enviaría más tarde a la isla de Pandataria. Es cierto que Scribonia nada tenía de una Venus ni una Helena, y que era mayor que él, pero el protector de la familia romana no se divorcia por tan poco.

Conoció a Livia y se casó con ella quitándosela a su marido, el pobre Tiberio Claudio Nerón, antiguo enemigo de los triunviros, el cual cedió su propia mujer al César todopoderoso para salvar así su vida. Regaló su mujer a Augusto y recibió a cambio la libertad. Se decía en

¹ ¿Qué es en el fondo la Ilíada, sino un innoble adulterio por el que luchan el amante y el marido? (*Tristes*. Libro II. 371, 373.)

Roma que era tan grande el deseo que sentía Augusto de tener a Livia en su cama, que la obligó a acudir a la ceremonia nupcial cuando estaba a punto de dar a luz. Este niño, nacido en la familia de Augusto, era Tiberio, el hijo del anterior esposo de Livia. Y cuando Julia fue bastante mayor, el emperador obligó a Agripa, y luego a Tiberio, a que se divorciaran de sus esposas para que se casaran por turno con ella. ¿No es todo esto más complicado, más inhumano y más inmoral que la historia de amor que motivó la guerra de Troya? ¿Y no son los versos que él mismo escribió en su juventud mucho más indecentes que los míos? Nunca me perdonará, pues he visto y dicho demasiadas cosas. Y por supuesto, tienen que haberle causado muy mal efecto esas últimas alusiones de mi Elegía. Ha hecho leyes para castigar a los otros porque se considera fuera de toda ley. Lo que le hace daño y le recuerda lo que es en realidad, son mis versos. El tono servil y adulador que he adoptado en mis cartas no podrá borrarle la sombra de Ovidio, testigo de su pasado y de sus torpezas y presente en Roma en estas cartas que sólo son serviles para conseguir su objetivo.

*

Huir, pero ¿adónde? Sólo en Roma merece la vida ser vivida. O en Grecia. Pero todo el espacio habitable de la tierra se encuentra al alcance de Augusto. Yo iría con gusto al país de los getas, pero estoy seguro de que su tierra no es más que un Tomis inmenso, donde pagaría la libertad con lo que me queda de salud y de esperanzas en este viejo cuerpo gastado cuyo único consuelo es la ilusión de regresar a Roma.

Conocí el otro día al capitán de un navío que zarpaba con rumbo a Trebisonda. Una vez allí, habría yo podido encontrar una caravana que se dirigiera al Oriente, hacia la India, o quizá más lejos, más allá de toda frontera conocida. Habría sido libre una vez llegado, habría podido decir toda la verdad. Ese marino estaba dispuesto a llevarme con él mediante una pequeña cantidad de dinero. Ignoraba quién era yo. Volví a mi casa después de haberme citado con él para aquella misma tarde, en un estado de agitación que puso fuera de sí a mi perrito «Augusto». Dokia me ayudó a preparar una alija y un cofre, sin decir palabra, pero sus ojos me miraban con inquietud y su mirada tenía la misma expresión de pánico que la de mi perro. Luego, al querer mover el cofre, un dolor de riñones me inmovilizó. Tuve que tenderme ayudado por Dokia, mientras que «Augusto», con las patas delanteras apoyadas en el borde de la cama, movía la cabeza como si quisiera preguntarme qué me había ocurrido. Estaba tan gracioso que interrumpí mis gemidos para romper a reír. Sin embargo, las lágrimas no se retiraron de mis ojos. Este dolor, que duró más de una hora, me hizo abandonar mi proyecto. Huir, a mi edad, era una aventura imposible. Las alegrías se van encogiendo a mi alrededor como la luz en torno a un fuego que se apaga. De ahora en adelante todo se reduce al lecho y a la mesa. Dormir, hacer el amor, comer y escribir. He rogado a Dokia que y olvier a ponerlo todo en su sitio y he salido en compañía de «Augusto». El sol estaba aún alto en el cielo cuando, después de haber dejado atrás la ciudad, subí a una duna a la orilla del mar. En esta colina armoniosa, cuya altura no es mayor que la de mi casa, crecían flores y hierbas raras. Me senté y pude contemplar hacia el sur la alargada playa que se iba elevando hasta convertirse a lo lejos en un alto acantilado. El agua era azul y estaba en calma y las corrientes dibujaban en la superficie como unos caminos. A mi izquierda veía claramente el puerto de Tomis con la ensenada y el faro alejandrino. El barco que había de llevarme pasó ante él hacia la hora duodécima¹ y los remos quedaron inmóviles cuando el viento empezó a henchir las velas. Lo seguí con la mirada y desapareció, directamente delante de mí, hacia el este, más allá de la línea pura del horizonte. No sentí pesar por no ir yo en él. Me tendí en la arena caliente y fina, más fina y más clara que la de Ostia, y me dormí. Tuve entonces el mismo sueño que siempre tengo aquí cuando mi espíritu se halla sereno. Me veo en Roma, en mi casa, paseando por el jardín. Llego ante el muro del recinto y me parece demasiado alto y mal colocado. Querría mandarlo derruir para tener de nuevo ante mí la perspectiva del Monte Mario. Le comunico el

¹ Después de las seis de la tarde.

proyecto a mi mujer que me mira extrañada y me dice: «¿Para qué y as a echar abajo este muro? Por lo menos te impide mirar a Tomis.» Entonces recuerdo que detrás de este muro se encuentra Tomis y que no tengo el menor deseo de verlo.

Cuando me desperté aún seguía el sol en el cielo. Me di cuenta de que Dokia estaba sentada, no lejos de mí, del lado del mar. Arrojava piedras al agua y «Augusto» se zambullía para encontrarlas; y al salir daba locas carreras por la playa. Dokia reía silenciosamente. Tanto la mujer como el perro se sentían felices porque yo no los había abandonado. Tuve la sensación de encontrarme en mi casa, en medio de un pequeño mundo familiar: una mujer, un perro, una casa, seres y cosas que se habían acostumbrado a mi presencia y no podían ya privarse de ella.

Mientras me levantaba, Dokia se acercó a mí y me invitó a su casa. «Es muy cerca de aquí», me dijo, y me dio la mano para ayudarme a descender la pendiente de la duna. El ruido de las olas que se rompían sobre la playa y el olor de las algas que se pudrían al sol me hicieron amar de repente este paisaje solitario. La mano de Dokia me reconciliaba con esta tierra, con este inmenso ruido de las aguas que nada tiene de ese murmullo de las olas que se deshacen en nuestras playas.

La casa de Dokia está en los límites del barrio pobre y está situada en medio de un jardín y un huerto entre el mar y las murallas meridionales, no lejos de la duna. Para llegar a ella hay que atravesar unas huertas en que la lechuga, las coles y los tomates crecen entre canalillos. Está la casa blanqueada con cal y delante tiene una especie de terraza cubierta, sostenida por unos pilares de madera y abierta hacia el jardín. El techo, inclinado, se compone de minúsculos trozos de madera colocados unos sobre otros como las escamas de una coraza. A la entrada del huerto esperaba una niña rubia de tres años parecida a Dokia. El padre de ésta, un anciano, vigilaba apoyado sobre una azada, la pequeña corriente de agua que, fluyendo por los canalillos, iba a parar a un cuadrado de lechugas. Me saludó en lengua geta y prosiguió su trabajo mientras que la niña nos seguía por la terraza cuyo suelo, como el de toda la casa, es de tierra apisonada. Hizo que me sentase sobre un redondo escabel de tres pies y me trajo una cucharada de miel sumergida en el fondo de un cubilete de agua fresca.

Dokia y yo nos entendemos ya perfectamente, pues ha adelantado mucho en latín y yo he aprendido bastante de la lengua geta. Desde la terraza se veía el mar por encima de las dunas, como una muralla verde rodeando el horizonte. También se sentó ella en otro escabel aunque a una respetuosa distancia.

La pequeña la rodeaba por la cintura con sus brazos. Por decir algo, le pregunté: «¿Cómo te llamas?» «Dokia.» «¿Y tu padre?» La niña no respondió y miró a su madre, que me dijo: «Su padre está lejos.» Pero no pronunció su nombre. «¿Es geta como tú?» Murmuró un «sí» con el cual quería poner fin a mis preguntas. Así que yo no me había engañado. Había un hombre y una niña en la vida de Dokia y un secreto que no quería revelarme, por lo menos por ahora.

-¿No te dan miedo los getas? Está al servicio de un romano y podrían matarte un día. ¿Por qué no te quedas a vivir en la ciudad?

Movió la cabeza.

-No. Mi padre tiene su huerto y la pequeña puede jugar aquí entre los árboles o a la orilla del mar.

Soy feliz así.

-¿Eres feliz, Dokia?

Lo afirmó con la cabeza.

-Sin marido, tan joven y tan hermosa, ¿cómo puedes ser dichosa?

-Para ser feliz, no se necesita tener todo lo que se desea. Sé que no piensa usted así, pero así es.

-Quizá tuviese razón, pero nuestra situación no era la misma.

-¿Sabes, Dokia, que yo poseía todo lo que un hombre puede desear y que, sin embargo, no era feliz? -Me dijo: «Sí» e hizo que la niña se fuera a jugar al jardín. Luego, añadió:- Nadie es dueño de su destino, ni de su felicidad.

-¿Quién es, pues, nuestro dueño?

Me respondió sin vacilar:

-Zamolxis.

Este nombre llenó la tarde. Era como si lo hubiesen pronunciado el cielo, el jardín y la mar, tan grave y sonoro resultaba, tan triste y poderoso según su manera de ser y de pensar. Me sentí como invadido por su fuerza, como obligado a obedecerle y creer en él. ¿Se había convertido, antes incluso de que yo lo conociese, en el dueño de mi destino? Aquella mujer sentada ante mí, había pronunciado su nombre y era la primera vez que yo lo oía proferido por unos labios humanos.

Al escribir estas líneas, recuerdo una cosa extraña: sentado delante del jardín rústico cerca de Dokia y mientras hablamos lo que he referido, me había olvidado completamente de mi desdicha, de dónde estaba y por qué estaba allí. Por boca de la joven, entraba yo en relación con lo que Pitágoras llamó hace quinientos años el *dios único*. Y todo se borraba ante esta noticia que ya conocía en el fondo, pero cuyo verdadero conocimiento me esperaba al extremo de la tierra bajo los muros de Tomis, como el solo consuelo posible. Porque es cierto que no somos dueños de nuestro destino.

SEGUNDO AÑO

¿Hay pájaros más trágicos que esas gaviotas de armonioso vuelo cuyo chillido me desgarran el alma como si anunciara un desastre, como si intentase resucitar el recuerdo de otra vida dedicada a los crímenes más horribles? Pienso en Medea... Las nubes están bajas, cubren todo el cielo y le dan al mar un color siniestro, verde y gris a la vez, sobre el que se destacan las alas blancas de esas aves de la desgracia que, de vez en cuando, bajan rápidas para coger un pez. Se mantienen en equilibrio sobre sus alas y lanzan su agudo grito en la tempestad como si quisieran librarse de la carga de su pasado.

Me encuentro en la colina, cerca de la casa de Dokia. Estamos en invierno, Todavía templado, pero estoy seguro de que el viento del norte nos traerá la nieve esta noche o mañana. Las hierbas se han secado y el viento silba al pasar por entre las ramas huesudas y atormentadas. El mundo está lleno de dolor y la vida pasa a través de los hombres, lo mismo que ese viento, haciendo temblar los cuerpos y las almas: el invierno está cerca, el verano fue sólo ese breve espacio deslumbrante en que la muerte es posible. No se ve a nadie. La orilla y las aguas están desiertas y, a lo lejos, el puerto está vacío. Sólo quedan las gaviotas para soportar este clima y para hacerle eco a esta naturaleza inhóspita. Con esa misma indiferencia y olaban el día en que Medea mató a su hermano aquí, en esta misma orilla, entre estos gritos todos iguales, hechos para acompañar a los pecados de los hombres. Desde lo alto de esta colina, o quizá de aquel acantilado que se pierde hacia el sur, divisó Medea el navío de Aetes, su padre, al que ella había abandonado antaño para seguir a Teseo. Había sido esposa de Jasón, a quien ayudó en la conquista del vellocino de Oro en Cólquida, situada en esta misma orilla, un poco más al norte. Había matado... pero esta historia la he contado ya. Veo ante mí a la bella y malvada hechicera errante por esta playa extranjera con su mirada llena de angustia. Su padre dio por fin con ella y estaba a punto de desembarcar: Medea no podía escapar a su cólera... «y, aunque le quedaba aún en el espíritu una inmensa audacia, la palidez invadió el rostro de la estupefacta mujer». Estos versos de la Novena Elegía, escritos hace menos de un año, avanzan hacia mí al ritmo del oleaje como si la mar fuese mi memoria. «Estoy perdida, tengo que retrasar a mi padre por medio de alguna estratagema» En su vida abundaron las estratagemas. ¿Acaso no conquistó con una de ellas a Jasón? El arte de la magia no tenía secretos para ella. Pero ante su anciano padre no le valían las fórmulas mágicas; se le mezclaban en la cabeza, se le borraban, y de nada le servía la magia. Hasta el grito de las gaviotas le impedía pensar. El viento batía los tallos secos de la hierba y el ruido de las olas la enloquecía. Cerca de ella se encontraba su hermano Absyrte. Encontró en él la solución. Con su propia espada le atravesó su inocente costado y despedazó el joven cuerpo hecho de su misma carne. Después colocó muy a la vista en lo más alto del acantilado la sangrienta cabeza y las manos pálidas de Absyrte como un faro deslumbrante, más intenso que la luz, para que su padre las viera de lejos. Después arrojó por la playa y los campos los miembros descuartizados que Aetes, en su obstinada persecución, descubriría entre la maleza y las piedras. De este modo tendría que retrasarse para coger estos horribles fragmentos y Medea podría ganar tiempo en su fuga. Estoy viendo esta fuga, oigo los lamentos del viejo Aetes inclinándose a cada paso para no abandonar a los cuervos la carne de su hijo y, sin embargo, avanzando para castigar a la hija criminal. Medea estaba ya lejos cuando el anciano logró, por fin, dar sepultura a todo el cuerpo despedazado, a este cuerpo cuyo recuerdo planea, como un vuelo de gaviotas, sobre la ciudad de Tomis.

*Inde Tomis dictus locus hic, quia fertur id illo.
Membra soror fratris consecuisse sui.¹*

Hoy comienza mi segundo año de destierro. El año próximo por estas fechas, hará ya unos meses que estará en Roma. Augusto habrá muerto probablemente, mis libros se encontrarán de nuevo en todas las bibliotecas² y contaré, en las Termas o en mi casa junto al fuego, las terribles hazañas de Medea. Esta mujer me horroriza y, al mismo tiempo, me inspira una profunda piedad. Fue juguete de los dioses, que impulsan a los hombres a cometer estos actos odiosos para luego poderlos castigar mejor.

Una noche me despertaron los ladridos de «Augusto». El viento soplaba con todas sus fuerzas, llovía y el fuego se había apagado en el hogar. Tranquilité a «Augusto» y, mientras procuraba volverme a dormir, oí claramente una voz de mujer que gritaba en la noche: «¡Medeaaa, Medeaaa!» El perro volvió a ladrar. Y tuve miedo, encogido en mi frío lecho.

*

Ha pasado otro invierno con sus nieves, sus ráfagas y su aislamiento. He oído de nuevo el aullido de los lobos y los gemidos del viento sobre el techo de mi casa. Y he estado enfermo mucho tiempo. Mi cuerpo, sacudido por la fiebre, no ha abandonado la cama durante dos meses, mientras que mi espíritu como un ciervo que recobra la libertad, no ha cesado de recorrer y oluptuosamente todos los caminos del pasado. Me bastaba un olor a madera quemada para encontrarme en casa rodeado por los míos; un olor a carne asada me sumergía en la infancia haciéndome revivir los inviernos de Sulmona cuando el cocinero de mis padres asaba en el patio un gran cerdo de Hungría, condimentado con laurel y con hinojo silvestre; y del perfume de una rosa marchita que Artemis me ofreció una noche, surgían en mí las noches pasadas en casa de Gaya, de Corina, de tantas otras mujeres amadas o sólo deseadas al final de una orgía. He tenido tiempo de rehacer todos mis libros, de escribir otros con el leve estilo de la imaginación, y, sobre todo, he tenido más tiempo que nunca en mi vida para pensar en mí mismo y dejarme acunar por la dulzura del pasado y sacudir por la realidad de este presente que es para mí un contacto despiadado con la verdad de la vida. Todo hombre que envejece debe de tener esas horribles visiones que lo arrancan de la ilusión cotidiana y le hacen ver la inutilidad de cuanto ha hecho y de cuanto ha sido, pero el inmenso mecanismo de la mentira diaria, de la familia, la riqueza, la casa, los amigos, y el paisaje natal, está ahí siempre dispuesto a cogerlo de nuevo y situarlo en el comienzo de una nueva ilusión. Así, estamos hechos de pequeñas eternidades que nos conducen a la muerte entre los lúgubres calveros de esos momentos realistas que acabarían por matarnos más pronto si tuviéramos el valor de prolongarnos. Al venir a Tomis, lo primero que me he visto obligado a abandonar ha sido la maquinaria de la mentira. Y estaba a punto de inventarme otra cuando la enfermedad me ha puesto implacablemente delante de mí mismo. ¿Quién puede ser más puro, quiero decir menos manchado de ilusiones, que un exiliado en Tomis? Soy como el bandido Selouros, solo en medio del Foro ante los animales salvajes que dentro de unos instantes van a arrojarse sobre él y, también como Selouros, sé muy bien que no me queda esperanza alguna.

Por cierto, que una noche le conté a Dokia, que casi no se ha separado de mí durante estos dos meses, la muerte de Selouros. Se me habían quitado los dolores, no tenía ya fiebre, mis pulmones funcionaban bastante bien, y podía hablar. Selouros era un asesino famoso en mi juventud, un bandido del sur de Italia que se impuso durante largos años en los caminos y en los bosques. Un día la policía lo detuvo y lo llevó a Roma. Augusto transformó su castigo en espectáculo. Fui a verlo en compañía de Corina, que asistía a las *munera* y a las *venationes* con

¹ De ahí que este lugar se llame *Tomis*, pues según se dice, allí fue donde una hermana despedazó los miembros de su hermano. (*Tristes*, Elegía IX.) *Tomis* significa en griego *recorte*, *amputación*. En este libro se adopta el nombre latino y rumano *Tomis*.

² Augusto había suprimido los libros de Ovidio en todas las bibliotecas públicas.

una asiduidad que no se debía tanto al deseo de contemplar la muerte y los suplicios de los gladiadores y de las fieras, como al de lucirse en medio de la elegante multitud del circo. Selouros fue, pues, encadenado a una picota levantada en el centro del Foro y lanzaron contra él panteras y leopardos hambrientos. Yo había visto algunas *venationes* aunque no me gustaba este género de espectáculos, pues casi siempre eran las fieras las que perdían la partida, pues tenían que habérselas con hombres bien armados y que dominaban su arte. Esta vez habían atado al hombre. Cuando las fieras se le acercaron, sólo pudo arrojar arena con su pie derecho a los ojos de una pantera que se preparaba a saltar sobre él. Aún tengo en la memoria cómo se frotaba la pantera con una pata sus ojos lastimados. Era una actitud de inocencia infantil. Durante unos momentos, la tragedia que se desarrollaba ante mí tomaba el aspecto de un juego: el hombre parecía un muchacho un poco cruel que, impulsado por una brusca cólera, había arrojado polvo a los ojos de un gato que más bien esperaba recibir una caricia. Pero la ilusión sólo duró un instante. Selouros seguía arrojando arena en dirección a sus enemigos con la alocada rapidez del que cree haber encontrado en un movimiento insensato su medio de salvación, cuando un leopardo saltó por encima de la pantera cegada. Cerré los ojos y me tapé los oídos, pero demasiado tarde. Había visto la mirada asombrada del criminal, la sangre que brotaba a borbotones de su garganta y había oído el grito, más breve que un relámpago, ahogado en seguida por la sangre. La espera de la muerte había sido larga pero la muerte misma sólo duró un instante. El cuerpo del asesino fue devorado con gran rapidez, pues cuando volví a abrir los ojos sólo vi la cuerda ensangrentada que colgaba de la picota allí donde unos minutos antes había unas manos vivas, unas manos de hombre; las fieras, que se mataban unas a otras a zarpazos y mordiscos, hacían temblar el aire de Roma, con sus rugidos.

Al terminar mi relato, le dije a Dokia:

-En este momento soy como Selouros.

Y ella me respondió sonriente:

-Entonces, yo sería la pantera, ¿o quizás el leopardo?

-No. Tú serías la absurda esperanza. La arena arrojada a los ojos del destino.

Desde que se encuentra a mi servicio, ha pasado un año y ha aprendido a sonreír. Se ha hecho amiga mía. Sin embargo, nunca me habla de ella misma, y su vida sigue siendo un misterio para mí. Sé que no me odia y también he llegado a saber que nunca me amará, pues su corazón lo tiene otro hombre, y el cuerpo de una mujer geta no traiciona a su corazón. Sólo econtaré con su amistad o con su piedad. Me limito, pues, a aplicar los principios de mi *Ars amandi* en mis relaciones con Artemis pero, ¿cuánto tiempo me durará?

*

Honorio también ha venido a verme en estos meses de inmovilidad. Es corpulento y, envuelto en su *penula*,¹ parecía aún más grande y más impregnado de romanidad. Es uno de esos peones que Augusto ha esparcido por el mundo para defenderse de los peligros más lejanos e insospechados. Tiene los ojos castaños, pequeños y, por lo menos al principio de nuestra relación, me las ingeniaba para descubrir en el fondo de ese color de sus ojos (que me recordaba a los descendientes de los etruscos de Umbría) unos reflejos de bondad y de inteligencia. Fue él quien hizo entrar a Dokia en mi casa y quien me presentó a Artemis. Pero después de la conversación que sostuvimos en las murallas, no había vuelto a buscar su compañía y nuestras relaciones no eran ya tan amistosas.

Cuando me visitó tenía yo que esforzarme para hablar, ya que me hallaba al principio de mi convalecencia. Así que fue él quien tuvo que elegir los temas de conversación y desarrollarlos a su gusto. Su figura había cambiado en algo; me parecía más delgado y más preocupado, pero de pronto me di cuenta de que el cambio que yo notaba no era cosa del interior, sino que la transformación se debía a la barba que se había dejado crecer como los romanos de los tiempos de

¹ Gran abrigo de lana lisa que se llevaba en los días de frío, viento y lluvia.

Caton el viejo. O como los getas. Le señalé la barba sonriendo. Se sonrojó un poco, y me dijo: «Así tengo menos frío.» Pero comprendí en seguida que la explicación era distinta. Tampoco los griegos llevan barba desde los tiempos de Alejandro. Solamente los bárbaros han seguido esa costumbre que los asemeja a las fieras. La conversación se deslizó en seguida por otro terreno y solamente ahora, al escribir, he recordado la barba de Honorio, quizá porque establezco una curiosa relación entre esta barba y las palabras que el centurión pronunció unos instantes después. Entró pronto en el tema, ya que su inteligencia no es sutil.

-A usted no le han gustado nunca los militares, ¿verdad? -me preguntó-. Incluso ha escrito usted versos donde exterioriza ese sentimiento. Hace años que he leído sus versos, no recuerdo ya en cuál de sus libros. La profesión de las armas no le es simpática y le parece un crimen matar hombres.

Hice un gesto de afirmación con la cabeza y me invadió un súbito terror. Este hombre había recibido órdenes de Roma y me interrogaba. De manera que estaban acumulando nuevas pruebas contra mí para justificar mi eliminación. Esto formaba parte de la técnica imperial. Han asesinado a personas mucho más importantes que yo y estos muertos son los que perturban el sueño de Augusto y de Livia. Sin embargo, la mar está helada. ¿Quién le habría podido traer instrucciones a Honorio en pleno invierno? El interrogatorio continuó:

-Hace años que he salido de Roma. ¿Puede usted decirme, con toda confianza, si hay mucha gente en Italia que piensa como usted? sé que después del desastre de y aro en Germania le ha costado mucho trabajo al emperador encontrar jóvenes deseosos de alistarse en las legiones y de consagrarse a la vida militar.

Era verdad. De modo que me acusaban de algo aún más grave. Yo no era sólo el corruptor moral de las mujeres romanas, sino también de la juventud masculina, porque en mis versos habían aprendido los futuros soldados a despreciar al ejército y sus honores. ¿Para qué defenderme? Quién sabe cuántos dolores me habría ahorrado una muerte violenta.

-Sí -respondí-, lo que dice usted es cierto. La juventud de hoy ha perdido el entusiasmo bíblico, pero hacerme culpable de todos los males que afligen al Imperio, es concederme excesiva importancia.

-Ésa no es mi intención. No le acuso a usted de nada. He admirado demasiado su poesía para creerla culpable. Además, yo también soy un militar a quien no le gusta su profesión.

Esta afirmación no dejó de sorprenderme. ¿No estaría yo siendo víctima de una simulación? Durante todo un año de relación bastante estrecha con Honorio, nunca observé, un divorcio entre el hombre y su uniforme.

-¿Cree usted que estamos procediendo con justicia? El Imperio se engrandece a fuerza de achicar o destruir a los otros pueblos del mundo.

-¿Qué quiere usted que hagamos? -le repliqué-. En la tierra sólo hay conquistadores y conquistados. El hombre no es capaz de imaginar otra solución. En cuanto Roma dejase de conquistar, sería a su vez conquistada por otros. No comprendo a dónde quiere usted ir a parar.

Honorio dudó unos instantes, mientras se acariciaba la barba con un gesto nuevo en él que añadía una cierta nobleza a su porte.

-Augusto está viejo. Tiberio será su sucesor. ¿Cree usted que el Imperio será la mejor solución?

-Augusto es un dios. Tiberio será otro dios. No tenemos derecho a dudar de los dioses. Lo sabe usted mejor que yo.

-¿Acaso los jóvenes romanos a quienes les molesta tanto salir de Roma y marcharse a la guerra, son también de esa opinión?

-Lo ignoro -le respondí-. No soy ya joven y bien sabe usted cuánto admiro a Augusto.

-Sí, sí, desde luego. Lo preguntaba sólo por saber... Aquí me embrutezco y a veces pienso cosas absurdas. Por ejemplo, ¿ha pensado usted alguna vez en nuestra religión? ¿La ha comparado usted en alguna ocasión con otras religiones, con las de los demás pueblos? Y no me refiero a los griegos.

-En Roma abundan los cultos extranjeros: sirios, persas, egipcios...

-No, no. Quería decir las religiones que hablan a los hombres de un Dios único. Es posible que estas religiones hayan encontrado soluciones diferentes para los problemas que nosotros consideramos resueltos de una sola manera. De una manera quizás injusta y falsa.

Mi primera intención fue decirle que yo estaba poco informado sobre esas religiones, para dejarle así que continuase explicándome sus ideas, pero Dokia entró en ese momento y le ofreció al centurión un vino caliente cuyo aroma inundó la habitación. Cambiamos de tema, y hablamos del frío y de mi enfermedad.

Al volver a pensar hoy en este extraño diálogo veo de nuevo la barba de Honorio. ¿Qué quiere de mí este hombre? ¿Será un hábil militar encargado por Augusto o por Livia de perderme? Recibiría como recompensa la cuarta parte de mi fortuna. Es el precio que cobran los delatores, esa institución creada bajo nuestro primer emperador. ¿Se trata, en cambio, de un descontento que empieza a confiar en mí? Y, en tal caso, ¿qué señal ha creído ver en mí que le ha hecho dar por cierto mi posible acuerdo, mi complicidad? Si es así, sabe perfectamente que me bastaría con escribir unas palabras a Roma para perderlo. No veo claro en todo esto. Y estoy cansado. De todos modos, esa barba...

*

Pues bien, quizás está empezando a ver claro en este asunto de Honorio. Nunca he leído semejante cosa ¡un soldado contra el Imperio!-, pero pocas personas hay en Roma, entre las civiles, que conozcan el verdadero estado de ánimo del ejército. La población civil ha dejado de ser militarista como en tiempos de la República, cuando los romanos estaban dispuestos a participar en todas las aventuras de Roma, y han tenido ocasión, después del desastre de y aro y de sus legiones, de medir las proporciones del abismo que se había abierto entre el pueblo romano y el ejército. Pero incluso esta diferencia implica una aclaración de orden público: los civiles adoran al emperador, mientras no los llamen a filas; los militares adoran a Augusto, mientras está batallando, mientras ganan laureles y participan del botín, o sea, incesantemente, ya que el Imperio no hace más que emprender guerras para entretener a los vagos de Roma y asegurarse la devoción de los legionarios. Cada victoria significa una posibilidad de botín. Hay motivo para creer que la oposición al Imperio, o contra la persona de Augusto, si es que existe esa oposición, sólo puede ser posible entre la población civil. Me es difícil creer que Honorio forme parte de esa oposición, aunque se tratase de un aislado, de un ser aparte. Es cierto que me ha hablado de nuestros dioses y los de los otros pueblos, del Dios único, es decir, del de los getas. No es imposible que se haya informado acerca de la religión de los bárbaros, que haya descubierto una verdad que se oponga a la nuestra y que esta verdad le haga ver el Imperio y su política de conquista permanente como una injusticia. En tal caso, es probable que haya pensado de este modo: «A Ovidio lo han desterrado a Tomis, de modo que habrá pecado contra el emperador, y por tanto, estará dispuesto a ponerse de mi parte va ser un aliado mío.» Pero «aliado» supone tener alguna idea en común, una posible acción que pueda emprenderse juntos, una organización destinada a destruir el Estado y a levantar la sociedad romana sobre nuevos cimientos. Y todo eso no es más que una pura utopía. No existe oposición en Roma. Desde luego, en los medios intelectuales, en las escuelas donde se presenta siempre a la República como un ideal social y político -y también entre los filósofos- se podría hablar de una actitud antiimperial. Pero no constituye peligro alguno.

Por supuesto, la policía imperial está siempre al acecho. En el Campo de Marte, donde la gente charla reunida en *circuli* y donde se discute cuanto ocurre entre las fronteras del Imperio y más allá de ellas, el emperador ha colocado a unos soldados vestidos con ropa civil para escuchar lo que dicen y para dar informes detallados de todo lo que oyen. A base de estos informes han sido detenidos muchos ciudadanos, una gran parte de los cuales fueron desterrados o asesinados por una sola frase imprudente. Y los esclavos que viven en medio de nuestras familias y tienen

ocasión de escuchar cuanto se dice durante un banquete o en una sencilla reunión de familia, ¿no son espías de la policía imperial? Fue uno de esos esclavos el que contó la aventura de Julia y Silano y el que nos denunció a mí y a otros invitados. La vida de Roma se ha hecho imposible ya que se vive bajo el terror impuesto por nuestros propios esclavos. Por eso se les miman, se les hacen continuamente regalos y nadie se atreve a reñirlos. E incluso no se atreve uno a libertarlos para que no pueda pensarse que pretende uno, así, desembarazarse de un testigo molesto. Un esclavo delator tiene derecho a la octava parte de los bienes de su amo, si su delación es aceptada como verídica. Es el medio más fácil y seguro para enriquecerse, así que se practica la delación más que los deportes.

Recuerdo al pobre Cornelio Galo, el poeta, que fue gobernador de Egipto. Después de la batalla de Accio, le encargó Augusto la persecución de Antonio, cuyo suicidio provocó. Inmediatamente lo nombraron gobernador de Egipto y allí, durante algún tiempo, embriagado por la gloria y los triunfos, considerándose quizá como descendiente de los faraones, se dejó alabar como a un dios y tuvo la audacia de creerse igual a Augusto. Por todas partes erigían estatuas en su honor, y también templos. En un círculo de amigos, proclamó su omnipotencia sin pensar que le escuchaban los oídos de un delator. Fue llamado a Roma, juzgado y condenado al exilio. Y tuvo el valor de realizar el gesto al que yo no me atrevía: se suicidó en vez de marcharse al exilio. Augusto se hallaba ausente de Roma. Al regresar, lloró lamentándose ante testigos de la muerte de su amigo. Dijo que le parecía demasiado duro el castigo que le habían impuesto. Pero, al mismo tiempo, daba las gracias al Senado por haberse mostrado tan sensible a las injurias pronunciadas por Galo contra la persona sagrada del emperador.

Esto pone en evidencia toda una situación. Hay que ser un inconsciente o un privilegiado del régimen para no desear un cambio, para no darse cuenta de un hecho muy grave: hemos perdido toda libertad y basta una palabra, murmurada por un esclavo al oído de un policía, para perder tanto los bienes como la vida. Es, pues, lógico pensar que la paz de Augusto es la paz bajo el miedo y que, en Roma o en Tomis, hay gente que piensa de un modo distinto a los senadores. Muchos han padecido directamente por ello, como yo, y han descubierto la verdad después de haber sufrido en su propia carne los rigores de «Júpiter». Pero también hay los que han llegado a la misma conclusión al tomar contacto, lejos de Roma, con otras verdades. Y éste es el caso de Honorio.

*

Le digo a Dokia: «La *malana* ha estado hoy muy buena.» ¿Cómo diría *malana* en latín, si este plato es desconocido en Roma? Aquí y en toda esta región, lo comen a diario. Es un hervido de mijo e incluso de trigo, que sirven con queso y mantequilla y que también preparan con miel. La comen con carne como nosotros el pan. *Malana* es una palabra geta que empleo todos los días. Y me he acostumbrado al plato que representa, lo mismo que al lenguaje del país. Mi latín ha perdido su pureza, ya que solamente lo hablo con Honorio y con Dokia, cuya habla es una mezcla latino-geta que comprendo perfectamente, puesto que comprendo tan bien el geta como el latín. A veces, siento la tentación de escribir versos en esa lengua cuyos secretos voy descubriendo poco a poco, así como su dulzura y su belleza. Es una lengua hecha para la poesía. Si parece dura y bárbara al primer contacto, hablada a través de la barba de las gentes del país, toma un aire muy diferente cuando está escrita o cuando Dokia, cuya boca se ha modelado pronunciando palabras latinas, la habla ante mí sin darse cuenta que ha pasado de un idioma a otro... También siento impulsos de traducir *Las Geórgicas* al geta, pues esta lengua está hecha para describir los encantos de la Naturaleza, y sus palabras tienen con frecuencia la resonancia de los fenómenos que representan.

Nadie, o casi nadie, comprende aquí mis poemas. Y cuando éstos lleguen a Roma, ¿quién tendrá tiempo para inclinarse sobre unos versos escritos tan lejos, y cuya pureza idiomática ha desaparecido, o no tardar en desaparecer bajo el rudo aliento de las palabras extranjeras que oigo

de la mañana a la noche? El que recibe carta mía, se guarda muy bien de enseñarla en público. Eso podría acarrearle serios disgustos, pues yo soy el exiliado, por tanto, el enemigo de Augusto. Más vale ocultar la carta recién llegada, e incluso antes de leerla, lejos de las miradas indiscretas de los amigos y de los esclavos. Y si no tengo ya lectores, ¿para qué seguir escribiendo? Pero la verdad es que no puedo vivir sin escribir. Moriré el día en que mi mano sea ya incapaz de sostener el estilo. Escribir en geta, equivaldría para mí a rehacerme un auditorio y una celebridad. Intentar, convertirme en un *vates* del país de los getas. Soy aún joven; por lo menos según Pitágoras.

*

La pequeña Dokia ha venido a verme esta mañana y se ha quedado todo el día junto a su madre en la cocina y por la casa. No es ésta la única cosa curiosa ocurrida hoy. A primera hora de la tarde, cuando el sol doraba la ciudad, tierra adentro, oí la llamada de los centinelas y, en seguida, los pasos precipitados de la gente por la calle. Dokia entró corriendo en mi habitación. «No salga usted. La ciudad está sitiada.» Sin embargo, salí y tropecé con Honorio, que había llegado a mi puerta. Me llevó hacia la torre más próxima y, en el interior en que se agitaban ya los soldados, me dijo que debía cambiarme de ropa. Era inútil protestar ni decir nada. Así que me cubrí los cabellos blancos con un pesado casco; me puse una armadura sobre mi débil pecho, cogí la espada, el arco y las flechas que Honorio me tendía y, vacilante bajo este inesperado peso, subí los escalones de piedra. Los soldados se habían distribuido por las murallas del alrededor. Desde la adolescencia a la vejez, toda la ciudad estaba representada, pero el aspecto de estos soldados improvisados no inspiraba terror, ni mucho menos. Los griegos no son ya los guerreros que fueron antaño. A mi lado se hallaba un tabernero amigo mío. Lanzaba terribles palabrotas y amenazaba con su espada la lejana campiña, pero sus gestos eran los habituales suyos y nada tenían de la disciplina ni de la sobriedad del auténtico soldado preparado para el combate por un largo entrenamiento. Estas buenas gentes que se disponían a defender Tomis, no estaban acostumbradas a la guerra.

Hacían de soldados como yo de exiliado, contra su voluntad. En efecto, desde que estoy aquí, ésta es la primera vez que atacan la ciudad y debo reconocer que, a pesar del lamentable aspecto de sus ciudadanos, no parecen asustados. He preguntado al tabernero: «¿Va a durar mucho esto?» «Unas horas, unos días, o quizá meses», me ha respondido. Y estalló en groseras carcajadas que hacían temblar su vientre y le resquebrajaban las junturas de su armadura. «No tenga miedo. El mar está de nuestra parte. Tenga cuidado tan sólo con las flechas. Están envenenadas. Le hacen reventar a uno en un momento.»

Un escuadrón de jinetes galopaba hacia la ciudad. Todavía estaban lejos. Más a la izquierda distinguí más caballería avanzando en el espacio lleno de sol. El árbol florido estaba allí, donde yo lo recordaba de la primavera pasada. El campo que se extendía desde el pie de la muralla, estaba ya labrado y los surcos de tierra amarillenta relucían al sol. La carretera, de color más claro, desaparecía hacia la llanura, pacífica e inútil, en forma de punta de lanza. El árbol florido, el campo preparado para la siembra y la carretera desierta, eran las únicas señales de una presencia humana que, de pronto, resultaba frágil y percedera, ante la inmensidad de la llanura sin cultivar y ante la fuerza viva de aquel galope que nacía de la nada y que se precipitaba sobre nosotros como una tempestad dispuesta a destruir cuanto encontrase por delante. Miré hacia el otro lado, los tejados de Tomis y las murallas que la rodeaban. ¿Cómo era posible vivir en un sitio semejante, de una pequeñez casi temible, aplastados entre el muro azul del mar y la infinita llanura, achatados bajo un cielo salpicado de nubes informes e inexpresivas como cosas inanimadas? Tuve de nuevo ante mí la imagen de Medea y los miembros descuartizados de su hermano. ¿Cómo podía uno vivir con ese recuerdo en la sangre? ¿Cómo pudieron fundar una ciudad en el mismo lugar donde se había cometido un crimen tan atroz? Pero, ¿no fue Roma edificada también sobre un fratricidio? Por otra parte, ¿quién, aparte de mí, conocía en Tomis la

historia de Medea? ¡Si se la contase en este momento al tabernero que duerme la siesta a la sombra de una almena, me lanzaría una de sus características palabrotas!

En todas partes se está en esa misma situación. El mar y la tierra no están hechos a la medida del hombre. Parecen demasiado grandes y peligrosos, mientras que una fuerza desconocida -que brota de un país misterioso- avanza hacia nosotros al galope. En Roma lo olvida uno, porque ningún peligro parece inminente y porque se vive fuera de la realidad. Se cree uno inmortal porque se baña en las termas entre las estatuas de mármol. Y vamos al circo para asistir al espectáculo de la muerte, tan absurdo como el de las pasiones irreales que y emos en el teatro. Así se confunde la muerte con su espectáculo, pero basta salir de Roma para encontrarla de nuevo y darse cuenta de que nunca había dejado de existir en nosotros y de esperarnos al borde de la primera carretera que arranca de la ciudad.

El escudo me hace daño, el arco es demasiado pesado para mí. Los apoyo en una almena. Siento frío bajo la armadura y tengo miedo. Morir aquí, junto a este bruto que ronca... ¿Y los dioses? ¿Dónde están en este momento los dioses? Marte, Minerva, Apolo, Mercurio, Venus, Júpiter y todos los demás que he cantado en mis poemas y que tenían la buena costumbre de asistir a los combates, por encima de los muros de Troya, no los veo ahora. Han huido los dioses de la guerra, de la sangre y de la astucia. Estamos solos con las armas y el miedo, acompañados por cosas inútiles en este momento en que se acerca la muerte. ¿Dónde estáis, hijos de Júpiter? Mis labios buscan los sonidos de un nombre nuevo. De nada sirve un arco si la mano de un dios no te sostiene la mano y si el soldado no desea por igual la victoria y la muerte. ¿En qué piensa Honorio en este momento? ¿Y Dokia, que por cierto no parecía muy asustada? Trajo a su niña para ponerla al amparo de las murallas, pero el padre se quedó en casa. ¿Sabía que los getas iban a atacar hoy?

Los getas están ahí, debajo de mí. Algunos de ellos llevan gorros frigios y parecen ser los jefes. Los demás van destocados, con sus largas cabelleras al viento. Los hay que llevan estandartes de cabeza de lobo y cuerpos de ondulantes serpientes que ondulan al ritmo de la carrera. El aire que penetra por la fauce abierta del lobo, hace aullar a tan extraña y feroz bandera y ese grito interminable y multitudinario, cada vez más fuerte a medida que los getas se acercan, me espanta. El tabernero se ha despertado, ajusta una flecha a la cuerda de su arco y dispara. La flecha cae en el campo, lejos de su blanco. Otros disparan también en un intento de mantener los bárbaros a distancia. Pero éstos avanzan ya a lo largo de las murallas y puedo ver con toda claridad sus gestos inconfundibles de verdaderos soldados.

Una lluvia de flechas cae sobre las almenas y sobre los tejados de las casas, al otro lado de la muralla. Oigo un grito, pero no puedo mirar hacia atrás. Yo también disparo flecha tras flecha, sin mirar siquiera, y estoy seguro de no haber dado, ni por casualidad, en algún blanco. Veo cómo cae un geta de su caballo y es que algunos de los que están conmigo apuntan bien. El herido, caído de espaldas, trata de arrancarse con sus dos manos el hierro que tiene clavado en el pecho. Veo la sangre que mancha su camisa blanca y por fin el hombre queda inmóvil. Con las manos crispadas sobre la flecha como si acabara de hundírsela él mismo en la carne. El ruido de las flechas que llueven sobre los tejados, las murallas y las calles cercanas, es ensordecedor o quizá sea el miedo que siento lo que amplifica tanto el ruido. Recuerdo las granizadas que caían en Sulmona durante los veranos de mi infancia, pues entonces experimentaba yo esa misma sensación de miedo sin refugio posible.

Sólo me quedan dos flechas; tengo que guardarlas para más tarde, de modo que cojo mi espada y la coloco al alcance de la mano. Miro en torno a mí: hay varios cadáveres y heridos; los bárbaros se alejan y luego se quedan parados a cierta distancia. Los estandartes serpentinicos han caído a lo largo del asta y las fauces de lobo están todas vueltas hacia nosotros, mudas. Los getas de los gorros hablan entre ellos. Uno de los heridos se arrastra hasta los suyos. Un jinete desciende de su cabalgadura y lo socorre. «Soy yo el que lo ha tumbado.» Lo ha dicho el tabernero. Está hablando en griego y esto me ha hecho volver a la realidad, darme cuenta de que vivo. Todo este horror es cierto. No estoy soñando. Y ninguna flecha me ha atravesado.

Me duelen los dedos. Estoy muy cansado pero me quedo ahí, en pie, con el pecho apoyado contra la piedra fría, para ver en qué queda todo esto. Una fina columna de humo se eleva del lado del mar, hacia donde se encuentra el barrio pobre. Un navío de blancas velas está entrando en el puerto y nadie a bordo de él sabe aún lo que sucede al otro lado de las murallas, tierra adentro. Es muy probable que este barco traiga un mensaje para mí, porque es el primero que llega de Italia en esta primavera tan llena de mensajes. El buen tiempo que derrite la nieve y el hielo, incita a los bárbaros del Norte a atacar las y anguardias del Imperio. Es el mensaje del mal. Al mismo tiempo, llegan del sur los barcos de la patria. En Roma conocen cuál es el tiempo propicio para la navegación de todos los mares del mundo y nuestras velas zarpan en todas direcciones para llevar hasta Bretaña o al Ponto Euxino, o a tantos otros sitios, el mensaje del bien y de la paz. ¿Cómo no sentirse orgulloso de ser ciudadano de Roma ante estos bárbaros a caballo cuyas armas son flechas envenenadas? Si Augusto estuviera aquí, al frente de una legión caería y o de rodillas ante él y lo adoraría como a un dios, el dios de la civilización y la paz. Y esos salvajes desaparecerían aplastados por la fuerza disciplinada de nuestros soldados. Estoy aquí, destrozado por el cansancio, con los dedos ensangrentados, viejo y ridículo dentro de esta armadura prestada, con armas que soy incapaz de manejar, sobre esta muralla minúscula y ante esta ciudad que no es la mía. Todo me es ajeno y odio cuanto me rodea en estos momentos. Bastaría con algunos soldados romanos para que toda esa extensión, con sus hombres, con este mar y esta tierra, se convirtiese en otra cosa, en un sitio familiar que formase parte de Roma. Pero no estoy viendo más que griegos embrutecidos por la inteligencia y por el comercio y getas embrutecidos por la miseria y la ignorancia. Me hallo entre dos contrastes y como único representante del equilibrio perfecto que es Roma. Ha bastado este ataque ridículo para que todo lo que había pensado y escrito sobre Roma y Augusto me parezca falso y estúpido. ¿Cómo va a justificar mi insignificante labor personal la pérdida de mi fe en Roma?

La tarde empieza a declinar. Los getas siguen ahí; no han vuelto a atacar la ciudad y se preparan para pasar la noche cerca de nosotros. El tabernero me lo había dicho: «Esto puede durar horas, días...» En pequeños grupos llegan otros jinetes. La llanura está salpicada de ellos. Honorio se acerca a mí y me dice:

-¿Cómo va eso? Si quiere usted puede bajar, pero vuelva a su puesto antes de que anochezca. Es probable que ataquen de nuevo.

-¿Es grave? Veo que parece tranquilo. Noto que se ha afeitado la barba.

-Nunca se sabe...

Me ha llevado sobre la muralla, frente a los getas, para cumplir la orden que había recibido de Roma este invierno. ¿Es un enemigo, o un aliado como él quería darme a entender? Por lo pronto, en este momento parece aprovechar la ocasión de eliminarme sin traicionar nuestra aparente amistad.

Encuentro ante mi puerta una flecha enemiga y la recojo; la enviar, a Roma como una prueba de los peligros que corro aquí. Estoy escribiendo; aún es de día y la flecha está sobre la mesa ante mí, con su punta manchada de un color rojo con reflejos verdes. Probablemente es veneno de y íbora o extraído de alguna planta desconocida entre nosotros. No se me borra de la mente esta jornada: el primer día de guerra de mi vida. Me siendo ridículamente orgulloso, yo que he odiado tanto las armas, la guerra y la sangre vertida en nombre de causas sospechosas. Pero hoy me he defendido a mí mismo. Me duele todo el cuerpo. Acabo de cenar y me excito al pensar que tengo que pasar la noche bajo las estrellas. Dokia me ha preparado mi *penula* de invierno que me pondré luego por encima de la armadura, cuando salga para ocupar de nuevo mi puesto en la muralla.

Escribo rápidamente y una sangre joven anima mis venas con un fuego olvidado. Soy un guerrero y, a pesar de mi edad, soporto bien la fatiga y las emociones. Aún soy capaz de vivir. Si los getas conquistan la ciudad, moriré con las armas en la mano. Dokia me ha rogado que la deje dormir en mi casa con su niña. «¿Y tu padre?» No me mira. «Él nada tiene que temer.» Con toda seguridad, el viejo saldrá de su casa protegido por la oscuridad de la noche y hablar con los suyos

mientras que su hija tiene ya miedo de ellos y se esconde en la casa de un romano, donde se siente más segura que en la suya. ¿Qué sucede en el fondo de esta alma? Poco a poco, la luz del día deja sitio a la noche, una clara y fresca noche de primavera. El Tíber fluye suavemente bajo los puentes, las jóvenes Corinas se preparan en estos momentos para salir, oigo el roce de los vestidos en la calle, el murmullo de las voces; un ciprés tiembla en mi jardín, un enamorado echa un ramo de violetas por la ventana iluminada de su bella. Roma está en mí, y estoy dispuesto a dar mi vida para que pueda durar, con sus placeres y sus pecados, hasta el fin de los siglos. ¿A qué dios debo implorar para que mi deseo se cumpla?

*

Desde lo alto de las murallas he observado las fogatas de los getas hasta pasada la medianoche. El cielo estaba lleno de estrellas y la Osa Mayor titilaba dominando el firmamento con su silueta gigantesca. Luego llegó el silencio completo y la noche total. Me dormí y me desperté cien veces tocando a tientas cada vez, mi arco y mi nueva provisión de flechas. Nos han traído vino caliente y carne de cordero con rebanadas de *malana* fría. Pero no ha sucedido nada. Se apagaron las hogueras del enemigo y hemos esperado en vano su ataque. Me molestaban los ojos de tanto escudriñar las tinieblas. Y esta mañana, incluso antes de que el sol saliera del mar, he podido ver que los getas no estaban ya allí. Habían desaparecido durante la noche llevándose los cadáveres de los suyos y los heridos que habían caído la víspera. El asedio había terminado y la llanura estaba desierta. Aún se distinguían las manchas grises y redondas dejadas en la tierra por sus hogueras. Del otro lado, en el mar, una vela blanca avanzaba hacia Tomis, aún lejana, y el sol la iluminó en el momento en que su disco asomó por el horizonte.

*

Anoto aquí la conversación que sostuve durante la noche con Herimon, el tabernero. Fue un poco antes de medianoche. La Osa Mayor caía hacia Occidente en un cielo muy puro. Las hogueras enemigas se apagaban poco a poco y pensábamos que el ataque era inminente. Habíamos encendido grandes antorchas en los muros que iluminaban un espacio de varios pasos en la llanura y daban a la masa de las tinieblas un aspecto aún más amenazador y más denso. Yo veía el perfil de mi vecino, que honraba como era debido las provisiones que había llevado consigo en un saco bien lleno. De vez en cuando, me ofrecía un trozo que yo rechazaba, aunque agradeciéndoselo mucho. De pronto, sintió el deseo de hacerme confidencias.

-Hace poco me he enterado de que escribe usted versos de amor.

-Desgraciadamente.

-¿Por qué desgraciadamente?

-Porque esos versos son la causa de que me encuentre aquí.

¡Ah!- no se atrevió a pedirme detalles. Pensaba, sin duda, que podía ser peligroso para él conocer mi secreto. Y dijo:- Yo también he escrito poesías amorosas en mi juventud. Eran versos que recitaba a las jovencitas de las que me enamoraba. Pero ya no soy capaz de escribirlos.

-Pero, ¿es usted aún capaz de amar? Lo uno y lo otro suelen ir juntos.

-¿Cree usted? Escuche: le voy a confesar algo.

Sí, una cosa que ha de quedar entre nosotros. Ya no tiene importancia porque, si los getas nos atacan de nuevo, es muy probable que me deje la piel en esta maldita muralla y entonces nada tendrá ya importancia. Es como si nunca hubiera uno existido. y era usted: me he enamorado de una mujer mucho más joven que yo. Quisiera decírselo recitándole unos versos como solía hacerlo antes, pero he olvidado los que componía en mi juventud y no puedo escribirlos ahora. Tengo casi cincuenta años, estoy casado, soy gordo y nada atractivo, mientras que ella es joven y esbelta. ¿Cómo declararle mi amor sin caer en el ridículo? Según me dicen, es usted célebre por

haber escrito un libro de consejos a los enamorados. ¿Seré digno de pedirle consejo? A mi edad se sufre de amor más que a los y veinte años.

A Herimon le hacía padecer el amor. ¿Quién lo hubiera dicho? No tenía aspecto de ello, pero el aspecto de los hombres sólo es, con frecuencia, una falsa apariencia. Darle consejo no era fácil, pues en mis libros no me dirigía yo a personas reales que se encontrasen ante mí, sino a toda una categoría humana, a una masa de enamorados sin rostro y sin personalidad. Habría sido inútil decirle: lleve usted a su amada al teatro o al circo y haga tales gestos o pronuncie tales palabras. Decírselo carecería de sentido, puesto que aquí hay muy pocas ocasiones para ello y porque Herimon, casado, no podría exhibirse en público acompañado por una mujer. No estamos en Roma. Nada de lo que he escrito en mi *Arte de amar* puede ser valedero para Tomis.

-¿Se trata de una joven soltera o de una mujer casada?

-Una muchacha soltera, por supuesto. Lo cual complica las cosas, ¿no?

Había dejado de masticar y me miraba con sus ojillos tristes y sin esperanza.

-Pues, sí y no. Una joven suele buscar un hombre de su edad y piensa en el matrimonio, a la vez que en el amor. Pero también es mucho más sensible que una mujer casada a las atenciones amorosas, vengan de quien vengan. Así que se halla usted a la vez sin esperanzas y con ciertas ventajas. ¿Es pobre o rica?

-Más bien pobre.

-¿La ve usted con frecuencia?

-Casi todos los días. Compra el vino en mi casa. Vive cerca de mi establecimiento, con su vieja madre. Su padre ha muerto hace ya unos años. Cayó bajo el hielo, mientras pescaba.

-¿Tiene novio esa joven?

-Novios ha tenido varios. Dicen que es de costumbres poco recomendables. Ya comprenderá usted: lo necesita para vivir. Sí, la verdad: es una coqueta terrible. Me lanza unas miradas que me taladran el corazón y que me ruborizan como un adolescente. Reconozca que a mi edad es estúpido. Nunca me atrevo a hacerle ver que la quiero apasionadamente y, además, mi mujer está siempre allí cuando va ella.

-Comience ofreciéndole un regalo; naturalmente, sin que le vea su mujer, y dele una cita por escrito.

-Eso mismo había pensado yo. Pero no debía escribir sólo una nota, sino un poema. ¿Cómo voy a componer un poema sin caer en las vulgaridades de todos los días, de los millares de días prosaicos de que está hecha mi existencia?

-¿Comprende usted el latín?

-Bastante bien. Me lo han enseñado los marineros.

-Entonces, escuche esto:

Sit tibi credibilis sermo consuetaque verba

Blanda tamen, praesens ut videare loqui.

-Ya comprendo. Que mi carta sea como mi propia voz, como si, al leerme, me viera ella ante sí. No es fácil conseguirlo. La vida ha matado en mí toda poesía. Si le escribiese como le hablo o como pienso, la asustaría. Diría: «¡Qué bestia!»

-Sin embargo, por lo que me dice usted, no se trata de una inocente. Los pensamientos de usted no pueden asustarla, pues ya está sobradamente acostumbrada a la vida. Pero, en realidad, ¿qué desea usted de ella?

-Un poco de amor. Necesito amor para olvidar la vejez que se acerca, para olvidar la muerte, mi aspecto, mi presente y mi pasado, la estupidez de esta vida que me he hecho y o mismo, día tras día. Para olvidarlo todo necesito amor. Es lo último que les pido a los dioses antes de reventar. ¿Acaso pido demasiado?

Hubiera debido responderle: «Sí, querido amigo, es demasiado. Ese amor tan puro o esa ilusión de amor que desea usted con toda su alma, para olvidarlo todo, no existe en absoluto; es

un imposible. Con él se habría consolado usted por completo y no debemos olvidar que la vida nunca termina entre laureles y rosas. Yo mismo me contento con Artemis en los momentos en que -yo también- tengo deseos de olvidarlo todo. Y es muy triste.» Pero, ¿cómo decirle cosas semejantes en ésta que podía ser nuestra última noche? Le respondí:

-No, lo que pide usted no es demasiado. Lo difícil es sólo hacerle comprender. Quizá podría yo darle una idea, ayudarle a escribir esa carta.

-Es que no me atrevo... Es un honor demasiado grande para mí. Usted es un poeta de Roma; yo, en cambio, no soy más que un simple tabernero...

-Usted es un hombre. Con eso basta. Además, somos de la misma edad. Le comprendo a usted y comprendo su pena.

Buscó en el saco y me ofreció una manzana. Era una maravillosa fruta grande y reluciente a la luz de las antorchas como una pequeña luna rojiza. No es corriente ver una manzana en primavera. Quizá fuese la última de las que conservase, y tendría que esperar meses antes de coger otras en su huerta. Acepté. Sabía a juventud.

-Me hará usted un día el honor de venir a mi casa. En ella será usted siempre bienvenido. Y si pasa usted por allí un poco antes del almuerzo, podrá verla. Así le será más fácil... escribirle. No sé cómo agradecerle ese favor. ¡Ah! olvidaba lo principal. Esa joven no entiende el latín y apenas habla griego. Su madre es geta.

-Entonces, le escribiremos en geta, Herimon.

Me miró estupefacto con sus ojillos brillantes e incrédulos. Su redonda cara, que me había parecido tonta y orgullosa unas horas antes, tenía ahora todo el aspecto del rostro de un niño que escucha una promesa tentadora e imposible.

*

Hace ya mucho tiempo que Fabia no se ocupa de mí. Si mi propia mujer empieza a acostumbrarse a mi exilio y también quizás a la idea de la separación definitiva, ¿qué pensar de los otros, de todos esos amigos que venían a verme para pasar un buen rato en mi casa entre los versos que yo les recitaba y una buena comida? Estoy demasiado lejos de ellos para que mi destino no se les haya ido haciendo indiferente. Y es que puede uno morir antes de haberse muerto del todo. «*Non omnis moriar*», decía Horacio. Pensaba en sus versos el día en que escribí esas palabras optimistas, y no en sí mismo. A primera hora de la tarde fui al puerto a recoger la carta que me envía Fabia, así como los libros que le pedí en mi carta de septiembre pasado. También había para mí una caja llena de buenas cosas que regalé, a Dokia, a su niña y a todos mis amigos de Tomis. Y esta misma tarde voy a contestarle a mi mujer haciéndole amargos reproches. Todos los días debería ir a ver a Livia para hablarle de mí y hallar la manera de que me hiciera regresar. ¿No he expiado ya todas mis faltas? Aunque si Honorio ha recibido ya la orden de eliminarme, ¿de qué me van a servir las gestiones? Y sobre todo, ¿qué puede valerme mi actitud servil hacia Augusto? Por el contrario, ¿no debería insultarlo en todas mis cartas en vez de implorarle como si fuera un dios? No. Es posible que Honorio no haya recibido instrucciones. ¿Quién podría haberle traído esa orden en el invierno a través de Haemo¹ cubierto de nieve o a través de un mar innavegable? No cambiaré de actitud en mis cartas, pues aún es posible que llegue el perdón y el único camino que puede conducirme al corazón de Augusto es la humillación. Mantener ante él la dignidad equivale a condenarse uno mismo. Si el régimen imperial continúa, después de la muerte de Augusto, todos los romanos serán unos humillados, pues para el emperador sólo hay en el mundo un hombre libre: él. Todos los demás, son esclavos. Se lo deben todo; él, en cambio, nada les debe. Si una fuerza aún desconocida provocase algún día la caída del Imperio y si esta forma de vida común llega a convertirse en un lejano recuerdo quedar como la época más gloriosa de la historia de Roma y como la más penosa para los

¹ Los Balcanes.

romanos. Porque la verdad es que hemos perdido la libertad en el momento en que le hemos cedido al César el derecho a pensar en voz alta.

Más me vale, por ahora, atrincherarme en mí mismo, tratar de pasar el tiempo agradablemente y conocer la vida que me rodea. Dokia, Honorio, Herimon y Artemis, forman ya parte de esa vida. Una geta misteriosa como el país que se extiende más allá del Ister, un romano en rebeldía contra el Imperio un griego enamorado, una cortesana de provincias... A través de ellos se abre un nuevo mundo ante mí desde luego, no exento de trampas y peligros muy diversos, pero me hallo en la edad de la prudencia y la sensatez. Roma presenta el pasado que conozco. El porvenir está aquí en torno mío, erizado de secretos y de días desconocidos. La guerra, sí, incluso la guerra, a la que he detestado durante toda mi vida, no me causa ya pavor.

Acabo de acompañar a Dokia a su casa. Hemos pasado por delante de las murallas, ante dos casas incendiadas, de las que, durante el sitio, había visto yo salir aquel humo. Pero todas las demás estaban intactas.

El viejo se encontraba en la huerta. Se llama Dizzacio. Hemos charlado un rato mientras Dokia, en el interior de la casa, preparaba la comida para los suyos, después de dos días de ausencia. Le pregunté al viejo: «¿Por qué no ha venido usted a mi casa durante el asedio? Aquí no está usted seguro.» Me miró con sus pequeños ojos azules casi tapados por las cejas, que le caían hasta las mejillas como unos espesos bigotes y, sin palabras, parecía decirme: no tengo a nadie. Pero me respondió: «Gracias, pero no temo a los míos. Además, soy viejo; ¿para qué ocultarme?» Vaciló un momento; luego hizo como si reanudase su trabajo pero acabó apoyando los brazos en el azadón y me dijo: «Los míos no son tan crueles como usted cree. Son hombres como los demás.»

-Estoy seguro de ello. Pero no me negar usted que prefieren el lenguaje de las flechas envenenadas al de las palabras.

-Los reciben ustedes con flechas y con las puertas cerradas. ¿Cómo quiere usted que respondan?

-¿Por qué han incendiado esas casas?

-Los que habitan en ellas son los que las han incendiado para volver con los suyos. Hay allí lejos, al otro lado del río, extensas tierras que esperan el brazo del hombre para dar fruto. Además, allí serán libres.

-¿Y esos jinetes han venido de tan lejos y en tan gran número, sólo para llevarse a unos cuantos hombres?

-Vinieron de tan lejos porque tenían hambre. Este año ha sido el invierno duro y largo. Querían comer y llevarse algo para sus hijos. Habrían dado oro a cambio del trigo o bien hubiesen prolongado el asedio o atacado en masa a la ciudad para aliviar su hambre, pero estaban demasiado agotados para combatir. Los he visto. He hablado con ellos. Le he dado cuanto había en casa -y añadió-: podríamos vivir en paz si no tuviéramos miedo los unos de los otros. El miedo nos hace hablar idiomas diferentes. Y la vida se convierte en una guerra sin fin; ella misma, la vida, es la guerra y cada día lo es más. Se fabrican armas en vez de inventar palabras de paz. Usted, que trabaja con palabras, como yo trabajo la tierra, ¿por qué no inventa la palabra de la paz?

¡La palabra de la paz! La buscaremos aún durante mucho tiempo porque nadie puede inventarla. Los hombres la encontrarán algún día inesperadamente, como una flor extraña al borde de un largo camino. Pero Todavía no están maduros los tiempos para esa alegría. Nacerán y morirán millares de poetas sobre la tierra, glorificados en medio de sus lenguas ininteligibles las unas para las otras. Y aunque hoy mismo encontrásemos esa palabra de la paz, tendrían que pasar siglos para que se convirtiese en un bien común a todos los hombres, para que fuese inteligible para todos. Pues su sentido no se puede captar fácilmente, sobre todo cuando las armas que manejamos reflejan en el fondo de nuestros corazones sus penetrantes llamadas. ¿Acaso no es tarea del poeta explicar el verdadero sentido de esa palabra?

Dokia había aparecido en el umbral de la puerta con los brazos colgantes y nos miraba en silencio con sus ojos llenos de desesperación. Nada había encontrado en la cocina: todas las provisiones se las habían llevado los hambrientos getas, y aunque parecía mirar al vacío, los ojos de la mujer séguían a aquellos hombres en su penoso retorno.

He regresado tarde a casa. Hacía calor y la tarde me envolvía apacible. Me sentía bien en medio de la primavera y la mar me enviaba la calma sonora de su voz. Pensaba en los centenares de jinetes que habían abandonado el asedio y partieron en plena noche con el estómago vacío y sintiéndose impotentes ante estas murallas que a mí me parecían demasiado débiles para resistir. Los veía errantes en la llanura volviendo a sus casas con las manos y acías. Pensaba en los niños y en las esposas que los esperaban ilusionadas. ¿Qué sería de ellos? ¿Adónde irían? ¿Qué iban a comer hasta el verano? ¿Quién podría ayudarlos? Eran hombres como yo, morían de hambre y, antes de escucharlos, los habíamos recibido con flechas y con las puertas cerradas, como decía el padre de Dokia. No habían sabido hablarnos, no habíamos sabido escucharlos. En eso radicaba todo.

TERCER AÑO

Durante el año que ha terminado ya, he tenido que escribir demasiadas cartas: a mi mujer, a los amigos lejanos... Sin embargo, nunca he olvidado estas páginas ocultas, pero he vivido con emoción la esperanza del retorno y este sentimiento de orgullo exterior me ha impedido ser justo conmigo mismo, es decir, reconocer la verdad y escribirla. Durante largos meses, he preferido la mentira, la antigua, fiel, y familiar mentira. Volver a la realidad que me he obligado a decir en estas páginas, hubiera sido darme por vencido, aceptar con estoicismo la desesperación y renunciar a la esperanza del regreso, para dedicar de nuevo mi atención a los personajes y a los hechos reales que me rodean, a mi vida tal como la ha querido el destino.

Nuevamente se me ha borrado la esperanza con la nieve y las primeras heladas. Enterrado más allá de los hielos del Ponto y de las nieves del Haemo, durante meses y meses, no podrá llegar hasta mí señal alguna de Roma. Incluso el perdón del emperador, si se dignara otorgármelo, tendría que esperar al deshielo. Y sé que nadie en Roma piensa ya en mí ni en la posibilidad de que yo sea perdonado. Augusto tiene demasiadas cosas que hacer. Cada uno de nosotros es un Augusto, el dueño de un Imperio ilimitado que a cada instante nos da grandes preocupaciones. No hay tiempo para pensar dos meses seguidos en los dolores ajenos. Lo comprendo y me concentro en la búsqueda de mi propio Velloccino de Oro.

Mi silencio ha tenido también otro motivo que bien me gustaría ocultar, pero me he impuesto a mí mismo la obligación de decir la verdad y la diré, ya que no me importa lo que piensen de mí quienes lean estas notas íntimas. Un nuevo amor me ha devuelto la perdida esperanza. He vuelto a vivir mi juventud a través de esta joven que me decía al oído palabras de amor en lengua geta. Las noches con Gaya han resucitado lejos de Roma, en una orilla y en un tiempo que son poco propicios al amor. Me encuentro en Tomis y tengo más de cincuenta años. Mis escasos cabellos son casi blancos, pero el ardor de mi cuerpo que yo creía casi extinguido, ha experimentado una nueva primavera, probablemente la última. Junto a Lidia, me he vuelto a encontrar tal como era hace diez años y he soñado con un regreso a Roma; en su compañía, por supuesto. Durante largas tardes le he contado todas las maravillas de mi ciudad, me he paseado con ella por las soleadas calles, le he comprado una casita en el Janículo, la he cubierto de flores y joyas, pues siempre he sido un amante generoso. Ella me escuchaba en silencio, con los ojos muy abiertos como para vivir mejor esta fantasía en la que era ella la protagonista; y me recompensaba de sobra, a su manera, prodigándome todas las sutiles caricias que yo le he enseñado. Puedo decir con orgullo que he llevado la civilización al país de los getas.

He aquí cómo la conocí. Fue después del asedio de los hambrientos getas, hacia las calendas de junio. Me decidí un día a visitar a mi amigo Herimon, el tabernero enamorado. Fui a su establecimiento un poco antes de mediodía. Me recibió como me había prometido, con una alegría que me halagó mucho. Se hallaba solo, pues su mujer estaba enferma.

-Nada grave -me dijo con un leve pesar en su voz. Comprendí que su amor por la muchacha, de la que me había hablado la noche del asedio, no había muerto. Ofrecí leerle un pequeño poema para su amada y le produjo un gran entusiasmo. Tuve que tragarme unas buenas copas de vino de Quío y sentarme con él ante una mesa cerca del mostrador. De vez en cuando entraba algún cliente y él se levantaba para servirle. A todos les hacía mis elogios. «Es el gran poeta Ovidio Nasón, el más digno sucesor de Homero.» Homero era el único poeta a quien conocía, aparte de mí. Leyó mi poema con cierta dificultad; estaba escrito en caracteres latinos y me confesó que su amada no sabía leer ni escribir, de modo que él se lo aprendería de memoria para recitárselo en cuanto se le presentara la ocasión o bien se lo daría para que una amiga de ella se lo leyera como si fuera una carta.

-No se marche tan pronto. Llegar de un momento a otro y podrá usted conocerla. Vale la pena, lo juro por Afrodita.

Claro que merecía la pena. Lidia entró pocos instantes después y Herimon la invitó en seguida a nuestra mesa. ¡Por Afrodita, qué hermosa era, más hermosa de cuanto yo pudiera haberme imaginado! La mezcla de sangre griega y geta produce magníficos resultados. Ya he visto bastantes ejemplares en Tomis, tanto de hombres como de mujeres, todos ellos de una impecable pureza plástica. Era más bien delgada, de ojos verdes, cabellos negros, la piel de una blancura nívea y como de mármol, el porte altivo y armonioso sensual la boca y finos y ágiles sus piececitos en las sandalias demasiado usadas. Herimon le leyó el poema cometiendo la imprudencia de revelarle el nombre del autor. Se había envalentonado. Durante todo el tiempo que duró la lectura, Lidia no dejó de mirarme y sus ojos me dijeron toda la admiración que le inspiraban mis versos. Mi poesía ha tenido siempre el maravilloso don de conmover a las almas más sencillas y de ablandar con su encanto a los más duros corazones. El efecto del poema fue instantáneo; pude darme cuenta de ello a medida que Herimon iba clamando su pasión, que Lidia consideraba como mía, puesto que yo era el autor del poema y puesto que ella se encontraba allí, delante de mí. La voz de Herimon sólo era una hábil intermediaria. Una vez acabada la lectura, Lidia se levantó, besó castamente la mejilla de Herimon, que se puso más colorado y torpe que de costumbre, perdido en el cielo de una infinita esperanza, llenó de vino su copa y se fue sin pagar, dejando tras de ella un silencio que ninguno de nosotros dos se atrevió a romper.

-Eh, ¿qué le parece? -me preguntó por fin mi pobre amigo.

-Es usted un hombre atortunado. Sólo le falta un poco de valor.

-Ya no lo necesito. Lidia lo ha comprendido todo, estoy seguro, todo lo ha comprendido.

-Y llenó de nuevo la copa-. ¿Cree usted que se me resistirá todavía mucho tiempo?

-Eso depende ya de usted exclusivamente. Pero no fuerce las cosas. Caerá ella sola en sus brazos como un higo maduro.

Quería darme tiempo a mí mismo.

Volví a verla al día siguiente en la calle. Volvía del puerto y traía en la mano una cesta llena de pescado. Al saludarme, me sonrió. Quise evitar el encuentro y proseguir mi camino, pero su sonrisa era como una red.

-Acabo de pescarlos -me dijo, enseñándome los pescados-. Somos pobres y no siempre puedo comprar el pescado en el mercado. ¿Quiere usted aceptarme unos cuantos?

-Gracias, pero no me gusta el pescado crudo.

Comprendió en seguida mi intención.

-¿Sería muy atrevida si le invitase esta noche a mi casa? Es muy modesta para un romano y más para un hombre como usted, pero sé preparar el pescado. No se arrepentirá.

Y me sonrió de nuevo. Acepté.

La tarde me pareció larga. Hacía calor, pues el verano había llegado de pronto aquel mismo día como suele ocurrir en estos lugares que no conocen la dulzura de las transiciones suaves. Lidia vivía en el primer piso de una casa de piedra, al cual se subía por una escalera exterior. La habitación en la que me recibió sólo estaba iluminada por el fuego de la chimenea, encima del cual colgaba, de una cadena, una gran marmita donde hervía el pescado. Sobre una mesa redonda y baja había una humeante *malana* sobre una servilleta de blanco lino. El olor del pescado mezclado con otros aromas llenaba el interior. Junto a la *malana* estaban dos cuernos de buey que, a estilo geta, habían de servirnos de copas.

-¿No está en casa tu madre? -le pregunté.

-Pasar la noche con la mujer de Herimon, que sigue enferma.

La atmósfera de esta habitación y su pobreza, la hija viviendo sola con la madre, el miedo a que me sorprendieran allí, todo me recordaba a Gaya. Pero era mucho más complicado, como y era luego. Me senté. Lidia me sirvió el plato único que había preparado y, mientras se inclinaba sobre mí para servirme la sopa en una especie de platillo de tierra cocida, le rodeé la cintura con mis brazos. Dejó cuidadosamente la marmita sobre la mesa y se sentó suavemente en mis rodillas. No pesaba, pero sus labios me llenaron de ella con una violencia que suprimió al tiempo ya la

tristeza como una maravillosa tempestad. Había olvidado que la vida sin amor carece de sentido y que todas las filosofías del mundo y los dolores todos puede borrarlos un beso.

*

Venía con frecuencia a mi casa las noches en que su madre, que cuidaba enfermos vestía muertos, tenía que alejarse. Nuestro amor duró hasta fines del verano y habría durado más, pues yo la quería, si un acontecimiento que sólo fue para mí una sorpresa en el sentido de que lo creía posible en Roma e imposible en Tomis, no hubiera enfriado mis amorosos impulsos. Lidia me engañaba. Ya lo sospechaba, pero no era más que una sospecha. Lo que me asqueó no fue la actitud de ella, sino el hombre que la estrechaba entre sus brazos.

Una noche, apenas se hubo marchado Lidia –no podía dormirme, pues me obsesionaba su recuerdo- me vestí y salí de casa decidido a rondar su casa por si estaba sola y podía quedarme con ella o bien convencerla para que volviese en seguida a la mía, o más tarde, cuando pudiera. Subí sin ruido la escalera, aparté la cortina de basta tela que servía de puerta y vi a Lidia en brazos de Herimon dedicada a abrazarlo y besarlo con pasión. Ambos tenían los ojos cerrados y vi cómo chorreaba el sudor por las enormes mejillas de mi amigo. Un olor infecto invadía el miserable cuartucho, que parecía hecho a la medida de estos seres inferiores. Lo que más me impresionó fue la cara de esta mujer, que yo había invadido de besos unas horas antes. Me pareció fea y vulgar, con las facciones descompuestas por el calor y por un sentimiento que oscilaba entre la excitación y el asco. Era evidente que Herimon había sabido aprovecharse de mi poema y de su dinero.

Bajé sin ruido y regresé a mi casa. No los odiaba. Herimon había entrado en el disfrute de sus derechos y Lidia había encontrado una solución a su miseria. Aquel idilio era obra de mi poesía, pero no podía sentirme orgulloso por ella. Una especie de desesperación atormentaba mi carne. Me dirigí hacia la casa de Artemis, pero también allí había un hombre.

Algunos días después emprendí con Dokia mi primer viaje por teztirio geta. Fue ella la que tuvo la idea sin decirme cuál era su objetivo. Misteriosa como siempre, vino a recogerme por la tarde en un carro tirado por un asno. Me senté a su izquierda, en una tabla, y atravesamos la ciudad para salir a pleno campo por la puerta septentrional. Tomamos en seguida un camino, más bien un doble sendero que avanzaba a lo largo de los acantilados y, al trotecillo del asno, nos dirigimos hacia un sitio cuyo nombre he olvidado y donde Dokia tenía que hacer. Era algo relacionado «con los pescadores», esto fue todo lo que me dijo.

No lejos de la ciudad, a la sombra de una acacia, vi unas piedras runerarias sobre las que pude leer las conocidas palabras: «Tened confianza», debajo de una flor de loto tallada en la piedra. Estos muertos de Tomis habían practicado el culto de Isis; habían sido felices antes de morir, pues tenían confianza y estaban seguros de haber conquistado la eternidad.

Ahora se dirigían a los vivos intentando inspirarles la misma esperanza. ¿No era esto una farsa? Esta voz no era una voz, pues las letras esculpidas en la piedra gris no venían del más allá, sino que habían salido de la mano de un artista vivo cuya fe no se sabe cuál sería ni si estaba o no seguro de su vida eterna. Todo lo que nos dicen del Más Allá y de la vida eterna sale de bocas que aún están vivas.

Llegamos, después de dos horas de viaje, a un arroyo donde Dokia dio de beber al asno. Lo cruzamos con facilidad. El camino se extendía, en vez de subir, como yo me había figurado, y poco después se hundió en la arena, obligando al animal a hacer terribles esfuerzos para avanzar. La playa se fue ensanchando cada vez más, la arena se hacía más fina y sedosa a cada momento, y el aire era de una pureza casi vegetal. Me sentía inspirado por ese frescor que me llenaba el alma y le conté a Dokia muchas historias que le hicieron reír. La había tenido abandonada durante estos últimos meses y, sentado cerca de ella, sentía su cadera redonda y elástica a través de la túnica blanca cuyo suave perfume me incitaba a abrazarla. Pero no lo hice, no sé por qué. Había en ella una especie de alegría natural en perfecta armonía con el paisaje desierto que nos rodeaba, una

alegría cuyas causas ignoraba yo y que me producía una extraña turbación. Estaba como rodeada por una multitud de aliados invisibles que hubieran podido defenderla. En cambio, yo me encontraba solo, completamente en poder suyo. Bromeaba para divertirla como si las relaciones entre nosotros hubiesen cambiado de pronto y de manera inexplicable. Dokia, de nosotros dos, era la que mandaba en medio de aquel espacio que le era familiar y que yo veía por primera vez, y yo me había convertido en su esclavo o en algo parecido.

Tras varias horas más de viaje -unas tres- llegamos a una aldea de pescadores. Unas chozas miserables, medio enterradas, sostenidas por unos palos y cubiertas con tela seca. El mar se hallaba a un centenar de pasos. Estábamos en una pequeña elevación del terreno desde donde pude contemplar, volviendo los ojos hacia el oeste, un paisaje de inefable belleza. No muy lejos, los colores del poniente se reflejaban en las aguas de otro mar completamente tranquilo cuya orilla pude divisar. Era un lago de agua dulce, según supe poco después. Había allí unas barcas inmóviles, como pequeñas islas negras, que salpicaban la superficie y que tenían las velas caídas; barcas de pescadores que nunca habían oído hablar de mí ni de Augusto y que parecían estar allí desde el comienzo del mundo. Unas hogueras crepitaban delante de las chozas y unas mujeres se agitaban en torno a las llamas. Otras barcas reposaban en la playa mientras unos hombres preparaban las redes. Uno de los pescadores abandonó su trabajo y se dirigió hacia nosotros. Al verme, levantó la mano y saludándome a la romana, me dirigió la palabra en latín. Le respondí también en latín y luego en geta, pero él siguió la conversación en nuestra lengua, que hablaba con acento extranjero. Sus facciones eran las de un romano; su barba, sus gestos y su ropa, los de un aborigen.

-Soy de Ostia -dijo, indicándome que me sentara en el suelo ante la hoguera sobre la que hervía ruidosamente la sopa de pescado, que reconocí por el olor. Una *malana* fría brillaba con su vientre húmedo y amarillento sobre una mesita baja que teníamos al lado-. En mi tierra me llamaban por otro nombre, pero aquí me llaman Mucaporo. -Me sonrió y me tendió un cuerno de buey que había llenado de vino-. ¿Qué noticias hay de Roma?

-Hace tres años que salí de allí. ¿Qué noticias podría darle?

-Por poco que sea, para mí siempre serán noticias. Partí de Ostia hace quince años. Soy lo que llaman ustedes un desertor. -Y me sonrió de nuevo sin preocuparse del efecto que sus palabras pudieran haberme causado. Era un hombre como de cuarenta años, alto y robusto, con sus cabellos castaños en desorden y su larga barba esparcida por un torso casi desnudo tostado por un largo contacto con el sol y el mar. También iba descalzo-. Me escapé de Tempira, en Grecia. Esa tierra -y me señaló el horizonte, más allá del lago tranquilo donde moría el sol- está llena de desertores casados con mujeres getas y felices como yo.

-¿Por qué es usted más feliz aquí que en Tempira o en Ostia?

-Porque soy el dueño absoluto de mis días y de mis noches. Y porque nadie me obliga a matar. Soy libre. ¿Le parece a usted poco? -Me sonrió una vez más y me sirvió bebida. Ya estaba preparada la sopa.

Dokia y la mujer de Mucaporo nos sirvieron en silencio. No pude contener el deseo de preguntarle:

-¿Sigue usted adorando los dioses romanos?

-Adoro a Zamolxis, el verdadero Dios. -Se acercó a la boca la basta cuchara de madera y sopló encima. Comía decorosamente, como un verdadero romano. Quizá fuese el hijo de un armador y conociese a Favorino, que había sido el primer amante de Corina, pero adoraba a un dios bárbaro y vivía entre los bárbaros. De pronto, me pareció ese destino lo más horrible que podía sucederle a un hombre de mi pueblo, pero la sonrisa de este antiguo legionario no mentía. Se veía que era dichoso. ¿Y qué más puede uno pedirle a la vida? La libertad se paga cara, pero merece la pena pagar ese precio. ¿Es, pues, tan difícil comprender la actitud de aquel hombre? Nos basta con saber elegir: una nueva existencia, no importa dónde, más allá de los límites del Imperio, un Dios nuevo, el *verdadero*, para renacer aquí mismo en la tierra y no después de la muerte como lo enseña la religión de Isis. Todo es posible. Hay- que tener a tiempo el valor de

desertar, de cortar bruscamente nuestras relaciones con el pasado. *Mucaporo*. Este nombre no le asustaba. Un hombre nuevo se reflejaba bajo este nombre sin gracia y proclamaba ante mí descaradamente su felicidad. Ante mí que soy ciudadano romano. Pero mi muda indignación era fingida. Sentía ante esa hoguera, ante esa miserable choza, ante la tierra limitada al este por el mar y al oeste por el lago, que este hombre no sólo era digno de admiración por haberse transformado y por haber hallado la paz, sino, sobre todo, por haber descubierto una nueva posibilidad humana. Un romano podía vivir lejos de Italia, incluso fuera del Imperio, renegando de Augusto y de los dioses de Roma y se sentiría hasta mejor que antes, feliz en medio de esta miseria sana y primitiva cuyo Dios era superior a Júpiter y a toda su divina familia. Me encontraba en ese momento dispuesto a reconocer que este hombre, lejos de haber dado un paso atrás al escoger un destino de miserable y triste apariencia, había ganado algo que los romanos no han logrado aún conocer. Pero me callé. La sopa era excelente y el viaje en carro me había abierto el apetito.

Algo de extraño sucede en torno a mí y en mí mismo. ¿Qué buscan todos esos desertores de que me hablaba Mucaporo? ¿Sólo tierras que trabajar y mujeres getas? ¿Y por qué prefieren nuestras mujeres el culto de Isis y Osiris al culto de Júpiter y Augusto? ¿Acaso esas mujeres, si pudieran hacerlo, no seguirían también a estos hombres que huyen hacia las tierras de Getia en busca, no solamente del Dios único, sino también de algo que me sería difícil definir y expresar en una trase lógica? ¿Qué podría impedirle a Mucaporo adorar, incluso en secreto si fuera necesario, a su Dios único, bien en Tempira, bien en Ostia, o en cualquier lugar dentro de las fronteras del Imperio y de las posibilidades de su profesión militar? ¿Lo ha abandonado todo para establecerse aquí, en este desierto inhóspito, para que no puedan obligarlo a matar y para sentirse «dueño de sus días y de sus noches»? ¿Qué quiere decir eso exactamente? El imperio le impedía hacerlo. Pero, ¿es que estos getas disponen con mayor libertad de su tiempo? Además, nuestros dioses nos aseguran una vida eterna. ¿Puede uno sentirse aquí *un hombre* mejor que bajo la protección de Júpiter y de Augusto? No matar, ser libre, tener la certeza de la vida eterna; creo que ninguna religión, ni siquiera la de Zamolxis, otorga a sus fieles esos derechos de los que ninguna ley ni culto alguno hablan con precisión. O quizá haya aquí unos secretos que nadie ha querido revelarme. Sin embargo, al mismo tiempo, siento que todo eso no es más que una ilusión y que cuanto sucede en torno mío, esta emigración de los «desertores», no es más que una espera sin nombre y sin rostro. Voy a releer a Virgilio, que tuvo ciertos presentimientos. El Imperio se expande para dar cabida a otra cosa mayor y mejor. Cuanto ocurre ahora en el mundo es tan sólo una preparación para una nueva metamorfosis del hombre. Y entre nosotros hay hombres que «oyen venir» ese cambio como una inundación lejana y se preparan para recibirla. Eligen a Zamolxis o a Isis, para hallarse más cerca de las aguas que nos traerán algún día la solución o el Dios que, sin saberlo, esperamos todos.

Cuando, inmediatamente después de comer, desapareció el sol tras la otra orilla del lago y no quedaba de la *malana* más que un pedazo que arrojaron a los perros, y del fuego no había ya sino unas brasas medio enterradas bajo las cenizas, se levantó Mucaporo y me dijo:

-¿Quiere usted venir conmigo a pescar? Regresaremos mañana al amanecer. El mar está en calma. Podrá usted conocer todos los peces del mar y, si se cansa, podrá tenderse en el fondo de la barca y dormir.

Lo primero que pensé fue lo siguiente: «Dokia le ha transmitido la orden de Augusto de parte de Honorio y me invita a esta excursión pesquera para hacerme desaparecer.» Pero acepté. Prefería la barca a la cabaña de Mucaporo y confiaba en él, en Dokia y en Honorio. ¿No estaba allí mi huésped precisamente para no matar? De modo, que me instal, en la barca detrás de Mucaporo mientras que los otros tres pescadores la empujaban en la arena hacia el mar. Envuelto en mi *penula*, no temía a la brisa que se había levantado de la parte de tierra. El agua estaba muy tranquila, brillaba como una larga espada bajo la luz de la luna, que se elevó poco después de nuestra salida. Una luna casi roja, exactamente delante de mí, mayor que todas las lunas de mi pasado. Avanzábamos remando y, pasado algún tiempo, nos detuvimos para arrojar las redes. Vi

ante mí la línea del horizonte y, al volverme, la orilla con sus lejanas hogueras que nos hacían débiles guiños. Luego, hacia el sur, el reflejo tajante e inmóvil del faro de Tomis.

Las horas pasaban rápidamente. No sentía el menor cansancio. El agua estaba tan clara que se veía a los peces agitándose en la red, como relámpagos de plata, antes de llegar a la superficie. La barca se llenaba con sus desesperados temblores. Mucaporo me los señalaba de vez en cuando: «Ahí tiene usted los pequeños escombros, los "milanos" de negro lomo, el duro xifias, cuyo choque es tan duro como el de una espada, el pompilio, que sigue a los barcos en su estela, el deslumbrante paguro...» Y muchos más. También me dijo que en alta mar se pescaban otras especies y que, cerca de la orilla, las había completamente distintas. Cada sitio del mar alberga nuevas especies. «Y seguramente», añadió, «hay en el fondo del mar peces desconocidos por los hombres, monstruos que a veces se asoman a la superficie para asustar a los marinos». Estas palabras me impresionaron. La tierra y la mar, quizá también el cielo, encierran muchos secretos. Y por supuesto, también los hay en el hombre. Lo mismo que esas aguas sin fondo a las que no llegan nuestras redes, ocultamos en nuestro fondo secretos espléndidos o terribles. ¿Cuál será la red capaz de arrancárnoslos? ¿Seremos mejores o peores cuando nos hayamos conocido hasta el fondo? Se me ocurrió un tema para un nuevo poema y fueron naciendo estos versos en las honduras de mi alma:

*Descriptit sedes varie Natura profundi
Nec cunctos una voluit consistere piscis.*¹

Ya de regreso, rumbo a la orilla, me dormí y soñé lo siguiente: me hallaba en la misma barca, pero completamente solo y no navegaba por la superficie del agua, como se hace normalmente, sino a través de la espesura acuática como si hubiera sido un pez. Esto me parecía natural y me sentía a mis anchas. La barca navegaba sola, impulsada por la corriente o quizá, por una fuerza invisible. No veía ni el fondo, que se perdía en tinieblas, ni la superficie, de la que caía una luz azul muy agradable. En cambio, distinguía y agas formas que se movían alrededor, seguramente otras barcas o seres desconocidos, extraños animales que no se atrevían a acercarse. Seguía yo con una atención intensa el avance de mi barca y buscaba con la mirada algo en la lejanía. Mi viaje tenía un objetivo que me obsesionaba, aunque a la vez lo ignoraba. No me causaba espanto mi soledad. Una luz, como un rayo de sol, vino a aclarar el agua ante mí y, en esta inesperada iluminación, vi un pez que nadaba en la misma dirección. Era un pez común, más bien pequeño, pero que no pertenecía a ninguna especie conocida. Carecía de color determinado y ninguna señal lo distinguía de los demás, pero, por encima de todo raciocinio, mis sentidos me decían que se trataba *del pez*, de un ser que representaba a todos los peces a la vez, el símbolo original de la especie o de la vida en general. Se movía, vivía, pero como un dibujo de un solo trazo, como si alguien lo hubiese esbozado en el fondo azul del agua y como si esa forma hubiera comenzado a vivir. Sabía también que el pez representaba algo que me interesaba de un modo anormal, pero como mi razón no controlaba mis pensamientos, no intentaba comprender.

Seguía al pez y me invadía una gran felicidad. Esa forma que nadaba suavemente iluminada por el rayo de luz que venía de arriba, me guiaba hacia el objetivo que ignoraba yo un momento antes y que ahora me resultaba claro y conocido sin que este conocimiento se me hiciera visible o presente. Había encontrado un camino que durante toda mi vida había buscado inútilmente. Todas las demás formas indefinidas que me rodeaban avanzaban en la misma dirección. Subíamos un poco hacia la superficie, pero yo sabía que esa superficie no era la del mar y que arriba no encontraríamos el aire, ni el viento, ni la vida y sus aspectos cotidianos. Luego, de pronto, se perfiló una sombra a la lejos, delante de mí y del pez. Era como si alguien se encontrase allí arriba y la sombra de su cuerpo, proyectada por el sol o por la luz de aquel espacio desconocido, se sumergiese sin perder en el agua su contorno. Era la sombra de un hombre y, a

¹ La Naturaleza ha variado el fondo de las aguas y no ha querido que todos los peces estén en el mismo lugar. (*Halieuticas*, 91-92.)

medida que avanzaba yo hacia ella, me daba cuenta de que estaba hecha de una luz más intensa que la del rayo de sol y la claridad que me rodeaba. Esa luz formaba, en cierto modo, su consistencia. Me decía a mí mismo: «Ya he llegado. Ya estoy, por fin, en el término de mi viaje», y me preparaba para el descenso como si esa sombra -quiero decir esa luz- fuera un puerto en el que hubiese de encontrar cuanto hasta entonces había buscado inútilmente. Una sacudida. El pez desapareció, tragado por la luz de forma humana. Pensé: «Mi barca ha llegado a la orilla. » Y era cierto, pero se trataba de la verdadera barca, aquella en la que me había dormido, y de la orilla verdadera. La pesca había terminado.

Las mujeres y los niños de la aldea dormían. Las hogueras se habían apagado. El mar, en calma, tenía reflejos de metal, gris y liso bajo el inmenso cielo sin nubes en el que Helios preparaba ya su carrera. Me sentía cansado, pero no seguí a Mucaporo, que me invitó a entrar en su cabaña. Me tendí sobre la arena envuelto en mi *penula* y esperé la salida del sol. Aún me duraban los efectos de lo que había soñado, y procuraba descifrarlo mientras los párpados se me cerraban. Me hundí en el sueño de nuevo con la imagen de los pescadores que sacaban del fondo de sus barcas las cestas llenas de plateada pesca y que la transportaban hasta la playa. Algunos pescados resbalaban y volvían al agua y otros caían en la arena, donde se agitaban intentando llegar a la mar antes de morir. Pero éstos eran de especies conocidas, cuyos nombres me había dicho Mucaporo.

*

Nada más. Con esa historia termina mi crónica del año pasado. Nada nuevo ha habido luego. Cartas enviadas a Roma para implorar el perdón del emperador a través de amigos cuyos rostros se pierden poco a poco en la creciente marea de los años. Cartas que llegan para decirme siempre lo mismo. Cartas inútiles. «No dejemos morir a ese pobre Ovidio», se dicen los que aún me conceden el honor de escribirme, «a pesar de todo, no le dejemos morir así de pronto. Sería demasiado cruel. Lo que le sostiene la vida es la esperanza de regresar. Conservámosle esa esperanza, puesto que nada nos cuesta». Nadie sospecha cuánto he cambiado, ni mis descubrimientos, ni la verdadera vida que llevo aquí. ¿Qué puedo responderles para no turbar esos magnanimos sentimientos, sino que me aburro, que les tengo miedo a los bárbaros, que quiero regresar a toda costa? Me creerían loco si les dijese lo contrario. Pero, ¿es que lo contrario es la verdad? Lo dudo. Han pasado tres años desde mi llegada. Se ha abierto un abismo entre mi pasado y yo, entre Roma y yo. Pero, ¿qué estoy esperando, qué deseo, qué pretendo de todo esto que me rodea? No podría decirlo. Espero algo que me inspira esperanza.

Artemis y Lidia vienen a verme de vez en cuando. Me faltan energías para echarlas de casa. Además, sólo a través de ellas puedo darme cuenta de mi edad. Sus visitas me ponen optimista. Estas dos mujeres me ayudan a no olvidar y, al mismo tiempo, a olvidar. A no olvidar mi pasado, pues siempre me están pidiendo que les cuente lo que hacía en Roma, cómo se desarrollaban los espectáculos, las *munera*, las carreras, cómo era Corina, cuáles eran los secretos de su arte de amar... Y me enseñan a olvidar por que mi desgracia aumenta de día en día como una simiente que crece hacia un fin seguro y fatal. Todo lo he perdido y aún no he encontrado algo que sustituya a aquello. Busco una respuesta a través de la realidad y de los ensueños, una respuesta cada vez más angustiada a medida que transcurren los años. ¿Me quedará aún el suficiente tiempo para hacérmela inteligible?

Dokia ha plantado flores ante mi puerta, exactamente en medio del patinillo inter-inr que separa a mi casa de las murallas de la ciudad. Hace buen tiempo. En mayo pienso en Roma con más gusto que en el resto del año. Las flores me recuerdan a Gaya, su tienda llena de aromas, su boca y también a Corina, que me acompañaba en mis largos paseos por la vía Appia entre campos en que estallaban todos los colores y los olores todos de la primavera italiana. El sol se ponía más allá de la ciudad, bañando de luz las colinas de la parte de Tibur y de Túsculo.¹ Una tarde, a

¹ Tívoli y Frascati.

última hora, nos hallábamos lejos de la ciudad y nos habíamos sentado al borde de la carretera en la hierba fresca. Corina apoyó la cabeza sobre mis rodillas y me dijo suavemente, con una voz tranquila, pero desesperada que nunca le había oído: «No te quiero; no quiero a nadie.» Le acarició los cabellos mirando al cielo y buscando algún punto de apoyo, algún consuelo que pudiera aliviarla o darle alguna explicación. Nada se me ocurrió. La luz que nos envolvía no toleraba mentiras. Y yo, el autor del *Ars amandi*, ¿a quién amaba? ¿A quién he amado después? El amor no era más que una palabra vacía de todo sentido; nadie quería a nadie en aquella inmensa ciudad que iba a encenderse poco después con los fuegos de la noche y del placer. Estábamos solos y tratábamos de olvidarlo, embriagados por el vino y las caricias. Para eso están las orgías, como el cansancio está para el pobre y el esclavo. Regresamos hacia Roma sin decir palabra, cogidos de la mano, asustados los dos por lo que Corina acababa de decir, pero tranquilizados por esa verdad que nadie había tenido aún el valor de pronunciar y deseosos, al mismo tiempo, de librarnos de esa clarividencia que nos oprimía. Unas semanas más tarde me confesó Corina que adoraba a Isis y que, todos los meses, se encerraba en el templo, donde decía unas plegarias y ejecutaba unos ritos sobre los cuales nunca me dio detalles. Esos días me quedaba solo, completamente solo y buscaba también un templo, un culto, cualquiera que fuese, con tal de creer en algo y soportar mi soledad. Pero nada encontré. Escribí mucho, pero esos versos no me daban más que gloria.

*

Me rodea un gran silencio. Con toda seguridad es muy tarde, pero, a pesar de mi cansancio, no consigo dormirme y escribo. Hace dos días que estoy en Istros, como invitado de Dionisodoro y de su mujer. Siempre me han gustado los viajes; me encuentro con buena salud y la verdad es que me aburrí en Tomis. Honorio me presentó a un amigo suyo armador, Pausanias, cuyo barco procedente de Grecia zarpaba rumbo a Istros. Me invitó en seguida a acompañarlo y acepté. Honorio no se opuso a este viaje, pues sabe muy bien que no tengo intención alguna de fugarme. El viaje duró menos de media jornada. La ciudad es hermosa y muy rica. Mayor que Tomis, construida en una península rocosa, situada al fondo de un golfo rodeado de colinas, la ciudad de Istros está rodeada por altas murallas de piedras cuyo acceso principal se halla defendido por una puerta protegida por cuatro torres, dos exteriores y dos interiores. Dionisodoro, rico comerciante, es también un hombre culto y posee una gran biblioteca en la cual he encontrado entre los más célebres poetas griegos, las obras de Menandro, que vivía en Atenas hace cuatro siglos y que era originario del país de los getas. Se enorgullecía de sus ascendientes bárbaros y aseguraba ser descendiente de los *getas* o *daos*, que también se les llama así ahora. Para ser más exacto, debo decir que son los griegos quienes llaman *getas* a los habitantes de este país, mientras que en Roma se les suele designar con el nombre de *dacios*. Daos y getas eran en Atenas sinónimos de esclavos, pues casi todos los esclavos que se encontraban en esta ciudad, en tiempos de Menandro, procedían de esta región*. El comercio de esclavos florece aún en Istros y constituye una de las fuentes de riqueza de mi huésped. Los griegos compran aquí trigo, pieles, hombres vigorosos para sus trabajos y, con destino a sus camas, hermosas mujeres cuyas costumbres, según Menandro, eran muy livianas en su tiempo. Decía también que un geta no se consideraba satisfecho de su vida conyugal antes de haber poseído, por lo menos, diez esposas legítimas. Los getas o dacios eran polígamos y parece ser que uno de sus reyes introdujo unas reformas muy severas, asustado, como Augusto, de la inmoralidad de sus súbditos. Una de las medidas más famosas y más duras que se vio obligado a adoptar fue la de ordenar a los dacios que destruyesen todas sus viñas para acabar así con el vicio nacional: el abuso de la bebida. Los dacios obedecieron sin rechistar y los viñedos y, por tanto, el vino, desaparecieron de las colinas y de las bodegas. En cambio, en Roma nadie tomó en serio las disposiciones de Augusto. Lo cual tiene una explicación muy sencilla: el rey dacio contaba con la religión y los dacios eran -y siguen

* “religión” es la palabra que figura en el libro impreso, error aquí corregido [Nota del escaneador]

siéndolo -más religiosos que viciosos. En todo caso, hay algo que me resulta extraño: eran los propios reyes dacios quienes proporcionaban esclavos a los traficantes griegos del Ponto Euxino y estos esclavos nunca se oponían a su destino. De ello deduzco que, o los esclavos se dejaban vender para sacrificar su libertad por el interés general, o era que se encontraban mejor en Grecia, como esclavos, que en Dacia como hombres libres.

Istros, según Dionisodoro, fue fundada por los milesios hace más de seis siglos, es decir, cien años antes de la fundación de Roma. Y, al mismo tiempo, fundaron, más al norte, el puerto de Olbia. Otras ciudades griegas fueron creadas en el mismo litoral: Kallatis, Tomis y Dionisópolis. La historia de estas ciudades mercantiles plantadas por el espíritu aventurero de los aqueos en pleno país bárbaro, es apasionante. No hago más que repetir aquí las palabras de Dionisodoro: en el siglo IV *Ab Urbe Condita*¹ Istros, Tomis y Kallatis (esta última situada al sur de Tomis) formaron una pent polis, coalición que se convirtió más tarde en una hex polis con la adhesión de la ciudad de Mesembria. Kallatis constituía el centro de esa alianza, pero después de una desdichada guerra contra Bizancio, fueron Istros y Tomis las que dominaron. Siguió una época de decadencia durante la cual fueron sometidas las cuatro ciudades griegas por el reino escita que se formó en esta zona y cuyos reyes bárbaros (Acrosas, Charaspes, Kanites, Sarias y Tanousa, entre otros) adoraban a los dioses griegos y acuñaban moneda. El reino escita se fragmentó en cierto número de pequeños reinos independientes -lo cual constituyó siempre la enfermedad política de esta región directamente influenciada por las costumbres griegas- que desaparecieron paulatinamente por la presión de otros escitas llegados del este y del norte, y de los sármatas que aún se encuentran diseminados entre los getas, a ambas orillas del Danubio. Hace un siglo, le tocó el turno a Mitrídates, rey de los partos -o del Ponto- de someter a esas ciudades obligándoles a pactar una alianza para lanzarlas en seguida contra Roma. Pero al ser vencido Mitrídates por nuestras legiones el 681 A.U.C., estas ciudades cayeron bajo nuestra protección. De nuevo fue perturbada la paz, esta vez por los bastarnos contra los cuales envió Roma unas legiones bajo el mando del general Cayo Antonio, que había sido colega del consulado de Cicerón. Los bárbaros y encieron a Cayo Antonio cerca de Istros y el general perdió en la batalla las insignias de las legiones. Augusto envió, en el 724 A.U.C. a Marco Licinio Craso, que cruzó el Danubio, avanzó hasta el centro de Escitia, mucho más al este de la desembocadura del gran río, y restableció el orden. Craso fue recibido triunfalmente en Roma, lo recuerdo perfectamente, el 4 de julio del 726, pero la anarquía brotó de nuevo en las tierras donde había triunfado en cuanto él se marchó.

Al contarme la historia de su ciudad, Dionisodoro omitió un recuerdo que le molestaba, aunque tampoco es halagüeño para los romanos: la batalla cerca de Istros entre Cayo Antonio y los bastarnos tuvo lugar en el 692 y los aliados de los bárbaros fueron los griegos de las ciudades libres del Ponto Euxino que, exasperados por los impuestos y los abusos de Cayo Antonio Hibrida, procónsul de Macedonia, cuya autoridad se extendía hasta Istros, llamaron en su exilio a los bastarnos y con ellos aplastaron a las fuerzas romanas. Fue Burebista, rey de los dacios o de los getas, el que se aprovechó de esta derrota sometiendo a todas las ciudades griegas. Éste era el rey reformador al que me referí antes. Pero lo asesinaron el 713 y su reino se fragmentó en numerosos pedazos. Los reyezuelos getas del sur de la desembocadura del Danubio (quiero decir de toda la región situada entre el Danubio y el mar, llamada la Pequeña Escitia, pero donde ya no hay escitas hace mucho tiempo), fueron destronados por Craso que colonizó las regiones desérticas con los *bessos* que llevó de Tracia, y confió el mando de ese nuevo Estado a Roles, rey geta que se había declarado y asallo de Roma. Esta fórmula no resultó más feliz que las anteriores. Augusto creó al poco tiempo el reino odrisio de Tracia, artificialmente limitado por sus antiguas fronteras de hace cinco siglos, y le añadió, en el 747, las ciudades y el territorio de la Pequeña Escitia. En principio, la situación no ha cambiado desde entonces, pero la verdad es que no controlamos esa región invadida cada año por los getas libres y por los sármatas. Las ciudades

¹ La fundación de Roma fue en el 753 antes de J. C. Siguiendo la cronología romana, nuestro año 1960 corresponde al 2713 *Ab Urbe Condita*.

griegas del litoral son las únicas que reconocen nuestra soberanía puesto que la propia Grecia está sometida a nosotros. Al mismo tiempo, los griegos se apoyan cada vez más en nuestra flota de guerra y ya se habla en Roma de la posibilidad de crear una especie de mando militar de esta región para proteger la navegación romana por el bajo Danubio. Es evidente que los griegos, cuyos derechos de pesca en aguas del delta danubiano son concedidos directamente por Augusto (los habitantes de Istros disfrutaban de ese privilegio en el brazo meridional de las bocas del Danubio llamado Peuké) serán los primeros beneficiarios de estas medidas de orden, puesto que podrán proseguir y desarrollar su comercio con la protección de nuestros barcos de guerra. Por ahora, se trata de contener las invasiones de los getas dentro de lo posible y Dionisodoro se inclina a una solución de compromiso. Según él, aún es posible hallar una fórmula de coexistencia entre los romanos y los reyes dacios, pues podemos necesitarnos unos a otros. Por mi parte, pienso que más bien serán los griegos los que saquen ventaja de nosotros y de los getas a favor de su comercio, que tiene en la guerra su principal enemigo.

Habría que meditar sobre todas estas cosas. Es indudable que debemos evitar la guerra, pero, ¿quién podrá convencer a los getas de que nuestras intenciones son pacíficas y persuadirá a los romanos de que los getas no se proponen atacar a Roma? En realidad, nos tememos unos a otros. Avanzamos por todas partes, en el mundo entero, para asegurarnos una paz que se nos escapa por entre los dedos mientras que los bárbaros nos atacan por doquier para impedirnos avanzar. Es un juego fatal y sin salida.

Me he paseado estos días por las calles de Istros. Nadie habla nuestra lengua. En los mercados, las transacciones se hacen en geta y los habitantes de la ciudad se entienden en griego. Pero su habla abunda en palabras bárbaras y de esa mezcla nacerá sin duda, un nuevo idioma que los griegos de Atenas entenderán con dificultad. Me hallo aquí en la frontera de un mundo nuevo cuyo porvenir no puede preverse. Dionisodoro, que me ha acompañado con frecuencia en mis paseos, me decía que los getas son un pueblo numeroso, el más numeroso después de los indios -según Heródoto, a quien él citaba continuamente- y que, unidos bajo un jefe inteligente y emprendedor, serían capaces de crearnos grandes dificultades. El reino de Burebista se extendía, durante el apogeo del gran rey, desde los límites orientales del país de los germanos hasta más allá de la desembocadura del Danubio.

Me encontraba ayer solo en la plaza principal, pues Dionisodoro estaba ocupado. Acababa de salir del templo de Apolo, amplio y bien construido, en el cual había admirado bellas estatuas en mármol traídas de Grecia. Al descender la escalinata, vi a dos hombres, sentados en la piedra, seguramente dedicados a cerrar un trato mercantil. Uno de ellos era un griego; el otro un dacio a quien se le reconocía fácilmente por su ropa. Cuando pasé junto a ellos y me recogí la toga para no rozar con ella la espalda del bárbaro, éste sacó un gran pedazo de tela -un pañuelo multicolor- deshizo el nudo que unía los extremos de esta extraña bandera y, ya que estaba cerrado el trato, dejó caer sobre la piedra unas monedas con la efigie de Augusto. Me detuve involuntariamente. El geta me miró desafiante pero me acerqué a él y le dirigí la palabra en su lengua. En seguida entablamos conversación. Mis dos interlocutores estuvieron muy respetuosos conmigo al saber que era romano y me gan, la benevolencia del griego cuando me oyó hablarle perfectamente en su idioma. Me invitaron a beber y nos sentamos en torno a una mesa ante la taberna de la plaza. Yo quería saber de dónde procedían las monedas romanas. El dacio no tuvo inconveniente en decírmelo en seguida. En su pueblo, más allá del Danubio, un lugar que los dacios llaman Danuris, hay varios romanos casados con mujeres nativas. Cultivan inmensas extensiones de trigales, crían ganado y, producen grandes cantidades de miel. Uno de ellos le había comprado a mi interlocutor dos pares de bueyes. Con ese dinero, había venido a Istros para procurarse telas finas, cuchillos y dos copas de plata. Me dijo el nombre del romano vecino suyo: Flavio Capito. La ciudad geta más próxima de su pueblo era Troesmis. Le pregunté al geta dónde se alojaba en Istros y le rogué que llevase un mensaje a mi compatriota. Aceptó; nos separamos en excelente amistad y hoy lo he visitado para entregarle la carta que ha de llevar a Flavio Capito. Mi carta era breve: lo saludaba contándole en pocas palabras la causa de mi presencia en Tomis y le deseaba

buena suerte en su nueva vida diciéndole que no esperaba respuesta y que se debe de encontrar en la misma situación que Mucaporo, desertor del ejército, como todos los demás romanos que han abandonado el Imperio para disponer libremente de sus días y de sus noches y para no matar más.

Este encuentro me ha turbado profundamente...

*

Estamos a fines de mayo. Hace un tiempo magnífico. Ayer salimos de la ciudad para asistir en el cementerio a las ceremonias de la *Rosalía*, rito de origen romano que se ha popularizado en Istros desde hace unos años. El cementerio se encuentra en lo alto de una colina desde donde se ve en las aguas verdiazules del golfo, las murallas y los tejados de la ciudad y, hacia Oriente, la llanura verdeante y ondulada. Siguiendo la costumbre, Dionisodoro y los suyos vertieron vino sobre las tumbas de sus antepasados. Luego, ante las autoridades de la ciudad, se descubrió una columna de mármol donde los ciudadanos de Istros daban gracias a los dioses y a Augusto por la paz y el bienestar que les había prodigado durante todo el año pasado. He contado unas diez columnas de éstas y aún había más, pues erigen una cada año. Para concederme ese honor, Dionisodoro, de acuerdo con el Consejo de la ciudad, me rogó que tomase la palabra para hacer el elogio de Augusto. No pude librarme. Y ante este mar extranjero y esta tierra bárbara enemiga de los romanos y del Imperio, hablé de las hazañas de Augusto, de su paternal bondad, de las venturas que había dado a los hombres de su tiempo... Lo hice sin repugnancia, con los mismos sentimientos que había experimentado durante el asedio de Tomis el año anterior. Me sentía representante de una gran potencia protectora ante gentes que nos debían la tranquilidad y el bienestar. ¿Qué habrían pensado de mí Dokia y Mucaporo si hubieran estado allí? Me dejé arrastrar por mis propias palabras y por esa sensación de orgullo y de certidumbre que, precisamente, no suele ser mi fuerte. Me sentía como una encarnación de Roma. Visto desde tan lejos, todo se convertía en un símbolo -incluso Augusto- y mientras hablaba, veía ante mis ojos al emperador en forma de estatua colocado en medio del gran templo del mundo para proteger a los débiles e infundirles esperanza. Hablé también de los vínculos que unían Roma a Grecia expresando en nombre de todos mis compatriotas nuestra gratitud por lo que los griegos habían creado a lo largo de la historia en bien de la humanidad.

No tengo costumbre de pronunciar estos discursos, pero lo que dije fue acogido con mucho entusiasmo. Seguramente me creían enviado especial de Augusto, encargado de informarme y de llevar a Roma el resultado de estas secretas investigaciones. Sólo Dionisodoro conocía mi condición de desterrado.

Nos sentamos en torno a las tumbas después de haber colocado unos ramos de rosas en honor de los muertos. Los esclavos habían traído unas cestas llenas de los más exquisitos manjares. Al final de la comida nos sirvieron una tarta hecha con granos de trigo hervidos, y miel. El vino corría con abundancia. Al principio se cantaban canciones tristes pero poco a poco se fueron haciendo más alegres, a medida que el vino aumentaba la distancia entre los muertos y los vivos. Alguien gritó con todas sus fuerzas: «¡Los muertos con los muertos; los vivos con los vivos!» El respetuoso banquete, dedicado al recuerdo de los seres queridos, desaparecidos en las tinieblas de las que no se vuelve, se transformaba paulatinamente en un elogio de la vida, en una afirmación de la vida. Una de las esclavas de Dionisodoro, una geta de Novioduno, me miraba con sus ojos azules y cada vez que me sezvía bebida se inclinaba profundamente para dejarme ver sus senos de Diana bajo la túnica que se entreabría suavemente. Regresamos por la tarde, cantando. Las calles y las plazas estaban atestadas de ciudadanos borrachos o extremadamente alegres que llenaban las tabernas, las escalinatas de los templos y de los edificios públicos, discutiendo, como hacen los griegos, con mucha gesticulación y elocuencia. Los soldados, cuya misión era calmar las pasiones desencadenadas por el vino durante esta piadosa jornada, se paseaban vacilantes, en parejas, por entre la multitud embriagada que a cada paso les ofrecía un trago. No he visto peleas ni correr la sangre delante de las tabernas. En general, los griegos nunca

llegan a las manos a pesar de las palabrotas que se lanzan furiosos. Sin embargo, llegan a la violencia de hecho cuando el que los insulta es un extranjero o, sobre todo, un romano.

De regreso en la casa, la familia de mi huésped y los esclavos se retiraron en seguida y antes de anochecer se llenó de ronquidos el aire suave. Me refresqué los ojos y salí de mi habitación. La esclava geta de los ojos azules se hallaba delante de la puerta de la casa sentada en un banco y con la espalda apoyada en el muro. Me sonrió y me hizo sitio a su lado sobre la piedra aún caliente. El sol se había puesto pero el aire tenía una dulzura perfumada de rosas como en Roma a fines de mayo. En este aire se mueve el cuerpo con un placer y una facilidad que establecen unas relaciones amistosas entre el hombre y cuanto le rodea. Desde mi marcha de Roma no había vuelto a sentir esta dulzura que presta alas a cada movimiento y deja huellas casi visibles en el crepúsculo, como si se recorriese una superficie de aguas apacibles y encantadas.

-¿Te llamas Geta, por casualidad? -le pregunté a la joven. Pensaba en ese momento en el nombre que daba Menandro a todas las esclavas de Atenas. Sin abrir la boca, afirmó con la cabeza-. ¿Y qué haces aquí a estas horas? -Encogió sus desnudos hombros con un gesto que quería decir «nada» y siguió sonriendo y mirándome mientras balanceaba sus pies al ritmo de una canción que tarareaba sin mover los labios-. ¿Quieres acompañarme? -le pregunté-. Iremos a la orilla del mar, elegiremos un sitio tranquilo y me cantarás esa canción. -La joven se levantó de un salto y me tendió la mano.

Cruzamos la ciudad, que zumbaba con los gritos de la plebe. Descendimos hacia el puerto donde Geta me hizo subir a una barca que ella misma dirigió remando hacia una playa que estaba al pie de las murallas. La luz rojiza del crepúsculo brillaba en el agua en calma. Unos peces salían de la mar atraídos por la insólita profundidad del aire y se lanzaban hacia esos abismos de la altura que les tentaban para volverse a sumergir en seguida en el agua, con un *plaf* blando y musical. El bordoneo de la ciudad se alejaba detrás de nosotros y vi cómo se iban encendiendo las luces en las ventanas cada vez más lejos. Desembarcamos en la playa. Geta me tendió de nuevo la mano y me condujo hacia la colina, al pie de la cual la sedosa arena guardaba aún la tibieza del día. Olía a algas el aire. Nos tendimos sobre la arena. Geta empezó a cantar una canción que yo no conocía. Se trataba de un pastor amigo de una ovejita que le anunciaba su muerte cercana. Otros pastores querían matarlo. El pastor agradecía a su amiguita ese interés por él y le rogaba que dijese a su anciana madre que no llorase sobre su tumba porque la muerte era su novia y la amaba con un gran amor. Las estrellas, los abetos y los fieles perros serían los testigos de sus bodas próximas y de su futura felicidad.

-¿Dónde has aprendido esa canción?

-Es una vieja canción nuestra, la canción de la ovejita. Allí, en Roma, le tienen miedo a la muerte, ¿verdad? Nosotros no la tememos. Me han dicho que ustedes no aman más que al amor. Pero ¿qué es el amor sin la muerte? Una cosa que pasa, como una estrella que se ilumina para desaparecer en seguida.

Le respondí sonriendo: -¿Quieres morir conmigo?-. Ella también me sonrió, se inclinó hacia mí y, cubriendo el cielo con su sonrisa, me besó. Cerré los ojos pero no dejaba de ver aquella sonrisa que se introducía en mí y me iluminaba como una antorcha.

Regresamos muy tarde. En las plazas se apagaban las hogueras y desde nuestra barca divis, el palpar de las fachadas de los templos a la luz vacilante de las llamas que morían. Todo estaba en calma. Los borrachos dormían. Un soldado de la guardia nos detuvo a la entrada del puerto y luego nos dejó pasar. Geta me llevaba de la mano para guiarme por medio de la oscuridad impregnada de humo y vino. Habían terminado la *Rosalía*. Delante de la puerta de mi habitación, Geta volvió a besarme y me despidió con la única palabra latina que conocía: *Amor*. Y se dirigió hacia donde vivían los esclavos. Le respondí sencillamente *amor*, como si la palabra hubiera significado *adiós*. Y la imagen del pastor dacio y la ovejita, me acompañó durante el sueño.

Escribo estas palabras en el barco en que regreso a casa. Quiero decir a Tomis, pues no tengo otro hogar. Distingo - esta vez hacia mi derecha-, la costa baja del Ponto Euxino. Es como si volviese a Roma después de tres años de exilio, porque esa orilla sólo la tiene uno a su derecha cuando se regresa y se convierte en una especie de orilla izquierda para los que se alejan de la civilización. Por ejemplo, para los marinos que avanzaban hacia Táurida y el Vellochino de oro. ¡Cuántos siglos han pasado desde entonces! Roma no existía aún cuando los griegos daban un nombre a estas aguas y fundaban en estas orillas prósperas ciudades. Cuento las olas. La décima es siempre la mayor. Viene después de la novena y precede a la undécima. *Posterior nono est undecimoque prior*. Recuerdo la segunda elegía de las *Tristes* que escribí acunado por otro mar, mientras que otro barco, locamente zarandeado por la tempestad, me conducía al exilio. La décima ola otra vez. Este recuerdo me llenó de espanto y de asco. Lo había abandonado todo y no me quedaba esperanza. Detrás de mí, todo lo que había perdido. Delante, la amenaza del mar con esta décima ola que sacudía al barco y lo hacía gemir de dolor como un cuerpo humano flagelado por una mano invisible. Tomis era para mí el nombre de la muerte. Y ahora pienso con placer en mi ciudad, en mi casa, en mis amigos, en los que he dejado en Istros, en el lejano Flavio Capito, fundador de una nueva raza, en Geta, la dacia de Novioduno, en Dionisodoro y en los suyos. Dentro de unas horas veré, al extremo de esta playa, entre el mar y la laguna, la cabaña de Mucaporo entre las pobres cabañas de los demás pescadores. Amigos, mujeres que me aman o a las que y o creo amar, me esperan en esta orilla que ya no me es hostil. ¿Qué es la vida sino la amistad y el amor? Esta orilla me soporta, así que debe de amarme.

Dionisodoro me he regalado dos *lecythi*, pequeños vasos de arcilla quemada empleados aquí en los servicios funerarios y que depositan en las tumbas junto a los cadáveres. Uno de ellos es rojo y las figuras que adornan su superficie son negras. El otro ha conservado el fondo negro, tal como lo sacaron de las llamas y sus figuras son rojas, del color natural de la arcilla, tal como ha quedado por debajo del esmalte. Voy a colocarlos en el borde de mi ventana, la que da al jardín. Mientras contemplo estos *lecythi* o mientras, con los ojos cerrados, me los figuro ya adornando mi ventana, me sucede una cosa extraña: en vez de recordarme a Dionisodoro, los vasos sagrados me recuerdan a Geta. Por cierto que una de las mujeres representadas en rojo sobre fondo negro, se le parece. Y sobre el fondo rojo del otro, una ovejita negra tiende el cuello hacia un pastor como si estuviera hablándole y él parece escucharla con gran atención. Son Geta y la historia de la ovejita lo que estos vasos haran vivir ante mí mientras los tenga ante mis ojos. Durante unos años todavía. La canción decía:

Encinas y abetos
te acompañarán
y mil estrellas serán
tus brillantes antorchas

Creo que estoy improvisando. Pero recuerdo perfectamente el ritmo y la idea del poema. «Te acompañarán» a la boda, eso es lo que decía la oveja al pastor. Y mientras, las estrellas, titilando en el firmamento, están allí como antorchas fijadas en los bordes de un camino para iluminar el paso de los novios: el pastor y la muerte a la que no temía su novio. «¿Qué es el amor sin la muerte?»

¡Qué esplendor poético el de estos versos que no hacen sino reproducir la idea de la muerte que tienen los dacios! La muerte es la novia del pastor y no su espanto. Y la Naturaleza, con sus más relucientes tesoros, lo acompaña en su gozo, que será eterno. Nunca he encontrado, ni siquiera entre los griegos, una belleza poética más sencilla y más profunda. Ese pastor existe. Va con sus rebaños por esas tierras donde Flavio Capito ha querido vivir. Más allá del Danubio, en el país donde Zamolxis había predicado a su pueblo. No, no. ¿Para qué pensar en todo esto? Soy demasiado viejo para empezar de nuevo. Pero si Flavio Capito responde a mi carta, si me dice: «Ven a ver esto» no podré resistir esa llamada e iré a verlo. En el fondo, ya lo he visto. Sí, he

visto a Macuporo en medio de su feliz miseria. Flavio, en cambio, es rico y, sin embargo, es dichoso porque, si no, no se habría quedado allí.

¿Qué sucede en el fondo de estos hombres? ¿Cuál es, en su pasado, el momento exacto en que se dicen a ellos mismos: «Se acabó. Voy a empezar de nuevo»? Y eligen el país de los dacios. ¿Por qué no otro? Es cierto que entre los germanos o los partos, los matarían en seguida o les obligarían a adorar otros dioses parecidos a los nuestros y a servir a otros jefes militares más crueles que los generales de Augusto. En cambio, en Dacia son libres. A Zamolxis lo eligen libremente; nadie se lo impone. También escogen la tierra que van a cultivar, y su mujer. Ésa es una felicidad de dioses. Y lo mismo que Flavio y Mucaporo, hay otros. «Centenares», me decía aquel dacio en la plaza de Istros «hay centenares en los pueblos al norte del Danubio y más allá de las montañas, en el país que fue de los agatirsos y donde los arroyos arrastran polvo de oro mezclado con los guijarros. Otros fundan nuevas aldeas y se establecen en campos vírgenes donde hacen crecer el trigo por primera vez desde que la tierra existe. Otros penetran en los bosques infinitos entre las tribus salvajes de los dacios del nordeste, donde los bosques de abetos son negros y los uros hacen temblar los calveros bajo sus pezuñas». Y estos hombres son quizá romanos que he encontrado en el Foro, en el Circo o en la calle, hombres como yo pero a los que nadie ha obligado a vivir en el destierro, en estas regiones que aún no comprendo pero que no detesto.

«¿Y si al regresar a Tomis encontrase una carta anunciando el fin de mi exilio? El Emperador, en su infinita bondad...» ¿Qué elegiría yo si me hallase ante esas dos libertades? Desgraciadamente, todavía soy Ovidio. Por desgracia, esta carta de Roma no ha llegado. La vida es más sencilla de lo que se cree. Todo eso de los grandes dilemas ante los enigmas del destino, es pura tragedia.

El barco pasa en este momento bastante lejos de la costa. Diviso la laguna que brilla más allá de la playa y unas manchas negras que podrían ser las cabañas de mis amigos. Deben de estar todos ellos atareados en sus trabajos de la tarde. Aquí, en estas aguas, es donde tuve aquel extraño ensueño.

CUARTO AÑO

El invierno me apazta de todo. El frío me da miedo. Vuelvo a ser el que siempre he sido. Sueño y comienzo a escribir de nuevo. Cartas, siempre cartas. Cansado de las *Tristes*, he empezado un nuevo libro al que llamar *Las Pónticas*, pobre homenaje al lugar de mi exilio. El tema sigue siendo el mismo ya que en cuatro años, nada ha cambiado. Augusto no quiere perdonarme, de modo que vuelvo a la carta con los mismos argumentos. Los amigos a quienes dirijo estas misivas se agitarán para obtenerme el perdón, serán mis embajadores cerca del César. Escribía yo a Bruto: «Por lo demás, y aunque su título no sugiera idea alguna de tristeza, ya verás que esta obra no es menos triste que la que he publicado anteriormente. Es el mismo tema con un título diferente.» Sin embargo, hay una diferencia táctica entre los dos libros. Esta vez no envuelvo en el secreto los nombres de los destinatarios. Han pasado años y no hay ya peligro para los amigos del olvidado. Esta parte de mí mismo, que la estancia en Tomis no ha cambiado todavía y que en invierno tiembla y añora, implora y sueña, continúa el esfuerzo de las *Tristes*. Perseguido por ese terror, que, por otra parte, se desvanece con los primeros rayos del sol de primavera, he escrito una carta a Cotys,¹ rey de los tracios, hijo de Roemetalces, cuyo Estado, sometido a Roma, se extiende hasta la desembocadura del Danubio. Le he rogado que se compadezca de mí, él que es también un poeta y que escribe lo mismo de bien el latín que el griego. En realidad, no reivindicaba nada, pero le he escrito en uno de esos momentos de melancolía que le hacen perder a uno la cabeza. No le pedía que me hiciera poeta de su Corte, pero habría podido interpretar mi carta en ese sentido. Si me hubiese otorgado su confianza, me habría marchado de Tomis para irme con él. Cotys ha contestado a mi carta. Cortés e inteligente, culto y astuto como todos los vencidos, aunque muy joven, me hace mil cumplidos y cita muchos versos míos, pero no me invita. Teme demasiado a Augusto. Yo Soy el gran poeta, pero Augusto es su amo y él debe su trono a las legiones, no a mis poemas. De todos modos, mis amigos de Roma no son más audaces que él.

Hace un día muy bueno. La nieve brilla bajo el sol. Las ramas se inclinan con el peso de sus flores heladas. El fuego nunca se apaga en mi hogar. Aún lucirá unos meses. Durante el invierno, he envejecido. Vivir de recuerdos como lo hago en esta época del año es privarse de la vida y gastar las propias reservas en vez de extenderse a derecha e izquierda en nuevos hechos y gestos. Los héroes no envejecen hasta muy tarde, pues no cesan de agitarse, de crear acontecimientos. Su vejez es corta y se derrumba de pronto bajo el peso de sus recuerdos. Escribía yo a mi mujer: «He aquí cómo espolvorea de blanco mis cabellos la decadencia de mi edad; he aquí cómo surcan mi frente las arrugas de la vejez. Y en mi cuerpo vacilante, languidecen la vitalidad y la fuerza, y los juegos en que me complacía de joven ya no me atraen. No me reconocerías si me vieras de pronto: tal es la ruina en que la vida me ha convertido.»

En realidad, ¿he cambiado tanto? Mis cartas se nutren de exageraciones como ésas. He de cuidar que todos los colores sean sombríos para que mi esposa y mis amigos se compadezcan más de mí y hagan cuanto puedan por salvarme.

La verdad es que si dependiese de mí decidir mi suerte, pasaría los inviernos en Roma y aquí las demás estaciones pues aún tengo muchas cosas que aprender sobre esta terrible orilla, y a Roma, en cambio, me la sé de memoria. El frío es lo único que me acobarda. Todavía y carezco de las armas necesarias para combatirlo. Envejezco con sus quemaduras, caigo en el pasado tendido, tal como estoy, y en él permanezco casi todo el tiempo que dura el invierno. Enfermo a fuerza de pensar en mi debilidad. Los signos del tiempo se apoderan de toda mi sensibilidad y vuelco en desesperadas cartas, este dolor físico que me roe. Si no fuera por Dokia, la rabia y el aburrimiento me harían gritar. Los días de nieve, de tempestad o de helada, se queda junto a mí cerca del fuego,

¹ Cinco años después, a Cotys lo matar Rhaiscuporis, que intentar reunir toda Tracia bajo su cetro y que provocar la severa reacción de Tiberio, el sucesor de Augusto.

y le cuento mi vida. Nos amamos sin tocarnos nunca, sin decírnoslo. Siento que mi presencia le es indispensable. Dokia dice: «Augusto», y en aquí. El perro se estremece con sus caricias, pero yo sé que a quien busca bajo la espesa pelambreira, es a mí. Así vive Dokia, protegida por sus propios secretos, bella e invulnerable, feliz cuando se encuentra cerca del que no debe conocer el fondo de sus pensamientos, y desgraciada quizá cuando está en compañía del que la conoce y goza de su amor. ¿Con quién pasa las noches lejos de mí? Nunca he intentado saberlo pero estoy seguro de que no duerme siempre en compañía de su hija y de su padre. Sus ojos y su rostro la traicionan con frecuencia. Ella también me adivina pero nunca tocamos el tema de nuestro amor. Nos amamos, y esto me hace pensar en dos flores situadas en dos árboles diferentes, dos flores que desearían estar juntas, pero que sólo pueden comunicarse de lejos, mediante sus mudos colores y sus aromas lejanos en medio de la estupidez y de la indiferencia de las cosas.

*

También me envejecen los sueños. Se lo decía hace unos días a Fabio Máximo en la segunda epístola de mis *Pónticas*: «Aterrorizado como estoy por ensueños que reproducen mis desventuras reales, mis facultades parecen condenadas a envejecer para atormentarme. Tan pronto me imagino que trato de evitar las flechas de los sármatas, como tiendo mis manos a las crueles cadenas que van a sujetarlas. Sin embargo, otras veces el engañoso sueño me ofrece imágenes más agradables y creo ver de nuevo el techo que he dejado allí, en mi patria.»

Me veo acribillado por las flechas de los sármatas o bien encadenado a sus caballos, con los puños atados, dando tumbos por la llanura, deshecho de cansancio y de sed, esclavo de los bárbaros. Otras veces, el sueño me transporta a Roma y vivo horas apacibles a la sombra de mis árboles, rodeado por los míos. Estas imágenes se suceden con frecuencia en el transcurso de la misma noche. Me despierto, con el corazón saltándome alocadamente en el pecho -que parece que va a romperse- y gritando angustiado bajo los latigazos de un bárbaro. «Augusto» empieza a ladrar; debo gritar para hacerlo callar y sigo temblando, poseído. Todavía por el miedo del ensueño. Algún tiempo después logro dormirme de nuevo y entonces me sumerjo en el otro ensueño, el feliz, y reanudo los paseos por mi jardín. El menor ruido acaba con esta felicidad irreal. Lo que quiero decir es que una noche semejante es más larga y más difícil de soportar que una semana de días enteros, pues me agota a la vez el cuerpo y el espíritu y me reporta muy poco reposo. En lo que hallo reposo, es en la compañía de los seres reales, sobre todo de Dokia, cuya mirada puesta en mí me hace llorar de felicidad. Y otras dichas, más pequeñas pero también agradables y consoladoras, me permiten casi olvidar las emociones nocturnas. Herimon me visita a veces para contarme las alegrías de su amor y las desgracias de su vida conyugal. El pobre obeso es digno de lástima. Lidia también viene de vez en cuando para velar a mi lado y recibir cada vez su regalo. Siente avidez por las buenas cosas de la vida: le entusiasma el vino de Quio, adora las joyas falsas, las caricias, todo lo que se come o que la hace estremecerse. Me dice: «Mirando los rojos reflejos de esta piedra preciosa, me siento reina de una ciudad lejana. Me olvido de mí misma. Esta copa de vino me hace soñar con cosas que nunca he poseído, que nunca tendré y que son mías en cuanto mis labios tocan el borde de la copa. Y cuando tu mano se desliza por mi espalda, me convierto en la mujer de César.» Viene a verme para que la haga soñar y, por mi parte, me gusta su presencia porque me aleja los sueños. Lidia y yo somos dos en contraste que se atraen y se ayudan a vivir.

Honorio también viene, pero muy raras veces desde hace algún tiempo. Está muy silencioso y apenado, cada vez más. Creo que no tiene la conciencia tranquila o quizá está enamorado y celoso, o bien es que prepara algún golpe traicionero. Este hombre me ha sido siempre simpático y, al mismo tiempo, me ha atemorizado como si con sus mudos problemas me impidiera ver -lo mismo que una muralla que se levantase de pronto ante mis ojos- el rostro del porvenir.

Pero he olvidado de anotar la gran novedad: Tomis ha perdido su hija favorita. Artemis marchó en el pasado otoño. Nos la ha raptado un *joven dios*, quiero decir un mercader de trigo de su país, un viejo astuto y complaciente a quien conocí una tarde en la calle. Es muy probable que están ya casados. El viejo había conocido en Bizancio a la familia de Artemis; de manera que la aventura que me había contado era cierta, por lo menos en parte. Se embarcaron rumbo a Samos donde el viejo tiene una casa, centro de su amplio comercio. Aunque ha aceptado a este viejo como marido, debe de ser dichosa, pues lo verá seguramente con las facciones de Apolo. Es difícil decir cuál de los dos ha tenido mejor suerte.

Está ya oscuro. ¿Qué hora será? Llamaré a Dokia para que reanime el fuego y me prepare una copa de vino quemado con especias. «Augusto» duerme a mis pies. Algo debe de estar ocurriendo en lo que sueña ahora mismo, pues gimotea como un niño y empieza a temblar. Probablemente sueña con su homónimo el emperador, así que lo despierto para interrumpir su pesadilla. El viento se ha calmado pero el cielo está sombrío y, sin verlos, oigo caer levemente los copos de nieve en mi jardín. No hacen ruido alguno, pero su caída intensifica el silencio y esto constituye como otro ruido que he aprendido a notar.

*

Está ya tan lejos esa noche con la nieve que caía... Me encuentro a pleno sol, sentado en una roca ante el mar, y escribo. Desde hace ya mucho tiempo me niego a comprender las vías del destino, pero no puedo evitar el volverme a plantear problemas. He nacido en Sulmona, pero la gloria me esperaba en Roma; es en Roma donde he pasado la mayor parte de mi vida, pero en Tomis es donde estoy pasando mi vejez y aquí es probablemente donde moriré. No hagamos profecías. La suerte me ha enseñado a desconfiar de cuanto pueda yo imaginar acerca de mi porvenir. ¿Quién podría haber pensado que, una vez arrojado en Tomis, rodeado por bárbaros, siendo como soy tan asustadizo y poco dinámico, iba a partir un día para conocer el mundo? Precisamente este mundo en el que me tienen prisionero y de que tan mal he hablado en mis epístolas... Hace un año me hallaba en Istros, lo cual estimuló mi deseo de ver lo que sucedía aún más lejos. Y heme aquí en Leuké o Aquileis, la isla rocosa situada lejos de la orilla, ante la desembocadura del Danubio. Como el año pasado, soy huésped de Pausanias, el amigo de Herimon, que me llevar hasta Troesmis, en la orilla izquierda del Danubio, donde el río forma una gran curva para dirigirse en seguida hacia el mar. Desde allí proseguiré mi viaje por otros medios.

Pausanias hace escala todos los años en Leuké, adonde lleva vino y aceite para los tres sacerdotes que sirven el templo de Aquiles Pontarques, protector de la navegación y del comercio griegos en el Ponto Euxino. El templo, que sustituía a un antiguo santuario erigido por los milesios, se elevaba en medio de la isla y muchos barcos se detenían en ésta para hacer sacrificios a Aquiles y llevar ofrendas a sus sacerdotes. Nos encontramos el templo en ruinas, y en la isla no había signo alguno de vida. Una violenta tempestad o más bien un terremoto, ha roto las columnas de mármol, lo cual ha producido el derrumbamiento de los muros. La estatua del dios está tirada en el suelo, pero ha resistido a la caída. Pausanias y sus hombres y olvieron a colocarla en su sitio con grandes esfuerzos, ya que es grande y muy pesada. Después, han hecho los sacrificios rituales. De los sacerdotes no hemos encontrado ni rastro. La casa en que éstos vivían, cerca del templo, se halla también en ruinas. Es probable que hayan abandonado la isla durante la catástrofe o inmediatamente después de ella. Unas grandes serpientes negras que son ahora las únicas habitantes de la casa, nos han impedido mover las piedras para ver si los sacerdotes se encontraban enterrados bajo los escombros. Y quizá con vida aún, pues la catástrofe se ha producido recientemente, es decir, hace dos o tres días.

Hemos llamado a gritos, hemos recorrido la isla en todas direcciones y los hombres de Pausanias están aún mirando por la orilla. Desde aquí oigo sus gritos de espanto mezclados con el gemir del mar. Les tienen miedo a las sombras de los difuntos y a las serpientes, que no son

venenosas, pero cuya negrura reluciente no deja de repugnar, y temen también a la absoluta soledad que los rodea. El sol se ha levantado ya bastante en el cielo sin nubes y una fresca brisa silba por entre las rocas. El aspecto de la isla, con sus ruinas en el centro, nada tiene de hospitalario. Podríamos llamarla la isla de los Muertos o isla de las Serpientes.

No tengo miedo. Por el contrario, una curiosa paz me ha invadido el alma desde que he tenido ante mí el espectáculo de ese templo en ruinas. En presencia del desastre, he tenido en seguida la certeza de que el dios se había escapado también con los sacerdotes y que incluso se había retirado del mundo. Y si los sacerdotes estaban sepultados bajo los escombros de su casa, muy bien podía haber sufrido el dios la misma suerte. ¿Es posible que muera un dios? ¿Por qué no puede retirarse un dios, entre tantos otros, ante la adoración fatigada de los hombres? Los dioses mueren con sus últimos fieles. Probablemente nacen nuevos dioses entre nosotros sin que nos demos cuenta. Y para hacerse adorar, sólo esperan a que les pongan un nombre.

Salí de Tomis en busca de los sacerdotes de Zamolxis. Dokia y su padre me han dicho el lugar en que se encuentran. Por eso me dirijo hacia la montaña sagrada para conocer a fondo la doctrina del dios geta. ¿Será éste el dios sin nombre cuya presencia invisible planea sobre el Imperio, el que hace desertar a los legionarios y conduce a las mujeres hacia templos y cultos más espirituales y más austeros? Pronto lo sabré. Pero ha sido en verdad impresionante para mí haber encontrado en mi camino hacia el Dios único ese templo en ruinas, esas serpientes enrolladas en torno a la estatua abatida de Aquiles Pontarques, esta absoluta ausencia... y haber notado en mí el presentimiento de una muerte que en nada apena a mi corazón.

Veo a los pies de la roca el barco de Pausanias balanceado por las olas y en él hemos de embarcarnos dentro de poco. Estamos a fines de mayo. Es el mes de Corina y de las flores. Pero no hay flores en las rocas de Leuké. ¡Qué lejos todo aquello! Otra vida. Sí, otra vida, la de mi exilio, se levanta ya detrás de mí como la muralla de mi sueño, la que me impedía contemplar el panorama de Roma.

*

El barco pasa a través de los bosques de sauces cuyas ramas pendientes se hunden en el agua que, a nuestro paso, hace ondular el follaje hasta la copa del árbol y espanta a las aves posadas en ella. Son extrañas aves llamadas pelícanos, de gran pico en forma de bolsa oblonga situada bajo la mandíbula inferior en la que les llevan a sus crías el pescado, como si vinieran del mercado. Tienen pesado el vuelo y cuando se posan sobre una rama, ésta se inclina y se curva bajo su peso, sobre todo si tienen llena de pescado la bolsa. Seguimos el brazo inferior del Ister, el más meridional de los tres brazos del delta y, a causa de la corriente, avanzamos lentamente a fuerza de remo. Nos detenemos tres veces por día para que los esclavos puedan recobrar el aliento. Durante una de estas paradas, he descendido a tierra para mirar más allá del muro de los sauces. Y el espectáculo que se ofreció a mis ojos era digno del genio de Virgilio. Esta tierra no es llana como se podría suponer, sino movida, pues abundan en ellas las colinas y los pequeños valles. Las alturas están cubiertas por árboles y hierba, mientras que la superficie del agua, que forma lagos y arroyos en el fondo de todos los valles, se halla cubierta en esta época del año de nenúfares en flor. El agua está tan en calma que se puede distinguir el fondo arenoso entre los tallos elegantes y paralelos graciosamente inclinados por la corriente en la misma dirección. La superficie aparece toda blanca con su capa de pétalos, cuya pureza contrasta con el verde grasiento de las orillas o con el amarillo pálido de los istmos y de las playas de arena que con frecuencia se forman al pie de las colinas. Los pelícanos y millares de pájaros diferentes, vuelan sobre este paraíso en el que no he descubierto huellas humanas, aunque la ciudad de Istros tenga un derecho exclusivo de pesca sobre toda la extensión al sur de las bocas del Ister, y aunque muchos pescadores recorran estos lugares mientras dura el buen tiempo. Los griegos llaman Peuké al brazo meridional del Delta.

Pasamos la noche en Salsovia, ciudad geta situada en la orilla derecha del río. La vida debe de ser aquí de un aburrimiento espantoso. Durante cuatro o cinco meses, las aguas del Ister se cubren de hielo, nadie llega de parte alguna, la ciudad está aislada del resto del mundo y los habitantes pasan el tiempo bebiendo, cantando y haciendo agujeros en el hielo para atrapar el pescado. En comparación con esto, la vida en Tomis, me parece incluso mundana y agitada. ¡Si Augusto me hubiera desterrado a Salsovia, entre estas aguas demasiado movidas o inmóviles, estos interminables bosques, estos hombres de largos cabellos que apestan a pescado y que van vestidos con pieles de carnero, lejos de los griegos y lejos de Roma!

La ciudad está cercada por una doble empalizada rellena con fango seco. Y lo mismo están hechos los muros de las casas, pero la superficie está blanqueada con cal.

He podido ver también casas medio enterradas, con los bordes de los tejados cubiertos con paja o juncos, rozando la tierra por ambos lados. Para entrar en ellas, hay que bajar varios escalones como si se penetrase en una tumba. Los hombres llevan barba -por cierto, bastante cuidadas y cortadas en redondo siguiendo el contorno del rostro-. Las mujeres son tristes, con grandes ojos sin esperanza, que miran más allá de las cosas, más allá de las marismas, como si vieran a lo lejos otro mundo menos desolado y otros hombres que quizá no se dejen crecer la barba. Esa mirada me recordó la que a veces tenía Corina cuando se ponía a pensar y no se daba cuenta de mi presencia. ¿Qué esperan todas estas mujeres, en Roma y aquí, y en todo el mundo? Quizá sueñen con los tiempos dichosos y castos de las amazonas que mataban a sus hombres después del amor, o en la otra vida que les ha prometido su dios.

Seguimos hacia Aegyssus o Aegypsos, más abajo del lugar en que las aguas del Danubio se dividen para formar el Delta. Antes de llegar, apenas salimos de Peuké, se puede contemplar la amplia extensión del río. A lo lejos se ven las orillas bordeadas de sauces, detrás de las cuales se extienden la llanura hacia el Norte y unas colinas cada vez más altas hacia el Sur. Pausanias me dijo que el río tiene dos nombres. La parte superior se llama Dunaris o Danubius, desde las fuentes situadas en los bosques de Germania hasta el Hemus, e Ister, la parte inferior, desde el Hemus hasta el mar. Es el río sagrado de los getas y de los dacios que habitan sus orillas casi en toda su longitud, ya que su reino se extendía antes de la llegada de los romanos, hasta la Panonia. Cuando los dacios parten para la guerra, beben el agua del río, que tiene el don de fortalecerlos y hacerlos invencibles.

Hemos hecho escala en Aegypsos todo un día para descargar una parte de las mercancías que se encuentran a bordo, vino, y objetos de metal, y para cargar pieles, barriles de miel, y tres esclavos. Podríamos haber descargado y luego, al regreso, cargado lo que nos habían dado a cambio, pero Pausanias es prudente. Nunca se sabe lo que puede suceder. El comercio es una aventura en estos lugares. Aegypsos se halla en estos momentos bajo el dominio de Cotys, rey de los tracios, pero el año pasado los getas la atacaron y conquistaron. Recuerdo que en Tomis sólo hablaban de esta guerra. Yo mismo me he ocupado de ella en mis Pónticas.

Stat vetus urbs...

«Cerca de las orillas del Ister, el del doble nombre, se eleva una antigua ciudad cuyas murallas y posición la hacen casi inaccesible...»

Y más allá:

Urbs erat in summo nubibus aequa jugo.

«Aquella ciudad tocaba a las nubes en la cumbre de una montaña.»

De modo que Aegypsos se encontró durante algún tiempo en poder de los getas, que pensaban utilizarla como punto de apoyo para sus incursiones hacia el Sur, es decir, hacia Tomis, Istros y las demás ciudades griegas y tracias, incursiones que suelen emprender solos o en compañía de sus aliados, los sármatas. Pero Vitelio embarcó toda una legión en Ratiaria, a orillas

del Ister, por cuyas aguas navegan ya muchos barcos de guerra romanos. Descendió hasta Aegypsos donde se unió con las tropas que envió por tierra Cotys, aliado de Roma, y atacaron juntos la ciudad. La resistencia de los getas fue encarnizada, los getas tuvieron muchas pérdidas y fue el ataque dirigido por Vitelio en persona, el que por fin valió la victoria a nuestros soldados. (He dedicado a Vitelio la séptima epístola del cuarto libro de las *Pónticas*.) La suerte de todas estas ciudades fortificadas situadas en la orilla derecha del gran río, ser la misma. Casi todas ellas fueron fundadas por los escitas que se retiraron hacia Oriente bajo la presión cada vez más enérgica de los getas. Éstos las conquistaron y las modernizaron rodeándolas de sólidas fortificaciones y tratando de conservarlas en su poder, pues el que domina estos lugares domina, no sólo el territorio que se extiende entre el Ister y el mar, sino también el territorio de lado Norte, Este y Oeste, ya que la orilla derecha es más alta y constituye como una inmensa fortaleza natural. Es, pues, lógico, que una vez nuestras legiones en Dacia, todas estas ciudades caigan en nuestro poder, porque quien las posee se adueña de toda la región que las rodea. Alejandro de Macedonia y Lisímaco se dieron cuenta de la importancia estratégica de esos lugares e hicieron todo lo posible para someterlos por las armas, aunque sin conseguirlo. Dudo de que los getas acepten por mucho tiempo esta situación y es probable que en cuanto restablezcan sus fuerzas -después de la sangrienta derrota del año pasado- vuelvan a la carga.

Desde lo alto de la ciudad, rodeada de fuertes empalizadas, se pierde la mirada en la brumosa lejanía por encima del agua del río. La llanura de la orilla izquierda es pantanosa y parece desierta y sin fin, como un mar en calma. La orilla derecha, donde se halla Aegypsos, es una alta meseta ondulada, montañosa, cuyas cumbres boscosas avanzan hacia el sur como olas. El paisaje es hosco y a la vez, majestuoso, digno del temple de sus habitantes.

Como no tengo intención de frecuentar aquí el trato de mis compatriotas, me he vestido a la griega para este viaje. La guarnición de la ciudad es tracia, pero los verdaderos amos son los pocos soldados romanos con sus centuriones, que dependen directamente del mando militar de la Mesia. Me los encuentro por la calle y me miran con curiosidad, pues tengo todo el aspecto de un griego rico y elegante, cuya presencia entre estas selvas salvajes no parece adecuada, pero nunca me dirigen la palabra. Todos ellos tienen el mismo paso seguro, y la orgullosa mirada de los vencedores. Los niños huyen cuando el casco altanero, adornado con la impertinente pluma, aparece al fondo de una callejuela. Somos los más fuertes, lo cual quiere decir que nos temen en todo el mundo. Inspirar espanto, he ahí la única recompensa visible de la fuerza. Si logramos un día mezclar nuestra sangre con la de este pueblo, como lo hemos hecho con los sabinos y los etruscos, no nos mirarán ya como enemigos. ¿Llegará ese día? Mientras tanto, habra que guerrear, matar, dejarse matar, derramar sangre en las aguas indiferentes de este río que la llevará hasta la indiferencia suprema, el mar.

Se notan por doquier las huellas de la pasada guerra. Casas incendiadas, brechas en la empalizada, una torre derruida, poca gente en la calle, muchos soldados extranjeros en traje de campaña como si la cosa fuera a empezar de nuevo de un momento a otro.

Pausanias y yo hemos almorzado en casa de Aristágoras, que es de Istros y vive en Aegypsos desde hace diez años y también se dedica al comercio. Nos dice que los griegos nada tienen que temer de los getas ni de los romanos, pero que sus actividades sólo pueden resultar favorecidas si los romanos se establecen definitivamente en estas tierras. Al hablarme de los afluentes más importantes del Ister en esta región, me cita el Pireto, el Tyarantos y el Museos, y me cuenta una cosa extraña: en la región vecina, más allá del Pireto, hacia las infinitas llanuras del Este, el primer gran río que desemboca en el Ponto Euxino se llama el Tyras y en su orilla se encuentra una gran piedra, muy conocida de todos, en la que puede verse, perfectamente conservada, la huella gigantesca dejada por el pie de Hércules. Entre Pausanias y Aristágoras ha surgido en seguida una polémica sobre el origen de esta huella sagrada. Pausanias pretende que Hércules imprimió su pie en la piedra al final o durante el combate que el hijo de Júpiter y de Alcmena emprendió contra Diómedes, rey de los tracios, a quien mató, hazaña que constituye, si no me equivoco, su *séptimo trabajo*. Por su parte, Aristágoras, sostiene que Diómedes y los

tracios habitaban más al Sur y que Hércules, sólo pudo cruzar el Tyras cuando volvió del Cáucaso, donde había liberado a Prometeo de sus cadenas. Los dos amigos, como buenos griegos, combaten furiosamente a golpes de argumentos y de elocuencia. Por último, me piden mi opinión. Por cortesía, me inclino por la tesis de Aristágoras, aunque verdaderamente cada uno de ellos parece llevar más razón que el otro. Aristágoras se apoya en un hecho que puede ser exacto: el reino de los tracios nunca ha llegado hasta las orillas del Tyras, de modo que el combate entre Hércules y Diómedes tuvo lugar, según él, en algún sitio entre el Ister y el Hemo. Pausanias afirma que es absurdo pensar que Hércules hubiera regresado de su viaje del Cáucaso tomando el camino más largo, el de la orilla septentrional del Ponto, en vez de tomar el del Sur, que conduce directamente desde el Cáucaso, por el Asia Menor, hasta Grecia.

Navegamos ya hacia Novioduno y Pausanias sigue aún tratando de convencerme. Mientras habla me sirve bebida y, sacudida por las olas, su mano vacila y vierte vino sobre la mesa. Nuestra galera avanza lentamente hacia el corazón de estas tierras a la luz roja del poniente. Se distinguen ya, en una altura, una torre y la negra sombra de una muralla o de una empalizada. Las palabras de mi amigo no me interesan. Finjo escucharle, pero pienso en Geta, la joven esclava de Dionisodoro, que es de Novioduno y cuyo patético adiós resuena aún en mis oídos. Amor, me decía alejándose en las tinieblas de la casa. Repetía esta palabra, que de pronto se me había hecho trágica, pues aquélla había sido la única vez y la última que habíamos estado juntos. Ni siquiera sé si se llama Geta. Respondía con signos afirmativos a todas mis preguntas, mientras me enlazaba con su risa. Y así me hacía creer que era ella la que cedía.

*

Sabía que yo iba a llegar y me esperaba ya. Su casa encalada, como todas las casas getas, se encuentra fuera de la ciudad en una altura desde donde se domina Troesmis y el río en toda su anchura, así como la llanura desconocida que pienso cruzar mañana. Estoy aún en territorio tracio-romano, pues Troesmis ha sufrido el año pasado el mismo sino que Aegyptos. La ciudad fue tomada por los getas y reconquistada por Vitelio y los tracios de Cotys.

-Todo este país es geta -me dijo Sedida al indicarme con el brazo extendido el paisaje que nos rodeaba. Vive sola desde hace un año. Su marido y su hijo murieron defendiendo Troesmis del ataque de los romanos. Sedida sabe quién soy yo, pero me ha recibido bajo su techo, me ha ofrecido una copa de agua y una cucharada de miel, según es costumbre. Soy amigo de Dokia, la hija de su hermano, y esto le basta. Su rostro refleja tristeza, vive solitaria en medio de sus campos y de sus establos y no ha olvidado a los suyos, pero esta mujer que la vejez empieza a surcar, no está desesperada. Según la religión de los dacios, todos los guerreros caídos en combate, van en seguida a los cielos de Zamolxis y allí gozan de una feliz eternidad. Y los suyos han muerto combatiendo. Cuando un geta muere, sobre todo en la guerra, se festeja su defunción con banquetes. Y cuando nace un geta, se llora su entrada en la vida donde seguramente va a sufrir hasta que Zamolxis se apiade de él. Esta creencia me parece de una profunda sabiduría y se lo digo a Sedida, que me mira con sus ojos castaños de una gran belleza tranquila y me responde:

-Toda religión está llena de sabiduría. La de usted también, probablemente.

Parece reflexionar y me mira un poco turbada por el pensamiento que no se atreve a formular en seguida. Luego me pregunta:

-Hay algo que no comprendo. Si los dioses de usted son buenos y justos, ¿por qué los ha abandonado su pueblo?

-¿Qué le hace a usted pensar eso?

-Un pueblo que cree en sus dioses y respeta sus leyes no va a conquistar a otros pueblos. Se defiende cuando lo atacan o va a la guerra cuando tiene demasiada hambre, pero no convierte la guerra y la conquista en norma de vida. Espero no haberle ofendido.

-No, Sedida, no me ha ofendido usted. Sus palabras han sido justas y acaba usted de decirme una gran verdad. Mi pueblo ha perdido la fe. Busca en este momento a un nuevo Dios y quizá sea la guerra una manera de buscarlo. Aunque reconozco que no es la más justa.

-Hace treinta años, más de treinta, era yo aún una chiquilla y los romanos atacaron a nuestro rey Zyraxes, después de haber conquistado el reino de otro rey geta: Dapyx. Mi padre luchó contra las legiones. Se hallaba con las fuerzas enviadas por nuestro rey Zyraxes y me lo ha contado todo. Con frecuencia, en invierno, nos hablaba de esa horrible guerra. Los nuestros fueron vencidos en la llanura y se refugiaron después en la ciudad de Dapyx, asediada en seguida por los romanos. El jefe de ellos se llamaba Licinio Craso, vencedor de los bastarnos. La ciudad habría resistido hasta el invierno, cuando el frío y la nieve habrían decidido a los romanos de Craso a levantar el asedio, pero entre nosotros hubo un traidor. Se entendió con Craso en griego delante de nuestros soldados, pues hablaba desde lo alto de la muralla y todos nuestros guerreros podían oírlo. Pero ninguno de los nuestros, excepto el traidor, podía entenderlo; no comprendían la lengua griega. Durante la noche, abrió una puerta. Dapyx siguió combatiendo en las calles, al resplandor de las llamas que devoraban nuestras casas. Pero los romanos eran mucho más numerosos. Cuando se perdió toda esperanza, Dapyx se mató y todos los jefes lo imitaron. Al penetrar Licinio Craso en el reducto del rey, lo encontró muerto en medio de los suyos y de todos los grandes del reino, que habían preferido perecer, a ser encadenados. Durante esta última fase del combate, la población consiguió huir por otra puerta llevándose sus más preciados bienes. Protegidos por las tinieblas, los fugitivos se alejaron de la ciudad. Al día siguiente, llegaron a la gruta de Keiris, del lado del mar, no lejos de Histria y allí se ocultaron todos con sus rebaños y sus bienes, ya que esa gruta es más espaciosa que una ciudad. Craso no les dio cuartel. Se presentó a la entrada de la caverna pero ni siquiera intentó entrar. Hizo lo que puede hacer un hombre que ha perdido la fe en sus dioses. Mandó que tapasen la entrada de la gruta de Keiris y todos los que allí se encontraban, hombres, mujeres, niños, ancianos y animales, murieron, después de unas semanas de prolongada agonía. No, mi padre no estaba allí, pues se había escapado la noche anterior en el momento en que la ciudad caía en poder de los romanos y llevó a Zyraxes la noticia de la caída de Dapyx. Nuestro rey, informado por mi padre, fue a su vez a refugiarse dentro de las murallas de Genucla, la ciudad situada hacia el mar entre los mil brazos del Ister, en medio de bosques y marismas. Pero Craso atacó la ciudad y la tomó por asalto una noche, matando a muchos de los nuestros. Según me decía mi padre, Craso buscaba algo en Genucla y, en efecto, lo encontró, y esto explica su encarnizamiento. Recordar usted que, treinta años antes, los getas habían aplastado a los romanos mandados por Gayo Antonio, si no me equivoco, bajo las murallas de Istros. Éramos aliados de los bastarnos, pero fueron los nuestros los que decidieron la victoria y se llevaron los estandartes de los romanos para ponerlos a seguro en el castillo del rey, en Genucla. Allí fue a buscarlos Craso. Y esto nunca acabará. Es decir, quizá terminase si las legiones romanas conquistasen totalmente nuestro país. O bien, si nuestros reyes nos llevan a Roma como vencedores.

-¿Cree usted que eso es posible?

-Todo es posible. Nuestro pueblo es grande. Tenemos un solo Dios y creemos en Él, así como en las leyes que nos ha dado. Lo que nos falta es tener un solo rey. Ustedes, en cambio, tienen un solo rey pero muchos dioses, así que les llevamos ventaja. Espero no haberle ofendido.

Sedida no se ha acostumbrado aún a la soledad. Le gusta charlar y aprovecha mi presencia. Pero sus historias no me aburren. Es una mujer inteligente, sabe muchas cosas y su memoria es extraordinaria. Manda a una docena de hombres que se ocupan de sus bienes, es decir, de sus campos y rebaños. El río forma en este lugar un recodo que rodea las pequeñas montañas de la orilla derecha donde se hallan Troesmis, la casa de Sedida y unas aldeas getas sometidas a los tracios y a los romanos. Al otro lado del agua, está la tierra de los dacios libres: una llanura verde salpicada de árboles donde también se ven unas aldeas y rebaños con sus pastores.

Me ha prestado Sedida, para mi viaje, una carreta cubierta, de cuatro ruedas y dos caballos. No quiere nada a cambio. Uno de sus hombres me acompañará. La meta de mi viaje es

Kogaionon, la montaña sagrada de los dacios, en cuya cumbre vive el Gran Sacerdote rodeado de sus monjes. Este viaje durará tres o cuatro días, según lo que me dice Sedida, y a mi regreso encontraré seguramente alguna galera griega o romana que me llevará a Tomis.

Estoy solo en este momento. El canto agudo de las cigarras invade mi habitación y el aire parece poseído por esa música que anuncia la proximidad del verano y de los grandes calores. El cielo está despejado, sin una sola nube, y puedo ver desde aquí una parte del río con sus barcas amarradas, unas colinas de un verde intenso, a la derecha, y, al otro lado del agua, la llanura con sus trigales que empiezan a amarillear a trozos. La conversación con Sedida me hace pensar en la fatalidad que devora a nuestro pueblo. A partir de Julio César, los dioses han sido sustituidos por un hombre y el Imperio se ha convertido en la imagen de esta metamorfosis. Un hombre nos impone la ley y los dioses han muerto. O quizá seamos nosotros los que hemos muerto para ellos. La guerra se convierte así en el símbolo de la muerte y la llevamos en nosotros mismos, con violencia, desde que hemos perdido la fe. Las guerras que hacemos por todas partes no son más que la prueba de esa descomposición. Llevamos la muerte en nosotros y con nosotros, como una epidemia, y llamamos «victorias» a las matanzas, y «triumfos» a los entierros en masa. Y nada podemos hacer para contener el avance del mar. Pocos de entre nosotros podrían comprender y dejarse convencer. ¿Para qué serviría dejarse convencer?, me dirían en Roma. ¿Para destruir nuestros templos y adorar a Zamolxis, un dios bárbaro? ¿O acaso para comenzar todo de nuevo desde el principio, creer otra vez en nuestros dioses con el mismo ardor que Eneas y Numa Pompilio y llegar a una paz con el mundo entero? Es absurdo. Roma es vieja. Desde luego, también yo querría empezar de nuevo mi vida, después de mis primeros años de hombre consciente, ser otra vez joven, vivir de otro modo, sin errores, aferrado a otros ideales. Y sin embargo, me es imposible hacerlo, como le es imposible a Roma volver a los tiempos de los reyes fieles a sus dioses. Sedida se hace ilusiones. Los reyes dacios nunca llegarán a Roma. En cambio, Roma sí, les llevará la muerte hasta el fondo de sus bosques, antes de hundirse ella agotada por sus propios errores. Y, ¿acabará el mundo en ese momento? Ocurrirá algo inesperado, algo que ya ha empezado a suceder, no sé qué, ni dónde, pero el aire del mundo está lleno, saturado como de una humedad que los hombres más sensibles perciben sin saber su nombre, algo que volver a dar al género humano el frescor de un nuevo comienzo. No puedo expresarlo: podría ser un nuevo Dios, un nuevo pueblo, un nuevo sol en el cielo, o alguna otra cosa desconocida para los seres humanos, pero sé que ha de suceder. Y precisamente me hallo aquí para tratar de saber si los sabios de los getas, sus sacerdotes de vida ejemplar, tienen noticia de ciertos signos, si su doctrina habla de ésa renovación tan cercana, y si sus profetas anuncian ya esta venida que yo espero, y ¿cuyo nombre y forma no puedo ni imaginar.

*

Comozous me esperaba con la carreta y los caballos al otro lado del río que he atravesado en barca, después de haberme despedido de Sedida, la cual me había acompañado hasta la orilla. He encontrado la carreta preparada para un largo viaje, con sacos de víveres y armas. Viajamos desde ayer por la mañana a lo largo de la corriente que desemboca en el Museus y cuyo curso hemos abandonado para seguir el de ese arroyo. Es de caudal muy escaso, el agua está turbia y salada y a los caballos no les gusta beberla. Brota de una roca de sal y forma allí arriba un pequeño lago en las montañas que ya vemos de lejos esta tarde.

La región que hemos cruzado ayer es monótona, y en ella aparecen muy pocas aldeas. Esta llanura es un sitio de paso, el único que hay entre las montañas y el Danubio. Hemos pasado la noche en Zousidava, pueblo grande o ciudad pequeña dacia, donde se concentran todas las riquezas de la región antes de tomar el camino de Dunaris y del mar hacia Grecia y el resto del mundo. Los caballos, el trigo, y la miel, constituyen la principal riqueza de esta región habitada por los dacios. Según me dice mi nuevo amigo Comozous, un poco más al Norte hay otra ciudad, Ramidava. *Dava*, en lengua geta quiere decir ciudad y aldea a la vez. La *dava* que, también según

informes de Comozous, se encuentra ante nosotros, pero pasadas las montañas, es Komidava. Y aún más lejos y más al Oeste, fluyen los arroyos de los agatirsos, ricos del oro con que hacen las monedas dacias en forma de anillos de diferentes tamaños y espesor, según su valor comercial. Tengo un centenar de ellos en la bolsa que llevo bajo mi túnica, oculta a las miradas peligrosas.

La conversación de Comozous es la de un bárbaro que sólo habla su lengua y no conoce más país que el suyo. Por ejemplo, no me cree cuando le digo que nuestros campesinos hablan latín, pues no pueden imaginar más campesinos que los dacios, ni más lengua campesina que la suya. ¿Cómo va a ser posible que un campesino, aunque sea de otro país, hable un lenguaje diferente? Los animales no podrían comprenderle. Trato de explicarle que cada pueblo tiene su idioma hablado por todos los seres humanos que lo componen y, aunque mueve afirmativamente la cabeza, sus ojos me revelan con toda claridad que duda. Por fin, me dice: «Comprendo que las cosas que pertenezcan a una ciudad tengan nombres distintos en Troesmis y en Roma. Pero que la tierra, el árbol, o el pájaro, se llamen de otra manera cuando son en todas partes iguales, no puedo comprenderlo.»

-¿Quieres decir que no te sería difícil hacerte comprender de un campesino nuestro?

-Eso, eso -me responde muy contento, como agradeciéndome el que hubiera expresado lo que él quería decir. Y en cierto sentido, es evidente que tiene razón.

Va con la cabeza descubierta; sus largos cabellos castaños le caen sobre la espalda. Viste de blanco con una camisa ceñida a la cintura por una especie de larga cinta azul de lana, y unos *bracinae* o pantalones también blancos que le llegan a los tobillos. Descalzo, el sol le da de lleno en los dedos de los pies todo el día. La planta de éstos es gris, endurecida por el contacto de la tierra, y parece insensible a los guijarros, a las quemaduras del calor y del frío. Habla a los caballos como si fueran sus semejantes: se enfada con ellos, les sonríe, se olvida a ratos de mi presencia, absorto en esa conversación que parece un monólogo, pero que no lo es, pues los caballos le responden a su manera.

Comozous me pregunta bruscamente si estoy casado y si tengo hijos.

-Sí, estoy casado -le respondo-, pero no tengo hijos. Mi mujer es la que tiene uno.

-Ah, se ha casado con una viuda.

-No -le digo-, es que mi mujer está separada de su primer marido, que vive aún, como las dos primeras esposas que yo he tenido antes de casarme con Fabia.

-¿Y están casadas las dos con el que fue marido de la mujer de usted?

-No, porque entre nosotros sólo puede uno casarse con una mujer cada vez.

-Y, ¿por qué las abandonó usted? ¿No podían darle hijos?

-No, no fue eso. Sencillamente, no podíamos entendernos.

-¡Aaaah! -Y las preguntas continúan-: ¿Cómo le va con la tercera?

-Muy bien.

-¿Está en Tomis con usted?

-No; se ha quedado en Roma.

-Entonces no iría tan bien la cosa...

Estoy a su lado todo el día. Me mira de soslayo, cuando mis respuestas le parecen faltas de toda lógica, y siento los mudos reproches que me hacen sus ojos entrecerrados. Con la espalda inclinada, los codos apoyados en las rodillas, conduce los caballos y su mirada se pierde a lo lejos, camino adelante. Tendría que contarle toda la historia de Roma para que comprendiese las complicaciones de un divorcio y para que pudiera justificarlo. Otra cosa que no puede comprender es una casa de seis pisos. ¿Cómo es posible vivir tan alto sin el miedo a caerse encima de los que viven en los pisos inferiores y cómo puede uno vivir debajo de otros, sin el constante miedo a que el piso de arriba se hunda? ¿No se da el caso de que una casa de seis pisos se venga abajo? Sí, ocurre, lo reconozco. «¿Ve usted?», y me lanza una de esas miradas invisibles, cargadas de significado, como si quisiera decirme: «Si las casas de seis pisos se derrumban, ¿para qué construirlas? Y si las construyen, ¿quién es el idiota capaz de alojarse con su familia en semejante trampa? ¿O es que se está burlando usted de mí?» Con las perspectivas de

Comozous, todo es absurdo en Roma: las mujeres, las casas, y todo lo demás. Ayer por la tarde, mientras limpiaba a los caballos con un puñado de paja en el patio de la posada de Zousidava, cantaba la canción de la ovejita que le había oído yo a Geta en Istros, aquella noche en la playa.

Comozous tiene tres hijas y un hijo, que viven con la madre -Zudecitolp- en la finca de Sedida, cerca de Troesmis. Esta noche, antes de acostarse, ha cogido de su saco una larga flauta, reluciente de tanto usarla, y amarillenta, y se ha puesto a tocar, más para sus caballos que para mí, unas melodías tristes, un poco monótonas, que evidentemente evocan viejas historias. Esa música tenía la forma del paisaje que recorreremos desde este mediodía: ondulada como las colinas y los bosques, contando algo al ritmo de un rebaño de carneros que, en su marcha, adopta también la misma forma a medida que sube y baja estas suaves pendientes entre árboles al borde de un arroyo, avanzando hacia la llanura con los lomos protegidos por la sombra de las montañas o, por el contrario, con las montañas enfrente, dispuestos a recibir la puesta del sol. Cualquier otra música sería inconcebible aquí. La sonora madera de la flauta, como los labios que impulsan el aire musical por el sutil agujero del instrumento, y como el oído que la escucha y la interpreta siempre de la misma manera, bajo la presión de las mismas imágenes, todo ello parece modelado por la curva armoniosa de estas colinas. El sol acaba de desaparecer tras las montañas; el valle del Arroyo Salado, a nuestros pies, se cubre muy lentamente de sombras, pues el día es largo en esta época, altos chopos tiemblan al borde del agua, y unas columnas de humo ascienden hacia el cielo, aquí y allá, ante las moradas de los hombres. Nuestros caballos ramonean la hierba espesa y oigo el ruido duro y goloso de sus mandíbulas. Comozous ha encendido un fuego delante de la carreta y se dispone para el largo ritual de la *malana* cotidiana. Estiro las piernas paseando un poco, impregnándome de esta inmensidad de las montañas, de las colinas, de las llanuras, de los bosques y del cielo, inmensidad que tiene una forma, colores y sonidos. A esta inmensidad la llamaría yo *la paz*. Una paz que nos habla de un pasado o de un porvenir muy lejano, cuando el alma humana tenía, o tendrá, la forma de este paisaje. Me siento vivir sin miedo por primera vez desde que existo.

*

«...y una gran tristeza se extenderá sobre él hasta el fin de su vida». Comozous acaba de describirme el ritual de los elegidos. Cada cuatro años, el mejor hijo del reino emprende el viaje al Más Allá. Se trata siempre de un joven guerrero, el más y aliente y el más virtuoso de ellos. En presencia del rey y del Gran Sacerdote, se le convierte en el intérprete de los dacios cerca de Zamolxis. El rey dice, por ejemplo: «Comunicarás a nuestro Dios que este año nos proponemos atacar las ciudades que los romanos nos quitaron el año pasado. Le rogamos que se ponga, como siempre, de nuestro lado, y que fortalezca nuestros brazos en la batalla.» O dice el Gran Sacerdote: «Le dirás a Zamolxis que su pueblo obedece las leyes que Él nos ha dado» (o que no obedece esas leyes). El joven mensajero sube a la alta muralla que rodea Sarmisegetuza, la capital de todos los dacios y, mirando el cielo hacia el cual no tardará en lanzarse, se arroja sobre las lanzas que los guerreros del rey, sus amigos y camaradas, tienden hacia él. Si muere en seguida, con el corazón traspasado, esto querrá decir que Zamolxis ha aceptado al mensajero y el mensaje. Si no muere, otro mejor que él, ocupará su puesto en la muralla, pues Dios se ha negado a recibirlo. «Y una gran tristeza se extenderá sobre él hasta el fin de su vida.» Para los dacios, la vida de este mundo carece, por completo, de valor. El que muere clavado en las lanzas, así como los que caen en los campos de batalla, pierden la vida del cuerpo para ganar, junto a Zamolxis, la vida eterna del alma. De manera que pueden ser los más peligrosos de los enemigos, ya que nunca temen perder lo que los demás consideramos como el bien supremo y que para ellos es el más insignificante de los bienes. Si estuviesen unidos y formasen un solo reino y si dispusieran de nuestras armas y nuestra ciencia militar, los dacios serían, si lo desearan, los amos de la tierra. He aquí una extraordinaria contradicción: el pueblo que podría ser dueño de todos los demás pueblos del mundo, jamás querrá lograr este honor, pues los dacios desprecian la gloria terrenal. Su

ambición no consiste en privar la libertad a los otros pueblos, sino en conservar la suya, siempre atentos al ideal que ningún dacio olvida ni un solo instante: la feliz eternidad, más allá de los límites de este cuerpo perecedero, símbolo del dolor y de lo efímero.

*

La casa de Scorys, el primo de Sedida y amigo de Comozous, está construida sobre cuatro grandes pilares de piedra gris a dos pies de distancia del suelo. Es toda ella de madera y se sube hasta su puerta por cinco escalones, también de madera, abrigados por el continuo entrar y salir de la familia. Las paredes interiores son también de madera, pero mientras que en el exterior las mitades de los troncos que se superponen hasta el tejado son horizontales, las tablas del interior son yerticales. Reina en la casa una gran limpieza. Las camas son altas, cubiertas con colchas de lana tejida con fondo azul oscuro y adornadas en los bordes con pájaros y flores, de color amarillo unos y otras. Se come en torno a una mesa redonda y baja, sentados en escabeles de tres patas, exactamente iguales a los que Dokia tiene en su casa de Tomis, con la diferencia de que ésta es la casa de un dacio rico, un verdadero rey campesino. Rodeado por su mujer, su madre y sus seis hijos, Scorys reina sobre los suyos con una dignidad en que hay también como una salvaje bondad. Por cortesía me preguntan acerca de mi viaje, pero mi huésped quiere tener en seguida noticias de Roma y del emperador. Por otra parte, está bastante bien informado y me revela algo que yo desconocía: los dacios intervinieron con frecuencia en nuestras guerras civiles. Desde los tiempos de Burebista, el gran rey que realizó bajo su cetro la unidad de todos los dacios y que fue asesinado por un traidor, éstos habían apoyado a Pompeyo contra César y a Antonio contra Octavio, es decir, a los regionalistas, defensores de las autonomías locales, contra los centralistas a ultranza. Los sucesores de Burebista entraron en relación con Augusto en los tiempos en que éste no era aún sino Octaviano, pero éste se negó a aceptar la alianza. Entonces se la ofrecieron a Antonio, que fue aplastado por su rival. Cotyso, rey de la Dacia occidental, fue aún más lejos en sus ofrecimientos. Pensó en una alianza con Augusto basada en un doble matrimonio. Cotyso se casaría con Julia, hija del emperador, y éste con la hija del rey dacio. A Augusto le asustó esta alianza y el plan de Cotyso no llegó a realizarse. En nuestras épocas de crisis, los dacios desearon siempre intervenir en nuestros asuntos directamente y su celo fue tan extremado en tiempos de Scorylos, uno de los descendientes de Burebista, que su sensato jefe se vio obligado a recurrir a un símbolo para hacerles ver la realidad de las cosas y para impedir que se lanzaran a una peligrosa aventura. Scorylos convocó a sus generales y puso en libertad ante ellos a dos perros de caza, los cuales empezaron en seguida a destrozarse a dentelladas. Luego hizo llevar a un lobo, a la vista del cual los dos perros, olvidando su enemistad, se precipitaron contra él. Era el verdadero enemigo. La lección estaba clara y los jefes dacios no insistieron. Los dos perros representaban a los dos partidos romanos rivales y el lobo simbolizaba a los dacios.

Al contarme esta historia, Scorys no podía ocultar -y probablemente no lo deseaba- sus sentimientos respecto a Augusto y Antonio. Detestaba al futuro emperador y habría deseado que Antonio hubiese vencido en Accio.

-Vuestro emperador no nos ama. Nunca perdonará a los dacios su alianza con Antonio y, si es cierto que no se atreve a atacarnos directamente, procurará fomentar nuestra desunión y cultivar la rivalidad hoy existente entre nuestros cinco reyes. Pero Augusto es ya viejo. ¿No cree usted que Tiberio ha de sucederlo? Este nos atacará aunque no se atrevera a cruzar el Danubio. Después de Tiberio, quién sabe, quizá tengan ustedes unos emperadores menos emprendedores y nosotros, por nuestra parte, es posible que merezcamos por fin tener un solo rey, si Zamolxis lo cree conveniente. Poderosos e iguales, quizá no y olvamos a guerrear. Débiles y desunidos como ahora lo estamos, siempre sentirán ustedes la tentación de conquistarnos.

Ninguno de los suyos habló durante la comida. Escuchaban en silencio las palabras de su padre y me miraban con una mezcla de curiosidad y admiración, que a veces me azoraba, cuando

respondía a Scorys. Les asombraba que un romano estuviese en su casa, sentado a su mesa y que comprendiese su lengua.

Terminada la comida, Scorys me invitó a pasar a la huerta que se extiende detrás de la casa. Estamos aquí a bastante altitud, puesto que los manzanos están todavía florecidos. La luz del sol, a través de estos millares de pétalos, se hacía blanquísima y un aroma de pureza flotaba en el aire como la túnica de una vestal. Al final del sendero, a lo largo de la y alla de madera -que era tan alta como una empalizada fortificada-, docenas y docenas de colmenas instaladas en unos troncos de árboles talados a la altura de un hombre, lo llenaban todo con el zumbido de las abejas embriagadas de trabajo y de néctar. El ruido de sus alas parecía el rodar de un lejano trueno ininterrumpido o quizás el redoble de un tambor. Scorys respiraba con una evidente satisfacción ese aire agitado por el trajinar de las abejas. Sentíase dueño de estos miles de abejas que para él viajaban continuamente entre las flores y las colmenas. Entre las ramas vi cómo se perfilaba en el cielo -acercadas por el candor de los pétalos que le hacen creer a uno que todo es tangible, incluso Zamolxis o el perdón de Augusto- las cumbres de las montañas cubiertas de pinos, los cuales parecían negros y hostiles por contraste con esta blancura deslumbrante.

Mi huésped hizo que uno de sus hijos me llevara de la casa una alfombra y un cojín, y me preguntó si quería dormir la siesta bajo los árboles. La idea me encantó y me dejaron solo. Me tendí con cierta dificultad sobre la alfombra, que olía a lana y a carnero, y me relajé para reposar. Pero no conseguí dormirme. La luz, aumentada por las flores suspendidas por encima de mis párpados, me impedía conciliar el sueño. Con los ojos cerrados, me dejaba acunar por los rumores de la Naturaleza. Por el sonido, distinguía el brusco vuelo de los pájaros de rama en rama, el mugido lejano de un ternero y la respuesta grave de su madre, los golpes que un hacha daba con regularidad sobre un tronco (alguien que construía colmenas o que partía leña para el fuego de la tarde), el ladrido de un perro, apenas perceptible y, de pronto, protegido por los demás ruidos, como un don preciado, el canto del cuclillo. Entre todos esos sonidos, el ruido continuo de las abejas me hizo pensar en la música de las estrellas, pues, a ratos, desaparecía como embebido en sí mismo por su monotonía persistente.

*

Ascendía sin cesar. La voz había sido clara: «Los dos ríos aullantes confluyen delante de la Piedra: allí hay que ir. » Las aguas de un arroyuelo que podía ser un río -todos los ríos empiezan siendo riachuelos- fluían hacia los valles de donde yo venía. Caminaba desde hacía varias horas sin dejar de subir y buscaba la Piedra. Por allí se entraba. Por fin, apareció otro río. Era un riachuelo afluente del otro y sus corrientes se unían delante de la Piedra, al otro lado de la cual había una puerta, la entrada que yo iba buscando. Allí se precipitaban las aguas y fue su ruido, cuyo eco hacía temblar a las montañas de alrededor, lo que me hizo reconocer la Piedra indicada por la voz. Tuve que atravesar el río más ancho y menos profundo saltando de piedra en piedra, piedras que se hallaban allí desde hacía muchos siglos y que servían de paso, el único posible, a cuantos oían la voz o a quienes su destino obligaba a penetrar en la gruta. Una vez traspuesto el umbral, había una densa oscuridad, pero yo veía a través de las tinieblas. Porque eran tinieblas hechas para que la mirada humana pudiera atravesarlas, pero no otras miradas que no fuesen humanas. Así que avancé, un poco cansado por la larga caminata, pero seguro de mi objetivo. La parte más dura del viaje la había pasado ya. Hasta entonces todo lo había podido soportar, e incluso me había sido agradable, excepto el trayecto bajo los sauces de muertos frutos, y bajo los altos chopos. Los frutos muertos, colgantes de unas ramas dobladas bajo su peso inútil y aquel olor a podredumbre y a los gusanos que roían ya el interior de la fruta y que aparecían a millares de un momento a otro, como flores móviles... Y los altos chopos que no daban sombra, inútilmente altos, en cuyas ramas pululaban los murciélagos, a los que no se podía y er, pero cuya viscosa presencia se sentía. Salvo ese trozo del camino, todo había sido muy fácil. Es cierto que, una vez llegado al fondo de la caverna, allí donde las tinieblas, las verdaderas, no me dejaban ya

andar, tuve que detenerme. Era fácil decir *cavar una fosa cuadrada*, pero no disponía yo de ninguna herramienta adecuada, ni siquiera de un cuchillo. De modo que hube de trazar con la punta del pie el contorno de un cuadrado. Y, ¿cómo hacer luego las tres libaciones, si no llevaba leche con miel, ni vino dulce? Tuve que hacerlas, pues, con agua pura que tomé con la palma de mi mano derecha de un arroyuelo que corría a mis pies y, al no disponer de harina blanca, según había indicado la voz -pero ¿dónde tendría yo la cabeza para aventurarme por aquellos parajes, privado de todo lo necesario?-, hice con las yemas de los dedos el gesto ritual del molinero que espolvorea con harina fresca la tumba de sus padres. *E invoqué a los muertos durante mucho tiempo*. Entonces surgió de entre las sombras mi difunta madre, que no habló, pues con ello habría infringido los ritos. Como yo lo esperaba, el que habló primero fue Tiresias, rey de Tebas, como saben ustedes igual que yo. Y, según la voz, era éste el que tenía que hablar primero. Y me dijo:

-¿Por qué, desdichado, abandonas así la claridad del sol y vienes en busca de los muertos, a este lugar tan amargo? ¡Anda, apártate de la fosa! Aparta la punta de tu espada para que pueda yo beber la sangre y decir la verdad. (También se me había olvidado llevar conmigo la oveja y el cordero blancos que debía sacrificar sobre la fosa, *volviendo hacia el Erebo la cabeza de las víctimas*, y tampoco tenía espada, pero Tiresias no podía dudar de que yo hubiese obedecido las leyes prescritas. De lo contrario, ¿cómo habría podido hallarme ante él? Y, además, yo mismo lo ignoraba). Esta verdad me reveló de pronto el gran secreto de mi vida (secreto que ya conocía yo; pero entonces, ¿qué había ido yo a hacer allí? ¿Para qué ese largo viaje tan fatigoso, si me enteraba de cosas que ya sabía, pero que, repetidas bajo la resonante bóveda de la caverna, tomaban un aire definitivo, inmutable?).

-Lo que deseas obtener, noble Ovidio, es un regreso más dulce que la miel. Pero un dios ha de hacértelo penoso, pues temo que nunca el Alterador de este mundo, pueda olvidar su rencor: te odia por haber cegado tú a su hija...

El sentido de esta introducción a la profecía estaba claro: se trataba, evidentemente, de obtener el regreso a Roma. El dios que me lo hacía penoso (penoso, pero posible a pesar de todo), no podía ser sino Augusto, el «Júpiter» de mis epístolas; penoso, pues el Alterador, es decir, el emperador, el que ansiaba conquistar toda la tierra, no está aún dispuesto a olvidar su rencor, la causa de mi destierro. Yo había cegado a su hija, Julia, que, lectora apasionada de mi *Arte de amar*, había seguido el ejemplo de los modelos literarios que yo le ofrecía. Mi libro, mi pobre libro, era el único motivo de mi dolor. ¡Y había llegado hasta allí, sólo para oír una acusación tan antigua como mi pena!

Tiresias continuó hablando, pero, impresionado por el sentido de sus primeras palabras, todo lo demás, que era lo importante, se me escapó. Sin duda, dijo si yo estaba destinado al regreso, o si Tomis sería el lugar elegido por los dioses, como sepultura de la parte percedera de mí, como diría Comozous. El rey se calló y su sombra se desvaneció más allá de las verdaderas tinieblas, *pues no había llegado hasta el final de sus oráculos*. Entonces fue mi madre la que se acercó y vino a beber sangre humeante (pero ¿qué sangre era aquella, si yo no había sacrificado cordero ni oveja en el foso? Todo tenía lugar como si el rito se hubiera cumplido, y eso era lo importante). Dijo:

-Hijo mío, estos lugares no se ofrecen a la mirada de los vivos...

-Ya lo sé, madre mía, pero he hecho todo lo posible para merecer este viaje (¿qué había hecho yo, en verdad? Lo había olvidado). Háblame de mi mujer y de las cosas que he dejado allá. Estoy vivo, pero ignoro la verdad. Estás muerta, pero tú y es y sabes. *Dime los pensamientos, los proyectos de mi mujer. ¿Cuida como es debido de mis bienes? ¿O ha elegido ya por nuevo esposo a algún noble romano?*

Mi madre me miraba al hablarme y yo estaba con la espalda vuelta hacia la entrada de la caverna. Por detrás de mi madre empezaron a abrirse lentamente a mis ojos las verdaderas tinieblas como una bruma que se disipa bajo el empuje de un feliz viento. Y entonces vi lo que había en el fondo de la gruta. Mi madre seguía hablando, pero sus palabras resbalaban en mis

oídos como gotas de agua en las plumas de un pato. Yo iba reconociendo a aquellos a quienes había cantado: *Tántalo, presa de sus tormentos*, que estaba en medio de una gran extensión de agua y no podía beberla. Nunca el agua llegaba a sus labios quemados por la sed, como la verdadera felicidad, la que de verdad necesitamos, la felicidad que anhelan todos los hombres y que nunca llegan a probar. Y *Sísifo*, sosteniendo su gigantesca piedra que, una vez alzada hasta lo alto de un cerro, rodaba hacia atrás con el horrisono estruendo del tiempo que retrocede, el ruido de las épocas desgraciadas que son como trampas en la vida de los hombres, y los obliga a empezar todo de nuevo. Y vi a *Heracles*, que sembraba el terror entre las sombras, ponía la flecha en el arco y, con feroz mirada, buscaba un blanco, mientras los muertos huían desfavoridos ante la idea de poder morir por segunda vez. Así, que el miedo a la muerte era eterno como la propia muerte. Entonces, ¿para qué morir? Grité, espantado por aquel espectáculo: «¡Injusticia! ¿Dónde está Aquel a quien esperan los hombres?» Debí de cometer un gran error, pues todos aquellos personajes desaparecieron tragados por la oscuridad que llenaba la gruta como un humo denso y asfixiante.

En alguna parte lanzaba el cuclillo su llamada. Al fondo del valle, muy cerca de mí, un canto semejante le respondía o bien era su propio eco. Cayeron pétalos blancos, como pequeños copos de plumón. Con mis manos había arrancado briznas de hierba, sin darme cuenta, durante aquel sueño que nada me había enseñado.

*

Estaba cansado. Nos deteníamos de vez en cuando al borde del sendero, a la sombra de los negros abetos. Scorys me acompañaba. De mi misma edad, es mucho más fuerte que yo, como montañés. Subía sin esfuerzo el abrupto y pedregoso sendero, mientras yo jadeaba a los pocos pasos y me detenía de nuevo para tomar aliento. Afortunadamente, Scorys es hombre locuaz y respondía ampliamente a mis preguntas. Al final de nuestro camino se elevaba la residencia de los sacerdotes dacios, o su templo, uno de los templos más importantes, donde el secreto de Zamolxis había de serme revelado. El pueblo llamaba a estos sacerdotes *ctistes* o *polystis*, o sea, «fundadores de ciudades», lo cual no deja de ser significativo, ya que nos hace ver claramente que los sacerdotes fueron los verdaderos fundadores de la sociedad de los getas y los que les dieron, por lo menos, sus primeras leyes. Habitan en general en las montañas más altas, nunca comen carne, según las normas de Zamolxis -y también de Pitágoras-, y sus alimentos son tan sólo leche, queso y miel. El pueblo los llama también «viajeros en las nubes», lo que es muy bello. Tienen en común sus bienes, llevan una vida austera y se consideran en el deber de socorrer a los desgraciados y a los pobres. Su actividad cotidiana, cuando no están rezando, es el cultivo de la tierra. Recuerdo haber leído hace mucho tiempo un libro sobre una secta de Palestina llamada de los Esenios -quizá me equivoque o sea otro nombre- cuya vida y virtudes tienen un cierto parecido con lo que Scorys me ha contado de los sacerdotes dacios. Mi huésped y guía eludió responderme a una pregunta esencial: ¿dónde se encontraban exactamente el Gran Sacerdote y la montaña sagrada, Kogaionon? ¿Era la que estábamos escalando en estos momentos, o quizás una más elevada que se veía a la izquierda? Sólo me dijo: «El rey visita al Gran Sacerdote y le pide consejo.» No insistí. Scorys añadió poco después: «Kogaionon es un lugar de peregrinación, el único que tenemos.» Tampoco quiso decirme si sólo el rey disfrutaba de ese privilegio. Supe también que los sacerdotes eran profetas, magos y médicos, y que conocían el porvenir, los secretos del alma y los del cuerpo. Y volviendo sobre lo que me había dicho unos momentos antes, quizá con la intención de despistarme en mis conjeturas: «Kogaionon es el nombre de una montaña y también el de un río.» Pero, ¿se trataba de aquella montaña, y de ese río cuyo rumor se percibía desde el fondo del valle?

A mediodía llegamos al borde de un calvero, llamado «el Calvero del Manzano», pero no vi manzano alguno en toda su extensión. En medio del espacio claro, se hallaba un templo de piedra gris, cuya puerta estaba cerrada. Por un agujero abierto en el tejado salía un penacho de humo

azul que ascendía hacia el cielo. Atravesamos el calvero y penetramos de nuevo entre los árboles siguiendo un sendero, apenas señalado, que nos llevó a la entrada de una gruta. En cuanto entramos, una voz nos deseó la bienvenida, pero, con los ojos aún llenos de luz, no pude distinguir la figura del que nos saludaba. Por fin, al cabo de unos instantes, pude ver una larga túnica blanca que caía sobre unos pies desnudos y, un poco después, el rostro del sacerdote enmarcado en una barba de deslumbrante blancura que me hizo pensar inmediatamente en las flores de los manzanos y en mi sueño del día anterior. Scorys le habló de mí durante largo rato. El sacerdote, inmóvil, me miraba a los ojos, y aunque su mirada era muy amable, no sonreía. Pensé: «A esta altitud no crecen los manzanos. El Calvero del Manzano, quiere decir, sin duda, «el Calvero del Sacerdote». Aquel sacerdote vestido de blanco, con la barba y los cabellos blancos, no era más que el alma, hecha visible, de aquellos árboles maravillosos a la sombra de los cuales tuve yo el místico ensueño.

No me dijo su nombre; se inclinó ceremoniosamente cuando Scorys hubo terminado de hablar presentándome, y me indicó que me sentara en un escabel, lo que hice en seguida. Scorys nos saludó y desapareció en la luz. Iba a esperarnos a la entrada del calvero o delante del templo. El sacerdote me ofreció una copa de leche cortada con miel, que me devolvió en seguida la lucidez de espíritu y me quitó el cansancio de la larga caminata. Se colocó ante mí y me habló mucho tiempo, pero su primera frase fue la única que retuve íntegra en mi memoria: «Llamas Zamolxis a nuestro Dios, pero nuestro Dios no tiene aún nombre. » Todo lo que en Roma se sabía sobre la religión de los dacios y todo lo que contaban de ZamoLxis y de su doctrina, no era más que una construcción realizada por el espíritu griego, la adaptación de una idea de Dios ajena al espíritu de los griegos. Se decía que Zamolxis había hecho un largo viaje a Grecia, y que Pitágoras, del que había sido esclavo, le transmitió su doctrina. Pero, en realidad, Zamolxis había vivido con anterioridad a Pitágoras. Incluso, escribe Heródoto, que Zamolxis regresó a su tierra después de un largo viaje y con una enorme fortuna. Y debemos preguntarnos: ¿cómo es posible que un esclavo pudiese adquirir una fortuna enorme? Imposible explicárselo. Y también, según Heródoto, Zamolxis organizaba suntuosos festines a los que invitaba a sus amigos diciéndoles que todos los que se encontraban en torno a su mesa, se hallarían después de la muerte en la vida eterna, rodeados por cuanto habían deseado durante la vida efímera de su cuerpo. Al que conozca la vida de Zamolxis le será muy difícil aceptar ese aspecto de la vida de un profeta, pues de todos sus consejos y enseñanzas se desprende la más severa austeridad. Se hizo construir una cámara subterránea donde habían de enterrarlo vivo y allí lo lloraron sus muchos amigos. Pero a los tres años de haber muerto, resucitó lleno de la sabiduría que había adquirido durante su larga estancia en el Más Allá.

Todo esto, según el sacerdote que me hablaba, era sólo leyenda. Acaso Zamolxis nunca hubiera existido. Era sólo el nombre provisional, el atributo de Dios, ese Dios cuyo nombre no se había revelado aún a los mortales, pero que lo será de un día a otro. Vivimos en tiempos de locura y de esperanza, en el tiempo de la espera de Dios. Quizá los hombres no sean mejores que hoy, después de la revelación, pero sabrán discernir con certeza entre el bien y el mal. Serán, pues, libres para elegir el mal camino o el bueno. Unos profetas del pueblo de Israel habían anunciado el advenimiento de Dios entre los hombres y también Zamolxis lo había profetizado. Los pueblos seguirán matándose unos a otros todavía durante mucho tiempo, pero llegará un día en que todos seremos hermanos y el crimen y la guerra habrán desaparecido del mundo.

-Vienes de Roma: eres, con tu pueblo, un enemigo de mi pueblo, pero te recibo en mi casa, me dirijo a ti como a un hermano y me doy cuenta de que tu alma está llena de bondad, de arrepentimiento, de amor y de esperanza. Sufres por estar lejos de los tuyos, del cielo y de la tierra que te han visto nacer. Pero has de saber que un solo cielo se extiende por encima de nuestras tierras ensangrentadas, y que su exilio es solo una preparación. No te entristezcas en Tomis y prepárate para la otra vida, la eterna, que no está lejos, aquella en que se desconoce el dolor, pues el tiempo sólo tiene sentido entre los límites del dolor. La Estigia y lo que sus aguas rodean, carecen de sentido. Estarás o no estarás en esa vida eterna. Y los que están, sólo

conocer n la alegría, pues se hallarán en la luz y esta luz no es sino la bondad. Procura no hacer el mal, ya que el mal es la causa de la muerte eterna. Piensa que el alma es obra tuya, que la esculpes cada día con tus buenas acciones y que sólo el alma es eterna.

Me miró de nuevo con los ojos embargados por una severa dulzura y me preguntó:

-¿Qué es lo que has hecho en tu vida?

Reflexioné. Ningún acto criminal había manchado mi vida. A Augusto le habría respondido con una risa sarcástica: «¡*El arte de amar!*!», pero ante este anciano que me hablaba de Dios, un bello libro no podía constituir una mala acción. Dije: «El orgullo. He sido un orgulloso.» Pero no estaba seguro de haber dicho la verdad, una verdad que, por otra parte, era muy incierta para mí, pues no sabía con seguridad lo que Dios deseaba de mí. No estaba clara en mi conciencia la frontera entre el bien y el mal.

-Quieres ir a Kogaionon -dijo el sacerdote.

Me latía el corazón con fuerza, oía el movimiento regular que batía con su ruido mi pecho, lo sentía hasta el extremo de mis dedos. Miré al sacerdote y le comprendí. Mis ojos se llenaron de lágrimas y me invadió una felicidad desconocida.

-No -le dije.

El sacerdote sonrió, se levantó, me puso la mano en la cabeza y musitó una plegaria, cuyas palabras no entendí. Me hizo señal de seguirle y salimos de la gruta a la cegadora luz. Un sendero sombrío nos llevó luego a la cumbre de la montaña donde la mirada podía abarcar una amplísima extensión. Veía yo por un lado las colinas a orillas del Arroyo Salado, y una cadena de montañas al otro lado, más allá de la cual comenzaba, según decía el sacerdote, una meseta rodeada, como una fortaleza, por altas montañas. Aquella era la cuna de los dacios, el núcleo de su patria, sede de los reyes legendarios y de la antigua capital de Dromichet y de Burevista: Sarmisegetuza. Una hierba corta y espesa como una alfombra cubría la altura donde nos encontramos. Nuestros pies se hundían en ella. Para recuperar el aliento, antes de emprender el descenso, nos sentamos a pleno sol, en la muelle alfombra. El perfume de la tierra acariciaba mi olfato y era como si la tierra me enviase su respiración balsámica. Me incliné, embriagado, para respirar de más cerca aquel perfume visible que brotaba de todas partes y hacía vibrar el aire hasta muy lejos, por encima de todas las cumbres. Recalentada por el sol, la hierba era tan fina al tacto como una sedosa cabellera, y su color, como un bálsamo, se esparcía por mis pulmones y por mi cuerpo todo. Desapareció la fatiga como por encanto. Me tendí en el suelo con la cabeza hundida en ese aroma que me devolvía las perdidas energías y la pureza de mi juventud y no tuve consideración por el sacerdote que podía ofenderse al verme adoptar una postura tan poco respetuosa. Pero en aquel momento sólo pensaba en mí y tenía ganas de llorar, tan grande era la alegría que me embargaba. Sentía como si mi vida hubiera dejado de ser un calidoscopio o una serie de compartimientos sin comunicación entre ellos, sentía que ninguna muralla me separaba de mi infancia, ni de mis años en Roma y que, por el contrario, constituía un conjunto armonioso modelado tanto por el placer como por el sufrimiento y que todo era aceptado tal como era por aquel a quien podíamos llamar el juez supremo.

Me levanté y miré al sacerdote que estaba sentado junto a mí. Sin esperar una pregunta mía, me dijo:

-Has amado mucho y tus amores han sido la causa de tus sufrimientos. No pienses que tu poesía te haya traicionado nunca. Tampoco creas que lo que expías en Tomis son tus amores. El juicio de Augusto no tiene valor alguno en lo que respecta a tu alma. También Augusto ha obrado bajo la invisible presión de Dios, que te ha traído hasta aquí para aprender la verdad sobre *Él*, por lo menos esta parte de la verdad que nos está permitido conocer. Aún sabrás otras cosas antes de morir, pues tu alma se abre cada vez más al único aliento. Has pecado por amor. El amor es conocimiento. El verdadero pecado es lo que no puede uno expresar o no se atreve uno a expresar.

Se puso en pie y me tendió la mano. El infinito y ondulado espacio era a la vez tan recogido y tan íntimo, que parecía extender hacia mí sus brazos verdes y reposantes o quizá pareciese

invitarme a volar por encima de él como si todo fuese perfectamente posible: su impulso hacia mí y mi impulso hacia su perfecta dulzura. Descendimos por otro sendero que nos condujo, por detrás del bosque, a otra colina sin árboles, donde dejamos el sendero para cubierta de heno. La hierba estaba tan alta que sobrepasaba nuestras cabezas. Mi cara tropezaba con flores blancas, amarillas, azules y rosas de aromas apenas perceptibles y todos aquellos tallos se abrían a nuestro paso con un rumor delicado y agradable, como la caída de un torrente en una pendiente cubierta de musgo. Con las sacudidas más violentas, mi rostro se humedecía con las gotas de rocío. Al salir de la alta hierba, al pie de la colina, me encontraba mojado de pies a cabeza como si acabase de salir de un río. El sacerdote me soltó la mano y fue entonces cuando me di cuenta de un hecho extraño y que hasta entonces me había pasado inadvertido: desde que me había levantado, con su ayuda, de la muelle alfombra de que ya he hablado, me había tenido continuamente cogida la mano, como si esle descenso hubiera sido una iniciación cuyo sentido tuvo buen cuidado de no revelarme.

El sol no tardó en calentarme de nuevo la túnica y los pies. Seguimos descendiendo, atravesamos un riachuelo, subimos otra vez por entre unos álamos que llaman *berzes* en lengua dacia -lo que también quiere decir «a manchas negras y blancas»- para volvernos a encontrar en el «Calvero del Manzano», donde nos esperaba Scorys tendido en la hierba. El sacerdote me abrazó dos veces y me retuvo unos instantes entre sus brazos. Se dirigió en seguida al templo que se hallaba en medio del calvero y nosotros regresamos hacia la casa de Scorys, que me dijo: «Ya es hora de volver a casa. Seguramente, tiene usted hambre.»

Yo no tenía hambre.

*

Era de noche; me sentía fatigado y descendíamos sin cesar. Aún no era visible la luna, pero, de pronto, vi como una mancha blanca en medio de las tinieblas. Le pregunté a Scorys:

-¿Es la luna?

-No. Son mis manzanos.

*

Pasaban incesantemente. Pude contar más de seiscientos y aún había más, algo más lejos, a los que no llegaban mis ojos. La hierba atenuaba el ruido de sus zuecos. Hubiera podido pensar que se trataba de una alucinación, pero el relincho de un caballo o una palabra gritada en un idioma que yo no comprendía, daba cuerpo inmediatamente a la realidad. Eran hombres a caballo y armados. Nada de carros, ni de bueyes, ni de mujeres o niños que entorpeciesen la marcha. La finalidad de esta cabalgata, inundada por los rojizos resplandores del ocaso, estaba clara. Comozous fue el primero en verlos. Estábamos llegando a lo alto de un promontorio desde donde la vista se extendía, por encima del espesor de los bosques de encinas, hasta la llanura aún lejana. Las lanzas del sol poniente encendían largos destellos en sus escudos. Iban al paso, cruzando un calvero. Venían de Oriente y avanzaban hacia el Sur. ¿Eran aliados de los getas, de los tracios, o de los romanos? ¿Se proponían sólo el saqueo o estaban a sueldo de alguien para provocar un conflicto? Acaso, impulsados por el hambre o por otras tribus de la estepa, ¿buscaban nuevas tierras para sus familias? ¿O quizás estaban encargados de preludiar esa guerra que se y aticinaba entre nosotros y los dacios? ¿Quién podía decirlo? Comozous me los enseñó con un dedo: «Los sármatas», llevaba nuestros caballos al trote y la carreta no se detuvo hasta no hallarse en la espesura, entre los nogales. Una vez hubo atado los caballos en un pequeño claro próximo, avanzamos entre los árboles en dirección a los bárbaros. El bosque de nogales se prolongaba a lo largo de un estrecho valle que separaba ambas vertientes, lo que nos permitió permanecer ocultos y, al llegar a una pequeña altura, mirar sin ser vistos. No había duda: marchaban sobre Troesmis, adonde, a aquella velocidad, llegarían al día siguiente a la caída de la noche. Intentar adelantarlos

quemando etapas, para prevenir a la guarnición de Troesmis, habría sido una locura, pues, una vez en la llanura descubierta, nos habrían visto en seguida y nos habrían cazado sin la menor dificultad. Pude observar aquellos rostros tan cansados y polvorientos, que nada tenían de terribles ni de malvados. Por el contrario, me parecían dignos de compasión. Un sentimiento de pena fue invadiendo mi corazón. Recordé a los getas hambrientos que habían asaltado Tomis al comienzo de mi exilio. Era también el hambre y el miedo lo que empujaba a estos sármatas hacia el Sur. Iban en busca de la abundancia ajena para remediar su hambre, o bien esperaban hallar en alguna parte un lugar bajo el sol para trabajar en paz y para criar a sus hijos resguardados de las flechas escitas. Capaces de matar y de incendiar, lo hacían para no sucumbir a su vez bajo las oleadas de otros bárbaros empujados también hacia Occidente por otras hordas, más desesperadas todavía y, por tanto, más fuertes, y así sucesivamente. Todo este espacio que se extendía más allá del Tyras, hacia el Oriente infinito y desconocido, bullía de razas, pueblos y tribus que se lanzaban hacia nuestras tierras cultivadas, como ciegos insectos atraídos por la inesperada luz. ¿Quién habría podido encontrar una palabra mágica para detenerlos? Porque las armas no bastaban. Y esa palabra mágica les habría dado nombre y alma, les habría hecho pertenecer de repente a la raza de los hombres. Les habría enseñado a fijar su residencia, a perdonarse unos a otros, a formarse una conciencia, así como a sentir la necesidad de un pasado y de un porvenir. Pero esa palabra no había nacido todavía y las armas trataban en vano de sustituirla, desde la Iberia y la Galia, hasta el Ponto Euxino y el Danubio. Los romanos hacían avanzar por doquier los límites de su Imperio a fuerza de cortar cabezas y de implantar leyes, sin pensar que la tierra era ilimitada y que, esa ambiciosa empresa requería tantos hombres, como hombres había en los territorios a conquistar. Los sármatas que pasaban ante mí, cada vez más fatigados a medida que el día se hacía noche, serían aplastados por los romanos o por los getas, pero otros hombres de miradas humilladas por la desesperación y el hambre, seguirían sus huellas al mismo trote, con el mismo hambriento ritmo.

El sacerdote había tranquilizado mi alma. Pero, ¿cómo tranquilizar el alma de todos esos hombres? Una lluvia de panes y de leche no habría bastado para apaciguarlos, pues habrían ido aún más lejos, buscando siempre con la ambición de hallar las manzanas de oro o la fuente de la eterna juventud y, al encontrarlas, habrían seguido su búsqueda de otra cosa. El hambre y la sed de esas gentes, se parecían a las mías; quizá fuesen iguales también a las de Corina y Dokia, Honorio y Mucaporo, las mujeres de Roma y las de Alejandría. Avanzaban siempre unos hacia otros equivocándose de apetito.

Al caer la noche y olvimos junto a los caballos. No encendimos fuego y nos contentamos con un poco de *malana* fría y de queso. Traté en seguida de dormirme, pero no pude conciliar el sueño. Comozous tampoco podía descansar. Se levantaba, hablaba con los caballos -yo oía el bisbiseo de este curioso monólogo que no lo era- y volvía a acostarse. El grito de un mochuelo anunció la aparición de la luna, y luego una luz de plata como una lluvia de flechas, penetró por entre las gruesas hojas de los nogales. Comozous se decidió a hablar. Los suyos estaban en peligro; Sedida y la ciudad de Troesmis, también. Era su deber avisarlos y poner a salvo a su familia. Montaría uno de nuestros caballos, galoparía a la mayor velocidad posible durante toda la noche y, como conocía el camino más corto, se hallaría a la orilla del Danubio al día siguiente por la mañana. Me dejaba el otro caballo para que pudiera internarme por las montañas y llegar a casa de Scorys, donde estaría seguro. También podía esperarle allí mismo hasta que él pudiera regresar, pues en la carreta había una gran abundancia de provisiones. Su plan era refugiarse con todos los suyos en la finca de Scorys, pues los tiempos iban a cambiar. Seguramente habría guerra, una larga guerra y tendrían que abandonar las fértiles tierras de la llanura y regresar a los bosques y las montañas donde habían nacido. Pasaría a recogerme y yo podría vivir con ellos en casa de Scorys, mientras durase la guerra. Si deseaba regresar a Tomis, me acompañaría hasta Troesmis o, si era necesario, hasta Novioduno, donde siempre podría encontrar una galera griega o romana dispuesta a llevarme a casa.

Preferí esperarle donde estaba, pues no me consideraba capaz de hacer aquel recorrido a caballo, ni de caminar la distancia que había cubierto en la carreta desde la casa de Scorys. En el sitio donde me hallaba nada tenía que temer, si no encendía fuego y cuidaba de no hacer cualquier movimiento que pudiera delatar mi presencia. Comozous volvería pasado mañana, de noche. Se despidió de mí, cogió su saco del fondo de la carreta, desenganchó uno de los dos caballos, lo montó de un salto y desapareció al galope, tragado por el follaje y la noche.

Todo había sucedido en unos instantes. Me encontré solo en medio de un bosque dacio con el camino de regreso cortado por una invasión sármata. ¿Y si Comozous no regresaba? Ni siquiera había pensado en esa posibilidad. Si su aventura terminaba mal, podía, de todos modos, volver a casa de Scorys, a pie o a caballo, aunque hubiese tenido que hacer un esfuerzo agotador. Sólo tenía que seguir el curso del Arroyo Salado. No había equivocación posible. ¿Miedo? No, no tenía miedo. Me dormí bajo el pequeño techo abovedado de la carreta, el techo que me era ya tan familiar, rodeado por el olor a queso, a carne salada, a las truchas ahumadas y alineadas en cajas de corteza de abeto, regalos de Scorys y de su mujer. Disponía, incluso, de un jarro de miel y de un saco de harina para preparar la *malana*, aunque como no podía encender fuego, de nada me servirían. El asedio del bosque podía durar varias semanas.

Al despertarme noté que el caballo que me quedaba había roto sus ataduras durante la noche para marcharse tras su compañero. Lo cogerían los sármatas o quizá, con un poco de buena suerte, llegaría a su cuadra. Pasé la primera parte del día en hacer desaparecer las huellas dejadas por la carreta desde el borde del camino hasta el bosque y en observar por la parte de los bárbaros. Pero no vi a ninguno. Por lo pronto, había terminado el éxodo o la invasión. Comozous había llegado a su casa. Debí haberle dicho que no dejase de avisar a los romanos de Troesmis, pero seguramente lo hacía si lo consideraba útil para los suyos.

Miles de pájaros cantaban en las ramas e incluso vi una pareja de faisanes que atravesaban el aire con su vuelo pesado y recto, un vuelo como hecho a propósito para que no le falle la flecha a un cazador. Ningún ruido de carros ni de caballos me llegaba del cercano camino. Los getas de los alrededores, al tanto ya de la invasión, permanecían en sus casas, mientras que los de la llanura esperaban la noche para viajar con seguridad. Durante la primera parte de la tarde, animado por el silencio pacífico que me rodeaba, crucé el arroyo -era una corriente de agua dulce, pues el Arroyo Salado se encontraba un poco más a occidente- y empecé a subir por su otra vertiente. Era una abrupta pendiente que ascendía, una vez terminada la barrera de nogales, por entre muy pobladas encinas. El bosque no descendía por el otro lado de la colina. Esa vertiente era mucho más suave y formaba una especie de pequeña meseta levemente inclinada del lado oriental. La tierra estaba labrada y el trigo, aún verde, temblaba bajo la brisa. Como no me atrevía a salir al descubierto, continué, resguardado por el bosque, mis pesquisas a lo largo del trigal. De pronto, me encontré ante una casa, más bien una cabaña de madera, con el tejado cubierto por una especie de cota de mallas también de madera. Las pieles de carnero de las ventanas estaban medio levantadas y la puerta, abierta. Un perro empezó a ladrar en su garita, donde lo tenían atado. No sé dónde, mugió una vaca. Un anciano apareció en el umbral de la casa. Vestía al estilo de los dacios y le caía una larga cabellera blanca por la espalda. No me veía. Sin dejar de mirar a un lado y a otro, hablaba al perro para tranquilizarlo. Pero éste no dejaba de ladrar, y cada vez más fuerte, en la dirección donde yo estaba. El viejo gritó: «¿Quién anda ahí?» Me decidí a presentarme, pues no me quedaba otro remedio, ya que el viejo hubiera podido azuzar al perro en mi persecución.

Le hablé en su lengua. Vino a mi encuentro, me saludó deferentemente, miró sin exteriorizar sorpresa alguna mis ropas de extranjero y me invitó a entrar en su casa.

El interior estaba formado por una sola habitación, un espacioso hogar apagado a la izquierda, un telar a la derecha, donde el ama de casa estaba trabajando, concentrada en los complicados movimientos de sus manos y sus pies. Me saludó con la cabeza, se levantó para ofrecerme un cuenco de leche y una cucharada de miel. Nos sentamos en torno a la mesa baja y

les conté lo que me había sucedido. Conocían a Scorys y me invitaron en seguida a cenar con ellos y a pasar allí la noche.

Me dijeron que su hijo había partido aquella misma mañana para Zousidava para enterarse de lo que ocurría y por si el rey necesitaba sus servicios. Si no regresaba durante la noche, esto quería decir que se había marchado a la guerra. Y en la guerra había muerto otro hijo del matrimonio, el primogénito. Zamolxis lo había llamado junto a Él. No protestaban por ello, pero pensaban que iban a encontrarse muy solos si el otro hijo iba a reunirse con el mayor en el cielo. La vieja no hablaba, pero me animaba con sus sonrisas para que comiese más. De vez en cuando, se levantaba para llevarnos agua o sal. Me intrigaban estos ancianos. Sus figuras me resultaban conocidas y esto me parecía absurdo. ¿Dónde podía haberlos visto antes? Al final de la cena, me acordé. Con sus mismas facciones había imaginado yo hacía mucho tiempo las figuras de los dos felices ancianos Filemón y Baucis, los que albergaron a Júpiter y le dieron de comer y beber. Ante sus ojos maravillados y para recompensarlos, Júpiter había hecho milagros y, preguntándoles al final cuál era su mayor deseo, dispuesto a convertirlo en realidad en seguida, pudo escuchar el rey de los dioses esta respuesta: «*Auferat hora duos eadem...*»¹ pues Todavía se amaban con un tierno amor, «*annis juncti juvenalibus*»² Estos versos venían de muy lejos, pero formaban parte, como aquella pareja de ancianos, de mi vida pasada.

Me negué a aceptar la invitación, pues tenía que pasar la noche en la carreta por si Comozous regresaba con los suyos y si no me encontraba allí podía pensar lo peor y proseguir su camino. El viejo me acompañó hasta la orilla del arroyo y seguí mi camino entre los nogales en el inmóvil silencio del crepúsculo.

Me dormí pronto, pues me hallaba muy cansado. Pero la noche no fue tranquila. Atormentado por pesadillas, me desperté sudando. Unos carros subían por el camino. Eran dacios de la llanura que iban a refugiarse en los bosques. Comozous debía de encontrarse entre ellos. Incluso oí el trote pesado de un grupo de jinetes. Me dormí de nuevo y nuevamente me desperté. Los carros seguían hacia las montañas con un ruido monótono y continuo, el ruido del incomprensible sufrimiento humano. La fatiga y enció a mis pensamientos y otra vez me sumergí en un sueño sin fantasmas. Un ataque de tos y el frío de la aurora acabaron despertándome por completo. A mi alrededor reinaba un gran silencio, como una bruma. Habían pasado los carros y Comozous no había llegado. Un olor a quemado penetraba en la carreta con la luz aún tímida del amanecer. Este olor era el que me había provocado la tos y el que me había despertado. Salí de la carreta. Una humareda densa flotaba por entre las hojas y oí claramente el crepitar lejano del bosque en llamas. Tomé un machete dacio de hoja curvada, para calmar un poco el miedo que sentía y me dirigí hacia el arroyo donde, si me rodeaban las llamas, podría salvarme siguiendo la corriente. En la vertiente opuesta ardía el bosque exactamente en la dirección donde se hallaba la casa de los viejos. ¿Habría partido de esa cabaña el fuego o la habían incendiado los sármatas? Recordaba que, entre sueños, había oído gritos, pero ¿cómo estaré seguro? Filemón y Baucis iban a reunirse con su hijo mayor mucho antes de lo que habían pensado y, si continuaba la guerra, el hijo menor se reuniría también con ellos junto a Zamolxis. El ardor del incendio me calentaba el rostro, pero seguí allí, pues sentía frío y me encontraba solo, abandonado, separado brutalmente de los dos viejos que había conocido la víspera. Un error terrible planeaba sobre el mundo; una falta desconocida provocaba la ira de Dios. Esta falta era tan antigua que los hombres la habían olvidado y nadie, ningún mensajero, descendía junto a nosotros para recordárnosla. Se hacían sacrificios, se quemaba incienso ante los altares de los dioses de mil hombres, pero todo ello era inútil y el verdadero Dios no quería hablar todavía. Esto no podía durar mucho tiempo -ya duraba milenios-. Nuestros sufrimientos tenían un límite y, si ese Dios existía, tenía que apiadarse de nuestras desgracias y hacernos una señal. O quizá ese silencio quisiera significar que Dios no existía. O que todo eso, los muertos, el infinito dolor, el infinito silencio, tenían un sentido que nuestra razón no podía captar.

¹ Haz que la misma hora nos lleve.. (*Las Metamorfosis*, Libro VIII).

² ...unidos en los años de su juventud...

Empezó a caer una lluvia fina que hacía más densa la humareda. Tuve que retroceder. Me dolían los ojos; no dejaban de brotar llamas en la acre neblina. Una voz exclamó detrás de mí: «¡Ovidio!, Ovidio!» Y me reconocí a mí mismo en medio de aquella soledad y de aquel desastre, me vi a mí mismo con todo el peso de mi pasado y con todo mi violento deseo de escapar de los peligros, de aceptar, al precio que fuese, la promesa de la vida con todas las perspectivas del dolor y de la injusticia. Estaba dispuesto a implorarlo a un Augusto invisible y tuve lástima de mí mismo, lástima que se convirtió en asco; pero quería vivir.

Había reconocido la voz de Comozous.

*

La lluvia había cesado hacia media tarde, pero las cenizas húmedas estaban aún calientes. Subí con Comozous la pendiente, entre los troncos ennegrecidos por el fuego. Sedida y la familia de mi amigo habían proseguido la marcha hacia las montañas, de las que nunca más regresarían. La llanura se había hecho muy peligrosa. La guerra nunca terminaría. Sí, los sármatas se retiraban ya, pero ahora le tocaba el turno a la verdadera guerra, «entre nosotros y ustedes», la guerra inevitable, mientras que en uno y otro bando los hombres esperaban en vano la llegada de Dios o, por lo menos, el sonido revelador de su voz. Los sármatas se habían detenido en el Danubio, habían incendiado los campos, los *davae* que encontraron a su paso; habían saqueado, matado, hecho centenares de prisioneros. Zousidava había resistido. En aquellos momentos, los getas los perseguían en su huida.

Vi de lejos los restos ennegrecidos de la cabaña, pero ningún indicio de los viejos, del perro, ni de la vaca a la que había oído mugir. ¿Habían logrado escapar o yacían sus restos bajo la ceniza aún caliente? Al oír los ladridos, Filemón se había asomado al umbral de la cabaña para preguntar por aquella voz que parecía querer disculparse de su curiosidad: «¿Quién anda ahí?» Y una flecha lo clavó en la madera de la puerta. Entonces salió Baucis, sin gritar, sólo para que la promesa de Júpiter pudiera cumplirse más fácilmente. «*Auferat hora duos eadem...*» La segunda flecha había sido para ella. Y las llamas purificaron su felicidad y los elevaron en el aire como leves columnas de humo, para que llegasen antes.

Partimos para Troesmis a la caída de la noche. El caballo que se me escapó se había reunido con el que se llevó Comozous y ahora trotaba junto a él, indiferente al mundo exterior. La guerra sólo significaba para él esta ligera separación. Sentía de nuevo la grupa redonda y amiga frotarse contra la suya al ritmo del trote regular. Así que la guerra había terminado para él. Y también la injusticia. Podía creer en el gran equilibrio, puesto que tenía una prueba. La voz de Comozous era para este caballo la voz del dios que lo había abandonado, pero al que pudo encontrar de nuevo con sólo un pequeño esfuerzo.

-El Danubio -me dijo Comozous dándome con el codo.

El agua gris, cuya otra orilla ocultaba la bruma, fluía con toda su masa hacia la mar con un clap-clap regular. Los caballos se habían parado. Nadie se movía. Un cuervo pasó por encima de nuestras cabezas.

Volaba muy bajo y pude oír el rechinar de sus alas. Lanzó un chillido de sorpresa y de espanto al descubrir nuestra presencia, y luego se precipitó desconcertado en otra dirección. Las aguas del río tenían el color de ese graznido.

QUINTO AÑO

Se suele decir: «Ha vuelto de la guerra completamente cambiado.» O bien: «La muerte de su mujer lo ha transformado por completo.» Y también se dice: «Me he encontrado a Cayo después de esa absurda crisis religiosa por la que acaba de pasar: no lo he reconocido; parece otro.»

Todo eso es falso. El hombre nunca cambia; nada hay en el mundo que pueda transformarlo y la experiencia más profunda nunca logra cambiarle su esencia, que es definitiva. Se hace uno más viejo, eso es todo. Se juzgan las cosas con menos facilidad y se obra, después de una crisis o de un conocimiento revelador del mundo, con más sensatez. Las ilusiones se le caen a uno como plumas inútiles. Se adquiere una mayor sensatez. O se enloquece.

Heme aquí de nuevo en Tomis. Han pasado meses desde que terminó el viaje que hice por el país de los dacios, donde he aprendido más cosas que en todo el resto de mi vida, donde he visto la muerte y la pureza, el sufrimiento y las más pura y tranquila alegría de vivir, donde el secreto de la vida y de la muerte me ha sido revelado en parte. Todo esto debería haberme hecho cambiar por completo, convirtiéndome en un ser nuevo, como suele decirse. Y la verdad es que vuelvo a encontrarme en la misma espera que me atormentaba antes de emprender ese viaje, la misma espera -ahora ya lo sé- que me impulsó en mis veinte años a Grecia, con la misma intensidad, con idéntica esperanza en el corazón y en los pensamientos. ¿No he sido el mismo en Sulmona, en Roma, que este que soy aquí? Hay una diferencia: antes ignoraba lo que esperaba y desde que vivo en Tomis, sobre todo después de mi viaje más allá del Danubio, ya lo sé. Esa certidumbre no es precisamente lo más indicado para tranquilizarme, pues miles de hombres antes que yo, Virgilio entre ellos, y también Sófocles y Platón, Pitágoras y Tales, han esperado sin duda lo mismo: sí, la misma respuesta. Y como no llegaba, respondieron ellos mismos a sus propias preguntas, a su propia angustia, pero siempre fue un camino nuevo hacia la misma espera, una nueva manera de plantarse frente al cielo, con el alma tendida hacia lo que no quería responderles. Me quedan pocos años y dudo que mi tiempo sea un tiempo privilegiado. Hoy se espera más que nunca. Es cierto que la espera no tortura ya sólo las entrañas de algunos privilegiados de la desesperación, sino que se ha convertido en una tortura general. Vivimos en el siglo de la espera y ninguna solución humana es ya aceptable ni posible, pero ¿cómo vamos a creer que nuestros oídos han sido dotados precisamente para recibir el mensaje que espera la humanidad desde hace miles de años? ¿Bastaría con esa respuesta para que yo me transformase en un hombre diferente?

Este año es más benigno el invierno: el mar no se hiela, los vientos del norte se abaten sobre la llanura antes de llegar a nuestras calles. El cielo está cubierto con frecuencia, pero no nieva. Honorio acaba de decirme que el invierno ha terminado ya y que esperan a las galeras griegas mañana. Estamos todavía en febrero, pero los armadores y los marinos sabían ya desde septiembre pasado el tiempo que iba a hacer, porque los oráculos les habían informado. No pueden perder tiempo.

*

Dokia me sigue pidiendo noticias de Sedida, de Scorys y de sus familias, como si acabase de regresar de mi viaje. Repito las mismas noticias que le di hace unos meses, aunque adornándolas cada vez con detalles y comentarios inéditos. Me lo agradece con la mirada como los niños cuando les contamos la misma historieta que siempre nos están pidiendo. Se la saben de memoria, pero basta una palabra nueva, una entonación, y todo el relato cambia de aspecto para ellos. He preguntado un día a Dokia: «¿Conocías a los dos viejos?» Y le he contado toda la historia: nuestro encuentro, la tarde en la apacible cabaña, nuestra amistad, y el fin trágico de los

ancianos bajo las flechas de los sármatas y entre las llamas. Pero lo que más le impresionó fue el comienzo de mi relato; más aún que el violento final. Y es que la muerte constituye para los dacios lo que podríamos llamar el «desenlace feliz». Lo que les cuesta soportar es la vida.

*

Ha nevado mucho esta mañana, con grandes copos de abril. Oigo las lágrimas del traicionado invierno, que se había librado de la nieve y que ahora se funde al contacto con el aire primaveral. La ciudad está llena de ruidos, como si sus habitantes se hubieran despertado más pronto para una fiesta o una conmemoración y se sintieran, todos ellos a la vez, animados por el mismo fervor. Tomis es la viva imagen de la inconsciencia humana. Vive al borde del peligro, ser la primera víctima de una futura catástrofe y las gentes no lo sospechan siquiera. En el fondo, tienen toda la razón para comportarse de este modo. Vivir es arriesgarse. Las gentes de aquí viven desde hace siglos rozando el peligro y, hasta ahora nada grave les ha ocurrido.

Prefiero no pensar en ello, pero basta una alusión para que vuelva a ver el trágico cuadro. Me había embarcado en Troesmis, en un barco de vela que me había de llevar a Novioduno, de donde una galera me traería a Tomis. Me había separado de Comozous y me sentía más solo que en plena selva dacia. El barco -una pequeña y frágil embarcación- flotaba como una hoja seca apenas arrastrada por la corriente, hacia la mar. Navegábamos cerca de la orilla izquierda donde la corriente era más rápida. Una columna de humo indicaba en la llanura el paso de los sármatas. En cierto momento desapareció el humo oculto por los altos chopos que hacían sonar en la brisa la plata de su follaje. Cerré los ojos ante el primer cadáver que se balanceaba suavemente al extremo de una cuerda. Abrí los ojos. Había otro cadáver con el rostro ensangrentado. Y así, hasta cincuenta cadáveres colgados, con los ojos y la carne picoteados por los cuervos y las gaviotas. Eran sármatas vencidos que habían sido ahorcados por los dacios los cuales se vengaron así de los saqueos, de los incendios, de las matanzas. Llevaba aún grabadas en mi espíritu las palabras que el sacerdote me había transmitido en aquella mañana cálida y lisa como el lomo de un caballo. Sentía aún el aroma de la hierba perfumada en la que había hundido la cara y, en los ojos, la inhumana paz de aquellas colinas que se perseguían hasta perderse en la lejanía como las notas de una canción. Sin embargo, había que ser muy fuerte para creer aún en la realidad de estos recuerdos y en la promesa del sacerdote. La realidad, la de todos los días, estaba allí, delante de mí, en aquellas ramas que habían florecido con el sol de mayo y de las que ahora pendían los verdaderos frutos de la vida. ¿Cómo olvidarlo? ¿Cómo era posible cambiar?

Llego incluso a preguntarme: «¿Somos nosotros los que hemos inventado el tormento y la crueldad? He aquí unos hombres que se rebelan contra otros hombres. Los vencedores torturan a los vencidos y acaban con ellos.» Pero pienso en Prometeo, que ningún mal había hecho, y en la tortura que Júpiter le infligió. Y pienso en Niobe, la hija de Tántalo. Las mujeres de Tebas, incitadas por Manto, que conocía el porvenir, fueron un día a ofrecer incienso y piadosas plegarias a Latona, la madre de Apolo y de Diana. Pero surgió Niobe, hija del rey y madre de siete hijos y de siete hijas.

*Ecce venit comitum Niobe celeberrima turba.*¹

Tan bella como puede permitirlo la cólera, Niobe gritó a las mujeres de Tebas: «¿Qué locura es esta de poner a los dioses por encima de lo que véis? Y por qué este culto y estos altares en honor de Latona, cuando mi divinidad no ha recibido aún incienso alguno?» Pues, aunque Niobe era mortal, Atlas era uno de sus abuelos y Júpiter otro. Con palabras imprudentes hizo el elogio de sus riquezas y de su felicidad:

¹ He aquí que aparece Niobe en medio de un numeroso cortejo que la acompaña.

*Sum felix: quis enim neget hoc? Felixque manebo;
Hoc quoque quis dubitet? Tutam ne copia fecit.
Major sum, quarrz cui possit Fortuna nocere;
Multaque ut eripiat, multo mihi plura relinquet.*¹

-Suponed -continuó, arengando a las mujeres de Tebas-, suponed que me puedan quitar algunos de ese pueblo que son mis hijos, pues bien, nunca me quedarían solamente dos -los que tiene Latona- porque, ¿hay tanta diferencia entre ella y una mujer sin hijos? Alejaos pronto de los sacrificios y quitaos ese laurel de vuestro cabello.

La diosa oyó estas palabras y llamó a su lado a sus dos hijos, a los que se había referido Niobe, y les comunicó el sacrilegio cometido por ésta. Apolo y Diana, deslizándose veloces por los aires, amparados por una nube, fueron a posarse, como dos cuerpos portadores de desgracia, sobre las murallas de la ciudad de Tebas.

«Había a los pies de las murallas una planicie de gran extensión constantemente hollada por los caballos y cuyo suelo estaba reblandecido por el paso de innumerables ruedas y duros zuecos. Allí, algunos de los siete hijos de Anfión, montados en robustos caballos de gualdrapas teñidas con el púrpura tirio, los hicieron evolucionar tirando de sus riendas recargadas de oro. Entre ellos, Ismeno, el mayor de los hermanos, cuando hizo morder a su cabalgadura el bocado con su belfo espumeante para hacerle dar la vuelta, exclamó: "¡Ay de mí!", atravesado por una flecha. Su mano moribunda, suelta las riendas, resbala poco a poco y cae por el costado derecho de su caballo. Cerca de él, al oír el ruido de un carcaj por los aires, Sipilio pone al galope su caballo como cuando, presintiendo la tormenta, el piloto huye a la vista de una nube y despliega todas sus velas para no perder ni un soplo de viento. Pero, mientras huía, la inevitable flecha vibrante le alcanza de lleno en la garganta. Sipilio cae de su cabalgadura y mancha el suelo con su sangre caliente. Los desgraciados Fedimo y Tántalo -heredero este último de su abuelo- después de haber acabado su trabajo habitual, se habían puesto a practicar los ejercicios físicos propios de la juventud en la palestra donde corre el aceite. Y estaban luchando pecho contra pecho cuando, lanzada por el certero arco, una flecha los traspasó a los dos. Lanzaron un gemido al unísono, juntos los dos cuerpos que se retorcían de dolor. Y a la vez se tendieron en el suelo y desde allí miraron a todas partes y exhalaban su último aliento. Ante tan terrible espectáculo, Alfenor, lamentándose desgarradoramente y dándose desesperadamente golpes en el pecho, acude para levantar los cadáveres de sus hermanos, cuyos miembros estaban ya fríos. Pero cae cuando realizaba este piadoso deber, pues el dios de Delos le alcanza con un hierro mortal que le atraviesa el corazón. Al retirarle la saeta, la punta dentada le arranca una parte del pulmón y el último suspiro de este muchacho se pierde en el aire ahogado por el chorro de sangre. En cambio, no muere de una simple herida. Demasichton, cuyos cabellos aún no han sido cortados, recibe el flechazo en el arranque de la pierna, donde la corva forma una flexible articulación. Y mientras que procura sacarse con la mano la funesta saeta, una segunda flecha se le hunde en la garganta. El chorro de sangre que brota de la herida lanza de nuevo la flecha al aire. El último de los hermanos, Ilioneo, levantó hacia el cielo los brazos suplicantes que no podían servirle de defensa: "Oh, dioses, vosotros a los que invoco en común", exclamó ignorando que no tenía necesidad de invocarlos a todos, "¡dejadme con vida!" El divino arquero se enterneció pero la saeta había partido ya y no podía ser detenida. Este niño murió sólo de una leve herida pues su corazón no fue alcanzado de lleno por la flecha.»

Después de la muerte de sus hijos, Niobe sigue atreviéndose a desafiar a los dioses. «Después de tantos lutos, aún soy yo superior.» Pero la cuerda del arco hizo temblar el aire espantado. Y las siete hijas de Niobe cayeron todas, una tras otra, hasta la más joven, que su madre intentó inútilmente defender con su cuerpo. «Ya sin familia, se sentó entre los cadáveres de

¹ Soy feliz, ¿quién puede negarlo? Y feliz seguiré siendo; tampoco podría ponerlo nadie en duda. Mi seguridad consiste en la abundancia de bienes. Soy demasiado mayor para que la Fortuna pueda perjudicarme y, por mucho que me quitara, me dejaría aún más. (*Las Metamorfosis*, Libro VI.)

sus hijos, de sus hijas, de su esposo; la desventura la ha hecho insensible.» Y la madre, que había levantado la voz contra los dioses, fue transformada en un bloque de piedra que aún hoy derrama lágrimas. La sed de los dioses sólo se calma con sangre.

Las Metamorfosis están colmadas de historias como ésta y que yo no he inventado. No inventa uno nada. Todo lo ha descrito en nosotros desde el comienzo la mano de los dioses. Y también aquel humo que se elevaba de la aldea incendiada, y aquellos sármatas colgados de las ramas de los chopos.

*

Al salir del gimnasio donde, desde hace algún tiempo, suelo pasar por lo menos una tarde a la semana, se me acercó Lidia. Le tiene miedo a Herimon. Cada día que pasa soporta menos el amor de éste y sus celos. La tortura con sus preguntas, la hace llorar, la golpea violentamente -me hizo ver Lidia su hermosa espalda con las huellas moradas de los golpes- para luego caer de rodillas ante ella y suplicarle que lo mate. Lidia lo quiere pero, después de todo, se trata de un hombre casado. Pocas veces pueden estar juntos; él tiene sus ocupaciones a que atender; ella, sus tentaciones. Me dice Lidia que le hable yo a Herimon para que deje de perseguirla de esa manera.

Hace ya algún tiempo que nuestras relaciones son sólo de amistad. La encuentro tan hermosa como siempre pero desde mi regreso, he terminado con mis relaciones íntimas. La verdad es que no sé por qué. Y me siento menos solo que antes. La compañía de Dokia me basta para todo el día. Durante la noche me quedo solo, sumergido en el mundo de mis recuerdos que cada vez es más amplio, cada vez más claro y apasionante. Voy reconstruyéndome en silencio. Visto desde lejos, todo resulta orden y belleza.

Le prometo mi ayuda y ella se despide de mí dirigiéndome una sonrisa que no le conocía. También esta sonrisa me hunde en mi mundo de recuerdos, donde Lidia ocupa un puesto privilegiado, quizá el de mi última amante. ¿Lo comprende ella? Eso explicaría el extraño encanto de esa nueva sonrisa que no logra seducirme sino perfeccionar su imagen en mi alma.

Delante de mi puerta me encuentro con Herimon. Ha cambiado mucho en estos últimos meses. Ha envejecido y adelgazado; tiene los ojos más grandes y fijos al mirar, como inmobilizados sobre la llama que le devora el corazón y las entrañas. Me dice:

-Estoy decidido a acabar -y es como si continuase en alta voz un monólogo interior.

-¿Por qué esas palabras definitivas, mi buen amigo?

Paseamos arriba y abajo ante la puerta de mi casa. Repentinamente, un aroma de manzano florecido, me recuerda aquí, en este mismo instante, bajo la caricia de la primavera, el vergel de Scorys, las colmenas, los pétalos que caían como nieve, el canto del cuclillo... Desde entonces ha transcurrido casi un año y aquel tiempo maravilloso sigue embalsamándose con su eterna presencia.

-Porque ya no puedo más. Está insoportable. Me impide ser feliz. Pierdo un tiempo precioso en tratar de calmarla. No quiero destrozarme entre tantas injurias y tantos reproches.

Herimon es un poeta. Me doy cuenta de que no me está hablando de Lidia sino de su esposa.

-Que se vaya. Su hermana vive en Dionisópolis.

Pues bien, que se vaya a casa de la hermana. Me ha tenido durante años y años bajo la amenaza de irse con ella. Que cumpla su palabra y en paz.

Se detiene, me coge del brazo izquierdo fuertemente con su manaza cálida y viscosa y me arroja a los ojos su decisión, como una erupción que no saliera precisamente del Vesubio sino de un sótano:

-¡Me casaré con Lidia!

-¿Hace mucho tiempo que está usted casado? -le pregunto.

-Treinta años.

-Y va usted a...

No me deja terminar.

-Sí, puedo hacerlo. Piensen ustedes lo que quieran, usted y los ciudadanos de Tomis y todos los ciudadanos de las ciudades todas del Ponto Euxino. Me importa muy poco lo que digan. No quiero estallar de tanto oír como me insulta. ¿Comprende usted?

Ha bebido, se siente muy desgraciado, se pone violento.

-Soy amigo suyo, Herimon. He hecho cuanto he podido por serle útil y agradable. No olvide usted...

-No lo olvido. Por eso, precisamente, he venido a verle. Pero le ruego que no me dé usted consejos de hombre honrado...

Esta súplica me sorprende y me conmueve. Herimon es un amigo sincero. En las horas graves de la vida, no necesita uno «consejos de hombre honrado». ¿De qué me han servido los consejos que me daban, llorando, los amigos reunidos en mi casa la noche en que partí de Roma? Hombres honrados todos ellos cuya única idea era la siguiente: «A ver si este desesperado no empieza a insultar a Augusto. Con tal de que no nos comprometa en esta última noche que estamos reunidos... Menos mal, mañana estar ya lejos. Esperaremos que no se le ocurra encargarnos alguna misión absurda y peligrosa que desencadene contra nosotros la cólera de Augusto.» Sus gestos eran los adecuados para calmar mi irritación pero no mi pena. Les horrorizaban mis lágrimas y temían un cambio de actitud por mi parte. No los he decepcionado. Sin embargo, lamento que un amigo como Herimon u otro parecido que, no como «hombre honrado», sino sencillamente como hombre, me hubiera dicho: «Grita, amigo mío. Tus gritos podrán llegar a los oídos de todos mejor que tus lágrimas. En el fondo, Augusto detesta a los que lo adoran y teme, con un miedo loco, a todos los que le dicen la verdad, a los que la gritan desde los tejados.» No habría escrito *Las Tristes*, pero habría merecido una eternidad de héroe, o por lo menos, de hombre digno. Nadie estuvo allí para decirme esas cosas que gemían dentro de mí y que yo no tenía miedo de expresar entre tantas lágrimas y buenos consejos.

-No tengo la intención de hacerlo, amigo mío. No soy un hombre honrado. He traicionado, he suplicado, me he humillado, he escrito cosas sublimes y abominables. El que conozca la vida no puede ser un hombre honrado. (Hubiera querido decir: a Dios no le gustan los hombres honrados, pero me callé.) Por favor, no me insulte más y deje de hacerme daño.

Me soltó el brazo que me apretaba con tanta fuerza.

-Herimon, querido amigo, sólo piensa usted en sí mismo. Pero la mujer a la que detesta en estos momentos y que se propone abandonar, la amó usted en su juventud. Hace treinta años, componía versos en su honor. ¿Lo ha olvidado ya? Y ella creyó en esos versos. Dice usted que no quiere estallar a fuerza de oír injurias y reproches. Y, ¿quién lo quería? Su mujer, aún menos que usted, se lo aseguro. Lidia es una buena muchacha pero demasiado joven para ser una buena esposa, una esposa adecuada para la edad de usted. Convertiría sus días en un infierno sin darse cuenta, porque está hecha para acompañar a la alegría y no a la agonía y la decrepitud. Qué dese junto a su mujer, protéjela, pues necesita los cuidados y el amor que usted puede darle. Nunca le ha traicionado y es usted quien no la merece. Piense en todo esto antes de cometer una locura y una injusticia. Y, sobre todo, no tenga miedo a contemplar las cosas como son. Lidia es tan sólo una ilusión.

Me miró un instante, estupefacto, y luego se alejó con su andar pesado e indeciso, sin responderme. Vi cómo desaparecían en lo gris del atardecer sus anchas espaldas curvadas por el dolor y la desolación. Un hombre que llevaba encima una gran carga y que no podía deshacerse de ella. Le compadecía. ¿Para qué aconsejar si este consejo sólo sirve para confirmar nuestras esperanzas y absolvernos de nuestros pecados perdonándonos de antemano nuestras futuras maldades? Le grité: «¡Herimon!», pero estaba ya demasiado lejos. El perfume del manzano me impidió seguirlo.

No pensar en símbolos, no intentar encontrarle un significado a todo lo que sucede ante mi vista, no transformar los signos, sin reflejos del tiempo presente en imágenes de lo que será, no mezclar a los dioses y sus inventadas historias con los acontecimientos reales de todos los días. Pero ¿cómo evitarlo? Toda nuestra educación converge hacia ese simbolismo en el cual nos esforzamos por hallar, con nuestra malsana vocación por lo inevitable y lo trágico, el rostro de nuestro propio futuro. Todos somos pequeñas Sibilas impotentes, dispuestas a traducir lo que es en lo que podría ser. Se oponen dentro de nuestros dos lenguajes sin correspondencia posible y, angustiados, buscamos inexistentes puntos de contacto. Conocer el porvenir equivaldría a destruirse, puesto que el conocimiento no evita la muerte.

Me paseaba esta tarde con la pequeña Dokia y «Augusto» por la playa. Estos largos días de verano son asfixiantes y sólo se puede encontrar un poco de fresco al borde del mar. La pequeña Dokia se parece a su madre. Es inteligente, y me complace su compañía. Sus ojos me recuerdan algo, quizá la expresión de alguien; pero sigo sin conocer a su padre y me parece inútil buscarle un nombre a ese parecido. «Augusto» es blanco con manchas negras y mientras corretea por la arena y entre las matas, parece un cordero solitario. Se había alejado en persecución de unos gorriones -este es siempre su juego preferido- cuando el águila se lanzó contra él desde lo alto del cielo. La pequeña Dokia empezó en seguida a correr y se detuvo dos veces en su carrera para recoger unos guijarros. Yo también apresuré el paso cuanto pude, apoyándome en mi bastón. El cuerpo a cuerpo duró poco. «Augusto», con los ojos reventados y el cráneo taladrado por los picotazos del ave de presa, yacía sin vida en la arena ensangrentada. El guila tenía una pata rota como consecuencia de los mordiscos de «Augusto» o por las piedras que le había arrojado Dokia. Saltaba sobre su pata buscando refugio entre las matas espinosas y las hierbas, más allá de la playa. Entonces la pequeña se lanzó hacia mí, me arrancó de las manos el bastón, corrió hacia el guila y acabó con ella con unos pocos golpes dados con una energía y una decisión que no hubiera sospechado yo en una criatura de su edad, más bien débil y tímida. Luego se acercó a la orilla, lavó el bastón en las olas que se deshacían y me lo trajo en seguida con los ojos llenos de un odio y, a la vez, de un orgullo, que eran los de un guerrero victorioso. No ha dicho: «¡Pobre Augusto!», sino «He matado a ese pájaro tan malo». Luego se ha marchado corriendo a su casa para informar a su abuelo de su hazaña.

Enterré el cadáver de «Augusto» bajo una profunda capa de arena y regresé a casa trastornado por esta tragedia que no me dejará dormir, que poblará de símbolos mi vigilia, y llenar con fáciles visiones mis pensamientos y mis ensueños. Esta tarde he de escribirle a alguien. A Grecino, a Vestalis, a Fabia, a quien sea, lo mismo da, con tal de sumergirme en el pasado para olvidar lo sucedido, que me haría temblar de alegría si me decidiera a traducirlo en símbolos.

*

El verano se prolonga inverosímilmente más allá de sus límites habituales. Estamos en octubre y hace aún mucho calor. El verano ha sido insoportable este año en Roma. Según me escriben, las buenas familias se hallan todavía en Ostia o en Bayes, asustadas por el calor que ha convertido a Roma en un horno. Sesenta personas se han ahogado en el Tíber durante un solo día de agosto. Exasperados por la canícula, unos habitantes del Trastévere se han lanzado al agua poco después de comer y la congestión ha acabado con los que se habían alejado nadando. El Tíber es un dios, y por eso le gustan los sacrificios y los cadáveres.

Cuando hacía demasiado calor, yo solía marcharme a Planasia¹ cuyo fresco me encantaba, así como sus frutas tan deliciosas, sobre todo las uvas y los higos. Pasaba el tiempo bañándome y dando largos paseos por las colinas, desde las que se veía el mar por entre las ramas de los olivos y de los cipreses, más azul todavía a través de las hojas verdes. Me gustaba mucho el mar. No

¹ Isla del archipiélago toscano, cerca de Elba.

pensaba que sería el camino de mi exilio. Y así es como nos conduce la vida a la muerte. Si pensara uno en ello, el tiempo que transcurre nos dejaría un sabor a podrido.

*

Aún hay luz y escribo delante de la ventana abierta de par en par. Las primeras hojas de este otoño caen en el jardín. Oigo su largo roce en la brisa y su caída vacilante. El viento ha cesado y un profundo silencio invade la ciudad. El otoño conoce estos apacibles instantes cuando el viento se detiene de repente como una fiera al acecho y en que los hombres parecen oír, muy lejos, los pasos blandos de la nieve futura. Son los mejores días del año, llenos de color y de espera, impregnados de tristeza, y también agradables por la tranquila dulzura que los anima y que se parece a la piel de las uvas, a las nueces caídas en la hierba, al rostro blando de las ciruelas, al vuelo de los pájaros hacia el Nilo. Se siente pasar el tiempo pero no le teme uno.

*

Un grito ha perturbado esta paz. Otros gritos le responden. Proceden del puerto y se van acercando. Un incendio se ha declarado en alguna parte, o la peste, o quizá alguna otra amenaza para que las gargantas vibren con ese terror de animales espantados. He querido levantarme, pero la paz del instante pasado perdura en mí. Nada de lo que sucede a los demás y les hace temblar puede afectarme. Ese instante es sólo para mí. Pero el confuso grito sin rostro se aclara de pronto. Mi corazón parece querer saltar del pecho y transcribo temblando lo que acabo de oír mientras mi razón se niega aún a creerlo: «¡AUGUSTO HA MUERTO!»

*

Ese barco cuyos marineros anunciaron a gritos la muerte del emperador aún antes de echar el ancla, me ha traído una carta de Fabia. Augusto ha muerto el XIV de las calendas de septiembre, a la edad de setenta y cinco años, diez meses y veinticinco días, después de un reinado de cuarenta y cinco años, menos trece días, a partir de la victoria de Accio. No he querido a ese príncipe inofensivo y enfermizo que ha resistido en el poder más que los monarcas orientales, pues ha sido la causa de mi desgracia. En el fondo, no fue más que un instrumento del destino o de Dios. Gracias a él me conozco a mí mismo. Su crueldad me puso en camino de Tomis y me lanzó en busca de otro Dios. Sin Augusto nunca habría conocido el sacerdote ni ese instante de sublime paz que me hizo entrever el paraíso bajo los manzanos de Scorys. He aquí lo que Fabia me cuenta en su carta:

Augusto tuvo una entrevista con Tiberio, el cual, después de conquistar la Iliria, había regresado a Italia para recibir sus órdenes y escuchar sus consejos. El emperador se proponía acompañarlo hasta Benevento, precisamente donde yo me despedí de mi patria pronto hará seis años. Unos dolores en el vientre, que aumentaron durante el viaje, no fueron suficientes para hacerle cambiar el itinerario y regresar a Roma. Recorrió así las costas de Campania, visitó las islas próximas y se detuvo cuatro días en Caprea, sin perder el buen humor a pesar del dolor que no le dejaba ni un momento. Reanimado por los marineros de un barco egipcio, de Alejandría, que le saludaron en la rada de Puteoles llamándole «liberador» y colmándolo de elogios, dio cuarenta *aurei* a los miembros de su séquito y quiso que todos los romanos que le acompañaban se vistiesen a la griega y todos los griegos de Caprea (Capri) a la romana y que los unos hablasen la lengua de los otros. Asistió, sonriente, y sin preocuparse por sus dolores, a los juegos que la juventud de la isla organizó en su honor. Incluso hizo dieran un festín a esos muchachos, casi todos ellos descendientes de la antigua colonia griega de Caprea y que conservan una parte de las tradiciones de sus antepasados, y les exigió, al final del banquete, que se dedicasen al saqueo, lo que hicieron los jóvenes sin excederse, llevándose las frutas, las víandas, en fin, todo lo que se

podía llevar uno de aquel lugar. Pasó a Neápolis (Nápoles) al día siguiente, a pesar del dolor que roía sus entrañas, y asistió a los juegos gímnicos que se celebran allí cada cinco años en honor del emperador. Acompañó luego a Tiberio a Benevento y allí se separaron.

Durante el viaje de regreso se agravó su mal y se vio obligado a detenerse en Nola, en la Campania, donde guardó cama. Todavía luchó serenamente unos días más contra la muerte. Se informó por los suyos de si la noticia de su agonía provocaba disturbios en los confines del Imperio, pidió un espejo, quiso que le arreglasen el cabello, que disimulasen con afeites sus caídas mejillas y no pronunció mi nombre ni me perdonó, pero tuvo las energías suficientes para decirles a los que se encontraban a su alrededor:

«¿No he representado bien el mimo de la vida?» Y añadió en griego: «Aplaudid todos vosotros, batid palmas alegremente.» Después de lo cual despidió a todos los presentes y dijo a Livia, que se inclinaba hacia él para recoger en un beso su postrer aliento: «Livia, acuérdate de nuestra unión, adiós.» Y expiró sin dolor.

Se dice que antes de entregar su alma, tuvo un instante de delirio y, embargado por el terror que le acusaba su conciencia atormentada por los largos años de su reinado, pidió socorro diciendo que unos cuarenta jóvenes querían apoderarse de él. Murió a la hora nona del día, en la misma habitación donde murió su padre Octavio. Curiosa coincidencia.

Ya circulan extraños rumores sobre su muerte de uno a otro confín del Imperio y Fabia me los comunica. Algunos cuentan una historia horrible, difícil de creer, pero digna de las costumbres de la Corte y de la familia imperial. Se dice que, acompañado por mi amigo Fabio Máximo, Augusto había visitado secretamente a Agripa, en el lugar de su exilio, Planasia. Esto debió de ser unos meses antes de su muerte. Durante esa entrevista, Augusto no sólo prometió a Agripa devolverle la libertad (siempre según los rumores) sino que le confió sus últimas voluntades: Tiberio sería excluido de la sucesión y el futuro emperador había de ser el propio Agripa. Al regresar a Roma, Fabio reveló a su esposa Marcia el gran secreto de Planasia y, según dicen, Marcia se lo contó a Livia, cuyo candidato al Trono era Tiberio. Poco tiempo después murió Fabio, asesinado por agentes fieles a Livia y en sus funerales oyeron las lamentaciones de Marcia que llorando se recriminaba a sí misma de ser la causa de la muerte de su marido. Alarmada por el proyecto de Augusto, Livia aceleró el fin del emperador envenenando los higos del árbol donde Augusto solía ir él mismo a comerlos. De todos modos, es cierto que Livia rodeó de un gran secreto la muerte de Augusto en Nola, cercó la casa de pretorianos, llamó urgentemente a Tiberio y sólo anunció la muerte cuando todo estaba ya realizado según sus deseos. Así que Tiberio y no Agripa es ahora el emperador de los romanos contra la voluntad de Augusto.

Es difícil saber si esta versión es la verdadera. La vida de los príncipes, como su muerte, nunca corresponde a lo que uno imagina. Solamente llegan a nosotros a través de fábulas. Los dioses gozan del mismo privilegio. En todo caso, se empieza ya a fabricar la leyenda de Augusto. Mucho antes de su último viaje, unos presagios aludían veladamente al triste acontecimiento. Un rayo cayó hace algún tiempo sobre una de sus estatuas e hizo desaparecer la primera letra de su nombre (CAESAR), lo cual, según opinan los adivinos, únicamente podía ser interpretado de la manera siguiente; sólo le quedaban a Augusto cien días de vida ¹ pero después de su muerte ingresaría en el Olimpo ya que AESAR en etrusco quiere decir DIOS.

Por supuesto, no dejaron de manifestarse, para todos, los presagios habituales; eclipses de sol, una parte del cielo incendiada, cometas que atraviesan el firmamento dejando caer sobre la tierra fragmentos ensangrentados, un mochuelo posando en la Curia el día en que los senadores decidieron hacer y oír en común por la salud de Augusto, etcétera.

En fin, dicen que Livia entregó un millón de sestercios a Numario Atico, senador y pretoriano, para que diese testimonio de la divinidad de Augusto diciendo que había visto al emperador ascender al cielo como antaño Próculo viera a Remo.

¹ Ciento en latín corresponde a la letra C.

Un documento curioso es el testamento de Augusto redactado dieciseis meses antes de su muerte. Desde luego, nombraba a Tiberio y Livia como sucesores suyos, dejando dos tercios de su fortuna al primero y el otro tercio a la segunda. Además, asignaba a Livia la adopción en la familia Julia, de la que nadie era miembro por la sangre, y el título de Augusta. Los bienes de este hombre que ha sido el amo del mundo y cuyo nombre resonaba hasta en los confines de la tierra, no pasaban de ciento cincuenta millones de sestercios. Legó cuarenta al pueblo romano, tres millones y medio a las tribus, mil a cada soldado pretoriano, trescientos a cada soldado legionario o de las cohortes urbanas, mientras que los demás legados no pasaban cada uno de cuatrocientos sestercios. Entre los consejos a Tiberio, encontrados en el cuatro libelo de los que acompañaban al testamento, se puede leer el siguiente: no extender más los límites del Imperio, tan difíciles ya de conservar y que peligraban con el intento de agrandarlos. Sensato consejo para un reino o una república normales, pero imposible y peligroso para un Imperio cuya razón de ser y su fundamento son la conquista y la guerra ofensiva. Los dacios y las ciudades getas del Ponto Euxino sabrán pronto algo de esto.

Las honras fúnebres por el emperador fueron espectaculares, perfectamente organizadas para impresionar al pueblo y de muy larga duración, como había sido su vida. Noto esta extraña coincidencia: cuarenta soldados pretorianos fueron a levantar el cuerpo de Augusto en la casa mortuoria de Nola. Y cuarenta habían sido los jóvenes que él había visto, en su agonía, intentando raptarlo en vida.

El pueblo, que siempre se emociona con la muerte de los grandes, habla de su clemencia. Pero yo me acuerdo en este momento de dos hechos sobresalientes de su juventud: después de la toma de Perusa, hizo decapitar a cien senadores y caballeros en el altar consagrado a Julio César. A los morituri que imploraban su perdón, les dijo: «Hay que morir.» Y después de la victoria de Accio, uno de los heridos, que pertenecía al bando de los vencidos, pidió que, por lo menos, le asegurasen que tendría sepultura. Augusto le respondió: «Los cuervos se ocuparán de ello.» ¿Y las víctimas de su terror, inmoladas al miedo que siempre tuvo Augusto a un posible atentado? Todavía recuerdo al pretor Galio, detenido por la simple sospecha de que ocultaba una espada bajo su toga en presencia de Augusto. Al registrarlo, sólo le encontraron, en vez de espada, unas tablillas dobles. Lo cual no libró al desdichado de que lo torturasen, y como nada tenía que confesar, Octaviano, enfurecido, le saltó los ojos con su propia mano y le hizo matar después por los centuriones.

Ha vivido toda su vida bajo el terror de los atentados y de las conspiraciones. Ya podían perder toda esperanza los que, una vez acusados, no respondían a las morbosas ilusiones del César. Necesitaba víctimas a cada instante y a toda costa para alejar de sus sueños a los asesinos, que los poblaban. Si ahora se encuentra en presencia de Dios, tendrá que hacer una larga confesión y miles de voces, que se elevarán de las tinieblas, lo acusarán.

*

Estoy dispuesto a aprovechar mi última oportunidad. Honorio me ha leído las órdenes que acaba de recibir de Roma: los griegos y los getas de Tomis y de los alrededores debían hacer acto de sumisión a Tiberio y prestar lo antes posible juramento de lealtad al nuevo emperador. Pronunciar un discurso ante estas lejanas poblaciones medio sometidas a Roma, hablarles de Augusto en versos bárbaros, de la divinidad del César, de su estancia entre los dioses del Olimpo, elogiar a Tiberio, a Livia y a toda la familia... con ello podría yo cambiar mi destino y asegurarme la buena voluntad y el perdón de Tiberio. «Este mismo año, o el que viene», me ha dicho Honorio, «tendremos guerra. Más vale que abandone usted esta ciudad y sus nuevos amigos mientras nos dure la paz. Haga un nuevo esfuerzo. Se lo aconsejo por su bien.» Me animaba así a escribir ese múltiple elogio y a lograr, con el arte mágico de la poesía, la adhesión de los getas y su juramento de lealtad. Todo esto no era más que pura fórmula, pues los getas, los de Tomis y los de más allá del Ister, tenían bien trazada su política desde hacía mucho tiempo y les importaba

Tiberio tan poco como les había importado Augusto. Pero Tomis debía seguir el ejemplo de las demás ciudades y provincias del Imperio, las cuales, en gran parte, habían prestado ya el juramento, en unos casos sinceramente y en otros fingiendo entusiasmo y fidelidad. Tiberio sería informado de lo que ocurriese aquí, de mis elogios, de las adhesiones logradas por mi intervención, y el emperador, recordando al poeta condenado, le permitiría volver junto a su esposa.

La proposición me pareció sensata. Honorio se había portado conmigo como fiel amigo durante todos estos últimos años; mis antiguas sospechas se habían desvanecido y la absoluta libertad de movimientos que me dejó durante mis viajes a Istros y Dacia, su discreción, y la paciencia con que soportó mis caprichos y mis cambios de humor, me indujeron a confiar en él y a considerarlo como un firme apoyo. Acepté, pues, y me puse a trabajar. No me resultaba fácil hablar de Augusto y de su ascensión a los cielos, pero la muerte de nuestros enemigos más crueles transforma poco a poco el odio en indiferencia y ésta en olvido. Nuestra vida terrenal es una múltiple sabiduría, una polimatía. Sólo la vida eterna, si es que existe, está concentrada en torno a un solo sentimiento y a una pasión única, cuyo objeto no pueda ser puesto en duda. En la epístola a Caro¹ he escrito hace unos días los siguientes versos, al explicarle a mi amigo el contenido de mi arenga en versos géticos:

-«...*laudes de Caesare dixi*...» He dicho elogios del César; en la novedad de ese trabajo me ha auxiliado el poder de este dios. Pues he enseñado que el cuerpo del padre Augusto era mortal, pero que su divinidad había ascendido hasta las regiones etéreas y que igualaba en virtud a su padre, el cual, a pesar suyo, tomó las riendas del poder que con frecuencia habían querido negarle; que tú eres, Livia, la Vesta de nuestras castas matronas, tú de quien no sabemos si eres más digna de tu hijo o de tu esposo; y he dicho que hay dos jóvenes, firmes apoyos de su padre y que ya han dado seguras pruebas de su valor.

Los dos jóvenes son Druso y Germánico, hijos de Tiberio. ¡Cuántas mentiras en tan pocos versos! La poesía es más intensa que el mundo. Todo cabe en ella.

Todavía suena en mis oídos el ruido seco y prolongado de los carcajs llenos de flechas envenenadas que los getas agitaban en la plaza de Tomis para manifestar su aprobación, cuando terminó mi discurso... y hacer ver así a Honorio cuál era el sentido de su *adhesión* a Tiberio. Todos iban armados de la cabeza a los pies y esas flechas que resonaban en cada carcaj hablaban un lenguaje muy claro. Pero el informe enviado por Honorio a Roma no hacía mención alguna de ese ruido tan significativo.

Me siento como en el deber de hablar en mi diario de esa manifestación, del curioso aspecto del ágora de Tomis y de cómo se utiliza ésta los días en que los getas se reúnen en ella; pues a menudo la vida de un libro, y más aún si éste es verdadero, puede ser más duradera que la de una ciudad. Se entabla aquí un combate invisible entre dos partes, por desgracia desiguales. Por un lado, la cultura griega, que al principio parece ser la dominante, porque los getas de esta ciudad adoptan poco a poco sus normas y disfrutan de sus beneficios. Al mismo tiempo, el número de getas aumenta sin cesar y la lengua griega, cada día más corrompida, va cediendo ante el empuje de la lengua aborígen. Vista desde fuera, la ciudad tiene un aspecto claramente helénico por su arquitectura, por el ritmo característico de su vida comercial y, en general, por su organización. Pero en las calles pululan los barbudos getas y un oído atento percibe en seguida el lejano ruido de la marea creciente, quiero decir la lengua bárbara que hablan ya en toda la ciudad.

Los tracios y los griegos llegados del sur, los sármatas y escitas procedentes del norte y del salvaje Oriente, los escasos romanos de aire dominador y, a la vez, temeroso, son tan sólo unos forasteros tolerados, unos invasores que no se atreven a decir su nombre. Los dueños de esta tierra son los dacios. Nuestra civilización tiene, sin duda, sus ventajas y los getas saben aprovecharlas. Toleran la presencia de los griegos, que han sabido domarlos convirtiendo a sus ciudades en centros comerciales florecientes donde vienen los getas a cambiar sus productos. De manera que el provecho es recíproco. Los griegos no son, pues, unos imperialistas. Su *dominium*

¹ La XIII de las *Pónticas*, Libro IV

no pasa de las murallas que ciñen a sus colonias. Y, dentro de esas murallas, el gimnasio, las tiendas, el ágora, sirven tanto a los unos como a los otros. He asistido con frecuencia a los duelos justicieros de los getas pleiteantes que tienen lugar en el recinto del Foro de Tomis. No es un juez quien decide aquí en los procesos, como sucede en Roma o en Atenas, sino el propio Dios. El día fijado, ambas partes litigantes se presentan en la plaza y, espada en mano, combaten hasta que se hace justicia. No queda uno vencedor por el simple hecho de haber matado o puesto fuera de combate a su adversario, sino por haber sido Zamolxis quien le hizo vencer. Se acepta la decisión de Dios y todos quedan contentos. Y la vida cotidiana se halla también bajo el control directo del cielo hasta en sus menores detalles, ya se trate de una parcela de terreno o de un trozo de *malana*.

Mi *recitatio* tuvo lugar a fines de noviembre ante una multitud armada. Hacía un intenso frío; el cielo estaba cubierto por plumizas nubes y los escasos copos de nieve que caían daban a la atmósfera una resonancia inverosímil. El eco de mi voz hacía temblar las sombrías bóvedas del cielo como si estuviese hablando en Roma en el interior de una basílica. Ojos castaños o verdes me observaban fijamente, y las largas barbas ondeaban con el viento hasta ponerse encima de las cabezas y mezclarse con los hirsutos cabellos, como las serpientes que adornaban la cabeza de Medusa. Ni un gesto, ni el más leve ruido. En cambio, cerca de mí, unos centenares de griegos bien abrigados y, sin embargo, temblando de frío, tosían, murmuraban, y, de vez en cuando, manifestaban su aprobación al terminar los párrafos que les parecían más notables o más aduladores para Augusto o para Tiberio. Pero yo hablaba en geta y me dirigía a una multitud geta cuya minoría en aquella masa era indudable. En cuanto hube terminado mi *recitatio*, entraron en acción los millares de carcajs. Era como si de una inmensa inundación, sólo se oyera, desde el fondo del agua, el ruido de los guijarros que entrecocasen furiosos y amenazadores. Era aquél un ruido original, profundo e irónico. Los aplausos de los griegos, calurosos pero sin duda alguna falsos, fueron cubiertos por los chasquidos de hierros y maderas, manifestación de doble sentido que todos comprendieron y que hizo sonreír a los griegos. Los getas, en cambio, no sonreían. Con los ojos fijos y la expresión inmóvil y neutra, se pasaron un buen rato sacudiendo sus flechas en el carcaj. De repente, cesó el ruido como obedeciendo a una señal, y los getas desaparecieron, sin dirigirme la palabra, por las calles que desembocaban en el ágora. Solamente quedaron los jefes de las tribus que prestaron juramento ante Honorio.

Escribí a Caro en mi epístola: «Sus voces géticas hicieron oír un largo murmullo y uno de ellos exclamó: “Puesto que escribiste eso al César, debes volver junto al César.”», Creo que mi amigo Caro le enseñó a Tiberio mi epístola. En la plaza, donde el viento rugía con esa voz suya invernal que yo reconocería ya desde el mismísimo fondo del infierno, nadie me dirigió la palabra. Se apagó el brillo de los ojos y desaparecieron las barbas. Permanecí aún algún tiempo entre los griegos, cuya adhesión a Roma y al emperador no ofrecía dudas y cuyos elogios me parecían ridículos en esta plaza acostumbrada a los duelos bajo la mirada de Dios, y por fin me alejé, apoyado en el brazo de Dokia, deseoso de hallarme de nuevo en mi casa junto al fuego.

-Habló usted bien -me dijo Honorio, que vino a visitarme poco después.

-Sí. ¡Ya veremos si este poema tiene mejor fortuna que *Las Tristes*! Sobre todo, no olvide usted comunicarle a la Curia los elogios que los getas han hecho de mi discurso.

-El ruido de los carcajs podría ser interpretado en favor de usted.

-¿Cómo?

-Muy sencillo. Ese ruido quería decir que si el emperador, después de este discurso, no le perdona a usted, todos esos carcajs se vaciarán de su flechas. Y que, por tanto, puede usted ser el árbitro entre la guerra y la paz. Desgraciadamente -añadió Honorio, sonriente- Tiberio no es un poeta.

Y en su informe, Honorio se hizo eco de mi epístola a Caro y habló del *buen éxito* de mi discurso entre los getas. La primavera próxima me traerá la respuesta y sabré si Tiberio es más sensible a mis elogios que lo fue Augusto.

Desde la muerte de mi perrito «Augusto» -aquella profética muerte- suelo sentirme muy solo por las noches. En cuanto suena un lejano ladrido, me despierto sobresaltado. El final de los sueños que tengo en esas ocasiones es casi siempre el mismo: el perro «Augusto» se encuentra en la calle y acaba de regresar de un largo viaje. Rasca la puerta sin dejar de ladrar. Salgo precipitadamente a abrirle y me despierto en plena oscuridad. El silencio del invierno me pesa como la losa de una tumba. Las tinieblas empiezan a moverse y se forman alrededor de mí unas nubes negras y redondas que me oprimen sin llegar a aplastarme. En Sulmona tenía yo sueños semejantes entre los seis y los diez años; me despertaba, llamaba a mi hermano, que dormía en otra cama a mi lado, o a mi madre, que acudía diciendo siempre las mismas palabras: «Aquí está tu madre; no te asustes.» Bastaba con un gesto, un grito o una palabra para que desapareciese toda amenaza y se esfumase todo el drama antes que llegara a tocarme. Entre mi persona y el universo había como una muralla invisible que me protegía del dolor. Mis versos han aumentado el tamaño de esta muralla, me han rodeado de una protección de otra clase, más sutil y más ficticia, que antes solía yo llamar mi gloria y mi fama. Se desvanecieron los temores de mi infancia y desaparecieron las nubes de mis sueños sin dejar más huella que la del recuerdo. Pero al cabo de tantos años, han vuelto a mí en Tomis. Si ahora grito dormido sólo puedo contar con la ayuda que me presta la sombra de mi perro, mas esta ayuda me hace temblar. Enciendo mi lámpara de tierra cocida, me levanto, reanimo el fuego casi extinguido y velo al inmenso cadáver de mi pasado.

*

Los días en que estoy enfermo, a pesar de los sufrimientos y del temor a la muerte, mi alma se siente más tranquila porque entonces se halla Dokia cerca de mí. Si tengo una pesadilla y grito, al despertarme la encuentro a la cabecera de mi cama. Su imagen, en mis sueños, se confunde ya con la de mi madre.

Este año ha nevado mucho. La nieve cubre la empalizada que rodea la casa de Dokia. Los lobos pasan por encima de la cerca nevada y vienen a aullar a la puerta, que tratan de abrir empujándola con sus hocicos, gimiendo como perros hambrientos. En la nieve se conservan las huellas de sus pezuñas y, como si fueran muchos senderos entrelazados, cada sucesión de huellas se pierde en la lejanía de blancura cegadora. Siguiendo el mismo camino, las liebres vienen a roer la corteza de los arbolillos plantados en el otoño. Según Dokia, las liebres son más dañinas que los lobos, pues atacan sin ruido a un enemigo que no grita ni se defiende.

De haber sido yo más joven, le habría pedido a Dokia que fuese mi esposa. Habría comenzado con ella una nueva vida más allá del Ister y habría escrito a Roma una sola carta. Si Augusto hubiera llegado a leerla, se hubiera muerto varios años antes.

*

Durante mi viaje de regreso de Troesmis, Comozous me contó el secreto del oso. Este animal, habitante de los bosques en las montañas de los dacios, se pasa todo el invierno sumido en un sueño total, un sueño hermano de la muerte. Se duerme en noviembre cuando empiezan a caer las primeras nieves y se despierta a fines de marzo con las primeras flores. Antes de Zamolxis, los osos hacían lo mismo que los lobos y, durante el invierno, se alimentaban con corderos y vacas y atacaban en manadas las aldeas y los apriscos de los dacios. No se sabe cómo, aprendieron el arte de Zamolxis y, en parte, los principios de su doctrina, de modo que ya sólo atacan a los animales vivos en las ocasiones en que el hambre los acosa; prefieren alimentarse con frambuesas y otras frutas silvestres y pasan bajo tierra los meses del mal tiempo sin dar señales de vida. Por eso prefiere Zamolxis estos animales a todos los demás e, incluso, dicen que, de vez en cuando, viene a la tierra en forma de oso.

Y, ¿acaso no soy yo también un oso enterrado aislado de la vida por la capa de ensueño de la nieve. No; no soy un oso, ni un dios ya que pienso y lloro y, en medio de la paz interior que he conseguido con tantos esfuerzos, añoro a veces los tiempos de mis pasados tormentos.

*

El médico Teodoro también se parece a un oso con sus ojillos perdidos entre la maraña de las cejas caídas y espesas, la voz reducida a dos sonidos esenciales para decir *sí* y *no* y parece salir del fondo de la tierra, con el cuerpo robusto y pesado plantado en unos pies acostumbrados al suelo de otro planeta o a las alfombras de hojas secas de los bosques. Toma el pulso con unos dedos más propios para estrangular que para estimular a la vida. Pasa los días y gran parte de la noche en la *taberna* de Herimon, solo, bebiendo cantidades increíbles de vino tinto y mirando por las ventanas como si esperase la llegada de alguien y como si tuviese miedo. Ha estudiado en Atenas, donde ha pasado su juventud, pero ha curado y ha matado hombres en Egipto en Palestina e incluso en el país de los partos. Viene de Dionisópolis y no parece tener finalidad alguna. Un día, sin decirle nada a nadie, tomar cualquier barco, rumbo a Istros o a Bizancio y desaparecer sin dejar huellas. Ejerce la medicina según dice, para poder pagar el vino que necesita diariamente. Si alguien lo llama, se levanta refunfuñando y va a visitar al enfermo, pero sus visitas son breves y vuelve en seguida a la taberna para dejarse caer junto a la jarra siempre llena que le espera y sumirse de nuevo en sus ensoñaciones y en su misteriosa espera. Se supone que ha cometido alguna fechoría y que por ello teme la venganza de alguien: el hijo, el padre o el marido de la víctima. Pero, ¿quién sabe? Nada ha confesado a nadie desde su llegada y si pronuncia unas palabras es sólo para dar instrucciones a sus enfermos en un tono que no admite réplica ni preguntas. Se tiene prohibido a sí mismo todo contacto con el agua y va dejando por donde pasa un olor a macho cabrío enfermo o a fauno agonizante. Me da lástima porque es un buen médico y estoy seguro de que su rudeza y su decadencia ocultan una tragedia así como el deseo de olvidar, unidos en su alma con el anhelo de la muerte.

También es un hombre lleno de contrastes. «Soy pitagórico, pero destesto la abstinencia», me dijo la primera vez que me visitó, el invierno pasado. Desprecia a todo lo que existe bajo la bóveda celeste, inclusive los griegos y los romanos: a los primeros por su impotencia -«son manzanas podridas»- y a los segundos por su ambición y su estúpida agresividad («unos carneros que no y en más allá de sus cuernos»).

Hemos estado paseando en la playa esta tarde tomando el sol y respirando los efluvios de la primavera y nos hemos contado mutuamente nuestras vidas. Le hablé de mi viaje a Dacia y de mi conversación con el sacerdote. En sus ojos lucieron unos destellos de interés humano. «Yo también he conocido un día a uno de esos sacerdotes», me dijo. «Fue en una aldea de Palestina llamada Efrata, hace veinte años.» Y me contó la historia más impresionante que he oído en mi vida y que reproduzco aquí con todos sus detalles:

-Unos años antes vivía yo en Alejandría, en Egipto. Era joven, tenía muchos clientes y mis ideas (con esto aludía a su pitagorismo) me inclinaban hacia los misterios de Isis y la doctrina de la palingenesia. No era porque nuestra religión no nos hablase de la vida futura, sino porque encontraba en el culto egipcio respuestas más seguras y más completas, más próximas a mi alma y a mis inquietudes de entonces. El número infinito de los dioses que poblaban el Olimpo me parecía bien para satisfacer a los soldados de Menelao, cuyas hazañas cantó Homero. Pero un hombre de la época de Virgilio no podía soportar esa comedia y no comprendo cómo un poeta de esa importancia ha podido repetir unas historietas sólo tragables en unos tiempos que ya han pasado para siempre (se refería a *La Eneida* y a su parecido con *La Odisea*). ¿Lo concibe usted? ¿Cómo iba yo a creer todavía en Zeus, el adúltero, el criminal, el gozador el invertido, cuando, en Alejandría, me enteraba de que sólo hay un Dios aunque su sustancia sea triple? ¿Conoce usted esa doctrina? Es de una gran belleza. El mundo no es más que un circo donde luchan el Bien y el Mal. Al final vencer el Bien, pero el combate no cesa en el Cielo, en la Tierra, en nosotros

mismos. Osiris es el Bien, Set es el Mal. Éste corta en pedazos el cuerpo de Osiris, pero Isis, que es la segunda persona de la Trinidad, y que también representa el principio del Bien, rehace el cuerpo de Osiris y le da nuevamente vida. Isis es, a la vez, su hermana y su esposa. Pero lo que renace con el cuerpo de Osiris es ya la tercera persona de la Trinidad: Horos. ¿Comprende usted? Dios no tiene principio ni fin y se perpetúa por su propio poder. No hay diferencia entre el Padre y el Hijo y ambos son idénticos a su Madre, que vuelve a darles la vida tanto al uno como al otro. El sol es la imagen de Osiris: sólo desaparece para renacer. Isis es la bóveda celeste que recibe a Horos, el esposo resucitado. Al mismo tiempo, Dios se oculta entre nosotros en forma del buey Apis y así nos vigila de cerca para conocernos mejor, podernos juzgar y pedirnos cuentas, después de la muerte, de nuestros actos. De manera que Dios es nuestro creador, nuestro testigo y nuestro juez. Y el hombre, al devolverle a Dios lo que de él ha recibido, es decir, la vida, se convierte en un Osiris en el momento en que sea considerado digno de ello. ¿Cuál es ese momento? Si nuestra vida fuese perfecta, nos aceptarían en seguida junto a Osiris. Pero no somos más que unos pecadores y expiamos aquí abajo crímenes que hemos cometido en una vida anterior y nuestros regresos a la tierra cesar n si, siguiendo al pie de la letra los preceptos del culto y de las iniciaciones, llegamos algún día a purificarnos. El exilio no volver a repetirse y seremos libres y eternos; seremos hermanos de Osiris. «Tened confianza» es, como usted sabe, el lema que acompaña a la flor de loto, símbolo de la resurrección, de la perfecta pureza y fin de las encarnaciones.

»Me entusiasmé. Yo era joven entonces. Nuestra religión no podía ofrecerme nada semejante puesto que sólo era un himno a la vida de aquí abajo. El culto egipcio me enseñaba una cosa nueva y admirable: la vida verdadera no era la que tenía yo todos los días ante mis ojos, la vida de los cuerpos corrompidos por la lepra, degradada por las pasiones, humillada por las enfermedades, estropeada por las llagas... Había otra vida más allá de las minúsculas fronteras y los absurdos de ésta. Esa esperanza y la resurrección que llevaba consigo habían de ser la única finalidad de los hombres. Y además, descubrí otra cosa admirable: todos los hombres ricos o pobres, reyes o esclavos, poetas o soldados, podían contar con la promesa de la eternidad. Un día seríamos hermanos de Osiris, es decir, iguales. La desigualdad sólo era posible durante nuestro exilio aquí abajo. Acabaría en el mismo instante en que alcanzásemos la purificación y ese instante lo llevábamos dentro en potencia todos nosotros, lo cual nos transforma ya en hermanos, a pesar y por encima de las guerras, los crímenes, los abusos, las castas y las falsas gradaciones que nos separan en la carne. ¿Se da usted cuenta? Se dice que Augusto, el emperador de ustedes, había tomado sus medidas para impedir la difusión de esa doctrina en Roma y en el resto del Imperio. Lo comprendo, pues esa doctrina, por el hecho de anular las distancias, entre la omnipotencia del rico y la impotencia del pobre, entre los derechos del todopoderoso y los deberes del esclavo, hacía vacilar al Imperio.

Teodoro, mientras me decía todo esto, se hallaba muy lejos de la taberna y de la jarra de vino que Herimon se apresuraba a llenarle en cuanto la vaciaba. Su cerebro adquiría una creciente lucidez. Razonaba como un griego normal e inteligente. Era un placer oírle decir aquellas cosas.

-Me dejé llevar por estos principios que me parecían justos, nobles y actuales. Vivíamos en un mundo asfixiante. Tenía que ocurrir algo que colmase mi espera, algo que todos los hombres esperaban desde hacía muchos siglos, desde siempre, desde el momento en que conocieron el sufrimiento y la muerte. Así que frecuenté los templos, cumplí los ritos de la purificación, tomé parte en las procesiones y esperaba un milagro, pues los sacerdotes de ese culto realizan milagros. Un día cayó enfermo uno de mis mejores amigos. Era un médico egipcio, casado, padre de seis hijos. Murió en mis brazos. La medicina fue incapaz de salvarlo. Llamé entonces al sacerdote del templo, al que acudíamos diariamente, un santo. Vino a la casa mortuoria, aplicó unas hierbas -por tres veces- a la boca del muerto, le puso otra sobre el pecho y, volviéndose hacia Oriente, musitó una plegaria al Sol, hermano de Isis. Y el muerto resucitó allí mismo, ante mis ojos, ante mis mismos ojos que habían visto y comprobado su muerte. ¿Se da usted cuenta?

Mi amigo estaba otra vez vivo; lo había salvado la fe. Mi oficio era incapaz de explicar lo ocurrido. Yo estaba deslumbrado.

»Pasaron unos días y volví a casa de mi amigo. Seguía en cama, pero su conducta era normal, como si acabase de curar de una enfermedad cualquiera. Rogó a su mujer que nos dejara solos unos instantes y me dijo: "No creas ni palabra de esa historia que cuentan. Me he dormido con un sueño parecido al de la muerte, pero estaba vivo. Y la prueba es que soñé algo que recuerdo perfectamente. Reconozco que fue extraño, pues en vez de esas figuras reconocibles que vemos durante el sueño, esta vez, lo que vi, fue la esencia de las cosas presentes y las futuras. Así, he sabido que el culto de Isis es un culto ya pasado y superado, que sus sacerdotes y sacerdotisas no son puros, que esa religión está demasiado mezclada con la naturaleza inanimada, con las fuerzas sin nombre que nos rodean. Osiris es el Sol, Isis, la Luna, la riqueza y la abundancia, la que otorga los frutos y las cosechas. Este Dios único y trino no se distingue de la Naturaleza, ni de los elementos que la componen. El verdadero Dios, el que los hombres esperan, será algo muy diferente: vendrá de fuera, no se parecerá a un astro ni a un animal, sino al hombre normal. Luego, he soñado contigo. Tendrás la prueba -una prueba que no sé cuál será-, para que tanto tú como yo nos convenzamos de que este sueño no ha sido una simple ensoñación ilusoria, y que la verdad no ha descendido aún entre nosotros." Esto me dijo mi amigo.

»Esas palabras me turbaron profundamente y de ellas deduje lo siguiente: "En primer lugar, el sacerdote de Isis no había realizado un milagro, no había hecho más que despertar a mi amigo, de modo que había mentido. Sin duda, conocía secretos que yo ignoraba, pero había mentido en nombre de la religión, lo cual lo relegaba al rango de los adivinos de feria. En segundo lugar, mis esperanzas, mi fe, mi certidumbre, se habían venido abajo. No necesitaba ya prueba alguna. En el fondo de mi alma estaba convencido de sobra. Había perdido la fe, y una gran desesperación se apoderó de mí." Quizá haya sido demasiado esquemático en mi relato, pero estoy seguro de que me comprende usted. ¿Para qué una prueba si todo se había disuelto de golpe como un grano de sal bajo una gota de agua? Sin embargo, la prueba vino sola para confirmar las proféticas palabras de mi amigo el médico egipcio.

»Era el 5 de marzo, la fiesta del Barco de Isis, tan importante en Alejandría para sus muchos marinos y para los fieles de la diosa. Se consagraba a Isis un barco nuevo que inmediatamente después era botado al mar. Me hallaba en el puerto durante la ceremonia, muy cerca de los sacerdotes. Una enorme multitud rodeaba el faro, el altar, el Barco de Isis... Rezaban fervorosamente por los que iban a hacerse a la mar durante la temporada que comenzaba aquel día. Botaron el navío y en ese momento, de las nubes bajas que cubrían el cielo, surgió un rayo cegador que saltó como una larga espada y cayó sobre el Barco sagrado, el cual se incendió y desapareció en seguida bajo las aguas, dejando en la superficie un vago resplandor humeante. Los truenos hicieron vibrar el aire y cayó una lluvia violentísima. Enloquecida por el pánico, la multitud quiso huir, pero su enorme masa le impedía hacerlo y muchos hombres caían al mar, otros morían aplastados, pisoteados, y los sacerdotes, mejor situados para escapar, corrían empavorecidos. Una sacerdotisa de Isis vino a refugiarse en mis brazos. La llevé a mi casa y en ella se quedó. Dos días después, calmada la tempestad, nos fuimos juntos, embarcándonos rumbo a Palestina. Durante noches enteras, loca de amor, aquella mujer me contó lo que sucedía en el templo. ¿Para qué voy a reproducir sus palabras? Baste decir que cada una de ellas modelaba ante mí la prueba prometida.

»Nos establecimos en Jerusalén, donde reinaba Herodes. Yo no era rico. La sacerdotisa me abandonó en cuanto vio que se me había acabado el dinero, y regresó a Alejandría, o quizá fuera a Atenas o a Roma, que ella anhelaba conocer. Esto sucedía en el año 748 (A. U. C.), en el mes de diciembre. Si me preguntase usted cómo era aquella mujer, no sabría decírselo. Desde luego, eran joven y bella, pero su figura, el color de sus ojos y de su cabello, la forma de su nariz, todo esto se ha borrado en mi memoria. Sólo fue un instrumento del destino o de Dios y desapareció una vez cumplida su misión. Ejercí de nuevo mi profesión, empecé a tener clientes. Un día me llamaron a casa de un enfermo que vivía en la aldea de Efrata, o Belén, a unas millas al sur de Jerusalén.

Había muchísima gente en aquel pueblecito, pues acudían de todas partes para inscribirse en el censo que Roma había mandado hacer.

Teodoro guardó silencio unos momentos. Evidentemente, tenía la boca seca de tanto hablar.

-Tengo calor -me dijo, y fue a mojarselos al mar, a pocos pasos de donde estábamos sentados-. ¡Qué fría está el agua! Pero sigamos aquí. No tengo ganas de volver aún. Herimon me asquea, aunque reconozco que su vino es bueno.

Proseguimos en silencio nuestro paseo sobre la arena dorada que me calentaba los pies a través de las suelas. Por fin, mi compañero el médico habló de nuevo:

-Me instalé en una habitación de la casa de mi enfermo. Me hallaba ocupado haciendo mi equipaje, pues al día siguiente había de regresar a Jerusalén cuando fueron a buscarme. Era de noche y una vieja me condujo al otro extremo de la aldea hasta una casa más bien aislada donde tuve que operar una gangrena, lo que me obligó a permanecer allí más de una hora. Salí casi a medianoche renunciando esta vez a mi guía, la vieja, ya que se distinguían perfectamente las luces del pueblo y no había manera de extraviarse. Me hundí solo en las tinieblas. La noche era clara y sin luna, miles de estrellas lucían en el cielo y las sentía vibrar en el aire puro y frío. Canturreando, seguí el camino blanquecino. Antes de perderse entre las primeras casas, este camino subía levemente y formaba una curva desde donde se dominaban las pequeñas colinas que rodeaban a Efrata. Sin embargo, el frío y el cansancio me impedían fijarme en el paisaje. Además, en aquellos primeros meses de mi estancia en Palestina, sólo veía yo por doquier el rostro de la mujer que me había abandonado y cuyo recuerdo dominaba mi carne. No por haberla amado y porque eso me hiciese llorar su ausencia, sino porque me sentía muy solo, como cualquier hombre a quien hayan traicionado a la vez su amante y sus dioses. Me consideraba un hombre fuerte, pero el golpe había sido demasiado duro. Fue en el momento en que el camino, que empezaba a ascender, me ocultaba las pocas luces del pueblo, cuando vi la estrella. Se encontraba a mi derecha, en pleno cielo, más abajo que los demás astros y se movía lentamente tras ella, un polvillo luminoso que se disolvía en el espacio como humo. Me detuve para verla mejor. En ese instante, la estrella se detuvo también, es decir, que interrumpió su movimiento lateral de traslación y empezó a descender. Y a medida que la estrella descendía, pude ir viendo con toda claridad el contorno de las colinas, emblanquecidas por esa luz como si hubiera nevado sobre ellas minutos antes. Dos campesinos de aquel lugar (o quizá fuesen dos pastores) cruzaban en ese momento el camino a unos pasos de donde yo me encontraba parado y siguieron, sin verme, en la dirección de la estrella. Los seguí de lejos sin hacerme notar. La estrella, o lo que yo consideraba como tal, se había parado definitivamente a unos siete pasos por encima de una de las colinas, en la falda de la cual vi brillar otra luz mucho más débil. Al acercarme, pude ver que esta luz no era más que la entrada de una de esas grutas donde los campesinos de Palestina guardan sus rebaños durante el mal tiempo. Unas diez personas se hallaban ante la entrada de la gruta arrodilladas, mirando hacia el interior y allí dentro se encontraban otros hombres y mujeres, inmovilizados. Alguien que me vio y me reconoció -sin duda, algún amigo o pariente de los enfermos a los que había atendido durante el día exclamó-: «Aquí está el médico. Ha llegado demasiado tarde.»

»¿Qué sucede? -pregunté asustado por aquellas palabras.

»-Ha nacido el Mesías -me respondieron.

»Me abrí paso por entre los cuerpos arrodillados y lo vi. Tendido en la cuna de este establo abierto en la falda de la colina, el Niño dormía. Su madre -¿me oye usted?-, he dicho Su madre, pues el Mesías ha nacido de una mujer como todos los hijos de los hombres, yacía en la paja, agotada por el parto que debió de producirse una hora antes de mi llegada, quizá menos. Se oía el ruido de una cadena metida en una argolla y que un asno movía de vez en cuando al inclinar y levantar la cabeza, y también el ruido que hacen los animales que rumían y que se parece al ronroneo de un gato. Un anciano se acercó a mí y me preguntó con dulzura:

»-¿Quién le ha avisado a usted para que viniese?

»-He venido yo solo siguiendo a la estrella. Lamento haber llegado demasiado tarde, aunque ya veo que mi presencia aquí habría sido inútil. Pero por qué ha sido aquí?

»-No hemos podido alojarnos en el pueblo. Todas las habitaciones están ocupadas.

»-Puedo cederle la mía. Queda libre a partir de mañana temprano.

»En aquel momento el Niño abrió los ojos y me miró. Puedo jurar que ya veía y me miró con un gran agradecimiento, sí, puedo jurárselo a usted, me miró como una persona mayor, con toda conciencia de lo que hacía. Y la paz que llenaba aquel lugar penetró en mi alma. Me arrodillé, llorando de alegría, con la frente apoyada en el vientre caliente y móvil de uno de aquellos animales que rumiaban sin dejar de mirar al Mesías.»

Teodoro se interrumpió de nuevo. Su mano temblorosa cogió la mía. Se le llenaron los ojos de lágrimas y comenzó a sollozar. Estaba llorando como un niño, sacudido por la misma dicha que tanto lo había emocionado la noche en que nació el Mesías. Se calmó y reanudó su historia.

«Al salir, vi en el umbral, envuelto en su larga túnica blanca, al sacerdote dacio. Acababa de llegar, pues su mirada aún deslumbrante e incrédula, buscaba que mis ojos se lo confirmaran. Le dije que sí con la cabeza. Comprendió lo que yo quería decirle y entró en la gruta, mientras que yo me alejaba bajo la luz de la estrella, blanca como una luna al alcance de la mano.

»Nada le dije a mi huésped. Me limité a pedirle que alojase por unos días a una familia amiga mía y le pagué por adelantado el alquiler que me dijo. Al día siguiente fui en busca del Niño, el anciano y la madre y los conduje a la casa de mi enfermo.

»Me es muy difícil explicarle a usted lo que sentí entonces: una gran alegría mezclada con un indefinible temor. ¿Por qué era un niño, por qué un ser tan frágil, tan delicado? ¿Y por qué el establo, los bueyes, los pobres pastores? ¿Por qué había elegido Dios precisamente aquel sitio y aquella pobreza para presentarse a los hombres? Había algo en mí que se oponía a la extremada sencillez de este milagro. ¿Y cómo podía explicarse y justificarse mi presencia ante la puerta de esta casa detrás de la cual podía oír el llanto del Niño y la voz de Su madre? ¿No tendría yo que hacer algo, conducirme de modo distinto a como lo había hecho hasta entonces, regresar a Alejandría y proclamar la buena nueva en el umbral de los falsos dioses? Y también me preguntaba: ¿Cómo ir a manifestar el Mesías a los hombres Su poder y Su voluntad? ¿Realizaría en seguida asombrosos milagros, o esperaría meses y años, hasta convertirse en un hombre parecido a los demás para revelar Su poder y hablarles? Podía yo morirme entre tanto sin haber llegado a oír las palabras tanto tiempo esperadas. En medio de mi tormento, tuve una idea muy clara: debía seguir al Mesías desde aquel mismo instante, no abandonarlo jamás, convertirme en médico suyo, aunque esta palabra, junto a Él, perdiese todo su significado. Decidí, pues, regresar a Jerusalén, vender los escasos bienes que había podido adquirir después de abandonarme aquella mujer, volver a Belén y vivir en adelante a la sombra de la sagrada familia, hasta el momento en que la verdad fuese revelada a los hombres y ser entonces el primero en oírla de los labios del Mesías.

»Antes de partir, hablé con el sacerdote dacio. Sabía poco griego, pero pude entenderlo. Había visto la estrella y había reconocido la señal, pues al advenimiento del Mesías formaba parte de su culto. Me dijo que el recién nacido era el Hijo de Dios, y María lo había concebido sin contacto carnal. Porque aquella joven se llamaba María y el anciano que la acompañaba, llamado José, descendiente del rey David, era su esposo, pero nunca la había tocado, obedeciendo con ello las instrucciones que había recibido de Dios por medio de un ángel. Durante nuestra conversación se detuvieron ante nuestra puerta tres camellos, de los que se apearon tres extranjeros vestidos a estilo persa, que nos saludaron y nos preguntaron, en lengua aramea, si el Mesías se hallaba en aquella casa, pues le llevaban unos presentes. Eran unos magos, discípulos de Zaratustra y habían ido, también ellos, guiados por una estrella. Sus libros hablaban de la llegada del Salvador el *Astvat-ereta*, hijo de Zaratustra, que resucitará de entre los muertos, será el juez de todos los hombres que hayan vivido en la tierra y asumirá el triunfo definitivo del Bien sobre el Mal. Así que, según todos los indicios, había nacido el Hijo de Dios y la humanidad iba a entrar en una nueva era. También nos dijeron que en Jerusalén nada sabían aún de este acontecimiento y que ellos tres se habían presentado en la corte de Herodes y habían hablado de este asunto con el rey. Éste había manifestado deseos de conocer al Mesías y de adorarlo. Le prometieron informarle

cuando pasaran de nuevo por Jerusalén camino de Persia. Nos despedimos de ellos y entraron en la casa para dejarle sus dones al Mesías. Por mi parte, me despedí también del sacerdote dacio y marché a Jerusalén para arreglar mis cosas y volver a Belén lo antes posible.»

Teodoro se sentó en la arena y permaneció unos momentos contemplando el mar. Estaba inmóvil, dándole la espalda al sol y masticaba una brizna de hierba que había cogido de paso.

-Venga, siéntese usted -me dijo. La arena está caliente y le haré olvidar los rigores del invierno.

Escupió lejos una saliva verde como veneno y reanudó su relato:

«No puede usted imaginar lo que sucedió luego. Permanecí tres o cuatro días en Jerusalén donde ya se había extendido la noticia. Habrá usted oído hablar de Herodes, el que mató a sus propios hijos y a su mujer, el rey más innoble y cruel de la triste historia de todos los reyes de la tierra. Era viejo, una repugnante ruina; reinaba ya varios decenios y les hacía el juego a los romanos; para conservar su corona, mataba y saqueaba a mansalva. Un día supe por uno de mis enfermos, jefe de la guardia del palacio real, que Herodes había decidido mandar que asesinaran al Niño nacido en Belén. Poco después murió Herodes comido por los gusanos, en su palacio de Jericó. Cinco días antes de reventar, mató a su primogénito por miedo a que éste le destronase. Sembró la muerte y el terror a su alrededor hasta el momento de expirar. Le había entrado un gran miedo de que hicieran al Mesías rey de Judea y le desposeyera de su corona.

»Corrí a mi casa, cogí la y alija que había preparado alquilé un caballo y al galope me dirigí a Belén para avisar a José y a María y, por supuesto, para facilitarles la fuga y no separarme ya de ellos. Pero no los encontré. Alguien les había avisado ya, quizá el propio Dios, y habían desaparecido la noche antes. Los soldados de Herodes rodeaban el pueblo y registraban las casas. Las mujeres gritaban enloquecidas y vi a una que mató con una piedra al soldado que había atravesado con la espada al hijito que le había nacido días antes, ya que todos los recién nacidos fueron asesinados, a espada, por orden de Herodes. Así, veinte niños murieron víctimas de esta loca esperanza de que el Mesías se encontrase entre ellos. Pero el Mesías estaba ya lejos. Había escapado a la matanza y yo había perdido su rastro. Y desde entonces nunca lo he vuelto a encontrar. Lo he buscado por todas partes, en Palestina, en Egipto, en Grecia; he rehecho docenas de veces el mismo itinerario, pero nadie ha podido indicarme el camino que había tomado. La gente me miraba asombrada: «El Mesías», me preguntaban, estupefactos, y negaban con la cabeza, silenciosos. Agotado por mis desesperadas carreras a caballo, debía de tener cara de loco con mi barba llena de polvo, mis ojos desorbitados y la obsesión del recuerdo de aquella noche. Había hallado a Dios y lo había perdido. Lo había visto tendido en el lecho de paja, calentado por el aliento de los animales y me había mirado un instante, mirada que me quedó grabada en los ojos, como una mancha de luz. Aún lo sigo buscando. Así, Todavía espero encontrarlo. Y me consuelo como puedo. Me basta un vasode vino para revivir mi presencia en aquella gruta. El tiempo transcurre lentamente, se arrastra en vez de correr al encuentro del momento en que el Niño, que es ya un joven de veinte años, hable a los hombres y me llame junto a Él. ¿No cree usted que me recordará?

Teodoro se calló y me miró. Yo estaba temblando como con fiebre.

-¿Qué tiene usted? ¿Se siente mal?

-No quiero morir, no quiero morir... -repetía estas palabras estúpidas y era la única respuesta que se me ocurría en aquel momento a la pregunta del médico. Yo también quería ver al Mesías antes de morirme y encontrar así la respuesta a mis dudas. Dios estaba ya entre nosotros y de un momento a otro haría oír Su voz. Todo se ordenaría según una nueva Ley, todo tendría ya un sentido en la vida; los hombres iban a conocer la verdad y la misma muerte sería una alegría. Los dacios sabían algo de esto, pero todas las doctrinas y sabidurías, todas, serían en adelante tan sólo unas alas muertas.

Había anochecido. A nuestro regreso, invité a Teodoro a cenar. Todavía tiembla mi mano al escribir estas líneas. Velaré la noche entera. ¿Y si el Mesías se encontrase ahora en Tomis? ¿Y por qué no en Kogaionon o en el Calvero del Manzano? Quizá fuera por ese motivo por lo que el

sacerdote dacio me alejó de la Montaña Sagrada. No, después de la muerte de Herodes, lo más probable es que Él haya vuelto a Palestina, puesto que allí fue donde empezó su destino humano. O acaso hará oír su palabra en Roma, en el centro del mundo, allí donde nadie le espera, pero desde donde su palabra llenaría en seguida todos los ámbitos del mundo.

*

Esta mañana ha partido Teodoro para Roma. Me ha prometido escribirme una carta en cuanto llegue. Mi idea le ha parecido lógica. En efecto, lo que el Mesías destruirá en cuanto se manifieste a los hombres, será el Imperio.

SEXTO AÑO

Cada vez se me hace más penoso escribir. En mi juventud, escribía con alegría. Todo lo que entraba en relación conmigo -hombres, cosas y dioses-, se convertía en poesía y en felicidad. Parecía como si el mundo ignorase la tragedia, puesto que la muerte no era para mí más que una idea, inconcebible como realidad personal. En mi vejez, todo lo que toco se convierte en tragedia, incluso las cosas que no me conciernen, las historias de los demás. La muerte me hace señas, utiliza a los que me rodean para que note yo su presencia a cada instante, para que todo a mi alrededor sea un mundo hecho a su imagen. Por eso, escribir se me hace cada día más triste. Cada letra equivale así a un paso más, a un minuto menos.

¿Cómo contar todo lo sucedido en estos últimos meses? ¿Cómo no pedir, igual que lo hacía el pobre Herimon, cualquier consuelo, un medio de olvidar: por ejemplo, el amor, o si fuera posible, si la hubiera, un trago del agua negra del Leteo? Teodoro llamaba a su vino tinto «mi Leteo». Había encontrado la fórmula. Quisiera contar lo que ha ocurrido con Herimon, pero me faltan las fuerzas para ello. Ya he intentado hacerlo, pero no lo he conseguido, pues también esta vez he sido yo el responsable... De modo que más me valdría ocuparme de otro tema menos terrible. Acabo de recibir carta de Teodoro, el hombre que encontró a Dios para perderlo tan pronto.

»Apenas llegado a Roma, he visitado a la esposa de usted, que me ha recibido muy bien. Me ha retenido varias horas para que pudiese contarle extensamente cuanto sé de usted, todo, en fin, lo que ella anhelaba saber. No deja de interceder en favor de usted cerca de Tiberio y de los grandes del Imperio. Según me ha dicho, han aumentado en estos últimos meses las posibilidades de que usted pueda regresar aquí, aunque, por lo demás, nada haya cambiado en Roma, desde la muerte de Augusto. Tiberio se ha hecho rogar mucho antes de aceptar la sucesión y ha representado una comedia que ha podido costarle cara, ya que los senadores, animados por sus vacilaciones, estaban dispuestos a inclinarse en favor de la República. Sin embargo, parece que los romanos han perdido, bajo Augusto, todo orgullo, y que el Imperio ha entrado ya en la tradición, pues en cuanto Tiberio, acabando con sus fingimientos, aceptó la pesada carga, para privar a los romanos de las libertades que Augusto les enseñó a olvidar, nadie se ha atrevido a oponerse. Pero me dice su esposa que Tiberio estaría dispuesto a perdonarle a usted, así que, en cuanto se presente una ocasión favorable, le pediré que le levante el destierro. Entonces tendré la alegría de volverlo a ver.

»Le pregunté si sabía algo del Mesías, pero no había oído hablar de Él en absoluto y, según parece, en los medios que ella frecuenta, no han tenido aún noticia de Su nacimiento. Me puso en seguida en relación con su médico, Antonio Musa, a quien fui a ver hace unos días. Seguramente lo recuerda usted. Sigue siendo el médico más famoso de Roma y su estatua de bronce se halla cerca de la de Esculapio.»

Claro que me acuerdo de él. Musa se hizo célebre en tiempos de Augusto, cuando le recomendó al emperador, enfermo entonces, que tomara baños fríos.

Augusto se curó en seguida y el pueblo, agradecido, le hizo erigir esa estatua de que habla Teodoro. Poco tiempo después de este buen éxito, Musa le prescribió el mismo tratamiento a Marcelo, el sobrino de Augusto, que murió inmediatamente. Pero la gloria de Musa estaba ya arraigada y sobrevivió a aquel pequeño contratiempo. Teodoro sigue diciendo en su carta:

»Me preguntó, cuando le hablé del Mesías:

»-¿Se trata de un curandero?

»-Es un sanador de almas -le respondí-. El Mesías es el hijo de Dios.

»-¡Bah! En seguida se nota que viene usted de Oriente. Allí nacen los dioses como las setas. Lo que importa es el cuerpo. Si los hombres se preocupasen más del alma que del cuerpo, los médicos podrían cerrar la tienda y dedicarse a otro oficio.

»-El Mesías curará también los cuerpos. Resucitará a los muertos.

»-Entonces aún peor, querido colega. No quiero ni oír hablar de Él. El día en que se atreva a dejarse ver en Roma, lo haré encarcelar o expulsar.

»Excitado por lo que yo le había contado, como lo de Herodes y los Magos, Musa se hizo acompañar por un esclavo a la casa de Herófilo, el famoso enemigo de la muerte -¿lo ha conocido usted?-, el médico que ha disecado hasta ahora seiscientos cuerpos humanos. (No, a Herófilo no llegué a conocerlo. Sin duda era otro médico griego entre los miles de charlatanes que, protegidos por la ley, practicaban en Roma una ciencia que ignoraban o que sólo llegaban a entender después de haber matado a cien enfermos para poder curar luego a uno o dos.) Le encontré muy atareado en su casa. Para agradar a su amigo Musa y para deslustrarme con su arte, me hizo entrar en su laboratorio, una amplia habitación situada en lo alto de la casa, sin techo para que la luz diese de lleno sobre el objeto de sus sabias y profundas investigaciones.

»-¿El Mesías? ¿El Mesías? ¿Qué me está usted contando? ¿Para qué serviría, mi querido colega? Las cosas hay que verlas como médico, no como profeta. Ya no hay misterios en el mundo y espero poder revelar pronto el secreto de la vida y de la muerte. ¡Mire !

»Sobre una mesa de piedra yacía el cuerpo de un hombre vivo. Tenía los pies y las manos fuertemente amarrados, la boca amordazada con una gruesa tela que le impedía gritar, y el vientre abierto. Aquel hombre sufría en nombre de la futura revelación que prometía el médico. Una baba ensangrentada le resbalaba por ambos lados de la cara e iba a caer, en largas gotas deshilachadas, sobre las losas de piedra. Herófilo reanudó ante mí su trabajo. Con instrumentos que él mismo había inventado, mi colega buscaba el secreto de la vida y de la muerte en las entrañas de aquel hombre, uno de los diez criminales que un rey bárbaro había enviado a Herófilo para sus experimentos. Era el homenaje de la barbarie a la ciencia. Por unos procedimientos cuya técnica no me reveló, el médico prolongaba lo más posible la agonía de su víctima, para que sus investigaciones no quedasen interrumpidas a causa del intempestivo fallecimiento. Si el desgraciado perdía el conocimiento le hacía volver en sí prodigándole los más meticulosos cuidados. Y si el secreto no aparecía en las entrañas, Herófilo le abría a su víctima el pecho, los órganos genitales y hasta las piernas y los brazos... Después de dos horas de ser objeto de experimentos y de cuidados insistentes, el criminal, de repente, dejó de gemir y de agitarse. En vista de lo cual, Herófilo le asestó un lancetazo en el vientre y, como despedida, le lanzó una palabrota griega.

-El cerdo se me ha muerto. Tengo ahí otros seis que esperan su turno. Si un día se me pone a mano ese Mesías de que usted me habla... -y me dirigió una mirada elocuente. El Mesías era ya para Herófilo el cuerpo en que había de encontrar el secreto tan anhelado.

»Este hombre, este falso sabio que en nada cree, a no ser en la ambición que lo corroe como un eczema, es una prueba viva del fin que se acerca. El mundo ha llegado demasiado lejos. Este ser humano que he visto morir ante mis ojos, bajo el cuchillo de un loco, no tenía a nadie para defenderlo. Herófilo había matado a seiscientos como él y otros esperaban su turno en la cárcel de los esclavos. Nadie había para defenderlos, pues ningún romano habría levantado el brazo para protestar contra esa matanza. En mi juventud, la Medicina era muy diferente. Asclepiades utilizaba la música para tratar a los frenéticos y elegía los medios más suaves para curar a sus enfermos. (Teodoro tiene razón. Antes de llegar el primer médico griego, en 535, había en Roma, en lo alto del Vico Longo, un Templo de la Fiebre donde acudían las personas curadas de una u otra enfermedad para comunicar los medios que habían empleado para librarse de ellas, dar nombres a plantas y ungüentos, y detallar lo más posible la técnica curativa que habían seguido, con objeto de que los demás pudieran beneficiarse de ella. Se pensaba aún en la salud ajena y la gente se alegraba de poder serles útiles a los demás. En nuestros días se tortura a los hombres para arrancar a los cuerpos un secreto que, por ese medio, nunca se dejará descubrir. Imagino una época futura en que los hombres, pervertidos por la ciencia, intentarán arrancarles el secreto de la vida, no ya a los cuerpos, sino a las almas. Nuevos Herófilos dispondrán de miles de esclavos cuya agonía, gracias al progreso, será mucho más larga y cuyos sufrimientos borrarán en todas las conciencias el concepto "hombre". Pero si Dios está allí, no permitirá ese crimen.)

»Y cuando pienso que el Hijo de Dios está entre nosotros, quizás aquí mismo, en Roma, enfurezco de rabia. Quizá si supiera la locura de Herófilo, se decidiría a presentarse, a dejarnos oír su voz. ¿A qué espera? Me lo pregunto todos los días. ¿Qué puede estar esperando todavía?»

Las pesquisas de Teodoro habían sido inútiles hasta el momento de escribirme. Nadie conocía en Roma al Salvador. Desde luego, se hablaba de él en los medios judíos de la ciudad, pero nadie tenía noticias del acontecimiento de Belén.

El círculo se va estrechando a mi alrededor.

*

Herimon ha matado a su esposa y yo soy el único que lo sabe. Ya está; por fin he podido escribirlo. Ha sucedido hace más de un mes, una tarde de marzo, cuando el primer viento de la primavera hacía cantar los tejados y removía en el fondo de los hombres las pasiones que en ellos dormitaban, los osos dormidos por el frío del invierno. Dokia se había ido ya a su casa hacía un rato y yo me preparaba a acostarme, cuando resonaron en la puerta los fuertes golpes que daba mi amigo, cuya violencia y fuerza me eran de sobras conocidas. Entró sin saludarme, rehuendo mi mirada.

-Ha muerto mi mujer. Se ha caído por la escalera.

No tuve ninguna duda.

-La ha empujado usted, ¿verdad?

No me respondió, pero me bastaba su silencio.

-¿Qué piensa hacer, amigo mío?

-Casarme con Lidia, transfrimar la casa, comprar muebles nuevos, empezar una nueva vida... Sus inútiles sufrimientos me hacían padecer demasiado.

Su muerte nos ha liberado a ambos. Aún no soy feliz, pero le aseguro que lo seré. Sé que usted no va a denunciarme, puesto que es usted mi cómplice.

-¿Yo, cómplice de usted?

-¿No recuerda el poema que me escribió? Entonces empezó todo. Perdóneme si le hablo con tanta franqueza. De todos modos, no quiero recurrir a esa complicidad, sino al amigo. No puede usted ser causa de mi desgracia; un poeta es incapaz de cometer una mala acción.

Se contradecía.

-Si me considera usted como cómplice suyo, esto quiere decir que soy una de las causas de ese mal.

-Una causa indirecta y lejana. Usted me impulsó hacia la felicidad y, gracias a la ayuda que me prestó, pude conquistar a Lidia. La desgracia de ahora procede de esa felicidad. Me veía obligado a elegir entre dos fechorías: matar a mi amor y separarme de Lidia, o, por otra parte matar a mi mujer para que mi amor no muriese. ¿Acaso usted habría elegido el otro camino.

-Siempre he evitado esos dilemas.

-Una posición muy cómoda. Es usted un ser civilizado, se ha lavado de todas las pasiones que ensuciaban su alma y ha llevado una vida fácil y limpia. Se ha contentado usted con observar los tormentos padecidos por los demás y comentarlos en sus libros. Pero yo he nacido entre los bárbaros, en los confines de la razón, y no he tenido más remedio que consolarme con lo que he encontrado a mano, sin pensarlo mucho ni poco. ¿Soy indigno de vivir por haber obrado así? ¿No tengo derecho, como todo el mundo a ser dichoso a costa de lo que sea? ¿Acaso he perdido por mi crimen la amistad de usted?

-No, Herimon. Puede usted contar conmigo para consolarse puesto que ese crimen no le aumentará su felicidad, sino sus penas.

Me miró con desconfianza. No comprendía.

-Entonces, ¿no me denunciará usted? -fue lo único que me dijo, pues era lo único que en aquellos momentos le embargaba el corazón. Negué con la cabeza. Y se marchó corriendo, convencido de que había logrado mi complicidad.

Carmen et error fueron los motivos de mi destierro. Mi poesía provocó la cólera de Augusto. Con ella corrompía yo a la juventud romana y ponía en peligro, según él, la existencia misma del Imperio. Y heme aquí acusado nuevamente de complicidad en un crimen. Mi primer poema en lengua geta hizo posible el amor entre Herimon y Lidia y, a la vez, lanzó a mi amigo por la pendiente de la ciega pasión, de la pasión sin salida. Obtuvo los favores de la joven y conoció una nueva época de felicidad en su vida, tanto más viva y torturante, cuanto que la consideraba como la última. ¿Cómo prolongarla sin riesgos? Eliminando al único obstáculo que se oponía a ello: su esposa vieja y enferma. Al empujarla desde lo alto de la escalera -probablemente, sin que se diera cuenta la pobre mujer-, Herimon había realizado, según su teoría, una doble buena acción: de un golpe había acabado con los padecimientos de su esposa, para quien la muerte era ya el único alivio a que podía aspirar (en vano había intentado Teodoro curarla), y quitó de en medio una presencia obstaculizadora. Era ya viudo, tenía dinero, y se creía en el umbral de la perfecta felicidad. Si hubiera podido, también Herimon me habría exilado al último confín del mundo, como había hecho Augusto, pues mi presencia le recordaría siempre su mala acción, o su error, el impedimento para que su frágil ilusión perdurara.

Lo más triste de esta lamentable historia, es el papel que se me atribuye en ella. ¿Es que mi ligereza me ha llevado a cometer un nuevo delito, cuyas consecuencias no puedo prever? ¿Será verdad que *El arte de amar* lo ha estropeado todo en mi vida? ¿Soy verdaderamente responsable? Herimon no se equivocaba cuando me acusaba de haber llevado una vida de hombre civilizado y de haberme limitado a contemplar los tormentos sufridos por los demás. Pero ¿acaso es uno responsable de las armas que alguien le ha puesto en las manos desde su nacimiento, sin conocer su alcance ni su fuerza? ¿Cuál de *nosotros tres* ha sido el verdadero responsable de esa muerte? ¿Lidia, que con su belleza y su juventud desencadenó en su amante una pasión ciega y culpable? ¿Yo, que con mis versos hice que los amantes entrasen en relación? ¿O fue Herimon, por haber empujado a su mujer por el hueco de la escalera? Pero en estos momentos me asaltaba otra duda: ¿A cuántas otras personas habrán pervertido mis versos? ¿A cuántos hombres habrá emporcado la belleza de Lidia? En esa perspectiva, el acto realizado por Herimon pierde toda su gravedad y el criminal se convierte en el más inocente de los tres cómplices. Y ¿quién puede juzgar nuestra falta y repartir el peso del castigo, aquí y en la eternidad?

*

Nueva carta de Teodoro. Esta vez, llena de esperanza. «Estoy de nuevo tras sus huellas», me escribe. «Mis pesquisas me han llevado junto a un viejo judío a quien la noticia no ha extrañado en absoluto. Por lo visto, esperan desde siempre la llegada del Mesías. Me ha leído esos pasajes, que transcribo aquí de memoria, en uno de sus libros sagrados a los que llaman el *Génesis*, y el *Libro de los Profetas*. El Mesías nacerá de la tribu de Judá, de la familia de José, y su madre será una virgen. El lugar de su nacimiento ha de ser Belén de Efrata (recordará usted, sin duda, el nombre del pueblo donde lo he visto recién nacido). Será el Hijo de Dios, de Dios Todopoderoso, y será el Príncipe de la Paz y con Él siempre estará el Espíritu del Señor. Será taumaturgo, doctor y profeta, legislador y rey del nuevo Reino. Será, a la vez, sacerdote y víctima. Lo venderán por treinta monedas de plata, según el profeta Zacarías. Lo flagelarán y torturarán y le escupirán al rostro; le traspasarán los pies y las manos y, cuando pida de beber, le darán hiel y vinagre. Será enterrado en la tumba del rico. Pero su carne se librá de las leyes de la carne y Su Reino será universal.

»Eso dicen los profetas de Israel y eso es lo que me leyó el viejo judío en sus libros. También me dijo, al final de nuestra entrevista: "Sé que Él ha nacido y que vive en Galilea, donde hablará a los hombres."

»Estaré ya en Galilea cuando reciba usted esta carta. Salgo mañana para el sur de Italia, donde me embarcaré rumbo a Palestina. Me perdonará usted por no cumplir mi promesa de esperarle en Roma, pero tendrá usted pronto noticias mías. Su hermano en Dios, Teodoro.»

Mi hermano en Dios. Esta inesperada fórmula abría ante mis ojos las puertas a una nueva visión del mundo. No me unían a este griego vínculos de sangre de ninguna especie. Había estado con él algunas veces en Tomis y, al reconocer en mí ciertos puntos de afinidad y la misma sed de liberación que lo consumía, me había contado su vida y me había revelado el mayor secreto de todos los tiempos. Y he aquí que me he convertido en su hermano. Los mismos vínculos me unirían ya a Mucaporo, al sacerdote dacio, a Corina y a cuantos esperasen en este mundo. Un esclavo y un bárbaro también podrían convertirse en hermanos míos, porque toda frontera entre los hombres resultaba de pronto ridícula. Excepto los Césares y los que matan. Entonces, ¿quedaba excluido de esta fraternidad Herimon, a causa de su crimen? ¿O bien expiaba su falta por el sufrimiento, ese don que todo César desconoce? El exilio y este Diario, constituyen para mí la única prueba de que también yo participo en la salvación.

*

He meditado mucho sobre la última carta de Teodoro. Según he podido comprender, el sufrimiento del Mesías será la base de ese Reino del que hablaron los profetas. Será flagelado, le atravesarán los pies y las manos con armas, con una lanza, con flechas, o con unos clavos...-. Le escupirán al rostro... Lo cual quiere decir que los hombres no van a reconocerlo como hijo de Dios, y que será condenado a muerte por un Herodes cualquiera, o por el enviado del César, y morirá, pero Su carne se librá de las leyes de la carne, no se corromperá y su Reino, después de esta muerte que no será una muerte como las otras, se extenderá por toda la tierra. Me es difícil imaginar esta historia formada por fragmentos inconexos y que no se parecerá a ninguna otra. La historia del Hijo de Dios. Su paso entre los hombres. Su servidumbre humana. Su perpetuo tormento entre la carne y la divinidad. Sus palabras, que le valdrán adeptos, pero que no convencerán a los representantes del orden establecido, del Imperio y de sus protectorados. El hombre-Mesías, víctima del César, cuyos representantes lo considerarán como un peligroso rival. La repetición de la reacción de Herodes, de su miedo... ¿Qué les dirá *Él* a los hombres? ¿En qué lengua les hablará? ¿En qué lugares? ¿Cuándo?

En comparación con esto, todo lo demás resulta de una pequeñez horrible. Una de mis horas de hoy se hace infinita en comparación con todos los años de mi vida pasada. Y mi obra entera (cuanto he pensado y escrito) -aparte de este Diario- se me deshace entre los dedos, como una estatua de ceniza. ¿Cómo podría yo escribir de nuevo mi *Arte de amar*, después de haberle oído hablar a *Él*? El amor que he cantado no es el Amor. Quisiera ser capaz de cantar el amor que siento por Dokia, ya que no es su cuerpo lo que deseo, sino otra cosa, algo que siempre he amado en ella y que era como un anticipo de esto que siento ahora. ¿Y *Las Metamorfosis*, donde he acumulado todos los errores de un mundo en descomposición? Creía que los dioses tenían el poder de transformarnos en animales, en plantas o en rocas. Todo esto no es ya posible, puesto que el verdadero Dios ha tomado nuestra forma. Se ha metamorfoseado en hombre, no para gozar, con la carne, del placer de los mortales, sino para padecer, para hacernos comprender que nos parecemos a *Él* en el dolor. La materia y los animales eran en cierto modo semejantes a los otros dioses, a los falsos dioses del pasado, a todos aquellos defectos que, en lo futuro, si es que aún son posibles, lo serán sólo para vergüenza nuestra y para definir mejor nuestras faltas y nuestros crímenes ante la perfección que nos será exigida. ¿Y qué decir de *Los Fastos*, donde he cantado las glorias de Roma, su eternidad? Pronto no tendrán ya, sino el insignificante valor de unos pobres prodigios que señalan, a lo largo de un año, la huella apenas visible de una sombra agotadora y solitaria. Mientras que mis *Tristes* y mis *Pónticas*, ¡qué irrisorio dolor, qué humillación tan inútil ante un tirano cuya carne podrida no vale más que la de todos los demás tiranos más o menos ilustrados!, será sólo la historia, en pleno desastre, de una podredumbre que a su vez engendra podredumbre. Sólo podría sobrevivir a mis obras en la hipótesis de que los hombres venideros conserven, en medio del verdadero conocimiento que les será dado, ese vicio agradable e inútil de la curiosidad. En cambio, si alguien descubre este Diario, podrá participar de

los tormentos y las esperanzas de este tiempo, único en que vivimos: el tiempo de la espera y de la certidumbre. Ya sé que no es más que un momento, pero sin duda es uno de los momentos más bellos en la historia de los hombres, puesto que Dios se encuentra entre nosotros aunque aún no haya revelado Su presencia. Este momento pasará y a nosotros nos quedará sólo la certidumbre.

*

Conversación con Dokia. Ella lo llama el «hijo de Zamolxis». Ha comprendido en seguida, mejor que yo. Le he contado todo lo que me ha escrito Teodoro, lo que éste supo en Roma por los libros proféticos. Le hablo del milagro de la carne inmortal del Mesías.

-Desde luego, porque tiene que volver junto a Su Padre.

Es su manera de interpretar la profecía de los libros judíos. Exactamente lo que y o no podía expresar con palabras. El Mesías, el hombre, vivir entre nosotros el tiempo de una vida humana, pero en seguida volver a asumir su eternidad junto a Su Padre. Es trágico y sencillo. Pero un espíritu lógico es incapaz de formular tales claridades.

Dokia tiene sus dudas respecto a la inocencia de Herimon.

-Es un desgraciado. Debe de sufrir mucho, pues lo que ha hecho no podrá repararlo y Lidia no logrará hacerle olvidar su crimen. Al contrario, la presencia de ella le recordará a cada instante la caída de su mujer por el hueco de la escalera. Siempre vivir atormentado por este recuerdo. ¡Y qué recuerdo! Es un desgraciado. Lleva ya en sus ojos la señal de la muerte.

Yo también lo he notado. A Herimon solamente le queda una salida para ahogarlo todo en el olvido y es la que se refleja en su mirada. Me da pena verlo. Ha cerrado su establecimiento y se retira de los negocios; según dice, para llorar en paz la pérdida de su esposa. Aquí nadie -excepto Dokia- sospecha de él. Pero la verdad es que Herimon es ya incapaz de dedicarse a actividad alguna; sólo vive para su desesperación, aunque sigue confundiéndola con la esperanza de una vida feliz junto a Lidia. Tengo la impresión de que ella le rehúye. Su intuición de mujer no puede engañarla y lo más seguro es que le haya tomado horror. Le espantan las manos de Herimon, sin duda más que sus ojos, porque son unas manos que ya saben cómo se mata.

*

Honorio me había dado ya la mala noticia, pero ha sido Dionisodoro, mi amigo de Istros, el que me ha proporcionado todos los detalles. Dionisodoro se halla en Tomis desde hace dos días, de paso para Atenas. La guerra, esta guerra «entre ustedes y nosotros», entre los romanos y los dacios, ha estallado hace ya unas semanas y los últimos combates no permiten dudar de quién va a ser el vencedor. Los getas atacaron Troesmis por sorpresa, la ciudad cayó en su poder, y los romanos y los tracios huyeron o fueron aniquilados. ¿Se encontraban mis amigos entre los asaltantes? Es muy posible. Pero su victoria duró poco. Pomponio Flaco, gobernador de la Mesia, puso sitio a la ciudad, donde los dacios se habían fortificado y la reconquistó después de una larga y dura resistencia. Mis amigos, Comozous, Scorys y los suyos, si es que sobrevivieron, han debido de huir cruzando el Danubio y tomando de nuevo la ruta que yo conozco, hacia las protectoras montañas. El espíritu de desquite no tardará en enardecerlos y otros dacios perecerán en la batalla.

Después de la victoria, acaba Roma de crear un mando militar especial para la defensa de toda esta región, incluyendo en ella Tomis, Istros, Troesmis, Novioduno y todas las ciudades situadas entre el mar y el Danubio que se encuentren situadas bajo la jurisdicción de esta nueva unidad. El comandante, a las órdenes del gobernador de la Mesia, llevar el título de *praefectus orae maritimae* o de *praeses laevi Ponti*, y quedar investido a su vez como gobernador de las costas del Ponto Euxino y de la desembocadura del Danubio. Las regiones del interior de esta jurisdicción quedarán bajo el control del rey de los tracios, como antes. La flota de guerra romana surca ya las aguas inferiores del Danubio. Nadie podrá impedirnos que prosigamos la conquista.

Bastará con que un nuevo Augusto o un nuevo Julio César se apodere de los destinos de Roma para que las legiones pasen a la otra orilla del Danubio, transformando así la tierra de los dacios en una nueva provincia romana atravesada por espléndidas carreteras, y uniéndola a la civilización, a la vez que la privan de libertad.

Dionisodoro me dijo que miles de dacios perecieron en esta guerra local, que no ha sido más que un comienzo, y que las mujeres combatieron junto a sus esposos en las murallas de Troesmis, y que los combates siguieron en las calles casa por casa. Algunas mujeres se arrojaron con sus hijos a las aguas del Danubio para librarse de la esclavitud. *Para olvidar la derrota*, según lo expresaba Herimon.

De modo que Mucaporo tendrá que buscar otro refugio, pues las guarniciones romanas se establecerán en Tomis y en Istros. Tendrá que abandonar su cabaña y esa playa situada entre el mar y la laguna, y se verá obligado a construirse otra casa más allá del Imperio cuyos soldados han vuelto a traspasar la frontera. Deberá alejarse hacia el septentrión, cruzar el Danubio, marchar hacia otros horizontes, lejos de la mar romana, cada vez más lejos.

Para él, esta huida será incesante, pues los imperios no reconocen los límites en el espacio y ya no habrá ningún calvero, cabaña alguna, ni campos cultivados, que están seguros. Y la libertad no será posible hasta el día en que Él hable para comunicarles a los hombres el secreto de ser libres de otra manera, a pesar de la amenaza imperial, y sin verse obligados a esa angustia de estar huyendo sin cesar.

El imperio ha creado dos nuevas categorías de esclavos. Una es la de los extranjeros vencidos cuya patria ha perdido la independencia. Privados de su situación y, a menudo, de todos sus bienes, esos hombres van errantes por el interior del Imperio, acaban instalándose en Roma en busca de una nueva fortuna y de horizontes nuevos, deseosos de olvidar lo que les han arrancado de sus almas y de sus cuerpos a la viva fuerza: su pasado, digno y libre, y su fortuna. Estos hombres, que en apariencia aceptan el nuevo orden establecido y que parecen querer adaptarse a él, son enemigos de Roma. Más fuertes y más inteligentes que los esclavos y tanto su número como su poder aumentan al ser conquistados. La segunda categoría es la de los extranjeros que no aceptan las consecuencias de la derrota y se alejan del peligro, hasta situarse fuera de su alcance. Un día atacarán las puertas de Roma.

Dionisodoro que trae noticias de Istros. Querría preguntarle: «¿Y aquella joven esclava de Novioduno?» Pero no me atrevo. Hablamos de los más varios temas, como viejos amigos. Es un hombre culto, de finos modales, viste con elegancia y me encanta volverlo a ver. Pero, ¡qué lejanos parecen los días de Istros! Y, con ellos, todos los acontecimientos vividos allí por mí. Mitrodoro me habla; le sonrío, pero pienso en otra cosa y me esfuerzo en no traicionarme. Me asaltan las dudas: ¿Quién es éste? ¿Qué quiere de mí? ¿Qué casa es ésta? ¿Qué estoy haciendo aquí? Sé que yo debería estar en otra parte, pero, ¿dónde?

Nos separamos efusivamente. Cierro la puerta tras él y siento deseos de dejarme caer al suelo y terminar para siempre. ¿Qué sentido tiene continuar esta comedia? También los espectadores están ya cansados. Cada vez me encuentro más solo en el escenario y me parece que el papel que estoy interpretando desde hace tanto tiempo, no me va, que no es un papel creado para mí. Abandonar la escena para no seguir interpretando este papel es la única oportunidad que aún me ofrece el destino. E incluso ese momento no depende de mí. Me lo indicarán el día en que quizá no tenga ya ganas de dejarlo, precisamente cuando empiece a gustarme mi papel.

Dokia me llama para comer. Me bastaría mirarla para hallarme de nuevo contento.

*

He pensado muchas veces en aquel sacerdote dacio de que me hablaba Teodoro. Su silueta y su figura se confunden en mi memoria con las del sacerdote que vi y que me habló en el Calvero del Manzano. ¿Era el mismo? Seguramente no, pues el Mesías nació hace veinte años y Teodoro me hablaba de un anciano. Desde luego, el que yo conocí era también un viejo. No, no

es posible. Sin embargo, para mí, es el mismo. Guiado por la estrella, fue a Belén para adorar a Aquel que había de salvar a los hombres. Veinte años después, me recibió en su casa devolviendo la paz a mi alma con pocas palabras, las palabras de la certidumbre que había adquirido mientras contemplaba al Niño que Teodoro vio en la cuna. No fue a visitar a Herodes, como los Magos, pues la estrella le fue fiel hasta el final y llegó a la gruta antes que los Magos. ¿Le llevaría al Niño algún presente? Teodoro nada dijo de eso. Iba de un país pobre y bárbaro, el país de mi exilio, este país que no acepta a los tiranos, que atrae a los romanos y a los griegos sedientos de libertad. Este país se encuentra, ¿cómo lo diría yo?... en el centro del mundo. Hace ya mucho tiempo que los romanos se dirigen hacia sus fronteras y que preparan su conquista. Por otra parte, también lo atacan los bárbaros desde hace siglos y a veces logran instalarse en él, pero no resisten este clima humano. Los más fuertes se pierden en él, como un gran río tragado por las arenas, y los más débiles lo abandonan por otros horizontes menos apacibles, quiero decir, menos religiosos. Creo que el misterio que oculta este país en sus hombres y en la armonía de su paisaje no puede ser explicado más que por la religión, una religión que lo ha formado todo aquí, como una mano de escultor; almas y lugares. Zamolxis fue un símbolo pasajero, un precursor de ese Dios cuyo imperio será universal y cuyo combate con los hombres durar milenios. ¿Quién podrá renunciar tan pronto a sus costumbres, a sus prejuicios, a sus dioses sanguinarios y cómodos, tan semejantes a nuestros más mimados defectos, para aceptar los dolores de un nuevo nacimiento, tan terrible como la idea de la muerte? Pero los fieles de Zamolxis son los únicos, de todos los pueblos, que no temen a la muerte. Se hallan, pues, preparados para ese nuevo nacimiento y quizá sea el primero de los pueblos que se deje modelar por la ley del Mesías y el primero en aceptar Su doctrina sin necesidad de una transformación esencial. Otros aceptarán también la nueva Ley, pero les será difícil transformarse; necesitarán siglos para ello. Los pueblos cambiarán rápidamente en su aspecto exterior, pero en el fondo de sus corazones conservarán durante mucho tiempo el recuerdo de la antigua ley.

Entonces, ¿por qué no ha nacido aquí? La respuesta es sencilla: para que Su destino se cumpla. Los profetas hablan de sufrimientos y de humillaciones. Aquí nadie le habría hecho padecer. El pueblo entero, desde los reyes a los pastores, le habría seguido inmediatamente. Nadie habría pensado en escupirle al rostro, ni en traspasarle las manos y los pies, y si hubiera pedido de beber, no le habrían ofrecido vinagre, sino leche y miel y, como nadie le habría dado muerte, no hubiera podido resucitar. Para poder sufrir y cumplir lo que le está reservado, ha nacido en otro sitio, precisamente allí donde han de rechazarlo y negarlo.

No digo que los dacios vayan a movilizarse en cuanto se enteren de Su llegada para imponer la Nueva Ley, porque esto significaría una nueva guerra llevada esta vez en Su nombre, y es evidente que Su doctrina negar la guerra y que las guerras que hagan los hombres en Su nombre no serán sino pretextos para satisfacer la antigua sed de poderío y de sangre. Durante muchos siglos, los dacios seguirán llevando la misma vida que ahora. Bárbaros y civilizados pasarán por estas tierras y todos los vencedores no serán más que unos vencidos, pues la antigua dulzura de estos lugares germinará en sus almas y cuando este país llegue al fondo de su humillación, puesto que todos los guerreros del mundo lo habrán hollado con sus pies, habrá cumplido su misión y todos los pueblos participarán también en el mensaje. El espacio en que viven los dacios es muy grande. Este espacio conoce la esperanza de la muerte y de la vida futura, así como la fuerza del Dios único. *El pasado y el futuro de los dacios forman un todo.* ¿Cómo no darse cuenta de ello, después de haberlos conocido de cerca?

Recuerdo en este instante las palabras del sacerdote: «Todavía, antes de morir, has de aprender otras cosas.» ¿Acaso no las he aprendido ya? Formo parte de esos vencedores vencidos. Augusto me ha exiliado para hacerme sufrir, y he sufrido. Pero ya sé que Roma, esa Roma que, al principio de mis sufrimientos, era el objetivo de todos mis pensamientos, no se encuentra ya en la encrucijada de todos los caminos terrestres, sino en otra parte, al final de otro camino. Y sé que también Dios ha nacido en el exilio.

*

Estos últimos días he pensado mucho en Roma. Pero sin nostalgia. Hace buen tiempo. Hace calor y la vejez se complace con el calor. Incluso he dirigido los juegos de la juventud de Tomis en calidad de agonoteta, como hizo Augusto en Neapolis, poco tiempo antes de su muerte. Los griegos han respetado, por donde quiera que el destino los ha dispersado, las sanas tradiciones de su raza. Si han cometido errores en su pasado, y si en el presente no son ya sino un pálido reflejo de lo que antaño fueron, debemos reconocer que nunca han caído tan bajo como nosotros. Nos han imitado frecuentemente en lo malo, pero nunca han aceptado nuestras crueldades y los juegos circenses jamás se han aclimatado entre ellos. Sus dioses son tan crueles como los nuestros, pero nunca han hecho de la sangre y de la muerte un espectáculo para las multitudes. En mi juventud los he visto en medio de sus estadios lanzando el disco y la jabalina, midiendo su fuerza y su habilidad, y nada ha cambiado desde entonces. Mientras que presidía los juegos de Tomis, rodeado de homenajes y de admiración, he recuperado mis antiguos impulsos, mi confianza de joven, mi esperanza en la vida y en el sentido de la belleza humana. He coronado cabezas jóvenes, he vuelto a descubrir la alegría de vivir en los ojos que se dirigían hacia mí, purificados por una intachable victoria, y me he imaginado a Roma tal como habría sido, si no hubiera llegado a conocer la vergüenza de las *munera*, de la sangre vertida ante el César, los aullidos de la multitud pidiendo la muerte del más débil... He soñado con una Roma ideal, a imagen de Eneas y no de los dioses. Todo tiene sentido en la vida de los hombres como en la de los pueblos, todo mal tiene una justificación y su castigo constituye lo que llamamos la historia, pero es imposible no pensar en el otro sentido, imposible o prohibido, que haría de nosotros unos destinos perfectos y de Roma una eternidad. Roma, sin los juegos circenses y sin los emperadores, habría conquistado el mundo de un modo completamente distinto y la pena del exilio no existiría.

He recordado las profecías que han hecho, a lo largo de nuestra historia, sobre la eternidad de Roma, tratando de descubrir en los signos externos lo que el alma de esa ciudad nunca ha sido capaz de expresar. Ya en tiempo de Augusto se empezó a dudar de las promesas iniciales. Por encima de la ciudad que Rómulo acababa de fundar, doce buitres habían volado planeando en doce círculos tranquilos y majestuosos. Cada uno de esos círculos anunciaba a la ciudad un siglo de vida, o sea, un total de mil doscientos años de vida futura. Cuando Octaviano recibió su título y se convirtió en Augusto, habían transcurrido ya más de siete siglos, es decir, más de la mitad del tiempo predicho, lo que significaba que Roma no era eterna y que moriría un día como todo lo que vive sobre la tierra. Entonces intentaron modificar la profecía. Esta idea se le ocurrió a Munacio Planco, el mismo que sugirió a Cleopatra en un banquete, la idea de beberse en una copa una perla de precio fabuloso disuelta en vinagre. Así ganó Cleopatra la apuesta que había hecho con Antonio sobre la manera de gastar la mayor cantidad posible de dinero en una sola cena. Marco Antonio se dio por y encido. Este Munacio Planco, que desde luego no carecía de imaginación, era uno de esos personajes secundarios que se contentan con inspirarles a los grandes de la historia sus gestos definitivos, esos gestos que los escultores y los escritores eternizan en mármoles o versos. Sugirió al Senado la idea de conferirle a Octaviano, el vencedor de Accio, no el nombre de Rómulo, como pensaban hacer, sino un *cognomen* virgen, el de Augusto.¹ Octaviano fue, pues, el nuevo fundador. De este modo se daba Roma a sí misma una prórroga, como si dijéramos. Después de morir el emperador, empezaron a murmurar que doce buitres habían volado sobre la ciudad el día del entierro de Augusto. Lo cual confirmaba la creencia lanzada por Planco, según la cual Octaviano, convertido en Augusto, se transformaba en un segundo Rómulo. Un Rómulo mucho más importante que el primero. Yo mismo lo he afirmado en mis *Fastos*:

¹ Augusto significa «fundador de un nuevo lugar sagrado». Aplicado a Roma, quería decir que la ciudad acababa de ser fundada de nuevo.

*Conquistaste no sé qué pequeño rincón de la tierra;
César, en cambio, posee todo el espacio bajo el cielo.*

En mis versos, Roma se hacía, no sólo eterna, sino universal:

*Gentibus est aliis tellus data limite certo;
Romanae spatium est urbis et orbis idem.*²

¡Con qué alegría y qué orgullo se repetían en Roma esos versos que también fundaban, a su manera, el Imperio! La expresión *Urbis et orbis* fue el regalo que yo le hice. A partir de la segunda fundación, Roma se había convertido en el universo. Horacio, Tibulo, y Propertio, habían escrito en el mismo sentido, y también pueden ser considerados como fundadores, mientras que Virgilio profetizaba el retorno a la Edad de Oro: «*Redeunt Saturnia regna*», ¿Qué se quedó por hacer con tal de darle a Augusto y a sus súbditos la ilusión de la eternidad? Por mi parte, hice más que nadie en tal sentido.

Augusto y los poetas han muerto. La Edad de Oro ha durado bien poco. Y si las fronteras del Imperio se expanden como yo lo había indicado, *urbis et orbe*, en cambio, sus límites en el tiempo se encogen cada vez más. Basta una palabra para que caigan del cielo, uno tras otro, los doce buitres de las dos leyendas, tan poco eternos como lo son los siglos.

No tengo tranquila la conciencia. ¿Cuál es el motivo que me impulsa a denigrar en este Diario a mi propia patria, cuya gloria he cantado en mi juventud? El sacerdote dacio me dio una paz provisional y parcial -lo he comprendido desde el relato de Teodoro- pues, convencido de la falsedad de los dioses antiguos y de cuanto se refiere a ellos (la idea de patria terrestre, de moral, de vida íntima, de vida futura) no sé cómo portarme para ponerme de acuerdo con el nuevo Dios. La religión de Zamolxis resulta ser tan sólo una etapa, como una espera -consciente y activa si la comparo con las esperas de las otras religiones- pero tan inquieta como la que hoy conturba a mi alma.

*

Desde ayer por la tarde trato de transcribir la inesperada escena, pero me temblaba la mano y el corazón me latía demasiado aprisa. Mi amigo vino, ya tarde, a mi casa. Me hallaba solo leyendo las cartas llegadas de Roma. Ha adelgazado mucho desde que no lo veo: se le han agrandado los ojos y se le han «caído» las facciones como las de una más cara trágica que expresa la desesperación, el temor y la impotencia ante el fuego del destino. Su mirada se pierde más allá de las cosas, obsesionado por una imagen que descubre por doquier y que parece guiarle en la vida. Pareció no comprender la indicación que le hice para que tomara asiento y me dijo de sopetón:

-Usted es el único que conoce mi crimen. Ese conocimiento es lo que se llama una causa, cuyo efecto es mi desgracia. Si se suprime la causa, desaparece el efecto. Lo lamento infinitamente, pero me veo obligado a matarle.

Hablaba como un griego. Otro me habría matado sin preámbulo ni justificación.

-Sabe usted muy bien que no hablaré. Se lo he prometido.

-Eso no basta. La presencia de usted me produce mucho daño. Le tengo miedo, temo sus reproches, me espanta la simple posibilidad de que pueda usted denunciarme para tranquilizar su conciencia. Me ha prometido usted no denunciarme, pero eso son palabras. No creo ya en las palabras.

² Para las demás naciones, fronteras limitadas; el mundo romano es el mundo entero. (*Fastos*, II, 683.)

-Si se trata de su felicidad o de su tranquilidad -le dije- me teme usted. Soy ya viejo, y amigo suyo. Muchas veces le he servido de consuelo. ¿Por qué no puedo serlo ahora, de una vez para siempre?

Seguía mirando al vacío, pero mi calma, indudablemente, lo había desconcertado.

-¿Qué espera usted? -le pregunté.

Pasó por sus ojos una oleada de angustia. Se enjugó el sudor que le bañaba la frente y pronunció estas palabras que me turbaron profundamente, pues brotaron de un alma atormentada, insegura de sí misma, definitivamente abocada a la desgracia:

-No sé cómo hacerlo. No soy un asesino. ¿Me comprende usted? He dicho que no soy un asesino. Lo que desearía matar en usted no es el hombre que es usted y al que quiero como a un hermano, sino a los dioses que me están haciendo sufrir. Tengo unas ganas atroces de matar a todos los que amo, puesto que han sido ustedes quienes me han hecho desgraciado y los instrumentos de mi destino. Sí, mi destino se ha servido de ustedes para convertirme en lo que soy ahora, para obligarme a decir lo que acabo de decirle a usted. Al suprimirlos a Lidia y a usted, seré libre de nuevo, por lo menos durante unos momentos.

-¿Libre? ¿Acaso le pertenece a usted esa decisión de matarme? Si cree en el todopoderoso destino, ha de llegar hasta el final de su razonamiento. Al matarme, al matar a Lidia, será usted aún más esclavo que ahora, pues ninguno de sus gestos se lo dicta su conciencia. No soy el instrumento de su destino, sino usted mismo. Sólo tendrá usted remordimiento y ningún instante de libertad. El destino no da cuartel a nadie.

Me miró, inquieto.

-Los dioses son malos, ¿verdad?

-No son buenos ni malos. Sencillamente, no existen.

Herimon sonrió.

-Eso no me consuela. A usted le encanta jugar con las palabras, pero a mí ya no me divierte ese juego. Dígame otra cosa, lo que sea, pero no trate de jugar conmigo. Prefiero una verdad, aunque me haga temblar de miedo y de rabia.

-Escuche bien lo que voy a decirle. Ha nacido el verdadero Dios hace algunos años, en un pueblecito de Judea. Ha venido entre nosotros para hablarnos de la muerte de los dioses y de los hombres.

-¿De los hombres? ¡Ja, ja, ja, ja! ¿Es que los hombres son tan mortales como los dioses? ¿Qué estúpida historia quiere usted contarme?

-Ya no habrá hombres -quiero decir instrumentos del destino- tan feroces y encadenados como las fieras. Sólo habrá almas que decidirán ellas mismas de su propio destino. Y Dios juzgará cada alma aparte y quizá perdone a los que han cometido malas acciones sin quererlo y que se han arrepentido después. Es muy posible que usted también sea perdonado. No crea que es usted un instrumento del destino. El mal lo lleva usted en el fondo de su persona.

-No; eso sería demasiado horrible. Prefiero mis dioses y sus cadenas y ese parecido con las fieras. Ese Dios de que me habla usted, es demasiado complejo e incómodo. Nadie querrá aceptarlo, desde luego que no, pues complica terriblemente las cosas. Nos hace responsables. No quiero responsabilidad. Prefiero ser juguete de mis dioses, pues la libertad me hace culpable.

Intentó reír, pero no pudo. La tirantez de sus facciones se resistía a relajarse. Y entonces me di cuenta de la enorme tarea que tendrá el Salvador, ya que los hombres, si no me equivoco, son todos ellos del mismo temple que Herimon. La antigua fe es muy cómoda. La noticia les dará miedo y transformar a cada uno de ellos en un Prometeo libre en sus actos y directamente responsable ante Dios. Necesitaremos milenios para acostumbrarnos a esa libertad. Y correrá mucha sangre, empezando por la mía. Esperaba el gesto de Herimon, la muerte que me había prometido. Me había invadido un gran silencio y me estaba agradando ese miedo, como si fuese a dormirme con un dulce sueño junto a una fiera que, de pronto, se hubiera vuelto inofensiva. Los ojos con que me miraba Herimon no eran ya los de mi amigo. Estoy seguro de que no me veía. Se acercó. No me moví. El centinela gritó la hora desde lo alto de la muralla.

-Voy a matarle. Voy a matarle -repetía. Sacó un puñal que llevaba oculto en los pliegues de su toga; lo miró inexpressivamente, como si aquel objeto no tuviera relación alguna con lo que acababa de decir, me volvió lentamente la espalda, se dirigió hacia la puerta, y desapareció en la noche. Comprendí entonces el sentido de aquel diálogo (más bien, monólogo). Herimon no me había visto en toda la tarde y no era a mí a quien había hablado y respondido. Sólo había estado hablando consigo mismo. Y no era a mí a quien había venido a matar.

*

Pasaron unos días. Fui en su busca dos veces, pero la *taberna* y la casa estaban cerradas, silenciosas, como si hiciera mucho tiempo que las hubieran abandonado. Esta tarde, a primera hora, vino a verme Lidia. Me dijo que nadie había visto a Herimon desde hacía unos días. Salí con ella; pero nuestras pesquisas fueron en vano. Por fin, cuando regresábamos a última hora, nos encontramos a Honorio, venía del puerto. Unos pescadores habían encontrado el cadáver de nuestro pobre amigo, hinchado por el agua. Decían que se había caído al agua desde lo alto del muelle, cerca del faro, y que el accidente se debió a su estado de embriaguez. Era una deducción lógica, digna de la vida de un simple tabernero. Pero yo sabía -y también lo sabía Lidia- que era otra embriaguez lo que produjo esa muerte y que Herimon no había sido un «simple tabernero». Había muerto sin esperanza, víctima de una ilusión que no podía acabar de concretarse. Había creído en el amor, pero se vio obligado a matarse para olvidarlo todo, como tan ardientemente lo había deseado en estos últimos años. ¿No es un final simbólico? Desde luego, es un final que nos habla en nombre de toda esa multitud de corazones de carne, cuyos deseos sobrepasan a toda posibilidad de satisfacerlos. La torturan unos apetitos sin nombre y sin rostro. Busca desesperada el calmante milagroso e inédito y, al no hallarlo, recurre al viejo consuelo: la muerte. ¡Qué tristeza! El aire vibra de espera.

*

Las autoridades de la ciudad han echado abajo la puerta del establecimiento de Herimon. Yo asistí a esta violación. En una mesa, bien a la vista, encontramos el testamento del tabernero. Dejaba a Lidia todos sus bienes, excepto diez ánforas de vino de Quio destinadas, según decía, a consolar mi exilio en Tomis. Imploraba así mi silencio y, quizá, mi perdón.

Desde esta mañana ha vuelto a abrirse la taberna a los bebedores. Lidia ha ocupado el lugar de Herimon. Se le ha puesto la cara autoritaria y severa y sus ojos han perdido esa expresión de falsa inocencia, tan atractiva, que les daba su modo tan gratuito de participar en esta vida. Se las arregla bien en este nuevo juego, como si Herimon la hubiese iniciado en todos los secretos del oficio. Es posible que haya heredado el carácter de Herimon más que su dinero y la taberna. ¡Qué sencillo y luminoso es el destino de las mujeres! Viven más allá del destino atormentado de los hombres, como los dioses, que nos hacen vivir o morir, según el capricho momentáneo. Pienso en Fabia, la cual se imagina desde tan lejos mi exilio, que desde hace mucho tiempo está acostumbrada a su respetable condición de esposa de un condenado y que ha vivido esa tragedia a través de mis cartas. Durante años he creído que todo dependía de ella, de su habilidad, de sus relaciones, ya que estoy habituado a concebir la vida a través de la buena o la mala voluntad de alguna mujer. La vejez me hace olvidar cada vez más los principios del *Arte de amar*. Me enseña a permitirme ciertas libertades. Y pienso también en Livia, que ha sobrevivido a Augusto y que ha sido la verdadera dueña del Imperio, su verdadera fundadora. Augusto llevaba el cetro, pero era Augusta la que lo utilizaba y la que todavía sigue manejándolo.

*

He recibido hoy una carta inesperada. Es de Artemis, la cortesana que adoraba a los dioses.

«Seguramente estas líneas van a sorprenderte, mi viejo y querido amigo. Te llegan de una mujer que se creía feliz y rodeada de amor y de calma, de riquezas y consideración y que no es más dichosa ahora de lo que era en Tomis. ¿Lo crees posible? ¿Te parece razonable? Eres el único hombre al que he comprendido en mi larga vida sin amor, el único al que he amado. ¿Cómo explicártelo? No tengo costumbre de escribir y no querría ofenderte. Pienso en ti con frecuencia. Eres también el único hombre que no me ha herido con palabras ni gestos. Me gustaba escucharte y, ¿lo recuerdas?, mientras te calentaba tus helados pies, durante tu primer invierno en Tomis, apretaba una oreja sobre tu pecho y me hacía la ilusión de que tus palabras te salían del corazón, como los sonidos de una campana que yo sola pudiera comprender. También sabías escucharme y nunca te aburrían las tonterías que te contaba. En todo caso, hacías como si te interesaran y yo te lo agradecía, pues necesitaba un alma que me escuchara y nadie había querido hacerlo; o bien, si me prestabas atención, era sólo para reírte de mis locas fantasías. Alguien me llamó una vez "Safo al revés queriendo decir con ello que era una Safo capaz de tener relaciones amorosas con hombres, pero incapaz de escribir poemas. ¿Te has dado cuenta alguna vez del amor que yo sentía por ti y del que me daba vergüenza hablarte? Eras un exiliado entre los hombres lo mismo que yo era una exiliada entre las mujeres. Soñaba yo con los dioses y sus amores pero lo que esperaba era otra cosa. Tú también habías soñado con los dioses; les habías dedicado tu vida y tu talento, pero el exilio te dotó de una nueva luz y te descubriste a ti mismo en el fondo de tu soledad y tu sufrimiento. Cuando me quedaba sola, al marcharte tú de mi casa o al irme yo de la tuya, seguía oyéndote. Tu voz me hablaba en sueños; me despertaba y me sentía llena de tu presencia. Te he dado a cambio cuanto podía darte para que tu soledad te fuese más soportable, tu exilio menos triste, y menos frío tu lecho. Sé que te he dado muy poco porque tú llenabas mi vida y yo, en cambio sólo podía ocupar un rinconcito en tu existencia colmada de emperadores, dioses, mujeres y poesía. Sin embargo, sentía que se habían creado entre nosotros unos vínculos íntimos por encima de las apariencias y que mis sentimientos por ti no caían en el vacío. Sin darte cuenta me has amado con un amor que buscaba en mí la imagen de una imposible perfección. Asimismo, yo veía en ti la imagen un dios, quiero decir la imagen de la misma perfección que tú buscabas en mí. Nos parecíamos y de ahí venían nuestro amor y nuestra comprensión mutua.

»¿Tengo derecho a pronunciar esas palabras? En Tomis, me habría faltado el valor. Pero sé que el mundo cambiará, que está ya cambiado, que cuanto se había considerado como verdadero resultar mentira y que muchas de las mentiras que hoy asustan a los hombres serán otros tantos consuelos. Pues Dios, el único y verdadero, aquél del que hablaban los getas, ha nacido ya entre nosotros, ¿has oído hablar de Él? Los sacerdotes tiemblan y los hechiceros se esconden. Nadie se atreve a manifestar su alegría, pues esperan milagros de El y no se ha dejado ver todavía. Se dice que está en Judea. Por ahora, los únicos que se alegran son los que sufren y los que sueñan. Los demás lo ignoran, y seguirán ignorándolo hasta el momento de Su venida. Te doy esta noticia porque sé que te alegrará. No acierto a decirte más. He oído que le llamarán el Mesías o el Salvador, que juzgará a los hombres y que Su Imperio será eterno. Los pocos que hablan de Él, pues los demás no se interesan por estas cosas, ya que están demasiado ocupados con su dinero y sus ambiciones, dicen que Dios, según los libros antiguos de los hebreos, se dejará matar por los hombres y que sufrirá como un condenado. ¿Lo crees posible? No llego a comprender ciertas cosas. ¿Es que vamos a seguir siendo los más fuertes, con nuestros defectos, nuestras crueldades, nuestros placeres y nuestro odio por todo aquello que no podemos comprender? Entonces, te pregunto: ¿para quién ha venido Él?

»Espero una larga carta tuya...»

De manera que ya estaban enterados por muchos sitios y Artemis era una de las personas que se alegraban de Su advenimiento.

Sin noticias de Teodoro,

*

Artemis tiene razón. Me parezco a ella. Y es cierto que he amado a esta «Safo al revés». Me enseñó a aceptar cosas que yo detestaba sin saberlo. Fue mi primera raíz en este suelo que me resultaba inabordable y hostil. Le he escrito una larga carta dándole cuenta de lo que me ha contado Teodoro.

El tiempo transcurre con tanta rapidez que no llego a captar el sentido y el aspecto de las estaciones. Todo lo que sucede más allá de mí, entre los hombres, en la Naturaleza o en la ciudad, me parece como una sombra lejana sin relación alguna con mi vida.

SÉPTIMO AÑO

Sé que voy a morir entre los getas. Hace unos años esta idea me horrorizaba. Veía a mi alma errar por estos lugares haciéndole compañía a la de Medea. Ahora sé que nuestras almas correrán una suerte distinta y que no reproducen el itinerario de nuestros cuerpos. ¡Qué vago y poco seguro es todo esto! Teodoro ha dejado de escribirme. Probablemente, habrá muerto antes de alcanzar su objetivo, aniquilado por la bebida en alguna taberna de un puerto oriental, en Alejandría, o en algún sitio semejante. Fue el hombre más feliz y más decepcionado de todos los tiempos. ¿Podría pensarse que Dios no lo ha querido a Su lado? Entonces, ¿por qué lo condujo hasta Su cuna? ¿Qué sentido tiene esa tragedia? Aún no ha llegado el tiempo de Dios. Es cuanto podemos decir.

*

Lo que debía de suceder ha sucedido por fin. Esta separación ha sido tan triste como mi partida de Roma, hace siete años. Sería inútil que intentara ocultármelo a mí mismo. Ningún consuelo es posible, no existe pensamiento ni recuerdo alguno que pueda mitigar mi llanto y mi pena. Creía que el sacerdote dacio había encontrado el medio de librarme de toda superficialidad y que la revelación de Teodoro, que completaba mi viaje entre los dacios y confirmaba todas mis esperanzas, había cortado todas mis raíces sentimentales y que me había librado para siempre de mis debilidades. Había hallado mi equilibrio interior y estaba convencido de que la paz de mi espíritu, sólo dependía ya de mi propia voluntad, que me había convertido en el dueño absoluto de mi alegría. Esta alegría que venía de fuera, y eso es lo que me ha enseñado la marcha de Dokia.

Esto necesita una explicación.

Honorio es el marido de Dokia, y la pequeña Dokia es el fruto legítimo de sus amores. Un sacerdote dacio ha unido a la pareja, según la ley de Zamolxis. Se trata, pues, de otra, «traición». Honorio es ya un dacio. Se ha convertido en dacio desde el momento en que, abjurando de la fe romana, se ha casado con una mujer geta, contra el reglamento militar. He ahí la clave del secreto que nunca había podido aclarar. Honorio se dejaba crecer la barba y, a la vez, me rehuía. Simpatizaba conmigo, pero evitaba acercarse a mí para no dejarse resbalar por la pendiente de las confesiones. Yo escribía demasiadas cartas a Roma y podía denunciarlo –incluso sin mala fe, por mera imprudencia–, al dar a mis poderosos amigos noticias de Tomis. Me protegía a distancia y favorecía mis viajes. Puso a Dokia a mi servicio para vigilarme mejor, para conocer mis pensamientos más íntimos, y no tardó en darse cuenta de mi verdadera actitud hacia Augusto y el Imperio, pero nunca se aprovechó de esto para denunciarme a Roma, pues en seguida vio en mí un aliado y casi un correligionario. Sin embargo, quiso permanecer fiel a su misión y a su uniforme y nunca me ha revelado el gran secreto de su vida. No lo ha hecho hasta el momento en que, llamado a Roma, se decidió a cruzar el Danubio y unirse a la familia de su mujer, Sedida y los suyos. Su sustituto vendrá a Tomis acompañado por una centuria de legionarios y por especialistas de la marina de guerra que establecerán en estas aguas una base de aprovisionamiento para nuestra flota.

Por eso, Honorio y Dokia no han querido hacer el viaje en barco. En una carreta de dos caballos, se han ido ellos dos, la pequeña, y el anciano padre de Dokia y han cargado en ella sus bienes. Esta carreta es como aquella de Comozous, el cual, por cierto, les espera ya en Carsium, por donde piensan cruzar el Danubio, después de atravesar la Escitia Menor.

Salieron ayer noche. Hace dos días que conocía yo su plan y nada he hecho para impedirles la fuga. Dokia ha de seguir a su marido, cuya vida estará desde ahora en peligro donde quiera que

haya romanos. Todos hemos llorado al separarnos, incluso Honorio, que ya no ha disimulado el afecto que me tiene. Por vez primera le he visto con su hija en brazos como si acabase de encontrarla después de una larga separación. El espacio que los había alejado durante años, era yo. Dokia había abandonado su aire reservado y misterioso y adquiría de pronto su aspecto de esposa que me había ocultado tanto tiempo. Parecía una matrona romana. Honorio, en cambio, libre de toda coacción, tenía todo el aire de un auténtico dacio. Se han transmitido, el uno al otro, lo que tenían de más valioso en sus personas, así como sus más bellos gestos. La pequeña Dokia se parece a ambos, pero a la vez es otra cosa, un ser nuevo, una nueva forma humana, la imagen perfecta de otra raza que estará constituida quizá por lo mejor que hay en los dacios y en los romanos. Una raza del futuro, amada de Dios.

Honorio se había quitado el uniforme y la noche de su marcha iba vestido de dacio. Hemos tomado juntos la última cena en casa de Dokia, de donde salieron para no tener que atravesar la ciudad que, por la noche, está cerrada y también para evitar que los vieran. Nos hemos besado y abrazado efusivamente. Yo sabía que era la última vez que nos veíamos en esta vida. He pasado solo la noche en la casa de Dokia, vacía y fría, llena aún de sus voces y cuya atmósfera se agitaba con sus presencias invisibles.

Hacia la medianoche, torturado por los fantasmas de esos seres vivos que había abrazado poco antes, he salido para pasearme bajo la luna a lo largo de la playa. Las olas se deshacían en la arena con un rumor apenas perceptible, de tan tranquila como estaba la mar.

¡Cuántos acontecimientos importantes de mi vida han tenido lugar allí! En efecto, allí fue donde Dokia veló un día mi sueño dejándome adivinar la simpatía que sentía por mí; y de allí vi partir la galera que tenía que llevarme al país de los partos, el día en que quise escapar de Augusto. También fue allí donde el otro «Augusto», el mío, murió con los ojos picoteados por el guila y donde la pequeña Dokia manifestó su valor y su fuerza y en aquella misma playa me contó Teodoro su extraña aventura y me comunicó la Buena Nueva. No pensaba en Medea. Estos lugares habían perdido para mí todo aspecto salvaje e inhóspito. El transcurso de los años los había domesticado. Formaban parte de mi vida y la realidad los había separado del mito y de todas las sombras nefastas.

Unas estrellas fugaces caían en el mar, ya que estamos en agosto, el mes en que el cielo le habla a la tierra con amplios signos indescifrables. Este cielo inmenso me es hoy más familiar que el de Italia. La Osa Mayor, por encima de la casa de Dokia, no es ya el símbolo de mi exilio, sino más bien el de mi nueva patria, la patria de mi vejez. Mi última patria provisional.

Al regresar me he detenido para contemplar la casa, blanca como un pedazo de luna. Y, de pronto, me he dado cuenta de que se parecía a Dokia y que las dos ventanas me miraban, grandes y tristes, como los ojos de la que había partido.

*

El centurión valerio me ha mandado llamar hoy. Me citaba en el palacio donde se ha instalado desde su llegada, el del Gobierno de Tomis, frente al gimnasio. Se ha levantado para recibirme, pero su fría mirada me ha hecho comprender en seguida la actitud que tendría este hombre para conmigo. He sorprendido también en su mirada esa indiferencia humana que caracteriza a los mortales de vocación política y que los hace enemigos de los hombres. Apenas se molestó en informarse de mi salud ni en preguntarme si estaba en su mano hacer algo para que mi estancia aquí me fuese más soportable. Desde el primer momento de nuestra entrevista surgió entre nosotros una antipatía. Hablaba mi lengua, venía de Roma, corre por nuestras venas sangre de la misma raza, pero ni un solo instante se borró de nuestros rostros la primera impresión de recíproca hostilidad, a pesar del esfuerzo que hicimos ambos por disimularla.

-Se hallaba usted en buenas relaciones con mi antecesor -me soltó de pronto, cortando así todo intento de cortesía.

-Está usted bien informado.

-Tenía usted la obligación de informar a Roma de su propósito de fugarse.

-Ignoraba que un exiliado tuviese el deber de convertirse en delator del ejército.

-Ese silencio podría haberse interpretado como una complicidad. Además, la mujer que lo acompaña se encontraba al servicio de usted. Estaba usted en constantes relaciones con los dos. ¿No le han revelado en ninguna ocasión sus intenciones?

-No. Es más, incluso desconocía las relaciones que había entre ellos. El que se escapan juntos me ha sorprendido tanto como a usted.

-¿Y qué le parece lo sucedido?

-No comprendo muy bien lo que quiere usted decir.

-¿Aprueba usted la fuga de sus amigos?

-Es un asunto que no me interesa. En cuanto a mí, como puede usted comprobar, me encuentro todavía aquí. No puedo permitirme juzgar la conducta de mis amigos. Si me ha hecho usted venir para añadirá mi testimonio al expediente que está formado contra Honorio, ha calculado usted mal, centurión. No estoy dispuesto a contarle mentiras. En el fondo, ¿qué desea usted? ¿Unas pruebas contra Honorio? ¿Acaso no le basta con el hecho de su fuga? Se trata de una traición. Subraye esta palabra y tome las medidas que disponen las leyes militares para casos semejantes.

Me miró sorprendido. Habían pasado siete años desde mi partida de Roma. Entre tanto, los soldados se habían convertido en unos policías. Este centurión, enviado del emperador en Tomis, no acababa de entender mi actitud. Había contado con mi testimonio para hacer de su informe sobre Honorio una obra maestra salpimentada de literatura. Mi resistencia le hería. Estaba desconcertado.

-Si quiere uno recuperar la libertad, hay que ser comprensivo. Podría serle a usted útil colaborar en este asunto.

-¿Qué desea usted saber?

-El lugar en que se encuentra Honorio ahora.

-Le repito que Honorio no me tenía al tanto de su fuga. Pero, si lo desea usted, puedo colaborar en este sentido. Puedo decirle que Honorio se halla muy probablemente lejos de aquí. Con seguridad, habrá cruzado el Danubio e incluso las montañas. Es lógico pensar que haya puesto por medio la mayor distancia posible entre él y usted.

-Veo que se obstina en no decirme lo que sabe.

-Acabo de probarle lo contrario. Le he dicho lo que sé y no tengo secretos que revelar.

-Tengo facultad para confinarle en su casa.

-Así me ahorrará usted otro paseo hasta aquí. Estoy viejo y fatigado. Es usted, con mucha diferencia, el más joven de los dos. Si desea usted verme de nuevo, moléstese en visitarme. ¿Qué noticias hay de Roma?

-Malas, muy malas para usted. Esa pregunta me evita andarme con rodeos. El motivo por el cual le desterraron subsiste aún. Nos ha hecho usted mucho daño y todavía se le considera como el corruptor de la juventud.

-¡Ah, siguen leyéndome! No lo sabía.

-No es como para enorgullecerse. El Imperio necesita soldados, no poetas.

-¿Acaso habría sido usted más severo que el propio Augusto si hubiera tenido que juzgarme?

-Sin duda alguna. Y aún puedo serlo. (Hizo una pausa y miró por la ventana para rehuir mis ojos.)

Siempre, desde luego, que se obstine usted en sostener la misma actitud.

-A mis años no puedo convertirme en un soldado. (Me levanté) ¿Así que debo considerarme confinado en mi casa?

-No tardará usted en recibir instrucciones mías. No podrá salir de Tomis sin un permiso especial.

Se levantó también.

-Y no olvide que todo depende de usted.

-Nada tengo que añadir, centurión. Si le gusta a usted la poesía, le recibiré con mucho gusto en mi casa. Podría usted pasar agradables veladas leyendo versos.

-Solamente leo la prosa de mis superiores.

Odio a este hombre. Comienza un nuevo exilio.

*

Excepto Lidia, todos mis antiguos amigos han desaparecido de Tomis. Esta vez se acabó. Estoy solo en medio de un mundo nuevo, rodeado por desconocidos, desde la vieja criada que ha ocupado el lugar de Dokia y que sólo me dirige la palabra para preguntarme: «¿Qué dice usted?», hasta Valerio y sus legionarios, que se agitan por las calles y en el puerto. Me hallo en el mismo punto que hace siete años, en el momento de desembarcar, salvo que ya me faltan las energías y que no tengo ganas de empezar de nuevo. Ni siquiera trabajo. No escribo ya cartas, pues mi correspondencia ha de pasar por manos de Valerio y sería para él una gran alegría poderme devolver las cartas o llamar la atención de sus superiores sobre su contenido inmoral o subversivo. Se daría el gusto de decirme: «Los Imperios se construyen con guerreros y no con traidores y desertores como Honorio.» Y tendría razón. Yo le contestaría: «Es muy cierto, pero a mí no me gustan los Imperios.» Me sorprende a mí mismo dialogando con Valerio, me enfado, cambio de tema, pero surge de nuevo en medio de mis pensamientos; y nuestra discusión se reanuda encarnizadamente. Por mucho que lo zarandee con argumentos e injurias, Valerio no desaparece de mi imaginación. Se ha convertido en el Enemigo y sueño con él. A veces, en estas fantasías, invoco la ayuda de mi fiel perro «Augusto».

En el fondo, lo que me ha dicho ha sido para mí un gran consuelo: en Roma siguen leyéndome y he venido a ser la mayor causa de la decadencia, de la corrupción, el motivo de las batallas perdidas. Está visto que el Imperio anda tan mal como cuando Augusto descubría en mis libros la porquería que minaba su creación. Júpiter necesitaba una medida humana para poder comprender su obra. Ha muerto. Yo, en cambio, aún estoy aquí. ¡Qué satisfacción!

*

Esta tarde he bajado al mar. Se apagaba el crepúsculo como una antorcha roja que una mano situada por encima de los hombres sumergiese lentamente en el agua. La playita estaba desierta. Aún había higos ocultos en las ramas y cogí algunos mientras descendía hacia su orilla. La arena húmeda y fría no invitaba al reposo. Me he acercado al agua; el viento, con las salpicaduras del oleaje, me abofeteaba el rostro. Las olas de la marea creciente me mojaban las sandalias y al retirarme, me hundían un poco en la arena reblandecida. Gritaba al viento: «¡Corina! ¡Corina!» El deseo y la nostalgia me concedían un suplemento de felicidad y las lágrimas me resbalaban por las mejillas. El otoño había expulsado a todos los romanos de Planasia y era yo el último extranjero en la isla. Me encantaba prolongar la alegría del regreso. Escribía mucho en aquel tiempo. La distancia no se había transformado aún en dolor.

Esta tarde, en el muelle de Tomis, he revivido aquella escena de mi juventud. Unas olas se rompían furiosas a mis pies. Las mismas salpicaduras saladas me picaban en el rostro, pero esta vez no tenía lágrimas, porque las lágrimas se retiran al fondo de nuestra persona absorbidas por la vejez. Sentía un gran deseo de gritar un nombre, de lanzarlo al viento como antes, pero sabía que toda llamada sería ya inútil y que nadie me respondería al otro lado del mar. El mismo otoño enrojecía el cielo, maduraba las frutas y atraía la tempestad y el frío; nada había cambiado en el mundo, excepto esta silueta humana que había vivido quién sabe por qué. Sin embargo, una única esperanza se ocultaba más allá de la soledad, en el reino de lo inmutable. Y llamaba a la muerte.

De regreso, me he detenido en casa de Lidia. Ya había oscurecido del todo. Antes de entrar en la taberna miré, por la puerta abierta, el iluminado interior. Estaba sentada en una mesa,

hermosa y ricamente ataviada. En sus dedos le brillaban piedras falsas, azules, verdes, rojas, y tenía sujeto el cabello con cintas de seda multicolor y las espaldas desnudas. Ante ella se encontraba Valerio. Hablaban con gran intimidad y se miraban intensamente a los ojos.

Lidia reía. El centurión le cogió las manos por encima de la mesa y ella hizo como que no se daba cuenta. Seguí mi camino.

*

Al día siguiente, vino Lidia a verme. Debo confesar que esperaba esta visita. Me preguntó si tenía noticias de Dokia. Le dije que, desgraciadamente, nada sabía de ella.

-¿Has perdido todo contacto con Dokia?

-En efecto.

-Pues érais muy buenos amigos. Más que buenos amigos. Hacía mucho tiempo que sospechaba yo lo que sucedía entre vosotros. Pasaba con frecuencia la noche en tu casa y yo me ponía celosa. Me impedía estar más a menudo contigo.

-Herimon no te lo hubiera permitido. Por cierto, que has olvidado muy pronto al pobre Herimon, a pesar de que se portó muy bien contigo. ¿Piensas volverte a casar?

-No. Mejor estoy así.

-No te faltan las ocasiones.

-Tengo cuanto deseo. ¿Para qué voy a casarme?

-Porque te aburrirás a pesar de todo eso y estoy seguro de que no tardarás en buscar nuevas sensaciones donde sea.

-Por ejemplo...

-Supongamos que te interesas, de pronto, por la política, como novedad.

-¿La Livia de Tomis?

-Buena comparación. Serías una excelente colaboradora de un Augusto en busca de Imperio. Y podrías empezar aquí mismo, en Tomis. ¿He adivinado?

Todavía sabe ruborizarse, pero esta vez lo hizo fastidiada. Le asomó a los ojos un brillo perverso.

Sentí que en ese mismo instante había dejado de pertenecerme, que había entregado a otro su alma. Continué hablándole:

-La política es un arte difícil. Afea a las mujeres al obligarlas a cometer malas acciones, a traicionar a los viejos amigos, a servir a implacables amos. Todo eso deja huellas en la cara.

Lidia se ha convertido en la primera arma que Valerio ha decidido utilizar contra mí. Por fortuna, ya estaba yo sobre aviso. Si no, ¡qué fácil habría sido su tarea! Lidia hizo todo lo posible para darle a nuestra charla el tono de antes, pero se había roto irremediabilmente el encanto, pues había comprendido mi alusión. Su marcha dejó un gran vacío en la casa.

*

He aquí la pregunta que me hice el otro día: «¿No he presentido, cuando escribía la obra fundamental de mi vida, estas horas de hoy?» Quiero decir tanto las horas mías como las de la humanidad. ¿He tenido alguna revelación? Dios habla a los profetas, pero los poetas también lo son. Son vínculos entre la belleza y los hombres, y si la belleza es Dios, los poetas tendrían que ser los reveladores de la existencia del verdadero Dios. Y he acabado encontrando estos sorprendentes versos en el Libro XV de *Las Metamorfosis* (el que habla en mis versos es Pitágoras):

«Y puesto que un dios me hace hablar, obedeceré religiosamente a ese dios que dicta mis palabras; desplegará a la luz del día los secretos de ese Delfos que está en mí mismo, los del propio cielo, y revelará los oráculos de la augusta sabiduría. Proclamará los grandes misterios en que el genio de hombre alguno pudo penetrar antes de nosotros y que permanecieron tanto tiempo

ocultos. Quiero lanzarme al cielo a través de los astros; quiero, abandonando la estancia en esta tierra amodorrada, transportado por una nube, ir a posarme en los hombros del robusto Atlas, contemplar desde allí, muy lejos, a mis pies, los hombres que van a la ventura sin que los guíe la razón, fortalecerlos contra el terror y el temor a la muerte, y desplegar ante sus ojos la continuidad de los destinos.

«Oh, raza inmovilizada por el terror que le inspira el miedo a la fría muerte! ¿Por qué temblar ante la Estigia, ante las tinieblas, palabras vacías de todo sentido, simple materia para uso de poetas, y ante los peligros de un mundo inexistente? Decíos que los cuerpos hayan sido destruidos por las llamas en la hoguera o por simple descomposición a fuerza de tiempo, no pueden ya padecer. En cambio, las almas se libran de la muerte y siempre que han abandonado una morada encuentran una nueva que las acoge y en la cual viven y habitan.»

El alma se libra, pues, de la muerte. Yo lo sabía. Y, ¿cómo he llegado a saberlo? ¿Quién me lo dijo, puesto que Pitágoras, en esos versos, soy yo mismo? Sí, un yo que se escondía tras mi existencia cotidiana y que surgía de vez en cuando para escribir sobre el *dios que me hace hablar* y sobre la inmortalidad. Toda mi obra fue sólo el reflejo de los tiempos antiguos, de la vejez del mundo, desde *Medea* a *Las Metamorfosis*, desde *El arte de amar* hasta *Los Fastos*. Cantaba al cuerpo, al placer, al terror, los dioses y todas esas pequeñas realidades que se desmigajan hoy bajo el peso del Dios único que los dacios y los hebreos habían conocido y adorado. Mi idea de la inmortalidad era la siguiente:

«Y nada muere, creedme, en un universo tan inmenso, sino que todo toma formas variadas y nuevas. Lo que llaman nacimiento es el comienzo de algo que es distinto al estado anterior; y muerte, la terminación de ese mismo estado. Una parte puede ser transportada a determinado lugar, otra parte a un lugar diferente, pero la suma de todas estas partes sigue siendo constante.»

La metamorfosis era, pues, el secreto por medio del cual explicaba yo, según las enseñanzas de Pitágoras, la eternidad de nuestra alma. No podía concebir la inmortalidad pura, inmutable, más allá de la vida del cuerpo. De modo que no volaba «por entre los astros,» sino muy bajo, por entre las opiniones de mis contemporáneos y predecesores. Profetizaba al revés.

Llegar a esta conclusión me decepcionó. Decidí continuar mis pesquisas y mi obstinación se vio recompensada, pues hallé en el Libro XIV la historia del Ave Fénix, la que cada quinientos años renace de sus propias cenizas. No se trata de una propia y verdadera metamorfosis, ni de una metempsícosis, ya que el ave sigue siendo siempre la misma en la eternidad. ¿No es éste el símbolo del alma humana y, a la vez, del hombre nuevo que se prepara a renacer de las cenizas de nuestro siglo? Para emprender el vuelo sólo espera la palabra de Dios: ¡Si estuviese conmigo Herimon, u Honorio, o por lo menos Dokia, para hablarles de todas estas cosas! ¡Pero se fueron! cada uno de ellos cumplió su destino en la vida o en la muerte! Incluso Artemis se ha realizado a sí misma. Comprendo ahora el sentido trágico del exilio, este lugar suspendido entre un origen perdido y un final que no podemos ni entrever. Yo querría estar ahora en Roma, o morirme, pero nada me está permitido. Vivo entre nostalgias, la única curable de las cuales es la última: una muerte que está más próxima de mí que el regreso a Roma, pero cuya fecha no puedo fijar. Me tambaleo, embriagado de incertidumbres y de plegarias, entre Tiberio y Dios.

Al salir esta mañana de mi casa, me he torcido un tobillo. Un transeúnte misericordioso me ha ayudado a meterme en la cama. El dolor me puso pálido y sudaba como un caballo. Poco a poco se me fue quitando el dolor a medida que se me inflamaba el tobillo y que mi cuerpo se refugiaba en un pesado y reparador sueño que me producía mis habituales pesadillas. Esta vez, me hallaba en Roma –o quizás fuese otra ciudad- sentado en una silla, bajo un pórtico. Detrás de mí había una plaza pública y, delante, una calle por donde pasaba la gente sin verme, abstraída en sus propias preocupaciones. Una mujer recogía en sus manos el agua sucia que corría al borde de la calle y me rociaba con ella el tobillo. Esa agua constituía el único remedio que podían ofrecerme en esta ciudad que yo conocía, pero donde era un desconocido. Me avergonzaba encontrarme allí con la pierna desnuda y blanca a la vista de todos. Le rogué a la buena mujer que fuera a avisar a mi madre, cuyo nombre repetía yo gritando cada vez más fuerte.

-Su madre nunca ha vivido en esta ciudad. Sin duda se equivoca usted.

Entonces le rogué que avisara a Corina, mi amada, pues ¿podía haber nadie en el mundo que no conociese a Corina? Esta sí que me habría curado en seguida. Imaginé su llegada, sus tiernas y asustadas exclamaciones al verme postrado, sus besos después de una separación tan larga. Sabía que Corina no tenía ya su piso y que habría sido un problema buscar una habitación para ocultar nuestro amor de las miradas indiscretas. La veía tan joven como antes, cruzando la calle para hablar con personas conocidas mías, pero la mujer que seguía ocupándose de mi pierna, remojándose el tobillo con el agua sucia que iba a vertirse en un sumidero, cerca de mi silla, me decía que Corina no estaba allí, que vivía en Roma, una ciudad lejana a la que yo no podía ir a causa de mi pierna hinchada o de alguna otra enfermedad aún más grave. Entonces llamé a mi hermano, luego a Dokia, a Honorio, y a Scorys, pero inútilmente, pues los tres vivían lejos de allí. Nadie en aquella ciudad sabía nada de mí; me hallaba completamente solo bajo aquel pórtico, inmovilizado por la torcedura, entregado a los cuidados de aquella ignorante mujer y de la porquería que corría sobre mi tobillo, aquella agua sucia, fría e inútil. Tanto la amistad como el amor me estaban prohibidos; todas las personas a las que había amado durante mi largo y feliz pasado se encontraban lejísimos, más allá de los mares, y me habían olvidado. Las veía con toda claridad ocupándose de sus asuntos, con la mirada en otra parte, como si para ellas hubiera dejado yo de existir.

Me desperté dolorido, pero no era el tobillo lo que me dolía, sino aquel olvido que me apretaba el corazón y me volví a dormir. Esta vez sí que me hallaba en Roma, no había duda alguna. Pero ignoraba cómo había llegado hasta allí. Me resultaban conocidas las calles, las plazas, las casas, pero todos los que encontraba por el camino eran figuras nuevas, hombres y mujeres vestidos de manera curiosa. Me dije que la moda habría cambiado entre tanto y me invadía un miedo cada vez más angustioso. Me encontraba en Roma, pero el César no me había dado permiso de entrada; aún no me había indultado. La policía imperial estaba ya enterada de mi fuga de Tomis y cualquier persona de aquellas que pasaban a mi lado por las calles podría detenerme y encerrarme en una mazmorra o arrojarme entre las fieras a la cegadora luz del circo. ¿Por qué había abandonado el lugar tranquilo y bienaventurado de mi exilio? ¿Qué hacía yo allí, en mi ciudad que nada quería saber ya de mí? Pasaban amigos míos por mi lado y fingían no reconocermme, pues temían a la policía y a las represalias de Tiberio. Los años transcurridos en nada habían cambiado mi suerte. Ni siquiera habían suavizado el régimen de terror bajo el cual estaba condenado a vivir el Imperio, víctima de su propia grandeza.

Tenía que encontrar una solución, ir en busca de Corina, pero no había manera de encontrar su casa. Me extravié por calles que ya no recordaba y por fin me decidí a volver a casa, pues tenía hambre. Fabia podía darme algo de comer, ocultarme y protegerme. Pero mi casa no existía ya, nadie la recordaba, la gente me miraba con ojos de policías y mi detención era inminente. ¿Cómo se me había ocurrido abandonar Tomis y venir aquí si el régimen no había cambiado y si nadie pensaba en concederme el indulto? Veía a Tomis como el lugar más seguro del mundo, la ciudad de mi libertad y mi felicidad. ¿Por qué la había abandonado? Alguien se puso a gritar señalándome con el dedo: «¡Es Ovidio, el exilado, detenedlo!» Empecé la fuga, pero me dolía el tobillo y caí de cara en el sumidero. El agua sucia me salpicaba el rostro, me cegaba, olía a orines de caballo. Estaba perdido.

Me desperté jadeante, agotado por la carrera y por el miedo. Me ahogaban. Me dolía todo el cuerpo. Aún abotargado por el sueño, llamé a Dokia. Nadie me respondió. Estaba solo.

*

El pie sólo me duele ya cuando intento andar. Si estoy tendido no siento dolor alguno. Por eso me quedo en la cama soñando con los ojos abiertos. Mi infancia sobresale cada vez más en mi memoria como si los años pasados se acumulasen sobre todas las demás épocas de mi vida y sólo respetasen el comienzo. Todo se aclara a esa distancia. Era yo el que iniciaba las escapadas en

aquellas tardes de verano mientras todos reposaban en la casa, con las ventanas cerradas, sumergidos en el frescor de las habitaciones. Nos obligaban a acostarnos o, por lo menos, a pasar dos horas tendidos, los días de la canícula. Fingíamos dormir, y cuando se hacía un silencio absoluto, salía yo por la ventana invitando a mi hermano a seguirme. Descalzos para que no nos oyesen, atravesábamos, haciendo muecas de dolor, el recalentado patio cuyas piedras ardían bajo el sol, este sol que en julio y agosto llamaba *sol-león* la gente del pueblo. En efecto, lo mordía todo como con fauces de león. Entrábamos en la huerta por una puerta de madera que abríamos con sumo cuidado, pues rechinaba ensordecedoramente, y penetrábamos en el reino prohibido. En la huerta zumbaban los insectos y toda ella estaba llena de deliciosos efluvios, y casi la veíamos madurar y expandirse al sol como un pan al calor del horno.

Nuestra primera tentación era la higuera, al fondo de la huerta, y al subirnos a ella por sus lisas ramas, espantamos a los lagartos. Siempre elegíamos los higos lacrimosos ya picados por las lenguas de los lagartos y cuyo jugo, al resbalar, formaba una lágrima clara en el extremo inferior de la fruta. Una cálida dulzura me llenaba la boca y toda mi vida se concentraba en esa sensación de felicidad, de paz, de satisfacción suprema que más tarde había de encontrar en el amor. Abandonamos pronto la higuera, pues sus escasas hojas dejaban pasar el sol, que nos mordía la nuca. Con las palmas de las manos cargadas de higos, pasábamos bajo las bóvedas frescas de las viñas; cogíamos las uvas maduras arrancándolas con un golpe seco y preciso donde el tallo formaba una hinchazón, como un frágil nudo, y nos sentábamos en la hierba para mordisquear tranquilamente los sabrosos granos. Dos uvas y un higo, tal era nuestro ritmo. Luego, cambiábamos: dos higos y una uva, y así sucesivamente. Era un festín en proporción geométrica. No podíamos más. Me pesaba el vientre como un peso que no perteneciese a mi cuerpo. Las cigarras, bozrachas de calor, hacían vibrar el aire elástico. Hablábamos de mujeres, de política, de poesía y mi hermano quedaba deslumbrado con mis conocimientos. Me hacía reír hasta saltáreme las lágrimas por lo bien que imitaba a las personas mayores: la voz de mi padre, la cojera del ama griega, la tos de nuestro tío. En todo encontraba yo rimas y no cesaba de inventar historias.

Estas dos horas se nos hacían interminables, de tan lentamente como transcurrían en el tiempo de la infancia- Saltábamos por la empalizada que estaba al fondo de la huerta y nos hallábamos en una plaza, desierta a aquella hora, y que nunca era muy frecuentada. Crecía la hierba por entre las losas del pavimento. Las columnas del templo de Diana se elevaban en medio de esa plaza, blancas y deslumbrantes bajo la luz cegadora. Sulmona dormía en un gran silencio, aún más profundo por el contraste del monótono canto de las cigarras, que la acunaban. La sombra de la aguja no se movía ya en el cuadrante solar. Éramos los únicos seres vivos en una ciudad que nos pertenecía. Aquella era nuestra hora. Nos dirigíamos hacia el arroyo que fluía al borde de la ciudad y allí nos esperaba nuestro cotidiano espectáculo. Unas mujeres del barrio pobre se atrevían, impulsadas por el calor, a bañarse en el riachuelo. Ocultos detrás de una fila de lamos, tumbados en la hierba, contemplábamos los cuerpos desnudos que nos desvelaban impudicamente sus misterios. Las mujeres reían y gritaban mientras chapoteaban en el agua y trataban de taparse con una mano el sexo o los senos, blancas e invulnerables como diosas- Si por imprudencia nuestra nos descubrían, nos gritaban obscenos insultos y nosotros les respondíamos en el mismo tono, pero ni ellas ni nosotros nos íbamos de allí- El agua no llegaba a cubrirles las rodillas.

Volvíamos a casa excitados, con las mejillas coloradas y el corazón alterado, como faunos tímidos y desanimados. La infancia nos pesaba como una vergüenza. Nos parecía inmenso e insoportable el tiempo que aún nos separaba de la edad adulta. Me entraban ganas de llorar, por el deseo y la rabia que sentía.

Lucio Sisema ha estado conmigo toda la tarde. Es centurión, pertenece a la nueva prefectura marítima del Bajo Danubio y se dirige hacia su unidad, que está de guarnición en Troesmis. Tenía interés en verme pues admira mis poemas y sabía que me hallaba aún en Tomis. Este será uno de los que, más pronto o más tarde, elegirán el camino de la libertad e irán a reunirse con los demás en la selva dacia. No me lo ha dicho, pero he leído fácilmente lo que hay en su corazón. Una larga cicatriz marca su mejilla derecha y su mirada es la de un desilusionado. Formaba parte de la XX Legión y acaba de abandonar Germania donde se ha distinguido en la lucha con los ejércitos de Arminio y en la represión de la rebelión de los legionarios contra Germánico. Las primeras que se sublevaron fueron las legiones VIII, IX y XV, destacadas en Panonia. Esto ocurrió poco después de la muerte de Augusto. Tiberio envió a su hijo Druso, que fue mal recibido e incluso maltratado por los rebeldes, y que sólo escapó gracias a un eclipse de luna. Los rebeldes creyeron que su actitud había imitado a los dioses -¿acaso Tiberio no era hijo de un dios, de Augusto, que había subido al Olimpo?- y se sometieron en seguida como niños asustados. Los dos principales instigadores, Porcenio y Vibuleno, perecieron bajo la tienda de Druso, mientras que los pretorianos mataban fuera a todos aquellos de quienes se sospechaba, con razón o sin ella, que habían tomado parte activa en la rebelión.

Pocos días después y sin tener ni la menor idea de lo que estaba sucediendo en Panonia, las legiones de Germánico -la I, la V, la XX, y la XXI-, se sublevaban en Germania en sus cuarteles a orillas del Rin. Germánico se encontraba en las Galias ocupado en la recaudación de impuestos. Informado de lo que sucedía en el Rin, se incorporó en seguida a sus tropas y las encontró revueltas. El espectáculo que se presentó ante sus ojos no era el más agradable para un general. Los viejos legionarios lo obligaron a meterles los dedos en la boca para que pudiera comprobar lo desdentadas que tenían las encías, y otros se desnudaron ante él para mostrarle sus cuerpos llenos de cicatrices horrosas y de llagas incurables. Todos ellos llevaban más de veinte años de servicio: se quejaban de los centuriones y de los alojamientos; querían volver a sus casas, pretendían cobrar doble paga y que les dieran buenas tierras que cultivar. Germánico, en una dramática escena durante la cual quiso marcharse (gritaba: «¡Una espada, dadme una espada!» hasta que un centurión le propuso ir a Roma apoyado por las legiones y quitarle el puesto a Tiberio), accedió a esas peticiones, pagó las soldadas con su propio dinero y las legiones empezaron a retirarse a sus cuarteles de invierno. Pero la noche siguiente, los rebeldes hundieron la puerta de la casa de Germánico para matar a los embajadores que el Senado le había enviado. Pretendían saber, según los rumores que circulaban por el campamento, que el Senado estaba contra ellos y que los embajadores tenían orden de anular las ventajas que les había concedido su general. En medio de aquel incesante tumulto, Germánico decidió enviar su mujer Agripina, la sobrina de Augusto, y su hijo Calígula, nacido en el campamento, a la tierra de los galos, ya que allí estarían seguros. Otras mujeres la acompañaron, pero al ver a Agripina y al pequeño Calígula en medio del triste cortejo, los rebeldes se arrojaron a sus pies y les suplicaron que se quedasen, mientras que otros iban a prometerle a Germánico la sumisión completa. Se formó en seguida un tribunal que juzgó a los culpables y administró una justicia sumaria y ejemplar. El acusado subía a una tribuna rodeado por soldados con la espada desenvainada. Si se le reconocía como responsable del levantamiento, lo arrojaban desde lo alto de la tribuna a los pies de los legionarios, que lo mataban fríamente.

A quince leguas de allí, en Vetera, se sublevaron primero la V y la XXI legión que seguían resistiéndose. Germánico emprendió la marcha a la cabeza de las legiones fieles para aplastar el levantamiento por la fuerza, pero antes de iniciar la acción bélica, hizo anunciar su llegada y advirtió a los rebeldes que aplicaría las penas más severas. Entonces se formaron unos pequeños grupos en el campamento sublevado que penetraron en las tiendas de los que eran considerados como más responsables del levantamiento, y los mataron a todos. Así perecieron centenares de inocentes, víctimas de venganzas personales, y la matanza se prolongó toda la noche a la luz de las antorchas. Los heridos, enloquecidos por el terror, corrían gritando para ir a caer sobre las

espadas acudidas de todas partes para hacer justicia, una ciega y atroz justicia. La vista de tanta sangre excitaba incluso a los más tranquilos.

-Penetré -me decía Lucio Sisená- en el campamento de la V, al amanecer. Aún brillaban las antorchas y los enfangados caminos estaban enrojecidos por la sangre. Unos legionarios salían de las tiendas con las espadas en la mano. Sus ojos de obsesos les hacían parecer locos o rabiosos. Uno, mortalmente herido, se arrastraba por el fango e invocaba el perdón o la ayuda de su comandante. Algunos imploraban a gritos morir. Por todas partes aparecían cadáveres, incluso al borde del camino. El caballo de Germánico resbalaba en el fango ensangrentado.

«No puede usted figurarse lo que es la vida en el campamento de una legión. Se vive en él desde la juventud hasta la muerte; se pierden en él los años más hermosos, en la única tarea de matarse unos a otros. El esclavo de las galeras no es más desgraciado, se lo aseguro. Somos esclavos pagados; esa es toda la diferencia.

»Para borrar de nuestras memorias el recuerdo de esa noche y también para salir de los campamentos donde siempre era posible una nueva rebelión, Germánico nos llevó a la guerra y nos hundimos en las selvas del otro lado del Rin, en busca de Azminio. En el primer encuentro, los legionarios mandados por Lucio Estertinio, hallaron entre los cadáveres enemigos las águilas de la XIX perdidas por Varo en la batalla de triste memoria que había tenido lugar allí hacía seis años. A Germánico se le ocurrió la idea de organizar, donde y aro había perecido con sus legiones, unos funerales en memoria de los oficiales y los soldados caídos bajo las espadas de los bárbaros. Aún podían verse las trincheras medio cubiertas por la tierra y la hierba que rodeaban al campamento improvisado a toda prisa y donde se habían refugiado las tres legiones para intentar una última resistencia. La llanura aparecía blanqueada aquí y allí por los huesos de los cadáveres, ya que el número de muertos había sido considerable. Se veían también armas enmohecidas, osamentas de caballos, cráneos colgados de las ramas de los árboles, y restos de altares en que los bárbaros habían inmolado a los tribunos y a los jefes militares. A mi lado estaba un legionario que había sobrevivido al desastre y que a cada paso me iba señalando los sitios en que habían caído sus amigos. Enterramos los huesos sin saber si eran nuestros o de nuestros enemigos y se erigió un túmulo que unas semanas después fue profanado por los soldados de Arminio.

»Por ambas partes fue llevada la guerra con gran violencia durante largos meses. Las victorias seguían a los desastres, y así sucesivamente. Yo tenía la impresión de que aquello nunca iba a terminar. Por allí no hay más que selva y marismas sembradas de cadáveres y de enemigos al acecho. Se necesitarán docenas de legiones para acabar con esa gente: habría que exterminar hasta el último niño para terminar definitivamente las guerras en Germania. Estábamos extenuados, aterrorizados, sin ánimos para nada. Por fin nos retiramos hacia la desembocadura del Rin y se embarcaron parte de las legiones. Las demás siguieron a pie, a lo largo del litoral, hacia la Galia. Germánico se embarcó y dejó el mando a Publio Vitelio. Al principio todo se desarrolló como se había previsto. El litoral estaba seco, a propósito para la marcha, pero una noche se levantó un viento furioso y, empujadas por las estrellas del equinoccio, las aguas se levantaron e invadieron la tierra. Caminamos durante toda la noche con el agua por los hombros y hasta el cuello, pateando a tientas en busca de sitios menos peligrosos donde poner el pie. Centenares de hombres se ahogaron; los equipajes fueron arrastrados por las olas y también los caballos. Hubo algunos de éstos que, en la oscuridad, se dirigieron sin darse cuenta hacia las profundidades del océano. A mí me salvó mi caballo, pero me trastorné, no sé si de miedo o de cansancio, o quizá, simplemente, de caminar a ciegas por aquel caos que me absorbía. No me acordaba de nada y me pasé dos meses en un puro grito dando órdenes y rodando por el suelo. Sólo veía ante mí bosques y mar unidos para destruirme. Luchaba contra las olas y al pasar bajo unos árboles gigantescos, los soldados de Arminio me lanzaban, ocultos en sus copas, sus mortíferas flechas. Para escapar, me sumergía en el agua, volvía a la superficie y me encontraba de nuevo debajo de los árboles cargados de enemigos que me tomaban como único blanco de sus arcos. Me sumergía de nuevo. Por fin, según me dijeron, caí en un letargo que me duró tres días seguidos. Al despertarme, lo recordaba todo, volví a ser yo mismo. Para recompensarme, me

pagaron doble soldada y me destinaron a Troesmis donde, según dicen, la vida es más tranquila y la gente menos cruel.

»Pasé por Roma. No la reconocería usted. No hacen más que leer a escondidas libelos contra Tiberio en los que se habla de su crueldad, de su orgullo, de los insultos que se lanzan mutuamente la vieja Livia y él, del final de Julia, a la que Tiberio hizo morir de hambre en su miserable destierro. La ley de lesa majestad, creada por Augusto, amenaza a los romanos como una espada de Damocles suspendida sobre todas las cabezas. Basta una denuncia para verse en la cárcel o en el destierro. La amistad y el amor han muerto.»

Se calló, cansado y un poco disgustado consigo mismo, pues no había venido a mi casa para contarme la campaña de Germania, sino para hacerme unas preguntas. Desde el comienzo de nuestra entrevista, tuve la seguridad de que este militar que había leído mis versos quería algo de mí. Quizás un consejo. Mientras tanto, estaba yo más emocionado que él.

-Le estaba diciendo -prosiguió- que la vida del campamento es muy dura. Rara vez disfruta uno de ocios. Sólo frecuentamos el trato de camaradas que pueden convertirse en nuestros enemigos o en nuestros verdugos. Y en cuanto llega uno a centurión, no tiene ya amigos. No he conocido el amor. He tenido que imaginarme a través de los libros que usted ha escrito. Dígame, ¿es diferente ese amor en la realidad?

-Sí, es muy diferente. El amor, en este momento de nuestra historia, les está prohibido a los romanos. Sólo es posible en una sociedad libre en que nada amenace a los hombres ni a las mujeres, en una sociedad protegida de la mentira, del miedo y del conformismo. Corina me dijo un día, en Roma, que no me amaba. ¡Y yo había escrito libros acerca de lo que, a mi parecer, era el amor, y precisamente el amor... de Corina! Aquella tarde me di cuenta de que tampoco yo la amaba y que nunca la había amado. Había sido capaz de cantar a su loro y sus vestidos, sus dolores de cabeza, y sus caprichos, pero de su alma no dije ni una sola palabra. ¿Me comprende usted? Augusto nos ha dado un Imperio, pero nos ha quitado el alma. Y sin alma, no hay amor posible. No quisiera apenarle, pero me ha preguntado usted y no quiero engañarle. Se acerca el tiempo en que nos devolverán las almas. Lo he sabido aquí, en la frontera de esta tierra libre. Y usted quizá se entere de ello en Troesmis; entonces tendrá amigos y conocer el amor. He padecido mucho en mi vida; figúrese usted: la sola idea de verme obligado a permanecer aquí, entre los bárbaros, después de haber vivido en Roma, me enloquecía, me ponía rabioso. Soñaba con Corina y con todo lo que Roma me había dado. Pero se trataba de una falsa rabia y de un falso sufrimiento, tan ficticios como el amor y la felicidad que había cantado en mi juventud. En pocos años, una mujer dacia me ha hecho conocer más verdades que todas las mujeres de Roma. Nunca me ha pertenecido, nunca le he hablado del amor que le tenía, pero junto a ella he podido juzgarme a mí mismo con toda sinceridad. Me parezco un poco a usted, amigo mío, pues sólo he conocido el amor a través de mis libros y aquello no era el amor. Esa mujer se ha marchado, se halla muy lejos de Tomis y nunca volver, pero su presencia a mi lado, en esta misma casa, me ha llenado de conocimiento. Me ha hecho entrever un tiempo, en el futuro de los hombres, en que el amor será posible incluso para nosotros, los romanos privados de amor. Usted es joven y llegará a conocer ese tiempo. Y yo aunque soy viejo, no he perdido la esperanza.

-Todo eso es muy difícil para mí. Comprendo, si puedo expresarlo así, lo que el amor *no es*. Esa unión de usted con Corina no es amor. Pero, ¿cómo aceptar esa idea sin renegar de sus libros? Si usted mismo lo juzga así, yo también puedo admitirlo. Pero no me ha dicho usted *qué es* el amor. ¿Es un secreto?

-No, no es un secreto. Lo que ocurre, sencillamente, es que no sé explicárselo. Ni siquiera sería capaz de escribirlo. Ya no me sería posible escribir un *Arte de amar* de acuerdo con lo que le he dicho. Se necesitarían nuevas palabras, una nueva visión de la vida y una religión nueva para poder crear un nuevo lenguaje y expresar lo que los hombres de hoy sienten en el fondo de sus corazones y que su ignorancia les impide manifestar por medio de juicios y palabras. He escrito sobre el amor tal como éste era en un mundo en trance de desaparecer. Los poetas esperan la buena nueva del nacimiento de Dios para escribir los libros de un tiempo que será el del amor.

Me miraba estupefacto. No esperaba oír profecías. Y seguramente, no deseaba escucharlas ya que, a pesar de los sufrimientos pasados, se hallaba a gusto con sus habituales caídas. Pero yo era su poeta y él había venido a escuchar lo que yo tuviera que decirle.

-Entonces, ¿cree usted que aparecer un nuevo dios en el Olimpo? ¿Ha nacido ya? ¿Tiene usted alguna noticia?

-Sí, ha nacido ya.

-¿Dónde?

-En el exilio.

Y le conté lo que sabía de Él. En este mundo, todo está por rehacer.

*

El ensueño que tuve en la barca de Mucaporo hacía ya tiempo, aquel ensueño del pequeño pez que me conducía hacia la sombra luminosa, vuelve a mí con frecuencia por las noches antes de dormirme. Nunca he llegado a descifrarlo. Es posible que aquella silueta fuese la de Dios, que es luz y que toma la forma de una sombra, es decir, de un cuerpo humano, para hacerse ver de los hombres. Pero, ese pez... ¿por qué un pez? ¿Qué sentido puede ocultar ese símbolo?

Pienso que nuestros sueños no nos pertenecen sino en parte, y que eran claros e inteligibles para otros seres que nos han precedido. A otros que vendrán después de nosotros no les será difícil comprender esos mismos sueños cuando ellos los tengan a su vez.

*

Carta de Fabia: «Por ahora, no hay esperanza. Tiberio se niega a recibirme. Me prohíben, desde hace años, la entrada en Palacio. No quiero desanimarte...» Y añade que reanudar sus gestiones en cuanto cambie la situación actual. ¿Para qué hacerme ilusiones? ¿Acaso las necesito ya? Fabia está más lejos en mis pensamientos que mi madre en mis sueños.

OCTAVO AÑO

Sus manos son más grandes que antes, y sus largos cabellos han encanecido en parte. Pero, lo mismo que entonces, huele a caballo y a queso fresco. Comozous se halla delante de mí y me cuesta trabajo creerlo. Ha recorrido en carreta la distancia que separa Troesmis de Istros pasando a lo largo del Danubio por Arrubio, y Carsio, y luego vino a pie de Istros a Tomis. Sin embargo, no está cansado. Entró en la ciudad con un grupo de sus compatriotas, campesinos de los alrededores que iban a la feria, y se ha presentado ante mí a la caída de la noche para no despertar sospechas. Me trae mensajes de Flavio Capito, el romano a quien escribí a Istros, hace cuatro años. Sedida se ha construido una hermosa casa, junto a la de Scorys; y la más pequeña de las hijas de éste se ha ido a vivir con ella para hacerle compañía. Me envía saludos. Sí, Sedida ha envejecido mucho, su vida carece de sentido en la tierra y le suplica a Zamolxis que la lleve junto a los suyos. Me dice Comozous que los dos ancianos -los que me habían hecho evocar el cuento de Filemón y Baucis- habían muerto, en efecto, a manos de los sármatas y que el hijo, al regresar de la guerra, encontró los cadáveres de sus padres enterrados bajo la ceniza y que les dio sepultura en el bosque. Reconstruyó la casa, se casó con una joven de Zousidava y tiene ya dos hijos. « Sí, ha debido usted de pasar una noche horrorosa, solo en el bosque, con tantos sármatas rondando por allí. Tuvo usted muy buena suerte con el caballo -¿se acuerda?- que rompió las ataduras y se marchó detrás de mí. Porque, de no haberse escapado, sus relinchos les habrían revelado a los sármatas el lugar donde se encontraba usted y habría corrido la misma suerte que los dos viejos.»

Era cierto. No se me había ocurrido pensar en esa posibilidad. Mi vida había dependido de un caballo. Si no hubiera conseguido romper la cuerda que lo ataba, mis huesos reposarían ahora junto a los de Filemón y Baucis en el seno de la selva dacia.

Honorio y su familia habían permanecido poco tiempo en casa de Scorys. Partieron hacia Oriente, donde las tierras son más feraces, no al lado de las montañas, sino en las llanuras donde otros romanos se han instalado ya. «Hay que reconocerlo, saben ustedes cultivar la tierra. Además, tenía usted razón, los campesinos romanos hablan entre ellos en latín; los he oído muy bien, cuando me encontraba en la tierra de Flavio Capito donde Honorio y Dokia se han establecido. Sí, con el viejo y con la pequeña. Fui yo quien los condujo hasta allí. Más de un día de camino en carreta, sí, más de un día entero. Hemos parado en Zousidava, donde Honorio ha comprado unas cosas que necesitaba y luego hemos emprendido de nuevo el camino hacia el sol levante, siguiendo el borde meridional de los bosques. Es digna de verse la aldea que ha levantado Flavio Capito, las casas que ha construido, los establos, y lo bien que se las arregla para cultivar la tierra. Los dacios que viven allí han aprendido muy pronto y hacen crecer un trigo más alto que usted, con espigas tan gruesas como los gorriones, unas espigas que se balancean pesadamente con la brisa como si le estuvieran pidiendo al hombre que las librase de su propio peso. Es una hermosura verlo. Sabemos criar, mejor que ustedes, los caballos, pero hay que reconocer que ustedes saben tratar mejor a la tierra. A una *daba* la llaman ustedes un *vicus* ¡Sí, he aprendido muchas palabras latinas! Y hay que ver los niños que han nacido en el *vicus* de Flavio Capito. Al principio, me era difícil comprenderlos por lo mucho que mezclan las palabras dacias con las latinas hasta formar una nueva lengua secreta que hablan entre ellos cuando quieren que sus padres no los entiendan. Son unos diablillos que saben del mundo más que usted y que yo. He tomado parte en el asedio y en la defensa de Troesmis, pero prefiero no hablar de eso. Allí cayó uno de los hijos de Scorys. Se defendía en el interior de una casa que fue incendiada por los asaltantes. Luchábamos en las calles. Era el fin. Yo pude escapar, pero el hijo de Scorys murió entre las llamas.»

Comozous acaba de acostarse en la cama donde antes pasaba las noches Dokia, cuando necesitaba yo sus cuidados. Ya está dormido. Mañana se marchará. Estoy leyendo las cartas que acaba de traerme.

Flavio Capito me escribe: «Recibí su carta de hace cuatro años y le respondí a los varios meses, en cuanto terminé las labores agrícolas de otoño. Pero me ha dicho Dokia que no recibió usted esa carta y lo lamento muchísimo, pues habrá pensado usted mal de mí seguramente. He nacido en Perusia (la ciudad de Corina) pero he pasado mi juventud en Roma donde estudié y donde un día asistí a una representación de la *Medea* de que es usted autor. Incluso le he visto de lejos. Era usted joven, y su obra me gustó mucho. Si no me equivoco, es usted cinco o seis años mayor que yo. Voy a cumplir pronto cincuenta años, pero he conservado la juventud del cuerpo y resisto duras tareas.

»Debo confesarle que la agricultura nunca fue mi especialidad. Mi padre era propietario de unas tierras en Umbría y lo que sé lo aprendí a fuerza de pasear en los veranos por los campos y charlando con los campesinos. Por lo visto, llevaba ese talento en la sangre, ya que mi padre descendía de una casta de campesinos y, cuando vine aquí, lo primero que me atrajo fue cultivar la tierra. En Italia, veía sólo la naturaleza a través de Virgilio y Horacio, y el amor a través de *El arte de amar*. Soñaba con casarme con Corina y llevármela al campo. Hice el servicio militar en Panonia, en la IX. En sus filas tomé parte en muchas represalias contra las tribus indígenas y me hirieron en uno de aquellos encuentros. Durante algunos años, absorbido por las exigencias del servicio militar, se me había olvidado pensar. Una larga convalecencia hizo que me recobrará lentamente a mí mismo y me planteara el problema de mi porvenir. Me obsesionaban mis lecturas juveniles, así como los días pasados en Umbría. La vida militar no era ideal. La verdadera vida se desarrollaba fuera del campamento donde todos podían elegir su destino, y dedicarse a su trabajo, fuera el que fuese, con tal de que estuviese de acuerdo con las facultades, grandes o pequeñas, que uno tuviese. Yo no estaba dotado para las armas. La idea de que tendría que pasarme veinte años, por lo menos, cumpliendo órdenes, matando, haciendo instrucción militar de campaña, me alarmaba. Tendría que pasarme los mejores años de mi vida en esa monotonía. Decidí huir, no sabía aún dónde, pero una vez dispuesto a hacerlo, empecé a buscar la mejor solución. No tuve dificultad para encontrar la única posibilidad que se me ofrecía. Había oído hablar muchas veces de la tierra de los dacios, de sus riquezas, de la belleza de sus mujeres, del culto de Zamolxis. Como la mayoría de mis camaradas, yo era un incrédulo y lo que me atrajo no fue precisamente el Dios único, sino más bien la posibilidad de un arte de amar aplicado a un nuevo ideal femenino. En la soledad de mi convalecencia, mordido por el deseo, me imaginaba a mí mismo conquistando las mujeres de los dacios según la táctica que enseñaba el libro de usted. ¿Cómo habrían de resistir a esa táctica las mujeres de aquel país lejano, unas mujeres que serían de lo más simple?

»Huí, pues. Durante noches enteras caminé por la llanura de Panonia dirigiéndome sin cesar hacia el Oriente y evitando la luz del día y los caminos. Llegado a las montañas, me dirigí hacia Sarmisegetuza, la antigua capital de Burebista, donde tuve que comparecer ante el rey. Me interrogaron, pero nada más. Había allí romanos al servicio del ejército y me ofrecieron en seguida un puesto importante, pero no acepté. No era aquello lo que yo buscaba. Me dejaron en libertad para decidirme por lo que más me conviniese. Durante todo un año trabajé en una finca no lejos de la capital y durante ese tiempo descubrí mi verdadera vocación. Me gustaba la agricultura pero quería poseer mi propia tierra. Me dirigí, pues, hacia la parte oriental del país donde, después de cruzar unas montañas, tendría la oportunidad, según me habían dicho, de encontrar fértiles tierras que no pertenecían a nadie, en medio de un bosque situado cerca de un río llamado Tiarantos y me detuve allí para siempre. En pocos años transformé aquella aldea perdida en una parte del mundo civilizado. Me casé con una joven dacia, fundé una familia, desbrocé la tierra, hice que el trigo creciese. Al cabo de unos años, descubrí una cosa en la que no había tenido tiempo de pensar: era feliz y esa felicidad me venía de la tierra a la que mis manos habían hecho vivir y dar fruto. Otros fugitivos fueron a reunirse conmigo. En Dacia abundaban y

el caso de la mayoría de ellos es más complicado que el mío. No soy yo el más calificado para hablarle a usted de ellos ni de la crisis religiosa que los agitaba. Adoro a Zamolxis pero no ha sido a él a quien he venido a buscar en este país. La tierra me absorbe demasiado para poder dedicar algún tiempo al cielo. Además, pertenezco a una generación que ignoraba los problemas religiosos y que hablaba de los dioses cuando se podía colocar en la conversación unos versos de *Las Metamorfosis*, que usted ha escrito. En cambio, los más jóvenes, los fugitivos recientes, que son, con mucha diferencia, los más numerosos, vienen a Dacia «en busca de otro cielo» como suelen decir. Edifican templos romanos en los que adoran a Zamolxis. Algunos ni siquiera cambian de religión y siguen fieles a los dioses de los romanos, pero añaden Zamolxis al Olimpo capitolino. Pretenden renovar y purificar así nuestro antiguo culto y afirman que Roma es una ciudad podrida a la que los dioses castigarán pronto, y que ellos han venido a Dacia para escapar a la furia jupiterina. Se dice, incluso, que en estas tierras nacerá un nuevo dios. Sí, aquí entre los dacios, y también que ese dios ha nacido ya en alguna parte. Esto no puedo imaginármelo. ¿Qué novedades puede decirles ese dios a los hombres? ¿Es que no tenemos ya dioses de sobra? Le ruego que me diga si esos rumores tienen algún fundamento... »

Y termina con estas palabras: «Por aquí tiene usted a sus amigos, que se acuerdan mucho de usted. Están construyendo una casita donde pronto se alojarán. Como jefe de esta comunidad, le doy, por anticipado, la bienvenida.»

La carta de Scorys: «El sacerdote dacio que conoció usted aquí ha muerto a principios de este año, a los ochenta y tres años. Yo solía visitarlo con frecuencia; me hablaba de usted y rezaba a Zamolxis para que le evitase el dolor y la nostalgia. Me dicen que Tiberio no es más comprensivo que Augusto, en lo que a usted respecta, y que se prolonga su exilio sin esperanza de un próximo regreso a Roma. Si el deseo de vivir en libertad puede más en usted que la esperanza de volver a Roma, no y acile en emprender de nuevo el camino del Arroyo Salado. Nos encantaría tenerle a usted entre nosotros. Si la pobreza de nuestro país bárbaro no le resulta más difícil de soportar que la prisión de Tomis, venga con nosotros. En la casa que he hecho construir para Sedida, hay reservada para usted una habitación grande, caliente en invierno y fresca en verano. He sabido que las legiones se han sublevado en Panonia y en Germania y que el mundo de Tiberio es menos sólido que el de Augusto. En Roma no tendrán tiempo que dedicar a quienes, como usted, esperan clemencia. Si le olvidan a usted los suyos, nosotros, en cambio, no le olvidamos.»

Honorio me da noticias de su familia. Dokia espera su segundo hijo para las calendas de diciembre. Tienen una casa nueva y espaciosa. Honorio ha matado un oso cuya piel cubrirá mi lecho en la casa que están edificando para mí. «Una gran estufa le defenderá de los rigores del invierno. La pequeña Dokia le llevará todas las noches la cena, si el frío o la lluvia le impiden a usted comer con nosotros. Comozous lo tiene todo dispuesto para poderle traer sano y salvo a nuestro pueblo en el cual encontrará usted, como yo, una nueva patria y la amistad de todos nosotros. Desconfíe usted de Valerio.»

Sólo tengo que elegir entre la hospitalidad de Honorio y la de Scorys. Mi vida peligra en Tomis, pues Valerio me hará desaparecer al menor indicio de desobediencia o de rebelión. El crimen político es ya una costumbre en el Imperio. Agripa Póstumo ha sido asesinado, así como Julio y todos aquellos a quienes Livia considera enemigos del poder. No me queda otra salida que marcharme con mis amigos, puesto que el regreso a Roma queda excluido por mucho tiempo. Me iré con Comozous. Nunca es demasiado tarde y estoy acostumbrado a los viajes. Me quedan ya pocos años de vida y será muy agradable pasarlos entre sonrisas amigas, en medio de los bosques a donde no han llegado aún los centuriones.

Abandono este Diario por no sé cuánto tiempo. Lo reanudaré allá.

No ha cambiado. La vida eterna no deja huellas en los rostros: se desarrolla más allá del tiempo que nos lleva a la muerte. Ahí está mi hermano, ante mí, tal como era hace treinta años en Roma. Me habla y puedo comprenderle sin dificultad, pero me es imposible transcribir sus palabras. Es como si se dirigiese a una parte profunda y secreta de mí mismo de la que las palabras, una vez entradas, no pueden ya salir. No, no es una alucinación y no es ésta su primera visita. Desaparece en cuanto alguien entra en mi habitación y vuelve a presentarse en el instante en que de nuevo estoy solo. Me sonrío. Yo evoco en alta voz escenas de nuestra infancia que recuerdo hasta en sus detalles más insignificantes con una asombrosa claridad. Tampoco él ha olvidado nada y me deja hablar sin interrumpirme nunca, como si todos esos recuerdos, refrescados por mi memoria, le causaran un inmenso placer. Las tardes en la huerta de Sulmona, las uvas y los higos, las mujeres que se bañaban en el arroyo, su crisis de llanto y su huida desesperada el día en que le revelé la muerte de los dioses, su primer amor en Roma, la época de sus estudios, nuestros encuentros nocturnos en las tabernas del Trastévere, nuestro primer viaje juntos a la isla de Planasia, su enfermedad y su muerte inesperada en plena juventud, todo eso, cuando se lo vuelvo a contar, veo que le divierte mucho. ¿Acaso ahora ese tiempo pasado entre los vivos, o sonrío sólo para que yo esté contento? Tiene el mismo aspecto, pero su lenguaje es diferente. Forma parte de otro mundo donde no tiene valor ni sentido absolutamente nada de lo que aquí nos resulta comprensible y familiar. Me doy plena cuenta de ello. Le hago hablar y me responde. Lo que me dice me hace sonreír de alegría y de esperanza, pero, ¿cómo reproducir con palabras escritas lo que me dice mi hermano? El contacto entre nosotros es posible gracias a su aspecto exterior porque, si no, no podría revelármese, pero ese aspecto pertenece al pasado, a la muerte, y mis sentidos mortales no pueden captar lo que él es en estos momentos. El contacto entre nosotros se verifica por medio de lo que es eterno e invisible en ambos y que el cuerpo oculta en su desconocido fondo como una pepita que espera su liberación en medio de la pulpa perecedera de la fruta madura.

Sé -por ejemplo- que Teodoro ha muerto (es lo que le ha impedido escribirme) pero no lo he sabido por medio de palabras. Tengo ganas de decirle: «Llévame más de prisa contigo.» Pero mi cuerpo le teme a la muerte y cierro los ojos para vivir, para hacer desaparecer la imagen de mi hermano y para volverme a encontrar solo entre mis dolores físicos y mortales, desesperado pero aferrado al deseo de sobrevivir a la desventura, de sobrevivir a toda costa. La lucha entre el cuerpo y el alma, entre el tiempo y la eternidad, es lo más penoso de este último período de mi vejez. Es un combate que tiene lugar en el umbral mismo de la muerte, entre el miedo y la esperanza. Sé que mi hermano se halla a mi lado en el último momento y que será mi guía. Sin embargo, mientras espero, tengo miedo.

*

Han transcurrido largos meses desde aquella noche que pasé junto a Comozous dormido dedicado a releer las cartas de mis amigos. Una vez tomada mi decisión, establecí el plan de la fuga, nada fácil, desde luego, puesto que me estaba prohibido salir de Tomis y que yo no estaba dispuesto a pedirle favor alguno a Valerio. Llamé a Lidia y le hablé de mi propósito de ir a depositar unas flores sobre la tumba de Herimon, en el cementerio que está fuera de la ciudad, o sea en un sitio prohibido para mí. Le rogué que le pidiera al centurión un permiso para mí, y lo obtuvo al mismo día. Le dije a Lidia que prefería ir solo y ella no insistió.

Esa entrevista fue a mediodía. Comozous se llevó un pequeño cofre donde guardé este Diario y las cosas que me parecieron estrictamente necesarias. Descubrí con alegría que nada me era ya útil y que allí tendría todo lo que necesitase. Cogí el *focale* de Corina, que pensaba regalarle a Dokia y abandoné esta casa donde había pasado siete años de mi destino como si saliera para dar un paseo por la ciudad. Hacía buen tiempo. Teníamos un mes de octubre con sol agradable y suave temperatura, y un perfume de mosto, de uva triturada no sé dónde por manos de niño, flotaba en el aire. Esto me hacía pensar en la huerta de Sulmona y en mis visiones. Hasta

entonces no había tenido esas alucinaciones y mi hermano sólo se me aparecía en sueños, o bien evocado por signos externos que lo hacían surgir del fondo de la memoria. No quería pensar en la muerte y menos aún ese día en que abandonaba Tomis para emprender una nueva etapa de mi vida lejos de las cadenas que el Imperio me había echado al cuello.

Comozous me esperaba en el cementerio con un asno que había comprado para mí y nos dirigimos en seguida hacia la orilla del mar, tomando el camino que yo había seguido con Dokia para ir a la cabaña de Mucaporo. Monté con gran trabajo a lomos del animal y pronto tuve que apearme, pues mi cuerpo, debilitado por la vejez y por la vida sedentaria, no soportaba las sacudidas. La marcha se hacía más difícil a cada momento. Apenas avanzábamos. Desanimado, me extendí a la sombra de las acacias, junto a la lápida sepulcral en la que leí, una vez más, las conocidas palabras: «Tened confianza.»

Nuestro plan era pasax la noche en casa de Mucaporo y tomar allí una barca que nos llevase a Istros, donde, gracias a la ayuda de Mitroodoro, habríamos continuado el viaje embarcados hasta Troesmis. Llegados allí, habríamos comprado una carreta y dos buenos caballos. Pero me hallaba extenuado. Se acercaba la noche y teníamos que tomar una rápida decisión. Resolvimos separarnos como aquella otra vez. Nos parecía lo más prudente. Comozous me dejó solo entre los árboles y quedó en volver a recogerme con Mucaporo cuando fuese ya noche cerrada.

Me tendí entre los árboles, en la hierba aún templada, pues la habían quemado los fuegos del otoño. A un centenar de pasos, por encima del acantilado, vi la muralla azul del mar y el vuelo de las gaviotas que salían para su pesca y espertina. La brisa me traía el rumor del oleaje, el olor de los despojos arrojados por el mar en la plava, los chillidos de las aves... Pensaba en mi porvenir, tenía la intención de arreglar con Mitroodoro el viaje de Fabia. Sí, debía estar a mi lado porque su vida en Roma carecía ya de sentido. Su hija se había casado y Fabia nada tenía ya que hacer allí. Pasaríamos juntos nuestros últimos años en la paz de esos bosques lejanos que me atraían en aquellos momentos más que ningún regreso.

Me dolían las piernas y las sentía pesadas, hinchadas. Me subía por la espalda una especie de embotamiento, hasta los hombros y la nuca. Tenía fiebre. Pero todo se arreglaría en cuanto estuviese en casa de Mucaporo. Temblaba; tenía frío y me sentía muy mal. Me sacudió el pecho una tos profunda. Los rayos del sol pasaban a través del follaje y daban de lleno en los troncos de los árboles. Las acacias se habían puesto amarillas, de un amarillo rojizo de crepúsculo otoñal de coloración marchita, y las hojas caían en el inmóvil silencio. Ya no se movía la mar o era que yo había dejado de oírla ensordecido por la fiebre. Cambiaba a cada instante de postura; no encontraba manera de acomodarme en la dura tierra -¡qué inhóspita y dura puede ser la tierra!- y me dolía todo el cuerpo horriblemente. Los troncos iluminados por el crepúsculo me recordaban un ocaso parecido, en la vía Apia; los rayos del sol iluminaban los pinos y su color rosa pulverizaba el paisaje fantásticamente. Era como si la luz brotase de aquellos troncos y que fuera el sol quien recibiera el reflejo. Esos pinos eran fuentes de luz. Yo estaba con Corina. La llamaba suavemente; era la primera vez que la llamaba así desde que nos habíamos separado. «¡Corina, Corina!», y su nombre rimaba con aquella tristeza amarilla. «¡Tened confianza!», decía la lápida. Un muerto estaba enterrado cerca de mí, bajo la dura tierra. No me atrevía a respirar ni a toser. ¿Por qué había pronunciado el nombre de Corina? Me entró un miedo loco. Cerré los ojos. Oí ruido de pasos que apenas rozaban la hierba seca. Sobresaltado, abrí los ojos. Allí estaba mi hermano, apoyado en un tronco, con el rostro y el cuerpo atravesados por los declinantes rayos del crepúsculo. Vi a través de su toga los pocos árboles que lo separaban del camino y, a lo lejos, el mar de un azul oscuro y severo. Las gaviotas gritaban: «¡Medeaaa, Medeaaa!» Y Medea iba a responderles de un momento a otro. Estaba a punto de presentarse en el acantilado para matar a su hermano, mi hermano. Me temblaba todo el cuerpo y los dientes me castañeteaban como si fuera a romperse. Tenía frío, me dolía la cabeza y no podía dominar el frenético temblor que me sacudía como si viniese de fuera, como si yo fuese una rama en la tempestad. Lo más urgente para mí era librarme de la compañía de los muertos y acostarme en mi cama de Tomis. Me levanté, di un par de pasos en un esfuerzo por salir de entre los árboles y para que alguien me

viese, pero caí gritando: « ¡Socorro!» con mis últimas fuerzas. Vi a Valerio, que llegaba por el camino acompañado por tres legionarios, los cuatro a caballo. Me buscaban desde hacía dos horas, así que en cuanto me vieron se precipitaron sobre mí. Pude observar la mirada irónica y perversa del centurión y perdí el conocimiento.

Ya está aquí el invierno otra vez. Me encuentro en mi cama, mi vieja cama de Tomis, agotado por la enfermedad y por la desesperación. ¿Qué le ha ocurrido a Comozous? Lo ignoro, pero nunca me atreveré a preguntar sobre este asunto. Lo más seguro es que llegaría ya de noche como habíamos convenido y que no podría explicarse mi desaparición. ¿Volvería a Tomis al día siguiente? ¿Me vio vencido por la fiebre y delirando? Seguramente habrá vuelto a su tierra, impotente contra el mandato del destino.

Ha nevado mucho y ningún ruido llega a mis oídos. El fuego se extingue en el hogar. Estoy muy cansado y mis dedos han perdido la costumbre de escribir... Si por lo menos tuviese un perro con quien hablar, una vida fiel junto a mí... Alguien ha venido hoy a cuidarme, a encenderme el fuego, a hacerme la cama. ¿Sería Lidia? Ha sido alguien que conoce mis costumbres y que desea que siga escribiendo...